LOS FILÓSOFOS DE HITLER

Yvonne Sherratt

CÁTEDRA

Yvonne Sherratt

Los filósofos de Hitler

Traducción de Manuel Garrido y Rodrigo Neira Castaño

CÁTEDRA

Índice

Agradecimientos

Dramatis Personae

Prólogo

Introducción

Parte I

- Capítulo primero. Hitler: el «genial cocktelero»
- Capítulo 2. Cáliz envenenado
- Capítulo 3. Colaboradores
- Capítulo 4. El legislador de Hitler: Carl Schmitt
- Capítulo 5. El Superman de Hitler: Martin Heidegger

Parte II. Los oponentes de Hitler

- Capítulo 6. La tragedia: Walter Benjamin
- Capítulo 7. El exilio: Theodor Adorno
- Capítulo 8. La judía: Hannah Arendt
- Capítulo 9. El mártir: Kurt Huber
- Capítulo 10. Los juicios de Núremberg y los tiempos posteriores

Epílogo

Bibliografía

Créditos

Agradecimientos

Este libro se ha beneficiado de la generosidad y experiencia de una serie de amigos y colegas. Yo quisiera darles mis más expresivas gracias a Keith Ansell-Pearson, Cliff Davies, Ian Drury, Helen Dunmore, Mark Griffith, Henry Hardy John Hatcher, Roger Hausheer, John Herod, Eric Hobsbawm, Mike Inwood, Edward Kanterian, Ian Kershaw, Ben Mason, Robert Mayhew, Thomas Moffatt, Alan Montefiore, Stephen Mulhall, New College, Oxford, Brian O'Connor, Helen Opie, Michael Rosen, Gerd Simon y Nigel Simmonds. Gracias también a Robert Baldock, a Rachael Lonsdale, a mi editor documental Richard Mason y a los anónimos lectores de Yale University Press.

Dramatis Personae

ADORNO, Theodor (1903-1969), importante filósofo, sociólogo y musicólogo judeo-alemán, miembro de la Escuela de Fráncfort.

ARENDT, Hannah (1906-1975), importante filósofa de la política, judeo-alemana, amante de Martin Heidegger, casada con el comunista Heinrich Bliicher.

BAUMLER, Alfred (1887-1968), profesor nazi de filosofía, Universidad de Berlín.

BENJAMIN, Walter (1892-1940), influyente escritor y pensador judeo-alemán, íntimo amigo de Adorno y Arendt.

BERGMANN, Ernst (1881-1945), profesor nazi de filosofía, Universidad de Leipzig.

BOEHM, Max Hildebert (1891-1968), filósofo y sociólogo nazi, Universidad de Jena.

CASSIRER, Ernst (1874-1945), importante filósofo judeo-alemán.

CHAMBERLAIN, Houston Stewart (1855-1927), autor alemán nacido en Inglaterra, casado con la hija de Richard Wagner, Eva, adorada por Hitler.

DARWIN, Charles (1809-1882), principal naturalista de su tiempo, padre fundador de la teoría de la evolución.

FAUST, August (1895-1945), profesor nazi de filosofía, Universidad de Breslau.

FICHTE, Johann Gottlieb (1762-1814), principal filósofo idealista alemán.

FORSTER-NIETZSCHE, Elisabeth (1846-1935), hermana de Nietzsche, que administró el Archivo Nietzsche en Weimar tras la muerte de su hermano.

FREISLER, Roland (1893-1945), presidente del Tribunal Popular que juzgó a Hitler en 1942-1945, conocido como «el juez que colgó a Hitler».

GOETHE, Johann Wolfgang von (1749-1832), escritor alemán considerado la principal figura de su tiempo.

GRAU, Wilhelm (1910-2000), historiador y pensador nazi.

GRUNSKY, Hans Alfred (1902-1988), profesor nazi de filosofía, Universidad de Múnich.

GÜNTHER, Hans F. K. (1891-1968), investigador racista y eugenista alemán.

HAECKEL, Ernst (1834-1919), fundador del darwinismo social en Alemania.

HAGEMEYER, Hans Johann Gerhard (1899-1993), trabajó en las «Oficinas de Información Filosófica», etc., de Rosenberg.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich (1770-1831), el más grande filósofo idealista alemán.

HEIDEGGER, Martin (1889-1976), filósofo fenomenólogo y existencialista, colaborador nazi, protagonista de un *affaire* con Hannah Arendt.

HESS, Rudolf (1894-1987), eminente político nazi que compartió la prisión con Hitler en Landsberg.

HEYSE, Hans (1891-1976), rector nazi de la Universidad de Königsberg.

HILDEBERT BOEHM, Max (1891-1968), filósofo nazi, Universidad de Jena.

HITLER, Adolf (1889-1945), canciller de Alemania desde 1933 hasta 1945.

HOFLER, Otto (1901-1987), filósofo nazi, Universidad de Múnich.

HORKHEIMER, Max (1895-1973), importante filósofo judeo-alemán, fundador de la Escuela de Fráncfort.

HUBER, Kurt (1893-1943), filósofo conservador y musicólogo alemán, miembro del grupo de resistencia la Rosa Blanca, ejecutado por los nazis.

HUSSERL, Edmund (1859-1938), filósofo judeo-alemán, mentor de Heidegger, quien posteriormente lo traicionó abandonándolo a los nazis.

JASPERS, Karl (1883-1969), psiquiatra y filósofo alemán, casado con una mujer judía, destituido de su cargo por los nazis.

KANT, Immanuel (1724-1804), pensador de la Ilustración, padre fundador de la moderna filosofía europea.

KRIECK, Ernst (1882-1947), profesor nazi de filosofía, Universidad de Heidelberg.

LANGBEHN, Julius (1851-1907), escritor conservador alemán, nacionalista y anti-semita, leído por Hitler.

LESSING, Theodor (1872-1933), filósofo judeo-alemán, asesinado por los nazis.

LÖWITH, Karl (1897-1973), filósofo judeo-alemán exiliado, discípulo de Heidegger.

MARCUSE, Herbert (1898-1979), filósofo judeo-alemán exiliado.

MENDELSSOHN, Moses (1729-1786), filósofo judío conocido como «el Sócrates judío».

NIETZSCHE, Friedrich Wilhelm (1844-1900), filósofo alemán, considerado como una de las mentes más creadoras de su tiempo.

ROSENBERG, Alfred (1893-1946), miembro eminente del partido nazi, principal teórico racista, líder intelectual.

ROTHACKER, Erich (1888-1965), profesor nazi de filosofía, Universidad de Bonn.

SCHILLER, Johann Christoph Friedrich von (1759-1805), importante poeta, dramaturgo y filósofo alemán, hondamente influido por el trascendentalismo de Kant.

SCHMITT, Carl (1888-1985), filósofo y jurista, legislador de Hitler.

SCHOLEM, Gerhard (1897-1982), filósofo judío nacido en Berlín, pero emigrado a Palestina/Israel, donde cambió su primer nombre por Gershom.

SCHOLL, Sophie (1921-1943), estudiante filósofa, miembro de la Rosa Blanca.

SCHOPENHAUER, Arthur (1788-1860), filósofo canónico alemán, influido por Kant, aunque sostuvo que la «voluntad» es el centro de la realidad.

SCHULZE-SOLDE, Walter (1888-1984), profesor nazi de filosofía, Universidad de Innsbruck.

SPENGLER, Oswald (1880-1936), filósofo e historiador alemán, leído por Hitler.

SPINOZA, Benedict (1632-1677), principal filósofo judeo-holandés.

TREITSCHKE, Heinrich von (1834-1896), historiador derechista leído por Hitler.

WAGNER, Richard (1813-1883), compositor romántico de ópera; amigo y mentor de Nietzsche.

WEINREICH, Max (1894-1969), profesor y lingüista judío, nacido en el seno de una familia de habla alemana. Criticó la colaboración de los académicos con los nazis.

WUNDT, Max (1879-1963), filósofo nazi, Universidad de Tubinga.

Prólogo

Mientras jugábamos de niños en el jardín de nuestra abuela en Suffolk, allá por los años de 1970, mi hermano y yo desenterramos parte de un esqueleto. Yacía sepultado, oculto bajo capas de barro, al final de un serpenteante sendero que conducía a la parte posterior de una graciosa cabaña con techo de paja. En las proximidades del esqueleto, unos desmoronados escalones de ladrillo rojo terminaban en un refugio antiaereo en ruinas. Reflexionando sobre el origen de los huesos, llegamos a la conclusión de que debían pertenecer a la víctima de algún ataque aéreo, y se los llevamos triunfalmente a nuestra abuela, que estaba en la cocina, enfrascada en la tarea de batir grosellas.

Mi abuela le echó a aquellos huesos un vistazo cargado de aprehensión y luego algo se removió en su memoria. Nos habló de la Segunda Guerra Mundial y de cómo, careciendo de refugio, nuestro abuelo había cavado el suyo propio. Pero mi abuela no se fiaba de aquella protección, y, cuando los aviones nazis volaban sobre la costa este, se metía con sus dos pequeños debajo de la mesa de la cocina. Recordó una ocasión en que, aterrorizada por el atronador estruendo de los aviones, empujó a su hija desde la puerta trasera hacia la cocina, a la vez que caía una bomba cercana, que estuvo a punto de acabar con la escuela local. La explosión sembró el patio de escombros mientras, adornados con las vigorosas líneas de la esvástica, sobrevolaban los aviones.

En busca de nuevas pistas, mi hermano y yo volvimos al refugio, pero todo lo que encontramos fueron unos trozos de metal oxidado que se desmoronaban con solo tocarlos. Mi abuela no sabía nada de aquello, pero nosotros, con nuestro infantil entusiasmo por la aventura, nos esforzábamos por restaurar el esqueleto. En los paseos familiares a lo largo de la costa de Suffolk, saltando al interior de las viejas trincheras, imaginábamos a los soldados allí

ocultos durante largas horas, entre las frías y duras piedras, temiendo una invasión de Hitler.

A mi mente acuden también los recuerdos de mi abuelo, sentado en su sillón en un rincón de la habitación, envuelto en el humo de su pipa, quebrada su voz por el sonoro estertor de un asfixiante acceso de tos. O en el exterior de la casa, deambulando por el anchuroso jardín mientras vertía su regadera metálica en macetas de terracota con fucsias de color púrpura.

Allí, en el silencioso y húmedo invernadero, entre filas de geranios y naranjos enanos, nos contó cosas de la guerra y, más vívidamente, de las atrocidades nazis.

Cuando más tarde inicié mi carrera universitaria como estudiante de medicina, una de las primeras conferencias a las que asistí fue pronunciada por el presidente de la Asociación de Médicos Británicos. El conferenciante le planteó a su auditorio el siguiente dilema ético: ¿debería enseñar hechos sobre el cuerpo que pudieran salvar vidas humanas, pero que estuviesen basados en conocimientos adquiridos mediante experimentos humanos realizados con judíos por el Tercer Reich?

Durante años reflexioné sobre esa pregunta y a su debido tiempo cambió mi vida. Cambié mis estudios de medicina por los de filosofía, donde los dilemas éticos protagonizaban el plan de estudios. Conocí los grandes nombres y las obras señeras que versaban sobre los grandes enigmas de la vida. La tradición filosófica alemana parecía particularmente rica y excitante. Solo después aprendí que algo de todo aquello había sido obra de ávidos nazis.

Igual que el esqueleto del jardín de mi abuela, el siniestro pasado de muchos filósofos alemanes ha permanecido oculto. Nadie menciona que algunas ideas impartidas desde la cátedra tuvieron su origen en las mentes de los colaboradores de Hitler. Los estudiantes dábamos por supuesto que los filósofos habrían rechazado el nazismo; después de todo, la filosofía desciende de las ciencias *morales*. Presuntamente, cualquier cosa que estuviese relacionada con el nazismo sería enseñada como un ejemplo de corrupción, no como parte del currículum convencional. Recordando a mis abuelos y también las cuestiones suscitadas en la Facultad de Medicina, vine a

caer en la cuenta con mis compañeros de estudio de que la academia guardaba un terrible secreto: la historia de cómo se implicó la filosofía en el genocidio.

Introducción

Durante más de setenta años ha preocupado al mundo el horror del nazismo: la emergencia de un tirano de brutalidad sin parangón en Europa, la pesadilla de las cámaras de gas y las atrocidades del Holocausto. En las décadas transcurridas desde entonces, se han contado muchas historias sobre el heroísmo, la colaboración, la tragedia y la traición. Casi ningún grupo de ciudadanos alemanes de aquellos años ha quedado sin mancha como consecuencia de la mancha de Hitler. El análisis ha revelado que muchos funcionarios, trabajadores ordinarios, doctores y maestros de escuela, lejos de ser espectadores inocentes, desempeñaron un papel central para reforzar el poder del tirano[1]. Artistas y músicos han figurado vergonzosamente entre los colaboradores. No obstante, desde que Hitler ascendió al poder hace casi ochenta años, nadie ha examinado aún el papel desempeñado por un grupo tranquilo y no comprometido: los filósofos.

La filosofía es un icono de la cultura alemana. Goza de una preeminencia en la herencia de la nación, como la que disfruta la constitución legal de los norteamericanos. Los filósofos eran celebridades. Lo que ellos hicieron, cómo actuaron y qué ideas promocionaron, ha ejercido una poderosa influencia en la imaginación alemana. Sin embargo, mientras que la mayoría de las celebridades son mundanas, se ha considerado que los filósofos son generalmente, por contraste, de otro mundo, como monjes preocupados por el ámbito de lo etéreo. Perdidos en ideas abstractas, viviendo aparentemente en una torre de marfil, se considera que trascienden el egoísta interés ordinario. Y ciertamente trascienden la crueldad. Pero ¿se mantuvieron siempre por encima de la motivación sórdida? Para responder a esta pregunta contamos la historia de los filósofos de Hitler.

Al hablar de «Los filósofos de Hitler» nos referimos al grupo de pensadores que rodearon a Hitler antes, durante y después del Holocausto. Incluye influencias involuntarias y colaboradores, así como consideramos también tanto a los académicos judíos como a los adversarios de Hitler. Este grupo de pensadores pertenecía a una tradición que tenía sus orígenes en las profundidades de la cultura alemana. De Kant a Nietzsche, de Alfred Bäumler a Martin Heidegger, de Hannah Arendt a Walter Benjamin, todos estos filósofos debatieron las mismas ideas[2]. Muchas de sus vidas estuvieron interconectadas —eran estudiantes, profesores, colegas, amigos e incluso amantes—.

Nuestra historia empieza configurando el escenario: la ciudad de Berlín en la década de 1930. En el primer capítulo introducimos al propio Hitler. Hitler dio por sentado el estatus de la filosofía y su egotismo sobre esta materia fructificó en la fantasía de que él mismo era un gran pensador. De hecho llegó a considerarse a sí mismo como «Filósofo Führer». Con este fin escribió *Mi lucha,* un libro en el que resumió sus atroces creencias. Aunque lo hizo de forma vulgar, Hitler citó a los padres fundadores de la tradición alemana, tales como Immanuel Kant y Arthur Schopenhauer. Profesó adoración por Friedrich Nietzsche y simpatizaba con las interpretaciones alemanas de Charles Darwin. En sus últimos años, Hitler dejaría de alternar con los formidables intelectuales alemanes para hacerlo con sus generales. Encontró además hebras de antisemitismo en la filosofía alemana y usurpó ideas sobre la raza, la fuerza y la guerra para legitimar su proyecto.

El segundo capítulo desentierra las citadas influencias recibidas por Hitler, presentando las ideas y las vidas de Kant, Nietzsche y los seguidores alemanes de Darwin. Las dotes intelectuales de estos hombres eran grandes. Pero ¿qué es lo que los hizo tan atractivos para Hitler?

Los filósofos alemanes del pasado no tuvieron posibilidad de elección en lo que a la usurpación de su legado por parte de Hitler se refiere, pero ese no fue el caso de los que vivieron en la era del Tercer Reich. En el capítulo 3 nos ocupamos de los colaboradores,

hombres ambiciosos, que compitieron en la tarea de suministrar un manto de respetabilidad al gangsterismo nazi. Cristianos, eugenistas y filósofos idealistas, todos ellos intervinieron en la difusión de parte de la más perversa propaganda jamás difundida en el territorio europeo. Cosechando las recompensas de una colaboración rentable y ocupando los puestos más prestigiosos en las más importantes universidades de Alemania, pintamos los retratos de oscuros pensadores como Baumler y Krieck y de otros famosos como Schmitt y Heidegger. ¿De qué trasfondos provenían, cuáles fueron sus historias personales y por qué se adhirieron al racismo y a la guerra? En el capítulo 4 contamos la historia de Carl Schmitt, que redactó la constitución legal de los nazis y ganó fama y fortuna como legislador de Hitler. En el capítulo 5 leemos cómo Martin Heidegger ofreció una fuente de justificación al nacionalismo de Hitler y jamás hizo el menor movimiento para distanciarse de su admiración por la autoridad de las leyes del Tercer Reich.

En la segunda parte de *Los filósofos de Hitler* analizamos las vidas de las víctimas judías y de los adversarios intelectuales. Todos perdieron sus carreras y fueron encerrados, forzados al exilio o asesinados. Walter Benjamin, cuya vida terminó en tragedia, es tratado en el capítulo 6. En el capítulo 7 vemos cómo afectó todo aquello a Adorno, que vivió gran parte de su vida como refugiado. ¿De qué manera su experiencia de ser un judío bajo Hitler configuró su obra y generó algunas de las más profundas visiones de la sociedad moderna? Hannah Arendt, estudiante y amante de Heidegger, es una figura controvertida y el tema del capítulo 8. Contamos su historia, cómo escapó de un campo de internamiento y su huida a través de Europa. ¿Cómo pudo una judía mostrar su devoción de por vida a la causa de su pueblo a la vez que su amor por un nazi? Y en el capítulo 9 damos cuenta de Kurt Huber, miembro de la Rosa Blanca y mártir, un adversario conservador que fue ejecutado por los nazis.

La unidad de la comunidad filosófica alemana fue destruida por la emergencia del Tercer Reich. ¿Qué ocurrió en el periodo siguiente? ¿Se hizo justicia? Nuestro relato concluye con los juicios de Núremberg, examinando si algunos filósofos fueron enjuiciados y si

las universidades alemanas fueron purgadas de nazis después de 1945. Nos enfrentamos, además, con los filósofos de Hitler hoy. Su impacto en el mundo ha sido enorme. Como ha sucedido con Marx y Freud, muchas de sus ideas se han integrado en el lenguaje cotidiano. Pero ¿quién sabe qué palabras han emanado de los judíos ejecutados y cuáles de sus perseguidores nazis?

Nuestra historia termina siguiendo las vidas de los filósofos de Hitler en lo que se refiere a su legado cultural.

Finalmente, merece la pena decir algunas palabras sobre el estilo literario de *Los filósofos de Hitler*. El libro está escrito como un docudrama, que trae al presente la era histórica y los dramas personales de la gente implicada. Es una obra de no ficción, cuidadosamente investigada sobre la base de material de archivos, cartas, fotografías, pinturas, informes y descripciones verbales, que han sido en todo caso meticulosamente referenciados. Pero está escrita en un estilo narrativo que pretende transportar al lector al vívido y peligroso mundo de la Alemania de la década de 1930.

---

1 Véase, por ejemplo, el contundente y erudito tratamiento de J. Cornwell, 2000.

2 Kant vivió antes de que llegara a formarse Alemania como estado nacional en Prusia, pero es comúnmente considerado como filósofo «alemán».

Parte I

CAPÍTULO PRIMERO

Hitler: el «genial cocktelero»

En los primeros años de la década de 1940, los bombardeos llevados a cabo buscaban la venganza sobre las tierras del Rin, aplastando las magníficas ciudades de Alemania y desplegando a gran escala el escenario de un desastre bíblico. El silencioso murmullo de mil aviones lejanos contrastaba abisalmente con la magnitud de la devastación que causaron: Colonia, Berlín, Fráncfort, Múnich, Friburgo y los Alpes bávaros fueron sistemáticamente sometidos al letal castigo de las bombas, y la civilización germana quedó destruida.

Dos décadas antes, en 1923, en una silenciosa calle de Múnich, la sureña ciudad alemana, un hombre había evocado un desastre parecido. «No importa que un par de docenas de nuestras ciudades renanas fuesen pasto de las llamas. Cien mil muertos nada significarían si con ello se asegurase el futuro de Alemania»[3]. El hombre que así deseaba la guerra tenía un aspecto bastante ordinario, vestía con manifiesto desaliño y deambulaba con austero semblante por el gris pavimento de una calle bañada por el último sol del verano. Por aquel entonces no era más que un simple político de provincias que alimentaba fantasías extremistas. Adoraba el fuego. Le encantaba su potencia destructiva, su refulgente luminosidad, su asfixiante humo y su capacidad de consumir en segundos lo que tardó siglos en formarse. Era un hombre impaciente, con una pasión por lo inmediato y lo dramático. Estaba harto de los políticos tradicionales, con su parloteo interminable y sus tímidas vacilaciones.

El hombre que sustentaba semejante visión apocalíptica tenía treinta y cinco años y discutía sus ideas, estirando las piernas por las pacíficas avenidas de Múnich, con su amigo Ernst Hanfstaengl, un

cultivado hombre de negocios germano perteneciente a la alta sociedad[4]. La ciudad estaba en calma, la luz del sol se reflejaba en la blancura del neobarroco Palacio de Justicia y surcaba el espacio llano que circundaba la plaza, antes de ponerse a danzar en las tibias fachadas, coloreadas de ocre, de otros edificios monumentales góticos y neogóticos[5]. Los distintos parques municipales invitaban a los viandantes a internarse en ellos, a recorrerlos vislumbrando ocasionalmente otras calles de la ciudad, en las que podían verse cestas o macetas con flores y plantas propias del verano. El trepidar de un tranvía lejano, el callado repiqueteo del bastón de un transeúnte, eran los únicos sonidos que acompañaban al murmullo de las voces de ambos amigos, enfrascados en su conversación. Tras reiterar sus belicosas fantasías concluyendo que «Alemania será una potencia mundial o no habrá Alemania»[6], el político volvió a reflexionar sobre una película que los dos amigos habían visto juntos recientemente. Él había disfrutado del film y discutía ahora, entusiasmado, sus características principales. *Fredericus Rex* (Federico el Grande) se había estado exhibiendo en el cine de la Sendlinger Tor Platz en Múnich durante todo el verano. El político rememoró su escena favorita, cuando el anciano rey amenaza con decapitar al príncipe heredero. «Ese momento es lo mejor de la película», declaró, y exclamó a continuación: «¡Qué clásico ejemplo de disciplina, cuando un padre se manifiesta dispuesto a condenar a muerte a su hijo!»[7], y el brillo del regocijo resplandeció en sus ojos mientras sumaba, internamente, a la idea de una Renania en llamas la fantasía de una autoridad que imparte brutales castigos. Creía firmemente que la capacidad de causar enormes sufrimientos sin estremecerse era la última prueba de fuerza, y sentenció: «Los grandes actos requieren medidas severas». Hanfstaengl, sin embargo, parecía estar nervioso —deambulaban por la espaciosa calle y acababan de dejar atrás el monumento a Friedrich Schiller en la democrática Alemania de Weimar, respetuosa con la ley[8].

Varios meses después, en noviembre de 1923, ese político fue arrestado por la policía de Weimar. Frustrado por el lento fluir del debate regional, había irrumpido pistola en mano en una reunión

celebrada en el local de una cervecería de las afueras de Múnich, demandando acción. Dispuesto a incendiar el edificio entero con todos sus inquilinos, había sido buscado y detenido. Ahora estaba a merced de la ley que había tratado de violar.

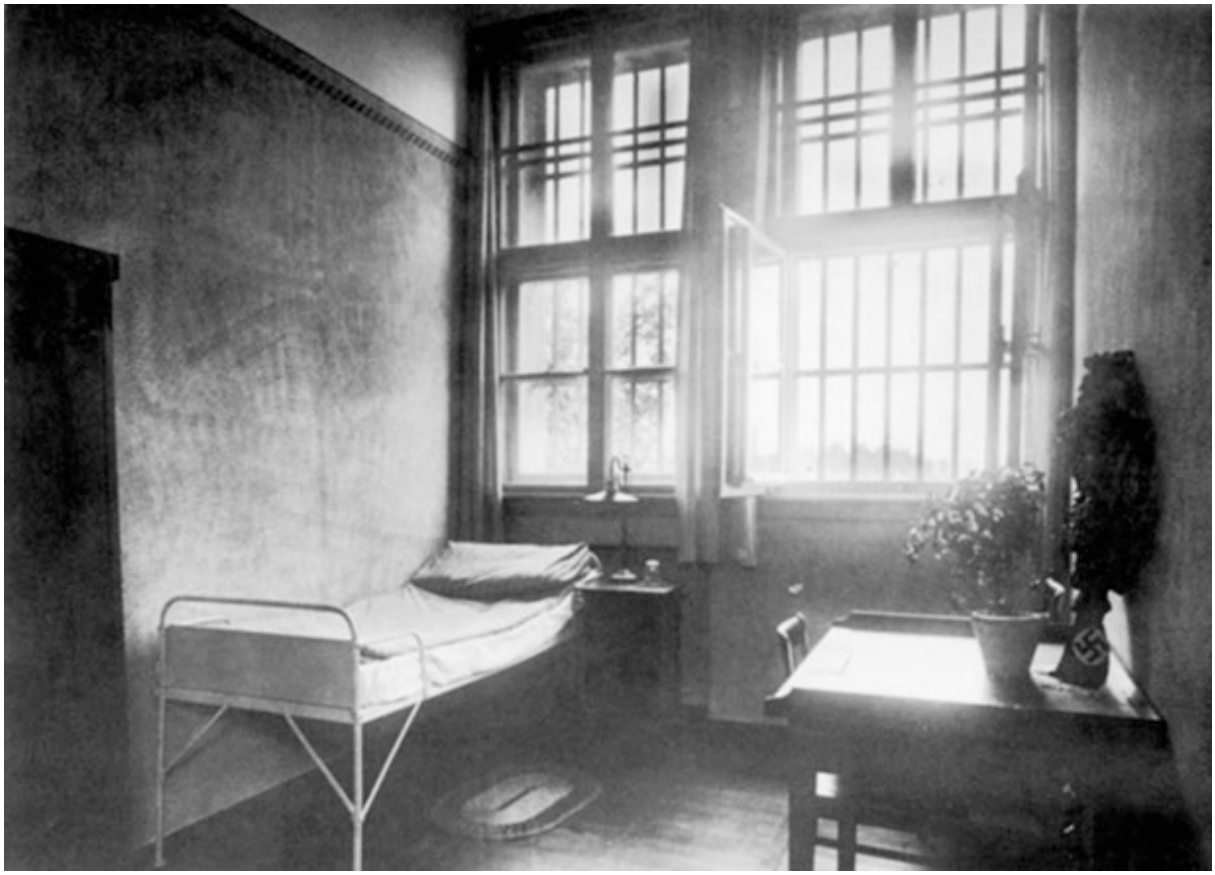
Aquel político era, por supuesto, Adolf Hitler. En la primavera de 1924, sentenciado y condenado por alta traición a la vista de sus radicales demandas políticas en nombre del nacionalsocialismo, se hallaba encarcelado en la Fortaleza Landsberg, un establecimiento penal en Landsberg am Lech, al suroeste del estado alemán de Baviera.

Vista desde fuera, Landsberg era una edificación típicamente bávara, con paredes de ladrillo de color marrón, enmarcadas por torretas curvas con cúpulas de color ópalo. Las tres plantas visibles del exterior se comunicaban con el mundo a través de unas ventanas de vidrio emplomado con cruces diagonales. Cálidas tejas rojas coronaban la construcción conectando la torrecilla abombada con el techo plano inclinado. La entrada era acogedora con un arco ancho y alto; el diseño tenía en general un aire casero, aunque algo desproporcionado por su gran tamaño[9].

La celda número 7 era la habitación de Hitler[10]. Sus ventanas eran altas y amplias, y se extendían a lo largo de las dos paredes. Tenían el marco de madera y estaban bloqueadas; una rejilla metálica mantenía alejado al preso del exterior y reflejaba sombras en las paredes que creaban líneas simétricas en el suelo. Una ventana se abría frente a un muro mientras la otra estaba enmarcada por las ramas de un árbol escaso. Más allá se divisaba un espléndido paisaje campestre con espesos bosques de robles y colinas revestidas de abetos. En un rincón había una estrecha cama metálica pintada de blanco, sobre la cual había un delgado colchón; y un par de pies más allá descansaba contra la otra pared un modesto escritorio de color oscuro acompañado de una pequeña silla. Un amplio espejo pendía de la pared, y el mobiliario en su conjunto daba más la apariencia de una habitación estudiantil que la de una celda espartana[11].

Un funcionario describió la apariencia de Hitler de una manera que no halagaría seguramente al hombre así descrito ni tampoco cuadraba mucho con el grado de popularidad del que ese hombre disfrutaba en prisión:

> Hitler no es físicamente atractivo. Todo el mundo sabe que [...]en el Partido y entre sus admiradores circulan historias que aluden a sus profundos ojos azules... Pero esos ojos no son ni profundos ni azules. Su expresión mira fijamente o parece muerta, y carece de la brillantez y el destello de la verdadera animación. El timbre de su voz severa y poco común es repelente para un alemán del norte. El tono es potente, pero forzado como si su nariz estuviera tapada. De modo que su voz, gutural y amenazadora [...] expresa tormento [...]
>
> Hay algo peculiar en la magia que puede ejercer una personalidad. He descubierto en mí mismo y en otros que uno sucumbe a tal magia solo si desea sucumbir a ella. Y he observado que Hitler ejerce una fuerte impresión en personas muy sugestionables o algo afeminadas o acostumbradas por su educación y procedencia social a formalismos y al culto a la personalidad. Una frente hundida, con el pelo lacio que cae sobre ella, corta e insignificante estatura, débiles y poco garbosas piernas; una boca que nada expresa bajo el breve cepillo del bigote: tales son los rasgos externos de este hombre. Su único encanto reside quizá en sus manos, expresivas y sorprendentemente bien formadas[12].



La habitación de Adolf Hitler en Landsberg, 1923. Getty Images, fotografía, 24 de agosto de 1923.

En la cárcel, Hitler fue forzado temporalmente a reprimir sus fantasías de destrucción y a llevar una existencia propia de su nuevo entorno. De pie, en la sombra oscura detrás de la ventana, permanecería con la mirada fija hacia el lado suroeste de Alemania, con sus ojos acerados y en la posición firme de un soldado. Su mirada no contemplaría el paisaje, sino a sí mismo. Entonces, con su brazo derecho apoyado en el alféizar, giraría su espalda hacia la ventana y se inclinaría contra la pared decolorada y burdamente enyesada[13]. Se compararía con un retrato pintado por Rembrandt, recordándose a sí mismo que aunque «Rembrandt pintó el barrio judío, era en el fondo un verdadero ario»[14]. De esta manera, perfeccionando la idea del retrato *Hombre con yelmo dorado,* atraparía su imagen en el espejo y reflexionaría con aprobación: «He aquí algo único. Contemplad esa expresión heroica y de soldado»[15].

La celda que ocupaba en la prisión contrastaba llamativamente con las de los demás internos en Landsberg. Mientras la del común de los presos era un cuarto desnudo, la de Hitler estaba atiborrada de obsequios. De hecho, un visitante comentó que aquello «no parecía tanto una celda [...] como un bazar de *delicatesen* [...] Con todas las cosas que allí se apilaban se podría abrir una floristería, una frutería y una taberna». La gente le enviaba regalos desde todos los rincones de Alemania y Hitler había engordado visiblemente ingiriendo aquellos manjares. Por otra parte, los carceleros le habían otorgado un trato preferencial, consintiéndole esa libertad de recibir obsequios en su celda, y él a cambio podría decir, por ejemplo, «llévale a casa a tu mujer esta caja de bombones». «El ascendiente que ganó sobre los funcionarios y guardianes en Landsberg era realmente extraordinario. Los carceleros solían decir *Heil Hitler* cuando entraban en su celda»[16].

¿Cómo pasaba Hitler el tiempo en la prisión de Landsberg? Había engatusado a los guardianes, pero aún lo invadía un creciente sentimiento de frustración por lo que consideraba el desaprovechamiento de su genio político. Pasaba largas horas vociferando contra los políticos y enardeciendo a sus compañeros de prisión. ¿Cuánto tiempo iban a seguir reteniéndolo los imbéciles que gobernaban el país? Los tempestuosos arrebatos de Hitler cederían gradualmente para alternar con periodos de calma, en los que recuperaría la compostura y la fe en su propia autoridad, dedicando entonces su tiempo a atender visitas y responder a la correspondencia. Algunas de sus cartas eran personales o domésticas, y en ellas agradecía a amigos y simpatizantes sus muchos regalos. Por ejemplo:

Landsberg sobre el Lech, 1 de octubre de 1924.

Querida Frau Deutschenbauer:

Hace unos días Frau Reichart tuvo la amabilidad de traerme el pastel de ciruela cocinado por usted. Fue un breve recuerdo del momento que pasé cerca de usted cuando era soldado, y también una señal de que usted no me ha olvidado. Acepte, se lo ruego, mi cordial agradecimiento por esta atención.

Con mis más cariñosos saludos para usted y su marido,
quedo,
sinceramente suyo,
Adolf Hitler[17].

En otras cartas daba consejos y acuñaba eslóganes y lemas.

Landsberg sobre el Lech, 10 de abril de 1924.

Al Grupo Hetzendorf
Sinceras gracias por su confianza.
¡Nuestra lucha necesita y quiere terminar en victoria!
¡Con un *Heil* alemán!
Adolf Hitler[18].

Hitler también se cuidó de presentarse a sí mismo ante miembros importantes con un estilo autoritario:

Landsberg sobre el Lech, 20 de octubre de 24.

Alianza de Defensa Patriótica, Comandante de Distrito Freystadt, Austria Superior, A la Atención de W. Hollitscher, Comandante de Distrito

Querido señor Comandante de Distrito:
Hace unos días recibí, estimado Comandante de Distrito Freystadt, su notificación de la presentación de colores a la Alianza de Defensa Patriótica. ¿Querría usted recibir mis tardías felicitaciones por este motivo y, también, mi sincero agradecimiento por las promesas de lealtad que me transmite? En adelante solo tengo un deseo: que pueda llegar pronto el día en que mi patria primera se incorpore a la gloriosa corona de estados alemanes, a una Gran Alemania unida.
Con un saludo alemán,
sinceramente suyo,
Adolf Hitler[19].

Atender puntualmente a su correspondencia no fue, sin embargo, la única tarea de Hitler durante el encarcelamiento. Más tarde afirmó que el tiempo pasado en Landsberg vino a ser, como él dijo, su «universidad pagada por el estado»[20]. A decir verdad, «los largos

días de forzosa ociosidad en Landsberg fueron ideales para la lectura y la reflexión»[21]. Hitler decidió leer una fabulosa cantidad de literatura y se embarcó además en un proyecto por el que creía poder demostrar al mundo su inmensa superioridad mental.

Aunque él se consideraba ante todo un hombre de acción, creyó que no carecía de otros talentos, y al impedirle unos estúpidos cumplir su destino en el mundo exterior, se volvería, por consiguiente, hacia el interior. Su misión era construir una obra maestra, su *magnum opus*. Después de todo, eso es lo que hizo su gran héroe del siglo XVIII, el filósofo Friedrich Schiller. Hitler se hizo con una vieja máquina de escribir que le habían prestado los guardianes y se inclinó sobre su escritorio. Sus manos empezaron a temblar sobre las teclas al martillear sobre ellas con saña su proyecto[22], su «brazo izquierdo y su pierna izquierda se mantuvieron temblorosas [y] el movimiento de su antebrazo era limitado»[23].

Hitler encontró la más fiel de las audiencias en su diputado Rudolf Hess. Hess había sido condenado, juntamente con Hitler, por alta traición. Era el favorito de Hitler y lo acompañó día tras día en su celda carcelaria. Hombre de inquieto carácter, tenía la «costumbre de hacer payasadas con la silla que le servía de asiento. Se sentaba en ella de absurdas maneras, se la pasaba por debajo de las piernas, descansaba en su respaldo, o la hacía girar sobre una de sus patas, como un acróbata aficionado que quisiera lucirse», según comentó un visitante[24]. Hess no podía soportar que Hitler fuese atendido por otro que no fuera él mismo, porque no solo se consideraba discípulo de tan gran político, sino también su tutor —había estudiado geopolítica y las doctrinas del territorio y el poder[25]. Hablaba utilizando frases estereotipadas: «debemos aprender a ser más brutales en nuestros métodos. Ésa es la única manera de tratar a nuestros enemigos». Adoraba la palabra «brutal, que en alemán se pronuncia con una "r" vibrante y poniendo igual énfasis en ambas sílabas. También Hitler parecía sentir deleite al escucharla»[26].

Con Hess pendiente de cada una de sus palabras, Hitler dio rienda suelta a sus ideas políticas y se percató de su potencia oratoria. Fuese alta o baja la marea de sus humores, él tenía

siempre la conciencia de encontrarse frente a un auditorio, seguro de la importancia de sus ideas y con la certeza de que éstas habían de impresionarle a una fidelísima, aunque imaginaria, masa de seres humanos.

El volumen que Hitler estaba escribiendo en su celda carcelaria, implantada en el corazón de los bosques bávaros, tuvo primero por título *Cuatro años y medio (de lucha) contra las mentiras, la estupidez y la cobardía,* pero en realidad se trataba del famosísimo libro que más tarde se titularía, más sencillamente, *Mein Kampf (Mi lucha).* En él Hitler expuso y justificó sus varios prejuicios y pergeñó una idea general de los orígenes de la causa nacionalsocialista. También habló de sí mismo y presentó una imagen idealizada de su propia vida y su trasfondo. Empezó con un primer volumen (subtitulado «Un cálculo»), que empezaba a su vez con el capítulo «En la casa de mis padres»[27].

Hitler había nacido el 20 de abril de 1889 en Gasthof zum Pommer, una aldea en la municipalidad de Braunau am Inn, Austrohungría. «Hoy», comentó:

> me parece providencial que el destino haya escogido Braunau am Inn como mi lugar de nacimiento [...] Pues este pequeño pueblo está situado en la frontera entre dos estados federales alemanes, y para nosotros, al menos para los hombres de la generación más joven, es nuestra tarea reunirlos por todos los medios a nuestra disposición. La alemana Austria debe retornar a la gran madre patria alemana [...][28].

Su infancia había sido desdichada. Su padre, Alois Hitler, oficial de aduanas, lo había educado en la violencia desde una edad temprana —las frecuentes palizas habían dejado en él una marca indeleble. Esto, sin embargo, fue omitido en su relato. En lugar de ello, Hitler prefirió insistir en el tema de sus raíces supuestamente alemanas: «En este diminuto pueblo sobre el Inn, dorado por los rayos del martirio alemán, bávaro *por la sangre,* técnicamente austríaco, vivieron mis padres»[29]. Describió a su madre diciendo que «entregó todo su ser a la familia», mientras que se limitó a referirse a su brutal padre como un «cumplidor funcionario». En lugar de admitir

la intimidación paterna habló tan solo de «un anciano caballero», mencionando de paso que «poco queda en mi memoria de este periodo»[30]. En su observación de otras personas, sin embargo, Hitler tenía la visión, algo más íntima, de un padre que «vuelve a casa el domingo o incluso el lunes por la noche, borracho y brutal [...] [y en] [...]tales escenarios suele suceder que Dios tiene piedad»[31].

Pero la fuerza es el resultado de la brutalidad, y de eso Hitler estaba convencido. En años posteriores escribió:

> ¿No ha visto usted alguna vez cómo paga la gente por presenciar una reyerta callejera? *La brutalidad es respetada*. La brutalidad y la fuerza física. El hombre corriente no respeta en la calle nada más que la fuerza bruta. Y la crueldad —y en lo que a esto se refiere, también las mujeres, las mujeres y los niños—. La gente necesita absolutamente el miedo. Desea tenerle miedo a algo. Desean que alguien les asuste y les haga temblorosamente sumisos. ¿No ha visto usted una y otra vez que después de «combates de boxeo» los vencidos son los primeros en afiliarse como nuevos miembros al partido? ¿A qué viene tanto parlotear sobre la brutalidad y tanto indignarse por las torturas? Eso es lo que las masas desean. Desean algo que les dé la emoción del horror[32].

Incluso desde su juventud creyó Hitler que la violencia era constructiva. Siempre pensó que era una fuerza nutricia para el desarrollo de los rasgos positivos del carácter: «Creo que ya entonces mi talento oratorio se fue desarrollando en forma de argumentaciones más o menos violentas»[33].

Hitler se felicitó a sí mismo por haber superado sus circunstancias, pues la austeridad lo fortaleció. La vida había sido dura hasta el punto de que un hombre más débil podría haber sucumbido, pero él había salido adelante en su primera prueba. Hizo una pausa y, mientras paseaba la mirada por su celda, lo agobiaron por un instante los recuerdos de la injusticia. La amargura creció en su garganta al hacer memoria de cuantos habían dejado de reconocer su grandeza en sus años tempranos —una cosa era superar la prueba de la privación y otra totalmente distinta soportar

ser ignorado—. En los pueblos austríacos y alemanes de Passau, Lambach, Leonding y Linz, como alumno de la escuela primaria, las cosas no habían sido tan malas. Al principio sus talentos habían sido reconocidos —su escuela le había otorgado excelentes notas—. Fue después, en su primer año de escuela secundaria *(Realschule)* en Linz, cuando lo rechazaron. Siendo, sin embargo, como él creía serlo, superior a ellos en perspicacia, decidió a la edad de dieciséis años que los «plumíferos» que moldeaban la educación no podían explicar un caso tan singular como el suyo, así que se quitó de en medio sin obtener el grado.

Desde 1905 Hitler había vivido en Viena llevando una vida bohemia y subsistiendo a base del apoyo de su devota madre (que había enviudado en 1903)[34]. Fue rechazado dos veces por la Academia de Bellas Artes, que alegó su «ineptitud para la pintura», si bien reconociendo, en cambio, sus habilidades en el campo de la arquitectura. Él admitió la perspicacia de aquellas autoridades al reconocer su talento arquitectónico, pero quedó resentido por la filistea ceguera de las mismas, que no supieron apreciar su genio visual[35].

Recuperándose de un momentáneo acceso de rabia, Hitler continuó tecleando la historia de su vida y pasó a considerar un tema más grato: el orgullo nacional. Aquí cambió miradas orgullosas y perspicaces con Hess. En alguna ocasión durante su adolescencia había leído un libro de su padre sobre la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871. Aquella lectura lo indujo a preguntarse por qué su padre y los demás ciudadanos austríaco-alemanes no lucharon durante esa guerra en defensa de los pueblos alemanes. Pero sin abandonar por un solo instante sus propósitos de actuar ante un auditorio, omitió en su libro *Mein Kampf* el hecho de que su padre jamás combatió por los alemanes, llegando al extremo de atribuir su conversión nacionalista a su propio padre —a pesar de la ausencia en este de tal devoción—.

Hitler reinventó a su padre adjudicándole la idealizada imagen del campesino bávaro: duro, resuelto, trabajador, simple y orgulloso. Así escribió:

> Cuando finalmente se jubiló, a la edad de cincuenta y seis años, no pudiendo soportar el hecho de malgastar un solo día de su retiro en el ocio, se compró una granja que cultivó por sí mismo, retornando de esta manera, tras una vida larga e industriosa, a los orígenes de sus antepasados[36].

Aunque es verdad que el padre de Hitler compró una granja, pronto la volvió a vender, pues era demasiado grande para que él solo la pudiera cultivar; en su lugar compró una casa urbana en Leonding en Linz, cuyo único aspecto más o menos significativo es que tenía un gran jardín. Haciendo caso omiso de estos hechos escasamente convenientes, Hitler continuó idolizando su supuestamente «folclórica» herencia paterna. Así se inventó Hitler una identidad de la que podía estar orgulloso: ya no era un austríaco foráneo, sino un ferviente nacionalista alemán con genuinas raíces folclóricas.

Otra prueba del nacionalismo de Hitler fue la descripción de sí mismo durante la Primera Guerra Mundial. Se las arregló para inscribirse y servir no a Austria, sino al 16 Regimiento de Infantería de reserva bávaro. Recordando el pasado de estos años en su celda, se jactó ante Hess y se frotaron las manos juntos llenos de autosatisfacción.

El libro *Mein Kampf* no fue concebido, sin embargo, como una mera autobiografía, sino como un vehículo para promocionar las ideas políticas de Hitler. De nuevo podemos imaginarlo en su celda ante el espejo y describiendo su propio encanto majestuoso: cómo había empezado y atraído a seguidores de lo que creía ser su oratoria imperiosa. En sus obras dio una idea general de sus habilidades para influir en las personas, ganar la obediencia masiva, inventar la estrategia militar para el crecimiento de Alemania y, no hace falta decirlo, un programa de eliminación de todos aquellos a quienes consideraba inferiores. Blanco de sus ataques fueron los socialdemócratas, los liberales, los monárquicos reaccionarios, los capitalistas, los comunistas y los judíos.

Desde el principio, la política nacionalsocialista de Hitler dibujó el retrato de un enemigo, que pronto sería declarado con estas

palabras:

> El movimiento nacionalsocialista ha de cumplir la más ardua de las tareas. Debe abrirles los ojos a nuestros ciudadanos sobre el problema de los países extranjeros y debe recordarles una y otra vez cuál es el verdadero enemigo de nuestro mundo actual. En lugar de dirigir su odio contra otros arios [...] con quienes nos une el vínculo de una sangre común [...] debe conjurar la ira eterna sobre la cabeza del enemigo horrible de la humanidad, que es el verdadero causante de nuestros sufrimientos[37].

Estas palabras se referían, obviamente, a los judíos. En su afán de proyectar sobre el mundo la miseria emotiva y moral de su claustrofóbica y violenta vida de familia, Hitler encontraría en ese pueblo el chivo expiatorio sobre el que poder descargar su insoportable tensión.

Desde su celda carcelaria narró Hitler cómo se había consolidado con renovado vigor su carrera política; su nacionalismo y su rechazo de los judíos fueron gratamente recibidos por oleadas de fervorosos alemanes. Tras abundante discusión interna, el día 29 de julio de 1921 se hizo realidad su anhelado sueño, al asumir la jefatura del partido nacionalsocialista. Mientras se recreaba en su éxito, advirtió que el periodo de Landsberg fue el primero de su vida en que llegó a ser de uso público el apelativo de «Führer». La eventualidad de poder poner en marcha la enorme ambición de ostentar ese título lo llenaba de orgullo.

Cavilando sobre cómo había llegado a ser un excelente orador, Hitler reparó en que desde los primeros años de la década de 1920 había tenido ocasión de dirigirse a grandes multitudes. Con especial placer recordaba su alocución del día 10 de abril de 1923 ante una audiencia de casi seis mil personas en Múnich:

> En la Biblia está escrito que «El que no es ni frío ni caliente estoy por vomitarlo de mi boca» (revelación 3, 16) [...] Hasta el día de hoy [...] la tibieza ha mantenido el curso de Alemania [...] Ninguna política económica es posible sin una espada y ninguna industrialización sin poder. Hoy no hay ya a nuestro alcance ninguna espada que empuñar —¿cómo podemos tener una economía próspera?[38].

Paseando la mirada por el circundante paisaje alemán, reimaginó el escenario. Reemplazó los árboles por hombres, y volvió a encontrarse ante un auditorio multitudinario. Desde la atalaya de la ventana de su celda, situada en el segundo piso del edificio, divisó una colosal masa humana. Los hombres que la componían saludaban con sus brazos extendidos en diagonal hacia él. Aquella masa semejaba la piel de un pescado, y la pálida carne de los brazos humanos parecía simular, como en un reflejo, las brillantes escamas que apuntaban simétricamente hacia el ojo de pez.

A pesar de su éxito, Hitler guardaba memoria de las frustraciones que tuvo que padecer en su lento ascenso al poder. Los consiguientes arrebatos de cólera y violencia habían obtenido como resultado su confinamiento, primero en la prisión de Stadelheim, Múnich, en1922. Luego, un año después, el 8 de noviembre de 1923, él y la *Sturmabteilung* (SA), la facción paramilitar del Partido Nazi, asaltaron una reunión pública dirigida por el Primer Ministro bávaro, Gustav Kahr, en el Bürgerbraukeller, una gran cervecería situada a las afueras de Múnich. Hitler declaró que había impuesto un nuevo gobierno con el exgeneral Erich Ludendorff, y exigido, a punta de pistola, el apoyo de Kahr y el establecimiento militar local para la destrucción del liderazgo de Berlín. Las fuerzas gubernamentales intervinieron y Hitler buscó refugio en la casa de Ernst Hanfstaengl e incluso contempló la perspectiva del suicidio. Fue arrestado por alta traición. Durante el juicio se le concedió un tiempo casi ilimitado para hablar y su popularidad ascendió a las alturas cuando proclamó a voz en grito sentimientos nacionalistas en su discurso de defensa:

> El ejército que hemos formado crece de día en día; y aun de hora en hora. Incluso tengo la orgullosa esperanza de que un día llegará la hora de que estas bandas sin entrenamiento *(wilde)* se conviertan en batallones, de que los batallones se conviertan en regimientos y los regimientos en divisiones, de que la vieja enseña se alce por encima del fango, de que los viejos estandartes vuelvan alguna vez a ondear ante nosotros: entonces tendrá lugar la conciliación ante el último y eterno Tribunal —el Tribunal de Dios— ante el cual estamos listos para ocupar nuestro puesto. Entonces resonará desde nuestros huesos, desde

> nuestras tumbas, la voz de ese Tribunal, que es el único que tiene derecho a emitir un fallo sobre nosotros. Porque, señores, no sois vosotros los que pronuncien sentencia sobre nosotros, es el eterno Tribunal de la Historia el que ha de pronunciarse sobre el cargo que nos corresponda. El juicio que vosotros emitáis pasará, bien lo sé. Pero ese eterno Tribunal no nos preguntará: «¿Habéis o no habéis cometido traición?». Ese Tribunal es el que nos juzgará a nosotros [...] a los alemanes que han deseado lo mejor para su pueblo y su patria, dispuestos a combatir y morir. Mil veces podréis vosotros declararnos culpables, pero la diosa que preside el Eterno Tribunal de la Historia pulverizará el cargo emitido por el Ministerio Público y el fallo de esta Corte. Porque nos declarará libres de culpa[39].

Después de este discurso aquella personalidad muniquesa se convirtió en una figura de fama nacional.

El día 1 de abril de 1924, Hitler fue condenado a cinco años de cárcel. Por entonces ignoraba, como hizo constar en sus memorias, que pronto sería perdonado, y para diciembre de 1924 sería puesto en libertad beneficiándose de una amnistía general para prisioneros políticos. Incluyendo el tiempo de prisión preventiva, aquello totalizaría poco más de un año de su vida.

Durante todo este año de cárcel continuó Hitler rememorando su vida y sus reivindicaciones políticas. Desde su escritorio en la prisión de Landsberg comunicó: «Hoy estoy convencido de que, básicamente y en general, todas las ideas creativas aparecen en nuestra juventud [...] Es este genio joven el que suministra los materiales de construcción y los planes para el futuro [...]»[40]. Abrigaba la convicción de que en *Mein Kampf* estaba dando curso al potente flujo creador que el destino hizo dimanar de su propio genio. Y parte de ese genio era, creía él, no solo la acción y la agitación política, sino también su capacidad de pensar. Desde Landsberg escribió: «En este periodo se perfilaron en mi interior una imagen del mundo y una filosofía que han llegado a ser el granítico cimiento de todos mis actos posteriores»[41].

Desde la ventana de su prisión, los ojos de Hitler se alimentaron del inmenso dosel de bosques que protagonizan el paisaje alemán del sur, mientras él concentraba sus pensamientos para que aquella

dimensión de la cultura fuese definitivamente alemana. Reflexionó en particular sobre los filósofos. Hitler daba por sentada la importancia de este tema: lo consideraba como la cima de las realizaciones culturales de la nación y opinaba que pensadores como Kant, Hegel y Nietzsche eran tan sagrados para los alemanes como Shakespeare y Dickens para los británicos, o Thomas Jefferson y Mark Twain para los americanos. «El respeto a los grandes hombres del pasado debe ser, una vez más, tallado a golpes de martillo en las mentes de nuestra juventud: debe ser su sagrada herencia»[42]. El ferviente deseo de Hitler de ser el más auténtico de todos los alemanes contribuyó a reforzar el profundo atractivo de estos iconos. Tuvo que incorporar el tema de la filosofía a su propia esfera y pronto asumió la fantasía de que él mismo era un gran pensador. De hecho, no tardó en considerarse a sí mismo como el «filósofo líder»[43].

En una nube de su imaginación, Hitler osó pensar en cómo había llegado a situarse por encima incluso de los más venerados genios de Alemania, porque había sabido respetar tanto el pensamiento como la acción. Y no tardaría en rumiar, en sus especulaciones, que las «mentes *insuficientemente educadas*» eran «hombres, atiborrados de conocimiento y de intelecto, privados de todo sano instinto y faltos de toda energía y toda audacia»[44]. Él no era, como esas «mentes *insuficientemente educadas»,* un filósofo puro, sino más bien, y por decirlo con sus propias palabras, «un gran teórico que era también un gran líder [...] porque liderar significa ser capaz de mover a las masas». Porque, en efecto, continuaría sentenciando, «la combinación de teórico, organizador y líder en una sola persona es la cosa más rara que puede encontrarse en esta tierra; y el resultado de semejante combinación es el gran hombre»[45].

Uno de los historiadores más eminentes del mundo, Ian Kershaw, supo encapsular la inmensa vanidad de Hitler en estas líneas:

> Hitler se autodescribió como un genio singular que combinaba las cualidades del «programador» y del «político». El «programador» de un movimiento era el teórico que no se preocupaba de las realidades prácticas, sino de la «verdad eterna», como habían hecho los grandes

líderes religiosos. La «grandeza» del «político» consistía en la exitosa aplicación de las ideas del «programador».

«En el curso de los largos periodos de la humanidad», escribió Hitler, «puede alguna vez suceder que el político esté maridado con el programador». Hitler pensaba en sí mismo y se propuso «objetivos que solo un mínimo de seres humanos sabría captar»[46].

La verdad es que en los últimos años de su currículo educativo, Hitler había sido considerado como un estudiante de talento singularmente escaso y había fracasado. Se le había descrito como un estudiante flojo y sin interés en el trabajo. Hitler era un «marginado» en una de las ciudades más elegantes de Europa. En 1905 era una ironía que Viena fuese el entorno que cobijase a un vagabundo. Con su oro reluciente y su campo de mármol, esta ciudad, grandiosamente opulenta, del antiguo Imperio de Habsburgo, era suntuosa y deslumbrante. El joven Adolf deambularía, miserablemente vestido, por entre aquella imponente arquitectura imperial, por las calles bordeadas de cafés elegantes y palacios reales, por las hermosas y arboladas avenidas. El canal del Danubio, el parque del Prater con sus caminos bordeados de castaños, el Palacio Schonbrunn, Karlskirche y el anillo del Boulevard, serían las sendas por donde discurrieron los tempranos fracasos de Hitler. Ahora, encarcelado por el ejercicio de la violencia, se deleitaba reinventando su propio pasado individual al igual que el pasado de su familia.

Hitler nos cuenta que «leyó [...] todo cuanto pudo conseguir que cayera en sus manos... Nietzsche, Houston Stewart Chamberlain... Marx...» (aunque se albergan serias dudas sobre la eficaz competencia de esta lectura)[47]. Afirmó haberse inspirado en las mentes alemanas más importantes de los siglos XVIII y XIX. «También afirmó haberse sumergido en la lectura», entre otras materias, «de la literatura teórica del marxismo», que, por supuesto, menospreció[48]. Se jactó de «haber conocido tempranamente en Viena la doctrina y la filosofía marxistas»[49]. Las criticaría en muchos discursos posteriores, como por ejemplo, en este pasaje: «Escindir la

nación en grupos con puntos de vista irreconciliables, sistemáticamente producidos por las falsas doctrinas marxistas, significa la destrucción de las bases de una posible vida común»[50].

Hitler idolizó también otras tradiciones. Nada sorprendente es que sus ideas estuviesen inspiradas por escritos racistas e ideológicos. Quedó particularmente impresionado por el erudito bíblico alemán Paul de Lagarde (1827-1891)[51]. En su ejemplar privado de los *Ensayos alemanes* de Lagarde, Hitler subrayó:

> A pesar de su deseo de que se les ponga en igualdad de condiciones con los alemanes, los judíos insisten constantemente en su condición extraña a la nuestra, y ello de la manera más obvia, a través del estilo de sus sinagogas. ¿Qué se supone que significa esto? Por un lado reclaman para ellos el honroso nombre de «alemán», mientras, por otro, formulan lo más sagrado que uno tiene en un estilo «moro», para que no se olvide que uno es semita, asiático, extranjero[52].

Entre otros autores a quienes Hitler valoró sobremanera figuraban Houston Stewart Chamberlain (1855-1927)[53] y Julius Langbehn (1851-1907). En su *Rembrandt como educador*[54], Langbehn celebró a Rembrandt como la perfección final del hombre ario. Y luego, combinando ideas del folclore germánico con el nacionalismo, Langbehn aclamó la noción de «sangre y suelo»[55]. El historiador de derechas Heinrich von Treitschke (1834-1896)[56] y Oswald Spengler (1880-1936) también fueron leídos vorazmente por Hitler[57] —había solicitado en préstamo ejemplares de Spengler en la derechista biblioteca del Instituto Nacionalsocialista de Múnich entre 1919 y 1921, antes incluso de su internamiento en la prisión de Landsberg.

La inclinación de Hitler a leer libros con voracidad había comenzado años antes de su encarcelamiento. En 1908, siendo un joven de dieciocho años, fue descrito por su amigo Augusto Kubizec como «constantemente sumergido en sus estudios [...] los libros eran su mundo». Aunque las evidencias aportadas por Kubizec no son del todo fiables, pues conviene no ignorar su afirmación de que «Hitler llegó a Viena con cuatro cajones llenos de libros. Había sido miembro de tres bibliotecas en Linz, y era ahora usuario regular de

la biblioteca Hof en Viena»[58]. Otro contemporáneo de Hitler escribió asimismo: «Tiene una biblioteca grande. Ama los libros; en especial los que están finamente editados y encuadernados. En su residencia de Múnich había paredes cubiertas de estanterías. La hermana de Hess, que era una artesana, encuadernó sus libros con sus propias manos»[59].

En el curso de su año de prisión en Landsberg, Hitler siguió con su ansia devoradora de libros. Entre sus volúmenes sólidamente encuadernados y ricamente ilustrados contaba con la obra de Hans F. K. Günther[60], *Tipología racial del pueblo alemán*[61], y J. F. Lehmann, un científico que publicaba obras racistas, llegó a ser uno de los autores que más material de lectura suministró a Hitler. Durante ese mismo periodo de su vida tomó prestada de Hess la noción asimilada de poder geopolítico. Esta noción derivaba de Sir Halford Mackinder, que hacía referencia a un «corazón [...] Baluarte del imperio del mundo» —es decir, todo aquello que Hitler después codiciaría—. También encendieron su imaginación las biografías de hombres de acción como Napoleón, Federico el Grande y Gengis Kan. Ninguna de estas lecturas —obras racistas y militaristas— tiene por qué sorprendernos —ni nadie se extrañaría por ello[62].

Pero lo que resultaba asombroso era la identificación de Hitler con los grandes filósofos alemanes. Él nos dice que en el curso de sus largos meses de prisión recorrió las páginas de Kant, Schiller, Schopenhauer, Nietzsche y Wagner, entre otros. Su amigo Kubizec afirmó posteriormente que Hitler había digerido una impresionante lista de autores clásicos —incluyendo a «Goethe, Schiller [...] Schopenhauer y Nietzsche»[63].

Al principio, durante el inicio de sus años de prisión, Hitler mantenía una relación ambivalente con los grandes pensadores de Alemania. No cabe duda de que debido a un subyacente complejo de inferioridad generado por la memoria de sus propios fallos académicos, estaría algo resentido con la «gente de la academia» y siempre les reprochó a los «gobernantes» de Alemania que «fuesen hombres *supereducados*»[64]. Por otra parte, él sostuvo que durante

su estancia en la penitenciaría «tenía un placer: mis libros»[65]. «Leí y estudié mucho»[66].

Hitler leyendo, Múnich, 1931. Bayerische Staatsbibliothek, Múnich/Fotoarchiv Hoffmann.

En toda aquella plétora de títulos, destacaba la fascinación por un filósofo en particular: el pensador ilustrado del siglo XVIII Immanuel Kant: «La completa refutación de las enseñanzas que fueron herencia del medievo y de la filosofía dogmática de la Iglesia es el más grande de los servicios que nos ha prestado Kant»[67].

Este reclamo fue seguido por otros. «Tal vez seamos ignorantes de los más preciados tesoros espirituales de la humanidad [...] En las partes del mundo en que vivimos, los judíos las habrían eliminado de inmediato [...] (pienso particularmente en) Kant»[68].

La importancia de la razón era algo que Hitler sostenía que le había inspirado Kant. En las páginas centrales de un posterior discurso de campaña electoral podemos leer las siguientes palabras:

> Hay muchos que dicen que la razón no es el factor decisivo, sino que hay que considerar otros imponderables. Creo que no puede haber nada de valor que no se base en última instancia en la razón. Me niego a creer que en el arte de gobernar debiera uno considerar correcto cualquier punto de vista que no esté anclado en la *razón* [...][69].

Las exclamaciones de Hitler eran superficiales y propias de un aficionado, pero él alegó tener gran experiencia y se sentía altamente cualificado para pontificar. Si leyó a Kant con alguna seriedad en su celda de Landsberg es algo que nadie sabrá nunca con certeza. Pues, si tenemos en cuenta los comentarios de un antiguo correligionario, Hitler «ha sido un bohemio toda su vida. Se levanta tarde. Puede pasar días enteros holgazaneando y dormitando. Odia tener que leer con concentración. Rara vez lee completamente un libro; por lo general, solamente lo empieza»[70].

Junto a Kant, el filósofo y dramaturgo Friedrich Schiller era otro gran favorito a quien Hitler gustaba citar. Antes incluso de la unificación de los estados alemanes en 1871, Schiller era más popular que Goethe porque su obra apoyó la unión alemana. A decir verdad, Schiller estaba destinado a que lo admirasen no solo Hitler, sino todos los nazis porque era un gran patriota y nacionalista alemán. Hitler bromearía cariñosamente, «¡Nuestro Schiller no encontró nada mejor que hacer que glorificar a un arquero suizo!»[71] —aludiendo a *Guillermo Tell,* la obra más famosa de Schiller, que ensalzó el nacionalismo suizo—. Hitler proclamó su amor por la filosofía de Schiller. Y como observó uno de sus más íntimos amigos, «prefiere al dramático revolucionario Schiller que al olímpico y pensativo Goethe»[72]. Hitler explicó su preferencia así: «La casa de Goethe da la impresión de una cosa muerta. Y uno comprende que en la habitación donde murió tuviera que pedir luz —siempre más luz—». Mientras que «la casa de Schiller todavía nos conmueve por la imagen que da de la penuria en que vivió el poeta»[73]. De hecho,

años después pasaría Schiller a convertirse en el genio favorito de los generales nazis, que utilizarían sus obras dramáticas como fuente de inspiración para poner apodos. Por ejemplo, uno de los amigos más íntimos de Hitler recordaría: «Hasta Goering empezó a llamarme el "*Questenberg* del campamento", una frase por él ideada en 1923, que hacía referencia al personaje del *Wallenstein* de Schiller»[74].

«El hombre fuerte es más fuerte a solas». Esta cita familiar del *Guillermo Tell* de Schiller (acto I, escena III) le sirvió a Hitler de título para el capítulo 8, volumen 2, del *Mein Kampf,* al que también sirvió de lema durante sus años posteriores como *Führer*. Durante la Segunda Guerra Mundial, el monumento a Schiller y Goethe en Weimar era tan apreciado que Hitler lo protegió durante los bombardeos de los aliados. Pero al lado de Schiller y otras obras de noble factura, es sabido que Hitler poseía «en el cajón de su mesa de cabecera... literatura de un carácter menos respetable»[75].

La tarea mecanográfica de Hitler formaba parte de la diaria rutina de la prisión. Él y Hess solo la interrumpían para hacer regularmente sus ejercicios en el jardín de la prisión con otros internos. Y la comida era ciertamente mejor que las gachas del ejército o los escasos bocados de los que solía alimentarse Hitler en sus años bohemios de Viena. Por las tardes, Hitler se entretenía suministrándoles ideas a otros internos, siempre con Hess junto a él, absorbiendo cada palabra y cada ademán. Si los guardianes le habían prestado una máquina de escribir a Hitler, simpatizantes externos añadieron a esta generosidad la de proporcionarle la tinta y el papel que necesitara. Los comprensivos guardianes le permitían seguir leyendo bien entrada la noche, mucho tiempo después de la hora de acostarse, y quedarse levantado hasta tarde hablando con Hess, cuando así lo quisiera.

Hitler puso los cimientos a partir de los fragmentos recogidos de otros pensadores como Hegel y Fichte mientras permaneció en su celda carcelaria. Un comentarista ha observado:

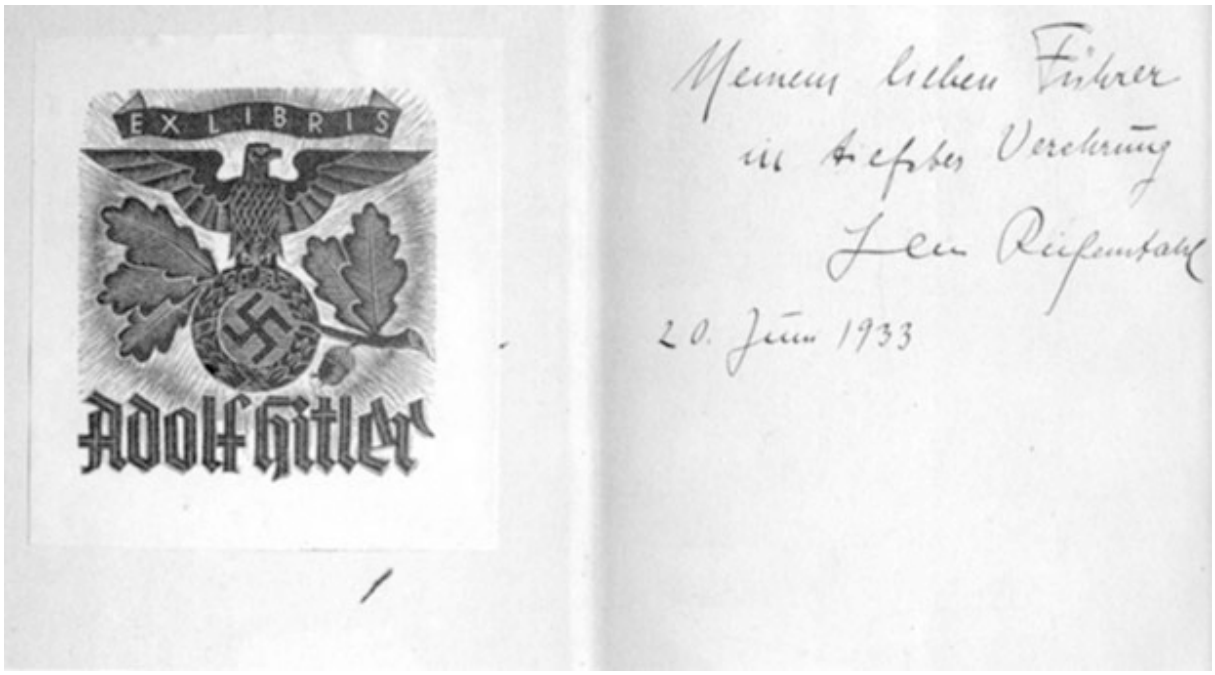
> Los puntos de vista articulados por Hitler en *Mein Kampf,* se inspiraron en muchos sentidos en otros filósofos y teóricos alemanes de

> la política, ortodoxos y conservadores. Hegel (1770-1831), por ejemplo, había subrayado la importancia de un Estado fuerte [...] y la existencia de un [...] (destino) en la historia que justificase la guerra sostenida por estados superiores contra otros inferiores[76].

La concepción histórica que elaboró Hegel de la formación del estado a partir de orígenes antiguos fue, si bien de manera confusa, un tema favorito de Hitler, y solía reaparecer en sus discursos:

> *Porque los estados del mundo antiguo* no fueron arruinados por sus ciudades. [...] El Imperio Romano no cayó por la ciudad de Roma, porque sin la ciudad de Roma nunca hubiera existido un Imperio Romano. La manera más natural de la formación de grandes estados — la manera en que surgieron la mayoría de los grandes estados federales — fue en primer lugar un punto de cristalización de la vida política y luego de la cultural que, como la ciudad capital, le dio a menudo su nombre al Estado[77].

La influencia de Hegel sobre Hitler ha sido advertida por otros críticos: «En los escritos y discursos de Hitler es posible detectar la concepción hegeliana del estado, que tiene "poder supremo sobre el individuo"»[78]. Otros han señalado que «Hitler, educado solo a medias, era un mosaico de influencias [...] (incluyendo) el complejo mesiánico de (Gottlieb Johann) Fichte (1762-1814)»[79]. Dietrich Eckart identificó a Fichte, Schopenhauer y Nietzsche como el «triunvirato filosófico del nacionalsocialismo»[80], y la directora de cine Leni Riefenstahl le regaló a Hitler una primera edición de obras selectas de Fichte publicadas en 1848, un bello conjunto de ocho volúmenes encuadernado en vitela de color crema y con caracteres dorados impresos en las páginas[81].



Dedicatoria de Leni Riefenstahl a Hitler en la primera edición de Johann Gottlieb Fichte's *Sammtliche Werke,* 1848. Library of Congress, Prints and Photographs Division.

Muchos años antes, en las embarradas trincheras del Frente Occidental, cuando militó sirviendo a Francia y a Bélgica durante la Primera Guerra Mundial, Hitler se jactaba de «haber llevado conmigo las obras de Schopenhauer todo el tiempo que duró esa guerra. De él aprendí muchísimo»[82]. En medio de los húmedos senderos rebosantes de miseria, de carros volcados y escombros de madera, donde los cadáveres de jóvenes yacían entre el barro y las piedras como si fueran parte del paisaje, en donde el barro empapaba a unos soldados acribillados de heridas, se supone que absorbió Hitler volúmenes de sabiduría. Mientras la munición y la comida escaseaban, mientras las máscaras antigás estaban disponibles solo para uno de cada cuatro soldados, y mientras las bombas estallaban por doquier, el joven Hitler alegaba haberse puesto a estudiar. Al parecer encontró tiempo para examinar a fondo las palabras de un pensador que había vivido un siglo antes. En barrancos cavados por manos desnudas, entre rollos de alambre ornados de púas que suplían la anterior presencia de las ramas de los árboles, en este

lugar y luego en la prisión, declaró Hitler haber descubierto la filosofía.

Décadas más tarde, imperando ya el Tercer Reich, en medio del tintineo de las copas de vino y el resplandor de los cubiertos de plata, en un lujoso restaurante de Berlín el día 16 de mayo de 1944, el Führer se jactaría ante sus generales: «En la teoría del conocimiento de Kant fundó Schopenhauer el edificio de su filosofía, y fue Schopenhauer quien aniquiló el pragmatismo de Hegel»[83]. En el curso de sus meditaciones con vistas a la elaboración de *Mein Kampf,* la admiración de Hitler por Schopenhauer era quizá la más notable, pues «Schopenhauer [1788-1860] glorificó la voluntad elevándola por encima de la razón»[84]. Sobre el tema de la pureza de la lengua germánica, hizo el *Führer* referencia a «su amado» Schopenhauer: «Solo los autores de genio pueden tener el derecho a modificar el lenguaje. En la pasada generación no puedo pensar prácticamente en nadie, salvo Schopenhauer, que hubiera osado hacer algo semejante»[85]. No obstante, a Hitler le causaría eventualmente irritación el lado contemplativo de los filósofos y, lamentándose a propósito de su «fraternal amigo» Dietrich Eckart, sentenció:

> Schopenhauer no le ha hecho ningún bien a Eckart. Ha hecho de él un incrédulo Tomás, que se limita esperar con ansia un Nirvana. ¿Qué sacaría yo si prestase oídos a toda su [schopenhaueriana] charla sobrenatural? Una bonita sabiduría consistente en que uno se reduzca a sí mismo a un minimum de deseo y voluntad. En cuanto la voluntad se haya ido, todo se habrá ido. Esta vida es guerra[86].

Schopenhauer quedó fuera y otro filósofo alemán habría de sustituirlo. Pero ¿cuál?

Hanfstaengl, hombre de negocios amigo de Hitler, le escuchó comentar: «Ahora será la *Weltanschauung* heroica la que ilumine los ideales del futuro de Alemania...» «¿Qué quiere decir esto?», preguntó Hanfstaengl. «No se trataba de Schopenhauer, que había sido el dios filosófico de Hitler en los viejos... tiempos. No, era algo nuevo. Era Nietzsche»[87]. Hitler había depositado su lealtad en otro

lugar. Dicho en sus propias palabras: «El pesimismo de Schopenhauer que tiene su fuente en parte, pienso, en su propia línea de pensamiento filosófico y en parte en el sentimiento subjetivo y las experiencias de su propia vida, ha sido sobradamente superado por Nietzsche»[88].

Las exhibiciones oratorias de Hitler llegaron a estar plagadas de ideas «hackeadas» de las obras de Nietzsche. Primero fue el amor que sentía Nietzsche por los antiguos, especialmente su veneración por los griegos. Hitler imitó simiescamente esa veneración: «El arte de Grecia no es simplemente una reproducción formal del modo griego de vida, de los paisajes y los habitantes de Grecia; no, es una proclamación del espíritu esencial griego»[89]. Combinar el amor a los griegos de Nietzsche con la representación de los orígenes antiguos del mundo occidental de Hegel llegó a ser uno de los temas favoritos de Hitler. Con la particularidad de que hizo uso del darwinismo para afirmar que los antiguos eran antepasados biológicos de los alemanes. «Un ideal de cultura se yergue ante nosotros que incluso hoy, gracias a su arte y a nuestro propio origen que nos relaciona con él por nuestra sangre, todavía nos transmite una cautivadora imagen de las épocas más mágicas del desarrollo humano, y de los más resplandecientes portadores de su cultura»[90].

Hitler mirando el busto de Friedrich Nietzsche, 12 de abril de 1931. Bayerische Staatsbibliothek, Múnich/Fotoarchiv Hoffmann.

Hitler copió a Nietzsche en su admiración por los antiguos ideales griegos de fuerza y belleza, y mimetizó frases de Nietzsche, como la de «afirmación de la vida»: «El pueblo alemán de este siglo XX es el pueblo de una *afirmación de la vida* nuevamente despertada, sobredimensionada en su admiración por la fuerza y la belleza y, por tanto, por lo que es sano y vigoroso. Fuerza y Belleza —estas son las fanfarrias que resuenan en esta nueva edad—»[91].

La obsesión nazi por la «salud pública» no era ningún ideal socialista, sino una aspiración que Hitler le había usurpado al embrujo de Nietzsche ante la antigua belleza griega. Hitler manifestó siempre su veneración por el ideal de Nietzsche y sostuvo que los nazis representaban el renacimiento moderno de la cultura antigua: «Las obras gigantescas del Tercer Reich son una muestra de su renacimiento cultural y un día pertenecerán a la herencia cultural

inalienable del mundo occidental, igual que nos pertenecen hoy las grandes realizaciones culturales del pasado»[92].

Hermann Rauschning, un miembro del Partido Nazi durante los años tempranos, observó a Hitler en algunas ocasiones con el aparentemente típico humor romántico alemán:

> Adora las caminatas solitarias. Los bosques de la montaña lo embriagan. Estas caminatas son su servicio divino, sus oraciones. Mira las nubes que pasan. Escucha el húmedo gotear de los pinos. Oye voces. Lo he visto embargado por este espíritu. Entonces no reconoce a nadie: desea estar solo. Hay veces en que huye de la sociedad humana[93].

La idea del gran hombre que peregrina errante por las montañas podía haber sido tomado de un cuadro de Caspar David Friedrich. Pero, de hecho, Hitler se la apropió directamente de Nietzsche, que consumió buena parte de su vida codiciando la soledad y cuyo amor por las solitarias caminatas de montaña era insuperable. Pero mientras su héroe tenía una aguda sensibilidad, Hitler era sordo ante la naturaleza que le rodeaba. Solo era consciente de su propia superioridad y de su necesidad de librarse de la sociedad —odiaba a las personas que no podía dominar—.

Muchos críticos han observado que el culto a Nietzsche de Hitler comenzó en la prisión de Landsberg. «Hitler afirmó que, mientras estaba en la fortaleza de Landsberg, leyó obras de Nietzsche [...]»[94]. A decir verdad, el impacto fue tal que inmediatamente después de dejar la prisión, «visitó a menudo el museo de Nietzsche en Weimar y divulgó la veneración que sentía por este filósofo posando en algunas fotografías mientras contemplaba fijamente, extasiado, el busto del gran pensador»[95].

Encuentro de Hitler con Elizabeth Nietzsche en el Nietzsche Archive, Weimar, 1935. © bpk, Berlin.

Una mujer muy vital, a pesar de que rondaba casi los noventa años, con anteojos de abuelita y una cofia, le daría a Hitler la bienvenida a los archivos de Nietzsche en Weimar. Esta anciana no era otra que la hermana de Friedrich Nietzsche, Elisabeth, que había sobrevivido a Nietzsche por algunos años (él falleció en 1900). La primera visita ocurriría en agosto de 1934, que hubiera sido el nonagésimo cumpleaños de Nietzsche, una década después de que Hitler saliera de Landsberg, y sería recordada por un amigo de Hitler, que la relató así:

> Recordé solamente algunos meses antes, una visita que, durante una de sus campañas electorales y mientras viajaba de Weimar a Berlín, hizo a Villa Silberblick, donde había muerto Nietzsche y donde aún vivía su hermana viuda, que contaba 86 años. Estuvimos aguardándolo durante casi una hora y media. Hitler había entrado llevando su látigo, pero, para mi asombro, lo vi salir presuroso con un

> pequeño y delgado bastón de finales de siglo colgando de sus dedos: «¡Qué anciana tan maravillosa!», me dijo. «Qué vivacidad e inteligencia. Una verdadera personalidad. Mire, me ha dado como recuerdo el último bastón de su hermano»[96].

Así fue como llegó a apropiarse Hitler de una de las pertenencias más personales de Nietzsche.

Desde aquel día se escucharon por doquier las muletillas típicas de Nietzsche: voluntad de poder, pueblo de señores, moral de esclavos, —la lucha por la vida heroica, la crítica de la educación de carga formal y de las éticas cristianas de la compasión—[97]. El término «señores de la tierra», acuñado por Nietzsche, aparece ya, sin embargo, en uso continuo en todo *Mein Kampf.* Nietzsche

> predijo que la sociedad moderna tendría por resultado la «muerte de Dios» [...] En general los contenidos a los que más se aferró Hitler de los escritos de Nietzsche fueron la ferviente crítica de las formas democráticas de gobierno, el elogio de la violencia y la guerra y la predicción del advenimiento de la «raza superior», dirigida por un omnipotente «superhombre» [...] que gobernaría el mundo[98].

Años más tarde, después de que hubiera llegado a ser el Führer, Hitler pronunciaría un discurso en el que barajaba ideas que había barruntado en la prisión de Landsberg. Ante el *Reichstag,* el 11 de diciembre de 1941, justo días después del ataque japonés a Pearl Harbour, declararía la guerra a los Estados Unidos. Lo hizo utilizando la mítica noción de «sacrificio de sangre», que él sostenía enfáticamente que procedía de sus lecturas de Nietzsche. Y exhortó así a su auditorio: «Vosotros, diputados míos, estáis en la mejor posición para medir el alcance del sacrificio de sangre». En el mismo discurso Hitler utilizaría la idea histórico-hegeliana de «llegar a ser» para justificar una invasión de Europa: «En la totalidad histórica del llegar a ser», proclamaría, «el Reich alemán [...] le declarará, forzado por ellos, la guerra a los EE.UU.»[99]. Durante su año de meditación mientras estuvo encarcelado, encontraría, pues, Hitler, ideas que desplegaría en años posteriores para justificar la guerra contra el mundo occidental.

Uno de los secuaces de Hitler reflexionó sobre la «despiadada expurgación de Nietzsche», y del *Führer* después, escribiendo que «el giro a la guillotina que le impuso Robespierre a las enseñanzas de Jean Jacques Rousseau fue repetido por Hitler y la Gestapo en su simplificación política de las contradictorias teorías de Nietzsche»[100]. Hitler, como observó Ernst Hanfstaengl, «no era tanto un productor de licores como un genial cocktelero. Tomó todos los ingredientes que le ofreció [la tradición] alemana y los mezcló con su personal alquimia, obteniendo como resultado un cóctel que todos querían beber»[101].

No cabe duda de que el amor de Hitler por la filosofía implicaba, como todo lo demás en su vida, una buena proporción de *bluff* y de pose. Como observó Hermann Rauschning:

> Hitler es exigente, caprichoso, avaricioso, ávido. No sabe cómo trabajar regularmente. De hecho, es incapaz de trabajar. Se mueve por ideas e impulsos cuya realización trata de lograr febrilmente para zafarse enseguida del resultado. No tiene la menor idea de lo que significa el trabajo constante e incansable. Todo en él es «espasmo», por usar una de sus palabras favoritas. Nada en él es natural. Su pretendido amor a los niños y a los animales es una simple pose[102].

Mas para un hombre para el cual cada ingrediente de su vida era pura fantasía, la admiración de Hitler por la filosofía no era menos real ni menos válida que cualquier otra cosa que le concerniese.

Por ahora, sin embargo, Hitler continuó marcando el ritmo de su celda en Landsberg, bien consciente de que el recto y seguro caminar era, pues así lo creía, indicio delator de un líder nato. Esbozó una idea general de su odio a los judíos y su pasión por la raza superior. Pero al reflexionar más a fondo sobre la supremacía de su propia nación aria, volvió a recurrir a la filosofía para demostrar la superioridad de la mente alemana. De ella se jactaría más tarde con estas palabras: «En el gran salón de la biblioteca de Linz se alzan los bustos de Kant, Schopenhauer y Nietzsche, el más grande de nuestros pensadores, en comparación con los cuales los británicos, los franceses y los americanos no tienen nada que ofrecer»[103].

Pero las interpretaciones filosóficas de Hitler fueron más allá de las fantasías sobre la antigua Grecia, de su inspiración para el nacionalismo e incluso de su justificación de la guerra. El complicado análisis nietzscheano de la moral, y en particular de la antítesis de las ideas de «compasión y debilidad *versus* fuerza», fueron digeridas por Hitler y regurgitadas de forma repugnante. Así declaró:

> Nada conseguirás a menos que te dispongas a ser despiadado. Nuestros oponentes no están preparados para ello, y no porque sean humanos o algo por el estilo, sino porque son demasiado débiles. Jamás se fundó el dominio en la humanidad, sino, mirando la cuestión desde el angosto plano de lo civil, en el crimen. El terrorismo es completamente indispensable siempre que esté en juego la fundación de un nuevo poder[104].

Aproximadamente un año antes de ser internado en Landsberg, Hitler conoció a la familia del mayor de sus héroes, el compositor alemán del siglo XIX que había creado el grandioso festival de música de Bayreuth. Vestido con un conjunto bávaro tradicional de *lederhosen*[105], medias de lana gruesas y una camisa a cuadros roja y azul, Hitler llegó a Wahnfried Haus donde se maravilló, tanto en la sala de música como en la biblioteca, de las que fueron las pertenencias de Richard Wagner. Con este devoto susurro, «como si fuese a ver las reliquias de una catedral», manifestó su reverencia[106]. Posteriormente, Hitler presenciaría las óperas de Wagner desde su propio palco privado. Odiaba sentarse en una fila, ser parte de una multitud. Y para rodearse de un aire de misterio, siempre se esfumaría tras la primera ovación[107].

Rememorando aquellas vivencias en la prisión de Landsberg, Hitler escribió: «Quedé cautivado. Mi entusiasmo juvenil por el maestro de Bayreuth no conocía límites. Una y otra vez me inspiré en sus obras, y todavía me parece especialmente afortunado que las modestas y provincianas audiciones iniciales me dejaran abierto el espacio para una profundización ulterior de mis experiencias»[108]; y la verdad es que esa admiración de Hitler no conocía fronteras: «Wagner es responsable del hecho de que el arte de la ópera sea lo

que es hoy»[109]; «Dígase lo que se diga, *Tristán* es la obra maestra de Wagner»[110], «Wagner era un hombre del Renacimiento»[111]; «Wagner era típicamente un príncipe»[112], etc. Hitler se refirió en sus discursos públicos al «genio de Richard Wagner»[113], al que siempre singularizó entre los grandes hombres de la historia[114].

Más allá de la música, la veneración que sentía Hitler por el gran compositor se tornó, a decir verdad, en emulación. Wagner inspiraba el escenario para el Tercer Reich: desde la abundancia y la opulencia de los dorados ornamentales y los suelos de mármol de los teatros de ópera europeos, Hitler presenció treinta o cuarenta veces *Tristán e Isolda* y aplicó la puesta en escena «del teatro y de la pompa» a los despliegues militares del Tercer Reich[115]:

> Llegué a percatarme de que había un paralelo directo entre la construcción de [...] (las óperas de Wagner) y la de sus discursos [los de Hitler]. Todo el entramado de *leitmotif,* embellecimientos, contrapuntos y contrastes musicales y argumentos tenía reflejada su imagen especular exacta en las pautas estructurales de los discursos, cuya construcción era sinfónica, para terminar en un grandioso clímax, al igual que las estridencias de los trombones de Wagner[116].

También en *Mein Kampf* escribió Hitler sobre Wagner considerándolo como uno de los precursores intelectuales del nacional socialismo, con el cual sintonizaba no solamente por su música, sino también por su anti-semitismo. La identificación del *Führer* con Wagner era tan profunda que el propio Hitler declaró «para entender al nazismo hay que conocer primero a Wagner»[117].

En señal de devoción a su ídolo, Hitler empezó a firmar sus cartas desde su celda con referencias características a su héroe y compositor. El día 10 de octubre de 1924 le escribió desde Landsberg a un compositor amigo residente en Múnich:

> Le suplico que no se enfade conmigo por haber tardado tanto en mi respuesta, pero no puedo escribir lo que quisiera y sí lo que no quisiera. Déjeme, pues, solo agradecerle las amables palabras, etc., que ha tenido la bondad de enviarme. Le ruego que haga extensivo mi sentimiento de gratitud, acentuándolo en lo posible, a su querida

esposa, quien, como *Herr*... no cesa de recordármelo, sacrifica tanto de su tiempo en beneficio de mi causa. Bien sabe cuánta felicidad le deseo a usted y a su querida esposa para el año nuevo. Me temo que sea uno de los más amargos en la historia alemana.

Estoy escribiendo mi defensa y ello alivia el peso de mi cólera. Espero que al menos la primera parte sobreviva al juicio y a mí mismo. En lo demás, sueño con *Tristán* y sus iguales.

Los mejores deseos para usted y su esposa,

Sinceramente suyo,

Adolf Hitler[118].

Tras asimilar las ideas racistas de pensadores de segunda categoría como Paul de Lagarde, Houston Stewart Chamberlain y otros semejantes, Hitler había usurpado, por añadidura, el pensamiento de los filósofos alemanes más autorizados de todos los tiempos. De la ilustración tomó a Kant y Fichte, y del siglo XIX a Schiller, Schopenhauer, Nietzsche y Wagner. Teniendo en sus manos estos potentes trofeos culturales, Hitler cumplió el resto de su pena en prisión.

Durante este tiempo, «la mitad del manuscrito de *Mein Kampf* había salido clandestinamente de la cárcel de Landsberg y ellos [los secuaces de Hitler] gestionaban el proceso de pasarlo a imprenta»[119]. *Mein Kampf,* con todas sus empaquetadas versiones de la tradición filosófica germana, sería difundido hasta los últimos confines del país bávaro. Para cuando Hitler fue nombrado canciller, en 1933, había vendido aproximadamente 240.000 ejemplares. Luego, tras el meteórico ascenso de su autor al poder, el libro ganó una popularidad enorme y a todos los efectos se convirtió en la Biblia nazi. Al final de la guerra, habían sido vendidos o distribuidos en Alemania aproximadamente 10 millones de ejemplares (cada pareja de recién casados, al igual que cada soldado que iba al frente, recibió un ejemplar gratuito)[120].

Era el otoño de 1924 y los bosques de Baviera lucían sus ricos mantos vegetales de color rojo y pardo cuando escribió: «Para llevar a una filosofía a la victoria, debemos transformarla en un movimiento de combate»[121], y continuó sentenciando: «El programa

de una *filosofía* es la formulación de una declaración de guerra»[122]. Su programa sería eventualmente promulgado sobre el telón de fondo del gentil paisaje bávaro: «En las nuevas edades geológicas, toda la estructura de la tierra será transformada por gigantescas avalanchas, que darán lugar al apilamiento de nuevas montañas y a la creación de nuevos cañones, llanuras y océanos. Así también el orden social europeo quedará totalmente desarraigado tras potentes erupciones y colapsos»[123].

En septiembre de 1924 el director de la prisión de Landsberg elaboró un informe sobre Hitler para el Ministerio de Justicia bávaro. No podía haber sido más favorable. Ese informe decía que el prisionero había sido «en todo momento cooperativo, modesto y cortés con todos, particularmente con los funcionarios de la institución [...] No cabe duda de que, durante su encarcelamiento, se ha convertido en un individuo mucho más silencioso, más maduro y atento de lo que era antes, y ya no contempla la posibilidad de actuar contra la autoridad vigente». El testimonio de Hitler fue el siguiente: «Cuando dejé Landsberg [...] todos (el director y los demás miembros del personal de la prisión) lloraron —¡excepto yo! —. A todos los habíamos ganado para nuestra causa»[124].

Así fue como pusieron en libertad las autoridades a Hitler, quien tenía ya terminada la mayor parte de su *Mein Kampf*. Él, por supuesto, estaba alborozado. Había llegado a ser un hombre de acción y ahora resultaba, en sus fantasías, que eran todavía mayores, un «filósofo líder».

Cuando Hitler fue liberado de la cárcel, el 20 diciembre de 1924, regresó a Múnich, donde se le acogió con una sensacional bienvenida. Sus partidarios habían alimentado y cuidado a su perro, *Wolf,* durante su ausencia y sus habitaciones estaban rebosantes de comida, bebida, flores y coronas de laurel. Con gran regocijo regresó a la vida normal. Disfrutó de los obsequios, bebiendo vino, tomando bombones —los amigos comentaban su aumento de peso— y sonriendo agradecido ante las admirativas frases de las numerosas tarjetas de felicitación. Finalmente, paseó a su perro. Los tiempos, sin embargo, habían cambiado y la política en la Alemania de

Weimar había dejado de ser un asunto desesperado. Un fanático como Hitler era el hombre menos adecuado para estos tiempos más tranquilos. Pero él siguió con su causa ferviente e implacable.

Hitler se puso a trabajar. Empezó a aunar esfuerzos para su misión política, reasumiendo el liderazgo del partido, bosquejando planes, organizando comités y reuniones, escribiendo discursos y dirigiendo congresos. Todo aquello le devolvió a su puesto de mando, que él ocupaba firmemente como el jefe, el hombre de acción, que era lo que él más había querido ser.

Pero Hitler no se sumergió en toda aquella actividad política dejando a un lado sin más el año que pasó en prisión. En lugar de ello decidió hacer uso del material que había leído, dándose cuenta del valor que aquello tenía para la promoción de su carrera. En este periodo más tranquilo y silencioso, podía adoptar la pose de un político intelectual y presumir ante su audiencia cuán elevadas eran las obras filosóficas que había absorbido. Mezclando influyentes ideas con la gravedad de un general que se atusa el mostacho, consiguió oportunos apoyos de los grandes maestros. Dando forma en la práctica, ante los demás y ante sí mismo, a su imagen de «filósofo líder», posando ante el espejo en su apartamento de Múnich, tal y como antaño solía hacerlo en la prisión de Landsberg, ensayó ademanes y expresiones para conferir el peso adecuado a los potentes nombres que citó. En conversaciones privadas, en su correspondencia y en los discursos públicos repitió, haciéndolas suyas, las palabras de los inmortales antepasados de la nación.

El día 27 de febrero de 1925, ante una enfervorizada multitud de más de cinco mil personas y en el salón de la cervecería de Múnich donde precisamente había tenido lugar su previo y desafortunado *putsch,* Hitler pronunció su primer discurso después de que hubiera salido de la prisión de Landsberg:

> Estamos reunidos en un acto de celebración *(Feierstunde)* en memoria del día en que por primera vez tratamos de cambiar el destino de Alemania. El resultado de aquel intento se cifró en dieciséis muertos y más de un centenar de heridos graves o leves. [...] Mi corazón estalló de júbilo cuando vi el primer informe de estos juicios, cuando leí en el *Correo de Múnich* —que nos fue oportunamente enviado—: «Los

> hombres de esas fuerzas de choque son tan insolentes y desvergonzados como lo era su amo y señor». Entonces supe que Alemania no estaba perdida. Ese espíritu abriría su camino [...][125].

En su entusiasta rememoración del *putsch,* Hitler pasó a recitar temas de reverenciados escritos para impresionar e influir en su audiencia[126]. Embelleció este discurso reelaborando su propia versión de las ideas de Kant, Hegel, Nietzsche y el idealismo alemán. Ante su masiva audiencia, tomó prestados pensamientos de Nietzsche y se retrató como un profeta. «Si volvéis a leer mi discurso final, os encontraréis en posición de decir que, como *profeta,* yo predije la única manera posible de progresar en el futuro»[127]. Copiando a Hegel, Hitler predicó la existencia de una fuerza dentro de la historia: «Pensadlo: durante un periodo de aproximadamente dos mil años, podemos seguir la historia del pueblo alemán, y nunca en el curso de esta ha poseído nuestro pueblo esta singular concepción en el doble plano del pensamiento y de la acción»[128]. Al idealismo alemán le robó Hitler la noción de una idea singular que anima la historia del mundo. «El milagro es que ha sido en Alemania donde surgió esta potente unidad, esta victoria de un Movimiento, de una *idea*[129].

Hitler terminó su conmemoración del *putsch* haciendo alarde de su dominio de los libros que había leído en la cárcel. Pero ya no bastaba con vanagloriarse de tan formidable aprendizaje. De la pose del intelectual, al orgullo del autor y a la omnipotencia del líder, la ambición de Hitler era ahora encarnar la idea que otros habrían de emular. Era el hombre que otros tendrían que leer y del cual deberían aprender. Hitler no era ya un filósofo sin más; había jurado cambiar el mundo, tornándose así en filosofía viva:

> Este es el milagro que nos ha tocado vivir. La fortuna ha querido que no tengamos que aprender la historia de los libros: hemos sido elegidos por el destino para vivir con nuestra propia experiencia este milagro [...] Otras generaciones han tenido que aprender de las sagas y las expediciones de otros héroes: *nosotros hemos vivido esta saga*. [...] A

todos nos une el advenimiento de un suceso único y trascendental que perdurará[130].

---

3 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 85.

4 Ernst Hanfstaengl llegó a ser más tarde una figura prominente por razón de su íntima amistad con Hitler y por el papel que jugó posteriormente en el partido. Era un pianista de talento, y a Hitler le encantaba escucharlo tocar el piano.

5 Véase G. D. Rosenfeld, 2000, para un excelente análisis de los edificios de Múnich y su destino durante la guerra.

6 Esto fue posteriormente expresado por Hitler en Mein Kampf, véase A. Hitler, 1980, pág. 597.

7 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 85.

8 Ibíd.

9 La descripción está tomada de la fotografía Landsberg Prison, por Heinrich Hoffmann, 1924, blanco y negro.

10 Véase M. Deiler, «Landsberg Prison Documents 1923-1924: Adolf Hitler's Imprisonment», en Civil Association for the Study of Contemporary Landsberg, núm. 1, 2005. Para un mapa de la prisión durante el tiempo de Hitler, véase Lageplan Festungshaftanstaltz, 31 de marzo de 1924, en la misma serie de publicaciones.

11 Las descripciones están tomadas de las fotografías Unterhaltguns und Tagesraum Festungshaftanstalt, por Heinrich Hoffmann, 1924, blanco y negro.

12 En respuesta a la pregunta, «¿Qué impresión le causa a uno Hitler?», H. Rauschning, 2004, pág. 13.

13 La description se inspira en la foto Adolf Hitler in der Festung Landsberg, por Heinrich Hoffmann, 1924, blanco y negro.

14 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 64.

15 Esta es una cita de la opinión que tenía Hitler del cuadro de Rembrandt, véase E. Hanfstaengl, 2005, pág. 64.

16 E. Hanfstaengl, 2005, págs. 121-122.

17 A. Hitler, 1973, pág. 110.

18 Ibíd., pág. 105.

19 Ibíd., pág. 111.

20 H. Frank, 1953, págs. 46-47.

21 Hermann Fobke describe un día de Hitler en Landsberg, en W. Jochmann, 1963, citado en I. Kershaw, 1998, pág. 240.

22 Una reciente investigación sobre Mein Kampf (véase el libro de Othma Plockinger, la parte más relevante que está resumida en I. Kershaw, 2009, pág. 147) muestra que Hitler mecanografió él mismo el vol. 1 de Mein Kampf y que no lo dictó (aunque sí dictó partes del vol. 2, que apareció a finales de 1926).

23 «Veinte años más tarde, su médico personal, el Dr. Theo Morell, declaró que su enfermedad pudiera ser psicogénica», A. Hitler, 1973, pág. 326.

24 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 123.

25 Hess estudió con el profesor Karl Haushofer, quien fue a su vez alumno del geógrafo inglés Halfred Mackinder, véase H. Trevor-Roper, 1988, pág. xxxi; y también G. Kearns, 2009.

26 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 123.

27 A. Hitler, 1980, pág. 3.

28 Ibíd., pág. 3.

29 Ibíd., pág. 4 (la cursiva es mía).

30 Ibíd.

31 Ibíd., pág. 26.

32 H. Rauschning, 1940, pág. 89. Conviene señalar que las observaciones sobre Hitler alegadas por Rauschning fueron puestas seriamente en duda por anteriores historiadores, hasta el punto de que fueron «en buena medida consideradas como espurias». Hugh Trevor-Roper comenta que «si alguien duda todavía de que sean genuinas, difícilmente seguirá haciéndolo después de haber leído el volumen ahora publicado». Se refiere a Hitler's Table Talk y advierte que Rauschning fue uno de los encargados de grabar esas conversaciones en los primeros años. Las citas de Rauschning que utilizo coinciden en su representación del carácter del Führer con otras descripciones, tales como las de Martin Bormann, respaldadas por Trevor-Roper.

33 A. Hitler, 1980, pág. 5.

34 Testimonio de la hermana de Hitler (Paula Hitler), de 8 de diciembre de 1938, en el National Archive, Washington, D.C., referenciado en I. Kershaw, 1998, pág. 20.

35 Véase A. Hitler, 1980, pág. 32.

36 Ibíd., pág. 5.

37 Ibíd., pág. 584.

38 El discurso de Hitler del 10 de abril de 1923, en A. Hitler, vol. 1, 1942, págs. 42-44.

39 Hitler's «Reden» (edición de 1933), pág. 122, reimpreso en A. Hitler, vol. 1, 1942, págs. 86-87.

40 A. Hitler, 1980, pág. 21.

41 Ibíd.

42 Texto alemán, Dokumente der deutschen Politik, vol. 1 (1935), págs. 28-29. La traducción arriba presentada es una adaptación de la traducción oficial inglesa publicada en The New Germany Desires Work and Peace, vol. 1, pág. 19, citada en A. Hitler, 1942, pág. 568.

43 Véase I. Kershaw, 1998, pág. 250.

44 A. Hitler, 1980, pág. 392.

45 I. Kershaw, 1998, pág. 252; véase A. Hitler, 1980, págs. 387-394.

46 I. Kershaw, 1998, pág. 252.

47 Ibíd., pág. 240.

48 Ibíd., pág. 84.

49 A. Hitler, 1980, pág. 141.

50 Hitler, Reichstag, 23 de marzo de 1933, en N. H. Baynes, vol. 1, 1942, pág. 264.

51 Lagarde, 1827-1891, escribió que: «los judíos, cuyo número asciende ahora a dos millones, nunca podrán ser asimilados», en A. S. Lindemann, 2000, pág. 69, y «yo no puedo desear que se permita a los judíos vivir con los alemanes», en T. W. Ryback, 2010, pág. 139.

52 T. W. Ryback, 2010, pág. 140.

53 Las obras de Chamberlain fueron apreciadas desde el punto de vista literario y formaron parte de la colección privada que conservó Hitler durante toda su vida, véase ibíd., págs. 134 y 197. Con anterioridad, y previamente a la encarcelación de Hitler en Landsberg, Dietrich Eckart, su amigo y mentor, había sufrido esta particular influencia.

54 Publicado en 1890. Véase T. W. Ryback, 2010, pág. 134.

55 Rembrandt was, of course, Dutch, véase H. J. Hahn, 1995, pág. 193.

56 T. W. Ryback, 2010, pág. 67.

57 Véase ibíd., pág. 50. En su Decadencia de Occidente, Spengler combinó mal a Nietzsche con ideas biológicas simplistas derivadas del pseudo-darwinismo en una apelación a la vida como «lucha por el dominio», H. J. Hahn, 1995, pág. 196.

58 A. Kubizek, 1973, pág. 188. Esto se refiere presumiblemente a la biblioteca Karl Marx Hof en Viena, subsiguientemente dañada durante la guerra. Véase I. Kershaw, 1998, pág. 41.

59 H. Rauschning, 1940, pág. 255.

60 T. W. Ryback, 2010, pág. 69.

61 Ibíd., pág. 132.

62 H. Trevor-Roper, 1988; o I. Kershaw, 1998.

63 A. Kubizek, 1973, pág. 188.

64 A. Hitler, 1980, pág. 392.

65 Ibíd., pág. 20.

66 Ibíd., pág. 33.

67 A. Hitler, 1988, pág. 720.

68 Ibíd., pág. 89.

69 Hitler, Karlsruhe, 13 de marzo de 1936, discurso inaugural de la campaña electoral, en N. H. Baynes, vol. 1, 1942, pág. 633 (la cursiva es mía).

70 H. Rauschning, 1940, pág. 255.

71 A. Hitler, 1988, pág. 291.

72 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 342.

73 A. Hitler, 1988, pág. 316.

74 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 234.

75 H. Rauschning, 1940, pág. 255.

76 S. P. Tansey y N. Jackson, 2008, pág. 75.

77 Hitler, 27 de noviembre de 1937, parte de un discurso en el que vino a ponerse la piedra fundacional de la Facultad de Ciencia Militar, véase A. Hitler, vol. 1, 1942, pág. 600 (la cursiva es mía).

78 F. McDonough, 2003, pág. 56.

79 R. B. Downs, 2004, págs. 328-329.

80 T. W. Ryback, 2010, pág. 130.

81 Given en 22 de junio de 1933. T. W. Ryback, 2010, pág. 122.

82 A. Hitler, 1988, pág. 20. También Kershow respalda esta tesis, véase I. Kershaw, 1998, pág. 91.

83 A. Hitler, 1988, pág. 720. El amateurismo de Hitler es, sin duda, evidente aquí. Cualquier estudiante de filosofía alemana sabría que Hegel no es un pragmatista, sino que hay que encuadrarlo en la tradición del idealismo germano.

84 R. B. Downs, 2004, págs. 328-329.

85 A. Hitler, 1988, pág. 358.

86 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 361.

87 E. Hanfstaengl, 1994, pág. 206.

88 A. Hitler, 1988, pág. 720.

89 A. Hitler, Kulturtagung, Núremberg, 6 de septiembre de 1938, en A. Hitler, vol. 1, 1942, pág. 598.

90 Ibíd.

91 A. Hitler, «Inauguración de la segunda exposición de Arte Alemán», Múnich, 10 de julio de 1938, en A. Hitler, vol. 1, 1942, pág. 605.

92 A. Hitler, Kulturatagung, Núremberg, 6 de septiembre de 1938, en A. Hitler, vol. 1, 1942, pág. 597. (La incorrección literal está en el original).

93 H. Rauschning, 1940, pág. 254.

94 F. McDonough, 2003, pág. 56.

95 Véase W. Shirer, 1960.

96 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 223.

97 Ibíd., págs. 223-224.

98 J. Giblin, 2002, pág. 46.

99 A. Hitler, 1988-1889, págs. 389-416.

100 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 224.

101 Ibíd., pág. 290.

102 H. Rauschning, 1940, págs. 254-256.

103 A. Hitler, 1988, pág. 720.

104 H. Rauschning, 1940, pág. 275.

105 Para nuestro propósito, los lederhosen (pantalones de cuero) pueden ser considerados como prenda tradicional de vestir bávara. Pero su historia real es algo más compleja.

106 F. Wagner, 1948, págs. 8-9.

107 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 352.

108 A. Hitler, 1980, pág. 16.

109 A. Hitler, 1988, pág. 241.

110 Ibíd., pág. 240.

111 Ibíd., pág. 206.

112 Ibíd., pág. 241.

113 A. Hitler, discurso inaugural de la Casa del Arte Alemán, Múnich, 18 de julio de 1937, citado en Hitler, vol. 1, 1942, pág. 584.

114 I. Kershaw, 1998, pág. 252.

115 A. Hitler, 1980a, pág. 294; 22-23 de febrero de 1942, citado en I. Kershaw 1998, pág. 47.

116 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 54.

117 W. Shirer, 1960, pág. 102.

118 A. Hitler, 1973, pág. 113.

119 E. Hanfstaengl, 2005, pág. 124.

120 W. Schwarzwaller, 1989, pág. 193.

121 A. Hitler, 1980, pág. 416.

122 Ibíd., pág. 414 (la cursiva es mía).

123 H. Rauschning, 1940, pág. 8.

124 J. Giblin, 2002, pág. 48.

125 A. Hitler, vol. 1, 1942, pág. 134.

126 Véase J. Giblin, 2002, pág. 48.

127 A. Hitler, vol. 1, 1942, pág. 136 (la cursiva es mía).

128 Ibíd., pág. 137.

129 Ibíd., pág. 134 (la cursiva es mía).

130 Ibíd., págs. 138-139 (la cursiva es mía).

CAPÍTULO 2

Cáliz envenenado

Hitler se había postulado a sí mismo como el «filósofo líder», pero únicamente en su propia imaginación. Necesitaba convencer a alguien más. Las ideas que extrajo de los nombres que tan atolondradamente exhibió podrían no haber sido más que las semi-enloquecidas figuraciones de una mente ambiciosa y manipuladora. ¿Realmente podrían los pensadores nacionales de antaño haber dicho algo que anticipase la fantasía de Hitler? No parecía plausible. Seguramente Kant, Hegel y Nietzsche tendrían mejores cosas en qué pensar que ponerse a prepararle el terreno, con cien o más años de antelación, al «colosal acontecimiento» del nazismo. Para averiguar si las reclamaciones de Hitler eran algo más que puro sensacionalismo, será conveniente que hagamos retroceder un par de siglos las agujas del reloj de la historia.

En el siglo XVIII, antes de que llegara a formarse la nación alemana, existía en Europa central un mundo bien diferente[131]. Prusia constituía una presencia notable y su capital, Königsberg, había tenido máxima significación para los filósofos alemanes[132]. El tiempo de invierno en Königsberg, ciudad hoy conocida como Kaliningrado, podía perfectamente lucir con brillo y claridad, pero también ser extremadamente frío. Quien pudiese contemplarla a vista de pájaro desde una gran altura, habría divisado, contrastando las texturas, la rugosa y desigual piedra roja de la catedral de San Nicolás, las torretas de las puertas de la ciudad absorbiendo el sol de invierno, las líneas oscuras de las angostas y sinuosas calles, el resplandeciente palacio. Célebre por sus castillos desde los que se domina el río Pregel y sus famosos siete puentes, esta ciudad había sido siempre un punto de reunión entre Europa Oriental y Rusia. Una capital de provincia coronada por capiteles de iglesias teutónicas y

cúpulas de catedrales orientales, que había anidado entre la Rusia meridional y el mar Báltico.

La ubicación de Königsberg evidencia que, en el curso de los siglos, fuera un desfiladero natural para los muchos judíos, intelectuales y otras gentes que querían pasar del Este al Oeste. La ciudad, sin embargo, estaba geográficamente aislada. Un filósofo escribió en cierta ocasión: «como usted sabe, vivo en un lugar donde las novedades bibliográficas extranjeras nos visitan igual que los cometas, después de transcurridos largos años»[133]. Otro se lamentó diciendo que estamos «condenados casi como una Siberia ilustrada», y cuando Federico el Grande visitó Königsberg en 1739, se le antojó decir que aquella ciudad era más propicia para «la cría de osos que para ser un foro de competición científica»[134].

Sin embargo, todo esto iba a cambiar: las obras más grandes de la filosofía moderna que el mundo pudiera ver alguna vez serían producidas allí, concebidas y escritas por Immanuel Kant.

> Su cabello era rubio y su rostro tenía un aire de frescura, con un saludable rubor en las mejillas que no desapareció ni siquiera en la ancianidad [...] ¿De dónde podría tomar yo las palabras para describir sus ojos? Los ojos de Kant parecían haber sido moldeados con un éter celestial, desde el cual la profunda mirada del alma, con su penetrante rayo ligeramente ocluido por una leve nube, lucía visiblemente. Es imposible describir el hechizo que su mirada me producía cuando, estando yo sentado frente a él, clavaba repentinamente en mí sus ojos para mirarme. Parecíame entonces estar contemplando a través de ese fuego semejante al éter lo más sagrado de Minerva[135].

Kant nació un tibio y soleado día de abril de 1724. Creció en el seno de una familia muy laboriosa, y era el quinto de nueve hijos. Fue educado de acuerdo con el espíritu del pietismo, que ponía el énfasis en una intensa devoción religiosa, la humildad personal y la lectura literal de la Biblia. Su madre murió cuando él tenía trece años y fue criado únicamente por su severo padre, que falleció menos de una década después. La estatura de Kant era insignificante, su diminuto cuerpo padecía cierta deformidad y desde muy joven abrumaba a su personalidad el peso de la tristeza. Pero era

extraordinariamente autodisciplinado y pronto exhibió gracia, ingenio y agilidad en la conversación[136]. Estudió en su universidad nativa y se graduó en Königsberg seis años después.

Kant tenía fama de ser un hombre de costumbres. Se le podía encontrar sentado bajo el mismo árbol todos los días a la misma hora, absorto en sus pensamientos. No logrando obtener un puesto de enseñante universitario, se ganó la vida como profesor privado y tuvo que esperar hasta su trigésimo primer cumpleaños antes de que se le permitiera dar clase en la universidad, si bien solo como docente no asalariado. «Tuvo que llevar temporada tras temporada el mismo abrigo, tan usado que sus amigos le ofrecieron comprarle uno nuevo, pero él se negó»[137]. Kant prefirió siempre el sencillo mundo provinciano a la vida de la gran ciudad y continuó residiendo en su nativa provincia de la Prusia oriental, rechazando puestos bien pagados en el bullicio urbano. Eventualmente, obtuvo un puesto de profesor y no tardó en ganarse la estimación de sus alumnos hasta el extremo de que, como contó uno de ellos, era necesario llegar puntualmente a las seis de la mañana, una hora antes de que él empezara sus explicaciones, para asegurarse un asiento en la sala[138].

La reputación de Kant como orador precedió a su fama como autor de libros. Un estudiante, Reinhold Bernhard Jachmann, que asistía a sus clases, escribió que Kant «dejó de ser simplemente [...] filósofo para tornarse, al mismo tiempo, en un inspirado orador, que agitaba el corazón y despertaba las emociones a la vez que satisfacía la inteligencia»[139]. Por aquel entonces, Kant enseñó durante muchos años, pero escribió poco. Los pensamientos que fue rumiando los plasmó más tarde en las que iban a ser sus obras maestras, la *Crítica de la razón pura* y la *Crítica de la razón práctica*.

En aquel tiempo, la ciudad de Königsberg, aunque relativamente en calma, no dejaba de verse afectada por los acontecimientos históricos. Federico el Grande, a quien mucho más tarde tanto admiraría Hitler, había tenido conflictos bélicos con Rusia, y después de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando el ejército prusiano perdió la batalla de Gross Jaagersdorf, Königsberg fue

ocupada por los rusos. La ciudad no había padecido apenas los efectos de la guerra y se benefició del incremento del lujo y del consumo. «La cocina francesa reemplazó al menú más tradicional en las casas de las familias más adineradas. Los *cavaliers* rusos cambiaron las relaciones sociales y pusieron los galanteos a la orden del día. Beber ponche hacía furor. Las cenas, los bailes de máscaras [...] pasaron a ser costumbre»[140]. Königsberg se convirtió rápidamente en una ciudad moderna y cosmopolita. La nueva era se reflejó en el clima intelectual, y muchos de sus habitantes se dejaron influir por las ideas a la moda de la ilustración. Las antiguas tradiciones fueron desafiadas, los prejuicios superados y sus sombras reemplazadas por la nueva luz de la razón.

Los descubrimientos de la ciencia fueron el heraldo que anunció esta era de la modernidad. La ciencia proclamaba que los conocimientos verdaderos requerían evidencia física y esto reemplazó a la fe o a la superstición como base de toda certeza sobre el mundo. Dios no podía ser observado y su existencia no podía ser demostrada, de manera que no restaba base alguna para la fe. Estas ideas eran terroríficas para la Iglesia, porque amenazaban con minar el cristianismo. La ciencia desafió también a la filosofía, pues esta dependía del pensamiento más que de la observación. En la *Crítica de la razón pura* (1781), Kant confrontó radicalmente estas tensiones y desarrolló un sistema que mostraba cómo podían coexistir armónicamente la ciencia, el cristianismo y la filosofía. Su obra lo propulsó al escenario mundial.

El principal objetivo de Kant fue determinar la importancia de la razón. Solamente las cosas que fuesen racionales eran merecedoras de nuestra lealtad, y si una religión no fuese racional, entonces no sería en absoluto una religión, solo un primitivo conjunto de supersticiones. Era crucial que en el mundo moderno, no solo la religión, sino también la moral, debían ser racionales. No era posible ser buenas personas solo con seguir los mandatos de una religión, o una convención, o incluso a nuestros propios corazones. No era suficiente actuar como nuestros padres, familia, amigos, predecesores, iglesia u otra comunidad nos dijeron. Teníamos que

pensar por nosotros mismos. Estas ideas fueron explicadas por Kant en su tratado *Crítica de la razón práctica* (1788).

En otro breve y famoso tratado, *Was ist Aufklärung?* (¿Qué es la Ilustración?) (1784), Kant pasó a retratar el mundo que surgiría de su previsto estado de perfección moral. En una sociedad gobernada por la razón, la paz, la humanidad y la libertad reinarían automáticamente. Kant ha sido considerado como el precursor de un liberalismo moderno y progresista[141]. Indudablemente, con estas ideas inspiró al auditorio de sus conferencias. El estudiante Jachmann escribió:

> Efectivamente, era un celestial deleite escuchar de los labios de su creador, con tan poderosa elocuencia filosófica, aquella pura y sublime doctrina ética. Cuántas veces hizo saltar nuestras lágrimas, cuántas removió lo más profundo de nuestros corazones, y cuántas elevó a nuestras mentes y emociones, por encima de las ataduras del ensimismador egoísmo a la exaltada autoconsciencia de la libre y pura libertad, a la absoluta obediencia a las leyes de la razón y al exaltado sentido de nuestro deber [moral] para con los otros[142].

Pero ¿cómo pudo todo esto quedar almacenado para el siglo XX? ¿Cómo pudo un pensador ilustrado de mente tan elevada haber escrito algo que remontase el curso de los siglos y llegara a antojársele atractivo a un hombre tan tosco como Hitler?

Kant fue un pensador moderno que le dijo «adiós al pasado, a la superstición y al prejuicio». Este impulso para desterrar el prejuicio dejó, sin embargo, a Kant con un peculiar prejuicio personal. Le irritaba todo lo que fuese irracional y primitivo e hizo de una antigua religión, el judaísmo, blanco especial de sus ataques. Kant la consideró un atraso, etiquetando a los judíos como un colectivo supersticioso, primitivo e irracional. Pero su denigración fue más allá. Porque, al estimar que la religión debe estar fundada en la razón, Kant llegó al extremo de negarle absolutamente al judaísmo el estatuto de religión. En su tratado sobre el pensamiento religioso, *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1793), escribió: «La religión judía no es propiamente una religión, sino una simple unión de una masa de hombres de una determinada tribu *[Stamm]*»[143].

El judaísmo no solo dejó de ser catalogado como una religión, sino que también dejó de ser moral. Puesto que la racionalidad era la base de la moral, y los judíos eran irracionales, eran también inmorales. Después de todo, ¿no es cierto que «todo cobarde es un mentiroso, como, por ejemplo, los judíos, y no solo en los negocios sino también en la vida común»?[144]. Kant pasó a deplorar la perpetua inmoralidad de los judíos:

> Los palestinos que viven entre nosotros deben su no inmerecida reputación de estafadores (al menos la mayoría de ellos) a su espíritu de usura, que los ha poseído siempre desde su exilio. Indudablemente parece extraño concebir una nación de tramposos, pero igual de extraño es concebir una nación de comerciantes, la mayoría de los cuales —maniatados por una antigua superstición— no le piden honor civil al estado donde viven, sino que les restituya su pérdida a expensas de aquellos que les garantizan la protección [...] En lugar de los vanos proyectos de hacer moral a este pueblo... Prefiero dar mi opinión sobre los orígenes de esta peculiar constitución de una nación de comerciantes [...][145].

Las ideas de Kant fueron profundamente perjudiciales, no solo porque llegase a ser históricamente conocido como el más grande pensador de la Ilustración, sino también porque iba a ser famoso como el más grande de los moralistas. Este príncipe de la filosofía, piedra angular de la autoridad, suministró una base legítima, que caló hondo en la cultura europea, para la potencial criminalización de los judíos[146].

Por si esto no fuera bastante, Kant sostuvo que los judíos no tenían derecho a una existencia independiente. El judaísmo era obsoleto. De hecho, decretó que la moral pura reclamase «la eutanasia del judaísmo»[147]. Dejando aparte la excepción de una exigua minoría de «judíos ilustrados», el resto no era moralmente, y por lo tanto tampoco políticamente, igual a los alemanes; deberían ser excluidos. En pocas palabras, admirado por sus vecinos, sentado bajo el mismo árbol todos los días a la misma hora, este hombre aparentemente inocuo y tímido sentenció que los judíos eran materialistas, inmorales, obsoletos y políticamente extraños. Como

ha observado recientemente un comentarista, Kant trazó una «pintura antisemita de los judíos como grupo, en la medida en que [...] los retrata como corruptores del cuerpo político... Así pues, Kant [...] anticipó el anti-semitismo político»[148].

Kant dictó su última conferencia en 1796 y murió en 1804. Muchos habitantes de Königsberg y multitudes procedentes de toda Alemania acudieron a su tumba para rendirle tributo. A lo largo de los siglos transcurridos desde su muerte, esta actitud de reverencia ha continuado. Un pórtico neoclásico veneró su restos mortales. En una tabla de bronce luce inscrito un pasaje de su ética: «Dos cosas llenan mi ánimo de creciente admiración y respeto a medida que pienso y profundizo en ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí»[149]. Lástima que no hiciese más extensivos tan nobles sentimientos para poder incluir a los judíos.

Hitler consideró un regalo que Kant detestara a los judíos por ser irracionales, inmorales e ineptos para la vida cívica. Nada podía haberle deleitado tanto como enterarse de que el filósofo insignia de la Ilustración hubiese suministrado teorías que reforzaban su causa. Pero el hecho de que Hitler hubiera encontrado en Kant una razón para odiar a los judíos, ¿no pudiera ser, tal vez, un incidente aislado, solo el excéntrico prejuicio de un filósofo particular? Lamentablemente este no pareció ser el caso.

En el periodo que siguió inmediatamente a la vida de Kant, Johann Gottlieb Fichte, nacido en Sajonia en 1762, adquirió una brillante reputación. Ante los ojos de todo el mundo resplandecía como una atalaya de verdad. Fichte era un filósofo idealista, pero abrazó también valores militares. En 1808, en sus sensacionales *Discursos a la nación alemana,* Fichte exhortó a los alemanes a alzarse contra la opresión extranjera y, en la víspera de una decisiva batalla contra Napoleón, apareció ante sus estudiantes armado y dispuesto[150] declarando: «¡A la acción! ¡A la acción! ¡A la acción! Por eso es por lo que estamos aquí»[151]. Fichte celebró también la excepcionalidad germana. Sostuvo que los alemanes eran únicos porque su idioma estaba arraigado en la lengua teutónica, no en el

latín, y era menester preservar la pureza germana[152]. Pero aun suponiendo que estas ideas fueran solo expresión del nacionalismo, Fichte tenía también un aspecto claramente siniestro. Pues declaró: «No veo en absoluto manera alguna de otorgar derechos cívicos a los judíos, a no ser, tal vez, que les cortásemos a todos sus cabezas y las remplazáramos por otras nuevas en las que no hubiera una sola idea judía»[153].

Mientras tanto, en las postrimerías del siglo XVIII, Fichte estaba a punto de ser desbancado por un nuevo filósofo. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, que vivió de 1770 a 1831, fue nombrado catedrático de Filosofía en la muy influyente Universidad de Jena. Con obras maestras como la *Fenomenología del espíritu* (1807) y la *Filosofía del Derecho* (1821), Hegel sostuvo que la historia daría cumplimiento a lo que Kant se limitó, meramente, a teorizar, al sostener que con el transcurso del tiempo el mundo occidental evolucionaría para devenir más racional y más moral. La razón no era simplemente un ideal, sino el punto final de la historia humana. Proclamado a los cuatro vientos como el nuevo líder del pensamiento mundial, Hegel parecía haber superado a Kant.

Pero los viejos prejuicios permanecieron. Hegel escribió: «El templo de [...] la razón es más sublime que el templo de Salomón. Ha [...] sido edificado racionalmente, en absoluto a la manera de los judíos [...] que lo edificaron ajustándose al patrón salomónico»[154]. Una vez más fueron tildados los judíos de irracionales. Así pues, en su nueva e imponente concepción de la historia en la que profetizaba el advenimiento de un nuevo amanecer, Hegel excluyó a los judíos[155]. Confinados como estaban al ostracismo por parte de Europa, él los relegó a un estatus inferior, fuera de la civilización: «Los judíos continuaron sobreviviendo mucho después de que su *raison d'être* hubiera desaparecido —ya no tenían, ciertamente, una historia genuina [...] sino que meramente existían como el cadáver de su extinguida esencia—»[156]. Y de la misma manera que a ellos se los veía como algo por debajo de lo normal, así también era visto su Dios. Hegel escribió: «Es solamente el limitado dios nacional judío, que es incapaz de tolerar a otros dioses [...] Este austero dios

nacional es muy celoso»[157]. Y abrigando sin duda alguna las más nobles intenciones, Hegel propugnó asimismo otras ideas potencialmente peligrosas. Abogando por el estado fuerte, argumentó también que el progreso histórico dependía del conflicto. El conflicto sería, por tanto, una fuerza positiva, y como ha observado un comentarista: «Las ideas de Hegel sobre la moralidad de la guerra y la función de la guerra como un bautismo de fuego moral (en su *Rechtsphilosophie)* han tenido un efecto especialmente desastroso»[158].

El tiempo pasó y el siglo XIX maduró. Iluminado en su trabajo por velas, lámparas de petróleo y la luz del fuego, los hombres se valieron de tinta y péndola para garabatear en el poroso papel de sus manuscritos. Con el correr de los años, la tecnología avanzó y la péndola fue reemplazada por la pluma de punta metálica. Desgraciadamente, mientras que la tecnología había experimentado un desarrollo, no sucedió así con los sentimientos morales. Durante la primera parte del siglo XIX, el filósofo Arthur Schopenhauer (1788-1860), escribió:

> Ahasverus, el Judío Errante, es la personificación de toda la raza judía [...] en ningún lugar en casa y en ninguno extraño [...] afirmando su nacionalidad judía con una tenacidad sin precedentes, viviendo parasitariamente en otras naciones. La mejor manera de poner fin a la tragicomedia consiste en intermatrimoniar al judío con el gentil [...] Ahasverus será enterrado y [...] en el transcurso de un siglo los miembros del pueblo elegido no sabrán dónde estaba su morada. [...] Son y siguen siendo una raza foránea, oriental[159].

Ludwig Andreas Feuerbach, pensador hegeliano nacido en 1804, dieciséis años más tarde que Schopenhauer, describió a los judíos como irracionales y primitivos. Los estereotipó como egoístas y fue aun más lejos, acusándolos de canibalismo ritual[160]. Ni siquiera las ideas antisemitas de Feuerbach fueron eclipsadas por el prejuicio conocido de Karl Marx[161], quien escribió en *Sobre la cuestión judía:*

> Una vez que la sociedad ha logrado abolir la esencia empírica del judaísmo —la dependencia y sus condiciones previas— el judío habrá

> devenido imposible, porque su consciencia no tiene ya un objeto, porque la base subjetiva del judaísmo, la necesidad práctica, ha sido humanizada, y porque el conflicto entre la existencia individual —sensual— del hombre y su existencia como especie ha sido abolida. La emancipación social del judío es la *emancipación de la sociedad respecto del judaísmo*[162].

Por supuesto que Marx no le interesó a Hitler (aunque este afirmó haberlo leído), sin embargo, otro hombre de un extremo bien diferente del espectro político sí que le interesó.

El gran compositor y ensayista filosófico Richard Wagner, nacido en Leipzig en 1813, fue quizá el más violento de todos los antisemitas. En algunas de sus óperas hizo del judío una experiencia estética. Creyó que los judíos eran «explotadores y parásitos» que se habían adueñado de la vida cultural y comercial alemana. «¡Veo a mi "Alemania" perecer para siempre! [...] Mi ideal artístico se mantiene en pie y cae con Alemania [...] Lo que seguirá a la caída de los príncipes alemanes es esa masa judeo-alemana[163], la "maldita escoria judía"»[164]. En 1869, Wagner publicó *Das Judenthum in der Musik* (El judaísmo en la música)[165]. En ese ensayo denunció a sus contemporáneos judíos Felix Mendelssohn y Giacomo Meyerbeer, sosteniendo que el pueblo alemán sentía repulsión ante el aspecto y las actividades de los judíos. En sus propias palabras: «Con todos nuestros discursos y nuestros escritos en favor de la emancipación de los judíos, siempre nos sentimos instintivamente repelidos ante cualquier contacto real y operativo con ellos»[166]. Sostuvo que los judíos eran ajenos al espíritu alemán, y que su música era, por tanto, superficial y carente de significado. Por añadidura, esa condición de superficialidad implicaba que pudieran hacerse populares y vender su música para obtener beneficios financieros. Más tarde Wagner sería el músico preferido del colega de Hitler, Alfred Rosenberg, quien adoptó como eslogan favorito la siguiente referencia del mentado compositor a los judíos, «el falso demonio de la decadencia de la humanidad»[167].

* * *

La casa del párroco en Rocken, cerca de Leipzig, en la Sajonia prusiana, donde nació Friedrich Nietzsche el 15 de octubre de 1844, era una modesta, aunque no pequeña, morada cuyo encalado exterior ostentaba ventanas blancas simétricamente dispuestas en las paredes. Un curvo dintel de ladrillo señalaba la acogedora entrada, con una labrada puerta de madera. El exterior, propio de una casa de campo, estaba abandonado, y los árboles frutales se mezclaban con los silvestres en un jardín que antaño debió de ser entrañablemente amado. En el tejado cubierto de pizarra rojiza se levantaban dos pulcras torres de chimenea. Tres pequeñas ventanas laterales estaban dispuestas en forma de triángulo, una encima y dos abajo. Las vidrieras del ático semejaban oscuros agujeros cuyo centro recordaba misteriosamente la pupila de un ojo. El que más arriba figuraba parecía evocar un cíclope, cual diseño tal vez adecuado para el lugar de nacimiento de uno de los visionarios conductores del siglo XIX, y el hombre de quien Hitler proclamó que había ejercido sobre él la más grande influencia[168].

¿Qué fue lo que tanto le atrajo a Hitler de Nietzsche? Tal vez la vida de Nietzsche nos suministre la respuesta.

La formación de Nietzsche, criado bajo la influencia estricta de la religión, guardó múltiples semejanzas con la de Kant. A decir verdad, su tierna infancia fue todavía más devota que la kantiana, pues creció siendo el hijo de un párroco de pueblo. Era un niño pensativo y taciturno, y sus compañeros se dieron cuenta de que era una criatura aparte que incluso parecía asemejarse a Jesús en el templo. Al igual que Kant, pronto tropezó en su vida con el dolor, porque su padre murió siendo él tan solo un niño de cinco años. Más tarde escribió: «Tenía alguna idea de la muerte; la idea de quedar separado para siempre de mi amado padre se apoderó de mí, y lloré mucho»[169]. Al año siguiente murió también su hermano, con tan solo dos años, y Nietzsche describió aquello como «la re-apertura de la tumba»[170]. Esta tragedia determinó en él un carácter sombrío, y mientras los demás niños llevaban cubiertas de barro sus rodillas, Nietzsche estaba escribiendo ávidamente hasta el menor detalle de

sus experiencias. Pensar, reconsiderar e interpretar el mundo para sí mismo pasó a ser la obsesión de su vida[171].

El joven Nietzsche tenía un aspecto pálido, con frente alta, entradas avanzadas y cabello castaño austeramente recogido hacia atrás y partido por una raya lateral. Reforzaban sus facciones un par de redondos y finos anteojos de oro que apenas deslucían el mirar de sus hundidos ojos y la intensidad de su expresión. Su segundo rasgo más llamativo era un espeso bigote, típico de la época. Su rostro era manifiestamente más notable que el resto de su físico, pues, de acuerdo con la común imagen que caracteriza a numerosos intelectuales, era de endeble complexión.

En la universidad, Nietzsche dedicó sus primeros años al estudio de la religión y la literatura clásica. Tras cursar un año en Bonn, se trasladó a Leipzig y siguió con los clásicos. Inició un breve período de servicio militar que le dejaría hondo impacto en sus convicciones e imaginación para el resto de sus días, aunque, de hecho, el servicio real que prestó fue más bien efímero: tras sufrir una dolorosa y perdurable herida en el pecho, fue dado de baja.

En 1868, tras dejar el servicio militar, retornó Nietzsche a Leipzig, donde entabló una importante amistad. En la casa de un conocido común, conoció a un compositor musical de reputación legendaria, por cuyas óperas sentía Nietzsche verdadera pasión. Conteniendo el dolor de su pecho, Nietzsche se inclinó hacia delante para presentarse. Pero al punto retrocedió sorprendido, porque, al volverse aquel hombre hacia él para saludarlo, le pareció vislumbrar la faz de su difunto padre.

Richard Wagner, el hombre a quien Nietzsche iba a conocer, era aproximadamente de la misma edad que hubiera tenido el padre del filósofo y guardaba gran semejanza con el ex pastor. Tras recuperarse de la conmoción, Nietzsche pasó el resto de aquella noche hablando de su amor por la música y la filosofía y, por encima de todo, de Schopenhauer, quedando absorto al comprobar que compartía con Wagner todas sus pasiones. Desde aquel preciso momento fueron amigos íntimos y este impresionante compositor se erigió en la principal influencia sobre la vida del joven.

Al año de conocer a Wagner, la carrera de Nietzsche ascendió. Pronto fue nombrado catedrático en la Universidad suiza de Basilea, en 1869, a la edad asombrosamente temprana de veinticuatro años, antes incluso de que hubiera recibido su doctorado. Sin embargo, el desplazamiento a Suiza le resultó agotador, porque nunca hasta entonces había abandonado Alemania[172]. A pesar de su débil físico, Nietzsche admiraba el espíritu guerrero, al igual que el de los antiguos griegos. Fascinado por la guerra, prestó servicios hospitalarios al ejército de Prusia como asistente médico durante la Guerra Franco-Prusiana de 1870[173]. No obstante, la mala salud lo atormentó, y tras varios ataques de disentería y de difteria se vio obligado a abandonar el ejército. En su caso, la admiración por los guerreros antiguos encontró más constructivamente expresión en la prosa que en la acción. Y mientras vagaba por los Alpes suizos, imitando a sus heroicos antepasados, Nietzsche se sumió en la contemplación. Sobre las más altas cumbres, perdido en los bosques alpinos, podía entregar su mente a lo que adoraba: el espíritu guerrero de Schopenhauer y, por supuesto, de Wagner.

Nietzsche continuó en su puesto de profesor en Basilea hasta 1879. Durante la mayor parte de su vida sufrió de mala salud y se vio acosado por la pobreza y la oscuridad. Jamás se casó y siempre le faltó el confort de una fuente de confiada intimidad, que brindan la familia o los amigos. Lo atormentaba además el miedo a la sífilis —en la que pudo quedar atrapado como consecuencia de una sola e infortunada visita a un burdel o por herencia—.

Después de dejar su puesto en Basilea, Nietzsche inició una vida peripatética, viajando por Europa, de Alemania a Suiza y a Italia. «En Génova [...] recorría las calles, transido de admiración»; en Turín «la ciudad le encantaba» con «su «aristocrática calma del siglo XVII». En Italia había pocos «barrios aburridos» y «una unidad de gusto incluso en los colores (el color global de la ciudad es el amarillo o castaño rojizo)». Se alimentó de menestra, *risotto,* carne, verduras y pan, y cenó en «los cafés más bellos». Pero siempre retornó a un lugar que amaba en Suiza, y en ese lugar escribió buena parte de su prosa más profunda[174].

Era un mundo, un refugio, un paraíso privado y seguro, donde Nietzsche podía sentarse sin ser perturbado y pensar, reflexionar y soñar. Tal era la casa de Sils-Maria, donde Nietzsche pasó sus más fecundos veranos de la década de 1880. Las paredes de su reducida habitación estaban, al igual que el suelo, revestidas de madera pálida. Amueblaban el cuarto un espejo con marco de latón, un pequeño sofá victoriano de color rojo oscuro con curvo respaldo elegantemente circundado de madera. Un lavabo con jofaina y jarra de porcelana sobre una mesita pintada de blanco ocupaba un rincón del aposento, y una alfombrilla persa gastada por la edad adornaba el piso. Una cama individual con colcha blanca y un pequeño escritorio en el que descansaba una lámpara de petróleo y al que acompañaba una silla de caoba completaban el mobiliario. Este fue, en los largos meses de verano, el hogar de Nietzsche, donde podía dar rienda suelta en su mente al tranquilo fluir de los pensamientos, que no interrumpía el suave viento del bosque, mientras la luz de los Alpes y un claro olor de pino invadían el aposento[175].

En sus visitas a Sils-Maria, Nietzsche fue enormemente productivo. La fertilidad de su mente imitó como un eco la del paisaje y esto es, en general, evidente en su prolífico material escrito en este período. Por citar solo algunos de sus libros publicados: *Meditaciones intempestivas* (1873-1876), *Humano, demasiado humano* (1878), la *Gaya ciencia* (1882), *Así habló Zaratustra* (1883-1885), *Más allá del bien y del mal* (1886), *La genealogía de la moral* (1887), *Crepúsculo de los ídolos* (1888), *El Anticristo* (1888) y *Ecce Homo* (1888)[176]. Todos estos libros fueron escritos en su característico estilo profético, todos acabaron siendo clásicos mundiales y a muchos de ellos se los ha considerado como una contribución máximamente inspirada en sus respectivos campos.

Pensador complejo y ambiguo, incluso durante su propio tiempo, sus obras estaban abiertas a muy variadas interpretaciones. En su periodo inicial, Nietzsche fue un romántico. Receloso del cristianismo, no aspiró, como Kant, a moderarlo con la razón, sino a reemplazarlo con la pasión. El primer gran clásico de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* (1872), difundió ondas expansivas por el

mundo de la intelectualidad alemana. Influido por Wagner, Nietzsche desarrolló una interpretación radical del arte, y parecía propugnar un culto al vino, la orgía y la canción en torno al dios griego Dionisos. Al hacerlo, revolucionó una tradición conservadora de lecturas establecidas, modestos reclamos y erudición meticulosa, escandalizando en igual medida a tradicionales eruditos e historiadores del arte. Impertérrito, continuó asolando con su huracán intelectual los paisajes de la historia, la religión y la filosofía. En todas sus obras tempranas propugnó Nietzsche la espontaneidad, la creatividad y la fuerza de la imaginación contra el frío de la razón, la ciencia y la tecnología[177].

Nietzsche exploró muchas ideas a lo largo de su vida, incluyendo, en su periodo medio, el racionalismo y la filosofía de la Ilustración. Escribió en un estilo poético y aforístico, nunca con claridad o lógica. Y fue siempre una figura polémica, lo cual es principalmente atribuible a su aversión al cristianismo, del que pensaba que pretendía promover la debilidad sobre la fuerza. Con su famoso epitafio «Dios ha muerto», Nietzsche pronosticó el final de la era cristiana, profetizando en su lugar el comienzo de una sociedad atea, que no estuviese guiada por la religión, sino por la ciencia. (Esta fue también, sin duda, la era de Darwin). Con frecuencia, Nietzsche hizo asimismo blanco de sus ataques a la democracia, criticando que los ideales democráticos modernos aumentaban la mediocridad[178]. El modelo de perfección propio de Nietzsche era una cultura que no apoyase la igualdad, sino la grandeza —grandeza en el carácter, en la filosofía, en la literatura, en el arte, en la música—. El que abrazara todos estos ideales se convertiría en el *Übermensch:* el «Superhombre»[179].

A pesar de su propia y frágil constitución y su amor por la contemplación, durante toda su vida habló con frecuencia Nietzsche en elogio de la guerra. Sils-Maria con su paz y tranquilidad no podía ofrecer mayor contraste con el «devastado campo de batalla tristemente salpicado por doquier de restos humanos y pestilentes cadáveres»[180]. Este era el lugar que Nietzsche describió cuando prestó servicios como asistente médico, en el campo de batalla de

Worth[181]. En el verano de 1866, antes de que sus viajes a Sils-Maria hubieran comenzado, el prusiano Otto von Bismarck había invadido la confederación alemana. Nietzsche, desolado por la agresión a su patria, había urgido a sus compatriotas a empuñar las armas, escribiendo: «Es deshonroso quedarse sentado en casa mientras la patria está entablando un combate a vida o muerte»[182]. Nietzsche tuvo algunos encuentros con la guerra a lo largo de su vida, y por haber experimentado sus atrocidades de primera mano podría haberse esperado que su entusiasmo se hubiera apagado. Sin embargo, a pesar de sus horrores, en 1884 escribió que «uno debe aprender de la guerra (1) a asociar la muerte con los intereses por los que uno combate —eso nos hace venerables—; (2) uno debe aprender a sacrificar a muchos y a tomar la propia causa con la suficiente seriedad para no ahorrar vidas humanas»[183]. Bravas palabras, si se tiene en cuenta que, después de sus fugaces encuentros con el campo de batalla, cayó enfermo y quedó «debilitado e incapacitado [...] en [...] (muy) corto tiempo»[184]. Sin embargo, este elogio de la guerra hizo posteriormente a Nietzsche muy atractivo para Hitler.

Nietzsche puede haber admirado sin ambigüedad la pasión destructiva del campo de batalla, pero su actitud hacia los judíos fue más ambivalente. Por una parte percibía que los judíos eran el enemigo de Alemania. En una carta de 21 de junio de 1871 escribió: «No todo ha sido destruido por la trivialización y la "elegancia" franco-judías [...]»[185]. Después, sin embargo, mostró igual desagrado hacia los antisemitas. En 1889, hacia el final de su vida lúcida, desvarió al decir que «sencillamente, fusilaría a todos los antisemitas»[186].

Después de una vida de enérgica contemplación, vagando por los Alpes y las ciudades de Europa, y la soledad de Sils-María, que facilitó su vasta productividad, Nietzsche fue finalmente atrapado por el miedo. Durante toda su vida había sufrido los embates de la enfermedad, pero el mayor de sus miedos se lo produjo la sífilis, pues temía que este mal invadiera lentamente su cerebro y destruyera su mente. Aunque perseguido por esta posibilidad, nunca

había sido un hombre que codiciara la compasión. Años antes, tal vez ante esta expectativa, había escrito: «no es [...] ni siquiera deseable para usted argumentar en mi favor». «Considéreme como si fuese una planta extraña»[187]. En 1889 se le diagnosticó demencia clínica y desde ese momento terminó su vida productiva. La última década de su existencia la pasó Nietzsche en manos de su hermana Elisabeth, que empujaba al ahora semi-paralizado filósofo en su silla de ruedas para satisfacer intereses crematísticos.

Nietzsche murió en 1900, una década después del inicio de su demencia, pero los acontecimientos posteriores le otorgaron una influencia mucho mayor de la que llegó a tener en toda su vida. Tras su muerte, magnificada por la morbosa fascinación del público por él y por su obra, se convirtió en una figura de gran celebridad y en un éxito de ventas. De su famoso libro *Así habló Zarathustra,* en el que había acuñado la idea del «superhombre», se imprimieron 150.000 ejemplares durante la Primera Guerra Mundial, y con él se obsequiaba a los soldados alemanes que iban al frente[188]. Una compañía radiofónica de Londres llegó al extremo de aplicarle a la recién mencionada contienda el epíteto de «Guerra Euro-Nietzscheana»[189], y el novelista inglés Thomas Hardy, que era un éxito de ventas de la época, sostuvo en una carta dirigida al *Daily Mail* que no había «ningún otro ejemplo, desde el comienzo de la historia, de un país que hubiese sido desmoralizado por un solo autor»[190].

Mientras tanto, Elisabeth Nietzsche desarrolló y mantuvo los archivos de la obra de su hermano[191]. Llevó a cabo esta tarea en la Villa Silberblick, en Weimar, seleccionando de entre las conocidas obras de Nietzsche los trabajos empolvados, garabateados y oscuros, que yacían ocultos bajo libros y otros materiales publicados. Aunque esos trabajos no eran más que simples notas informales, Elisabeth los seleccionó, organizó y publicó por su cuenta. Eran profundamente incriminatorios. Incluían la discusión de Nietzsche sobre las posibilidades de la reproducción selectiva y la educación de una casta dirigente, «los amos de la tierra», «tiranos que pueden trabajar como artistas sobre el "hombre" mismo»[192]. Había además

notas sobre la necesidad de «crear las condiciones necesarias para producir hombres más fuertes, los cuales requieran por su parte [...] una disciplina "físico-*cum*-espiritual" que los refuerce»[193]. Cuando la anciana señora Elisabeth, que portaba cofia y anteojos de abuelita, dio la bienvenida a Hitler en su visita al archivo del filósofo, en agosto de 1934, quizá fuera todo este material lo que mostró al canciller.

En el archivo, Elisabeth destacó también otro tópico de su hermano. Nietzsche había escrito: «El Caballero blindado con la mirada fija, fría, severa, con la que poder recorrer impávido su espantosa ruta junto a su horrible compañero [...]»[194]. La idea de «El Caballero, la Muerte y el Diablo» tenía su origen en el cuadro de Durero que Nietzsche le había regalado a Wagner. Más tarde fue asumida por el periódico nazi *Der Volkische Beobachter* como la idea que simboliza al campesino folclórico de la ideología nazi, el *berserker* nórdico, que lucha hasta morir en el campo de batalla. El archivo de Elisabeth subvencionó y encargó poemas, obras dramáticas y cuadros que promovían esta visión. Finalmente el título «El Caballero, la Muerte y el Diablo» pasó a convertirse en sinónimo del propio Hitler.

El Nietzsche de Elisabeth pareció satisfacer la mayoría de las necesidades del Tercer Reich —fanatismo bélico, el tema del antisemitismo, el «superhombre» y el nacionalismo—. Sin embargo, al igual que los filósofos alemanes que lo precedieron, Nietzsche se había limitado tan solo a exhibir ciertos *elementos* del militarismo o del anti-semitismo, cuya oscuridad vino a contaminar un proyecto grandioso y magnífico en otros aspectos. Pero Hitler incidiría demasiado exclusivamente sobre este lado oscuro, violentando y perjudicando así la esencia de la voz del «profeta».

La versión de Nietzsche elaborada por Elisabeth no era la única fuerza favorecedora del anti-semitismo. El diplomático y autor francés, conde Arthur de Gobineau (1816-1882), había introducido ya la noción de «raza nórdica», y otros pensadores del siglo XIX siguieron entusiásticamente sus huellas, conjugando el prejuicio con el sentimentalismo. Inspirándose en Fichte y en algunas de las más

oscuras ideas de Nietzsche[195], Paul de Lagarde, con un sentimentalismo a la vez profético y nostálgico, aclamó las raíces folclóricas del pasado germánico y encubrió un antisemitismo increíblemente feroz con una respetable capa de idealismo, declarando en consecuencia que «los judíos como tales son un terrible infortunio para todo pueblo europeo»[196].

Unas cuantas décadas después, Julius Langbehn en su libro *Rembrandt as Educator* (Rembrandt como educador)[197], de la misma manera que Lagarde, «hackeó» ideas de Nietzsche y el Romanticismo. De los judíos, predicó que «son un veneno para nosotros y como tal deben ser tratados [...]. Tienen inclinaciones democráticas, manifiestan afinidad por la muchedumbre; y simpatizan por doquier con la decadencia»[198]. Yendo aún más lejos, escribió:

> El judío moderno no tiene religión alguna, ni carácter, ni casa, ni hijos. Es un trozo de humanidad que se ha vuelto ácido [...] La aspiración de los judíos actuales por el dominio espiritual y material provoca en nosotros esta sencilla frase: Alemania para los alemanes. Un judío no puede convertirse en alemán más de lo que pueda convertirse una ciruela en una manzana [...] Ahora los judíos son los opresores y los enemigos de todo lo que sea alemán [...] combátelos a muerte[199].

Algunos periodistas divulgaron estas ideas. Wilhelm Marr (1819-1904), un periodista alemán conocido como el «patriarca del antisemitismo» por su panfleto de exitosa venta, *La victoria de los judíos sobre los alemanes,* reforzó la corriente política que conjugaba el nacionalismo con el antisemitismo[200]. Intelectuales de la élite social, como el historiador universitario de tendencia conservadora Heinrich von Treitschke, también «propagaron el antisemitismo como un aspecto del nacionalismo racista»[201] (von Treitschke entretejió además una grosera versión del militarismo de Hegel; un comentarista observó que «se hace eco del estruendoso patetismo de las conferencias de Treitschke sobre política»)[202]. Fue por entonces cuando Houston Stewart Chamberlain, británico de nacimiento, escribió sus *Foundations of the Nineteenth Century* (Los

fundamentos del siglo XIX) en el que denunció a los judíos y propugnó el pan-germanismo[203]. Casado con una hija de Richard Wagner, Eva, sus conexiones favorecieron la enorme influencia de sus ideas.

Varias décadas después, Hitler tendría ocasión de disfrutar del desarrollo de este anti-semitismo nacionalista. A uno de los principales filósofos de su equipo, Ernst Krieck, le fascinaban Lagarde y Langbehn, y el ideólogo hitleriano Alfred Rosenberg se auto-etiquetó como discípulo de ambos[204]. Hitler atesoró ejemplares de los libros de estos pseudo-románticos autores del siglo XIX; mas por si estos no fuesen lo bastante malévolos, una nueva tendencia del nacionalismo estaba a punto de emerger[205]. Pero su origen no tuvo lugar en Alemania, sino al otro lado del canal, en Inglaterra.

* * *

Desde los bosques bávaros poblados de pinos, atravesando el norte de Francia y cruzando al otro lado del Canal de La Mancha hasta las blancas rocas de Dover, a través del pastoril paisaje del sur de Inglaterra, justo al norte de la frontera de Gales —todo esto se hallaba a muy larga distancia del mundo de la Prusia del siglo XIX—. Pero fue aquí, en una vasta mansión georgiana situada en la pequeña ciudad mercantil de Shrewsbury, donde nació una de las más cruciales influencias de Hitler.

Los meandros del río Severn costeaban la imponente, elegante y clásica fachada de una residencia que databa del año 1800. Brillantes cristaleras georgianas con blancos marcos embellecían sus desteñidas paredes de rojos ladrillos y su tejado de pizarra gris. A juzgar por la luz del sol, la fachada miraba hacia el sur. Las ventanas de la parte trasera se abrían sobre un pequeño jardín que descendía bruscamente hacia el río. Con el verde césped que se alargaba a modo de bienvenida, con sus tres plantas y una anchura de fachada de cinco ventanas, esta mansión, revestida de hiedra, anunciaba la prosperidad de su dueño. De su altura y del hecho de que hubiese

sido construida sobre un montículo, se puede colegir que dominaba el paisaje del vecino pueblo[206].

El panorama era grisáceo, verde, húmedo, nuboso y fértil. Al este y al sureste, los jardines descendían hasta comunicar con prados de ribera que desprendían un penetrante aroma. Árboles de anchas hojas bordeaban un amplio trecho del río que desparramaba una tenue neblina sobre el suelo. Estos jardines eran una fuente de gran placer para el niño que allí había nacido:

> El huerto se cerraba con llave por la noche, y lo circundaba un elevado muro, pero gracias a los árboles cercanos pude encaramarme a él sin dificultad. Introduje un palo largo en el orificio posterior de una maceta algo grande, cuya cavidad, con las oportunas manipulaciones, logré colmar de duraznos y ciruelas, asegurándome así el apetecido premio. Recuerdo, siendo muy niño, cómo robaba manzanas del huerto [...][207].

El pequeñuelo que robaba manzanas de su jardín en Shrewsbury era Charles Darwin, que había de cambiar la faz de las ciencias naturales.

Darwin nació el día 12 de febrero de 1809 y vivió setenta y tres años. Cultivó la ciencia hasta convertirse en un naturalista famoso por su concepto de evolución. En 1859 publicó su libro *El origen de las especies* y con él llevó a cabo su famosa ruptura con la concepción religiosa del mundo, a la que sustituyó por una idea mecanicista de la naturaleza. Argumentó que no había ningún propósito inherente otorgado por Dios a la vida, que no éramos parte de ningún plan divino. En lugar de ello propuso que toda vida derivaba de antepasados comunes. Luego, con el paso del tiempo, evolucionaron varias especies a lo largo de un proceso que él denominó «selección natural», por virtud del cual la naturaleza fue cambiando merced al efecto de variaciones accidentales. Las ideas científicas de Darwin fueron aceptadas como el fundamento de la biología. Frases y palabras como «supervivencia de los más aptos», «lucha por la vida» y «adaptación» se pusieron de moda. En reconocimiento de su preeminencia, Darwin fue enterrado en la Abadía de Westminster, junto a Isaac Newton. Fue uno de los cinco

únicos personajes británicos del siglo XIX que, sin ser miembros de la familia real, fueron honrados con un funeral de estado[208].

Aunque Darwin era sobre todo biólogo y naturalista, en su obra *El origen del hombre* (1871) escribió sobre los seres humanos. Este trabajo influyó en los debates sociales, y en toda Europa emergió una variante siniestra de la teoría evolutiva conocida como «darwinismo social». Y a pesar de que el propio Darwin insistió en que la política social no debiera dejarse guiar sin más por los conceptos de lucha por la supervivencia y la selección natural[209], y de que la simpatía y la compasión deben hacerse extensivas a todas las razas y naciones[210], otros intentaron aplicar como un solo bloque los principios evolutivos darwinianos a la política.

Darwin ha estado siempre en el centro de los debates sobre el racismo nazi y las políticas del exterminio masivo. Y en el siglo XIX emergió en el mundo de habla germana una interpretación muy controvertida de sus ideas, principalmente gobernada por un hombre de quien pasamos a ocuparnos a continuación.

El zoólogo y filósofo social Ernst Haeckel, que ha ejercido una enorme influencia, se eligió a sí mismo para ser la voz de Darwin entre las personas de habla alemana. Llegó a ser el más grande defensor del «darwinismo social», y sus libros se vendieron en su época, mucho más que los de Darwin. Por añadidura anticipó, al igual que sus colegas partidarios del darwinismo social, ideas que habían de influir en el nacionalsocialismo.

Haeckel había nacido el 16 de febrero de 1834 en Potsdam. Gran parte de lo que sabemos sobre sus primeros años fue contado por su «venerable Tía Bertha»[211]. «Ella vivió hasta su muerte en su sencilla y silenciosa casa ubicada en las amplias calles que se extienden por detrás del Tiergarten en Berlín, llegando a la edad de noventa y dos años, pero sin perder nunca su frescura de mente y de memoria». Desde su aposento, recordaba a Haeckel:

> el viejo y reducido mobiliario y el tictac del antiguo reloj [...] le hacían olvidarse de sí misma y perderse en el pasado [...] En las ensoñadoras horas del crepúsculo [...] relataba sonriente con tranquilo orgullo [... cómo su sobrino Ernst] la visitó cuando vino a Berlín; y cómo, con

> sencillo ademán [...] optó por dormir en el desván donde se secaba la ropa.

Asimismo recordaba la anciana, cómo siendo Haeckel un niño «invitó a sus amigos a que vinieran [...] para compartir un sencillo plato de ensalada de arenques [...]» y cómo «[...] improvisó para ellos asientos con tablas y cubos. Tía Bertha divagaba "con gran satisfacción" sobre todos los aspectos de la vida de Haeckel. Enternecedoramente, las historias que contaba de su sobrino se mezclaban sin solución de continuidad con otras más viejas y con el pasado de hacía casi un siglo»[212].

Después de su infancia, Haeckel estudió en Viena y Berlín. Luego llegó a ser un catedrático eminente en la Universidad de Jena. Aquí combinó su especialidad en Zoología, altamente acreditada, con la especulación filosófica: «Comienza el siglo XIX. La naturaleza es su salvación y la salvación su más práctica necesidad. Ha de luchar por su existencia... Pero ha mejorado las armas para la lucha». Habiendo absorbido las ideas de Darwin, Haeckel empezó a usarlas en filosofía, proclamando que «la naturaleza es Dios»[213].

> Todas las edades históricamente más tempranas no fueron otra cosa que desdichados errores. El relámpago resplandeció sobre el desnudo salvaje y este cayó de rodillas y, en su impotencia, se puso a rezar. En el siglo XVIII despuntó en las mentes humanas la idea de que pudiera tratarse de alguna fuerza de la naturaleza. El siglo XIX planta su pie sobre el cuello del demonio de esta fuerza, y lo obliga a ponerse a su servicio, a jugar con él. Sus ideas y palabras destellan a través del relámpago de hoy, como si recorriesen tractos nerviosos que empiezan a circundar el globo. *El hombre deviene señor de la tierra* [...][214].

La obra escrita de Haeckel fue muy extensa. Durante sus años más activos produjo cuarenta y dos libros que totalizaban casi trece mil páginas, además de numerosas memorias científicas e ilustraciones. También produjo una gran obra artística, incluyendo más de cien ilustraciones detalladas y multicolores de animales y criaturas de mar como, por ejemplo, *Kunstformen der Natur* (Formas artísticas de la naturaleza).

Como filósofo, ya hemos dicho que Haeckel interpretó a Darwin para el mundo de habla germana. Como biólogo-*cum*-filósofo escribió en 1868 *Natürliche Schöpfungsgeschichte* (Historia natural de la creación). Los encabezamientos de sus capítulos revelan el contenido: «Teoría de la evolución de acuerdo con Kant»; «Teoría de la evolución de acuerdo con... Darwin». Pasó a hablar acerca de «la herencia, la propagación, la adaptación, la división del trabajo, las tribus y los individuos...». En un último capítulo discutió sobre las «leyes de la evolución, la diferenciación y el perfeccionamiento del género humano». Sin embargo, hay un matiz que destacar, que afecta al género de ideas que, de hecho, Haeckel estaba promoviendo[215].

De 1895 a 1899 escribió *Die Welträthsel* (Los enigmas del universo) y en 1902 produjo una edición barata de este texto que vendió 180.000 ejemplares en Alemania[216]. Su influencia llegó a ser masiva. Afirmó que los seres humanos eran animales y que la única cosa que los separaba de los demás animales no era —como sostendrían muchos filósofos— que fuesen morales, sino que fuesen los más altamente evolucionados. Esta supremacía evolutiva habría sido ganada gracias al conflicto y a la supervivencia de los más aptos. Haeckel consideró, efectivamente, que la raza aria era suprema por ser la más apta. Rindió culto a la primitiva fuerza de la naturaleza, y con este pagano misticismo apoyó la idea del Estado Político, que no estaría basado en la ley, sino en la sangre —un Estado interpretado como representación de la raza—[217].

Con motivo de la fundación de la «Liga Monista» pan-europea, Haeckel sostuvo en una conferencia que el hombre debiera ser gobernado por las leyes de la biología. Su obsesión por la pureza de la raza humana creció y llegó a proponer la eugenesia para proteger el vigor de los arios, predicando que si la sociedad no sigue a la biología se debilitará. Argumentó que cualquier uso de la medicina para prolongar la vida de los enfermos interfería en la selección natural. A las clases más bajas, a los que sufren enfermedad, a los discapacitados, a los mendigos, a los vagabundos y a los criminales se les debería negar la medicina moderna y el derecho a

reproducirse. Añadía que estos grupos débiles contaminaban la especie y eran una amenaza para su supervivencia. De ahí que predicase la eutanasia masiva; dicho en sus palabras: «la redención del mal debiera ser llevada a cabo con ayuda de algún veneno rápido e indoloro»[218].

Elogiando el Estado militarista de Esparta en la antigua Grecia, Haeckel afirmó que los espartanos eran un pueblo elegido. Su éxito radicaba en ser superiores a los demás pueblos: matando a todos los niños que no fuesen «perfectamente sanos y fuertes», los espartanos exhibían «en todo momento un excelente estado de fuerza y vigor»[219]. Haeckel consideró justificada esta práctica salvaje. En su opinión, Alemania debiera haber seguido también esta costumbre espartana, porque el infanticidio de los niños deformes y enfermizos era «una práctica ventajosa para ambos, para los bebés eliminados y para la comunidad».

Un reciente investigador ha escrito acerca del impacto de Haeckel sobre Hitler:

> La idea básica del darwinismo social alemán [consistía en que] [...] El hombre era meramente una parte de la naturaleza sin cualidades trascendentes especiales o humanidad especial. Por otro lado, los alemanes eran miembros de una comunidad biológicamente superior [...] la política era meramente la aplicación directa de las leyes de la biología. En esencia, el darwinismo social de Haeckel y sus seguidores anticipó las ideas que iban a constituir el núcleo duro de las suposiciones del nacionalsocialismo [...] La empresa del Estado corporativo era la eugenesia o selección artificial.

En palabras de otro experto: «Las opiniones de Hitler sobre la historia, la política, la religión, el cristianismo, la naturaleza, la eugenesia, la ciencia, el arte y la evolución, por eclécticas que fuesen y a pesar de la pluralidad de sus fuentes, coinciden en su mayor parte con las de Haeckel y son a menudo expresadas en su propio lenguaje»[220]. Haeckel dio sus últimas conferencias en Berlín en 1905, y su traducción inglesa lleva por título *Last Words of Evolution* (Últimas palabras de la evolución)[221]. Más tarde, obligado a guardar cama por la gripe, lo encontraríamos tendido en su villa,

una mansión situada en la calle que después llevaría el conmemorativo nombre de Haeckel Street[222], divisando desde allí su instituto zoológico. Su devoto biógrafo escribió:

> A través del trabajo inexorable, a través del sacrificio constante, a través de las tormentas de la denigración dolorosa, ha vivido sus ideales [...] Más allá de las airosas colinas que acunan su entorno, vislumbra las oscuras y bamboleantes ondas que tanto esfuerzo le había costado poner en movimiento [...][223]. ¿Qué dirán de él los hombres cuando la historia haya dibujado sus líneas y pueda disponer el crítico de una perspectiva adecuada?[224].

Una era se desvanece y otra emerge. Haeckel había escrito de sí mismo: «Soy enteramente un hijo del siglo XIX y a su término trazará una línea bajo mi vida»[225]. Al inicio del siglo XX, sin embargo, no se trazó línea semejante alguna.

* * *

Entre 1914 y 1918, Europa se implicó en un conflicto bélico. Más de 60 millones de soldados fueron movilizados para poblar los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial[226]. Un número ingente de estos hombres perdió su vida en las trincheras, y acompañando a este derramamiento de sangre sobrevinieron una obsesión por la supervivencia y una forma de nacionalismo sumamente peligrosa. Y mientras se avivaban las armas de fuego en los campos de batalla, los filósofos alemanes redescubrieron los prejuicios del pasado[227].

Influidos por el darwinismo social, algunos pensadores empezaron a cultivar las ideas racistas. Hans Friedrich Karl Günther (1891-1968) era un investigador de la raza y un eugenista alemán que llegó a ser conocido como «Günther Raza»[228]. Terminada la guerra en 1919, se embarcó en su carrera de letras. Escribió una obra polémica, cuyo título mimetizaba la fascinación de Nietzsche por Durero —*El caballero, la muerte y el diablo. La idea heroica*—. En él se venía a refundir la tradición del romanticismo pagano alemán dándole forma

de «nacionalismo biológico». Más tarde, Heinrich Himmler quedaría muy impresionado por este libro. Pero los darwinistas sociales no pararon aquí[229].

Alfred Ploetz (1860-1940), biólogo y eugenista alemán que había leído celosamente a Darwin y Haeckel en sus tiempos de estudiante[230], había escrito ya *La eficiencia de nuestra raza y la protección del débil* (1895), libro en el cual propuso una sociedad donde fuesen «eliminados» los niños minusválidos, enfermos o débiles y aquellos cuyos padres, a juicio de Ploetz, fuesen demasiado viejos o demasiados jóvenes. A esto lo llamó una teoría de «higiene racial»[231]. Ploetz fue en 1904 uno de los principales fundadores de la revista *Archiv für Rassen und Gesellschaftsbiologie* (Archivo de biología racial y social), en la que se publicaron trabajos de eugenesia de estilo nazi. El profesor alemán Eugen Fischer (1874-1967) fue uno de sus editores, y la revista se convirtió en uno de los órganos principales del Partido Nazi, proporcionando un marco científico autorizado para consolidar espantosas teorías[232].

Mientras tanto se fueron desarrollando nuevos argumentos para justificar la violencia contra los judíos. El historiador alemán de la cultura, Arthur Moeller van der Bruck (1876-1925) escribió *Das Dritte Reich* (El Tercer Reich), un libro cuyo título pasaría a ser el eslogan del Partido Nazi[233]. En él sostenía su autor que los judíos malinterpretaron la esencia espiritual del hombre. Un judío «era un extraño en Europa y se mezcló, sin embargo, en los asuntos de los pueblos europeos...». «El efecto era judío, porque era corrosivo»[234]. Moeller «aceptó la creencia de los darwinistas sociales, según la cual las leyes de la naturaleza y de la sociedad eran idénticas»[235] y la selección natural justificó la guerra: la guerra seleccionaría y ennoblecería al pueblo superior[236].

Oswald Spengler (1880-1936), historiador y filósofo alemán, daría un paso más allá. Insatisfecho con las viejas manifestaciones del anti-semitismo, también se convirtió al darwinismo social. Declaró que la vida era «una lucha por la dominación» y que «cada civilización estaba tan sujeta a las leyes del envejecimiento como los organismos vivientes»[237]. Luego dio el salto a una conclusión

política peligrosa: la supervivencia de los más aptos significa que si la civilización no se expandiera de continuo, se contraería y perecería. La dominación racial no solo era deseable, sino que fue percibida como una necesidad absoluta: conquistar o morir.

Otro filósofo merece mención aparte. Los pensadores alemanes hasta ahora considerados habían inyectado sus opiniones sobre el nacionalismo, el antisemitismo o el racismo en las diversas obras que escribieron, con el resultado de que tales ideas llegaron a ser parte integral de la formación de un intelectual. Había, sin embargo, una sección de la filosofía que separaba las ideas de la vida. Gottlob Frege (1848-1925) era un lógico. Su obra llegó a alcanzar enorme influencia y su libro *Begrifsschrift* (Conceptografía), publicado en 1879, ha dado lugar a que se diga que ese año «ha sido la fecha más importante en la historia de la lógica»[238]. En 1924, Frege andaba por la mitad de sus setenta años. El 30 de abril escribió en su diario: «uno puede recordar que hay judíos muy respetables y seguir considerando como un infortunio que haya tantos judíos en Alemania y que en el futuro obtengan plena igualdad política con los ciudadanos alemanes». A continuación pasó a expresar su simpatía con el deseo de que los judíos alemanes «se perdieran o, mejor, desaparecieran de Alemania». Frege leía la *Deutschlands Erneuerung* (Renovación de Alemania), una revista nacionalista extremista editada por Houston Stewart Chamberlain, y el día 5 mayo de 1924 estuvo de acuerdo con un artículo que elogiaba a Hitler[239]. Estas ideas nunca llegaron a ser formuladas en su filosofía, porque Frege nunca dejó de diferenciar rígidamente las ideas lógicas de las opiniones morales y políticas. Pero fue, sin embargo, con este acentuado fondo de antisemitismo y celo nacionalista como Frege llegaría a convertirse en el padre de la filosofía analítica occidental[240]. El origen de esta rama de la filosofía estuvo también teñido por la asociación con Hitler.

Las interpretaciones de Hitler parecían haber sido validadas. Al final de la Primera Guerra Mundial las ideas antisemitas invadieron hasta su último rincón el pensamiento alemán, de la ilustración al romanticismo, del nacionalismo a la ciencia. Hombres que se movían

en el ámbito de la lógica o en el de las pasiones, idealistas o darwinistas sociales, desde el más al menos sofisticado, todos ellos pusieron a disposición de Hitler ideas para reforzar su sueño. Las teorías del Estado fuerte, de la guerra, del superhombre, del antisemitismo y, definitivamente, del racismo biológico, abundaban en el pasado de la nación. Por detrás de la noble herencia alemana palpita esta escondida y oscura faz. Lejos de su nobleza y de su estar por encima de los asuntos corrientes, los filósofos alemanes le habían suministrado a la civilización europea un cáliz envenenado que Hitler no tardaría en utilizar en su provecho[241].

---

131 En este libro el término «alemán» será utilizado para referirse a las comunidades culturales, sociales y lingüísticas que más tarde constituyeron la base de la nación alemana.

132 Conocida como la «Provincia de Prusia» desde 1701 a 1773, Königsberg fue su capital, aunque otras ciudades pudieran ser consideradas como más animadas.

133 M. Kuehn, 2001, pág. 65.

134 Ibíd., pág. 66.

135 Ibíd., págs. 115-116.

136 R. Scruton, 1982, págs. 4-7.

137 M. Kuehn, 2001, pág. 109.

138 El alumno de Kant, Reinhold Bernhard Jachmann, en R. Scruton 1982, págs. 3-4.

139 Reinhold Bernhard Jachmann, citado en R. Scruton, 1982, pág. 4.

140 M. Kuehn, 2001, pág. 114.

141 Véase E. Cassirer, 1981, pág. 227, donde el autor considera que Kant defiende «la aprehensión más exacta de todos los tiempos y la más profunda comprensión jamás formulada de la idea de libertad».

142 Reinhold Bernhard Jachmann, citado en R. Scruton, 1982, pág. 4.

143 P. L. Rose, 1990, pág. 93. Algunos defensores de Kant argumentan que en otras obras fue menos hostil con los judíos. Puede que así sea, pero en ningún lugar se retractó de las tesis arribas esbozadas, tan hondamente nocivas. Por añadidura, la definición kantiana de razón excluía los modos de pensamiento judaico. Dado que para Kant la razón es fundacional para todo cuanto hay de valioso en la vida humana, en la ética, en la política, etc., esto resulta, pues, concluyente.

144 I. Kant, 1997b, Lectures on Ethics, pág. 27. Herder informa que esto era lo que Kant enseñaba en sus clases, véase M. Mack, 2003, pág. 5.

145 I. Kant, Anthropologic, en Werke, 12: 517ff., en P. L. Rose, 1990, pág. 94.

146 Posteriores filósofos judeo-alemanes elaborarían una profunda interpretación de la Ilustración alemana y su compleja pero inextricable vinculación con la barbarie nazi, véase M. Horkheimer y T. Adorno, 1992.

147 I. Kant, 1996, pág. 276.

148 M. Mack, 2003, págs. 39-40.

149 I. Kant, 1997a, pág. 133.

150 Véase P. L. Rose, 1990, págs. 117-132.

151 T. Ryback, 2010, pág. 129.

152 Ibíd., págs. 129-130.

153 J. G. Fichte, 1995, pág. 309. Véase P. L. Rose, 1990, pág. 120, para una discusión del anti-semitismo de Fichte.

154 G. W. F. Hegel, 1988, pág. 90.

155 G. W. F. Hegel, 1977. Véase también P. L. Rose, 1990, pág. 109, págs. 110-118.

156 Y. Yovel, 1998, pág. xii.

157 G. W. F. Hegel, 1978, págs. 182-183.

158 G. Ritter, 1965, pág. 59.

159 A. Schopenhauer, 1974, II, págs. 261-264; P. L. Rose, 1992, pág. 92.

160 Véase L. Feuerbach, 1957, y P. L. Rose, 1990, pág. 254.

161 El propio Karl Marx fue, sin duda, un judío afectado del anti-semitismo que «se odia a sí mismo». Posteriormente Hitler asoció el socialismo con el judaísmo.

162 On the Jewish Question se publicó por primera vez en Deutsch-Franzdsische Jahrbiicher, 1844, véase K. Marx, 2000. Hay quien atribuye actitudes antisemíticas solo al primer Marx. Para más información, véase J. Carlebach, 1978.

163 R. Wagner en una carta fechada el 29 de abril de 1866, en S. Spencer y B. Millington, 1987; véase también P. L. Rose, 1992, pág. 105.

164 R. Wagner, en P. L. Rose, 1992, pág. 37.

165 Se publicó por primera vez en 1850 bajo pseudónimo. Véase R. Wagner, «Judaism in Music», en E. M. Brener, 2006, págs. 301-317.

166 R. Wagner, «Judaism in Music», en E. M. Brener, 2006, pág. 302.

167 A. Rosenberg, 1933, pág. 132, en D. J. Goldhagen, 1996, pág. 398.

168 Descripción de la foto, «La parroquia de Rocken en la Prusia Sajona, donde nació Nietzsche el día 15 de octubre de 1844», en R. Hayman, 1995, pág. 200. Adviértase que la perspectiva enfoca la parte trasera del edificio.

169 Nietzsche en R. Safranski, 2003, pág. 352.

170 Ibíd.

171 Véase R. Hayman, 1995, págs. 13-25.

172 R. Safranski, 2003, pág. 43.

173 R. Hayman, 1995, págs. 128-133.

174 Ibíd., pág. 316.

175 Descripción tomada de la foto, «La pequeña habitación, sencillamente amueblada, de Nietzsche en Sils-Maria», en R. Hayman, 1995, págs. 200-201.

176 Téngase también en cuenta el controvertido La voluntad de poder, un libro no escrito por el propio Nietzsche, sino compilado después de su muerte por el Archivo Nietzsche, a partir, supuestamente, de notas dispersas extraídas de diferentes periodos de su vida. Es complejo establecer cuál es la fecha de publicación de esta obra y si es en realidad representativa del pensamiento de Nietzsche.

177 Véase K. Ansell-Pearson, 2002, para una excelente y autorizada interpretación de Nietzsche.

178 Es característico de su contradictoria naturaleza que él abogara también en otros lugares por la democracia.

179 Esto es, sin duda, un sumario muy breve y condensa muchas complejidades. Para una soberbia exposición del desarrollo del pensamiento de Nietzsche, véase R. Hayman.

180 F. Nietzsche en R. Hayman, 1995, págs. 128-129.

181 R. Hayman, 1995, pág. 128.

182 F. Nietzsche en R. Hayman, 1995, pág. 79.

183 Ibíd., pág. 358.

184 R. Hayman, 1995, pág. 129.

185 F. Nietzsche en R. Hayman, 1995, pág. 142.

186 F. Nietzsche, en R. Safranski, 2003, pág. 339.

187 S. E. Ascheim, 1992.

188 R. Safranski, 2003, pág. 329.

189 S. E. Ascheim, 1992, pág. 128.

190 T. Hardy, en The Daily Mail, 27 de septiembre de 1914; Manchester Guardian, 7 de octubre de 1914, citado en S. E. Ascheim, 1992, pág. 130.

191 Ella era por aquel tiempo viuda del famoso anti-semita Bernhard Forster.

192 F. Nietzsche, Der Wille zurMacht, sección 982 (nota de 1884), en R. Hayman, 1995, pág. 359. Véase K. Ansell-Pearson, 1997 para una perspectiva del «hombre biológico» de Nietzsche muy diferente de la que se apropiaron los nazis.

193 F. Nietzsche, Der Wille zurMacht, sección 981 (nota de 1887), en R. Hayman, 1995, pág. 359.

194 S. E. Ascheim, 1992, pág. 152. El regalo de Nietzsche a Wagner fue el cuadro de Alberto Durero, El caballero, la muerte y el diablo, R. Hayman, 1995, pág. 133.

195 F. Stern, 1961, págs. 279, 284. Obsérvese que se da por sentado que Nietzsche fue un filósofo profundo, íntegro y auto-crítico, mientras que estos otros pensadores «nacionalistas» eran, por contraste, superficiales, crudos y amateurs.

196 P. de Lagarde en F. Stern, 1961, pág. 61, núm. 12.

197 Langbehn admiraba tanto a Nietzsche que incluso llegó al extremo de ofrecerse a cuidar de él después de su colapso mental. Véase F. Stern, 1961, págs. 107-108.

198 J. Langbehn en F. Stern, 1961, pág. 141, núm. 5.

199 Rembrandt, 49.ª ed., págs. 348-351, en F. Stern, 1961, pág. 141.

200 Publicado en 1879. Véase A. Lindemann, 2000, pág. 128.

201 G. Ritter, 1965, pág. 118.

202 Ibíd., pág. 59.

203 Ibíd., pág. 118.

204 F. Stern, 1961, pág. 295.

205 Hasta entonces la noción de «germanismo» se había basado en un sentido del pueblo alemán considerado como una comunidad cultural que comparte un lenguaje, una historia, un arte y un espíritu. Los judíos fueron

excluidos en la medida en que eran culturalmente ajenos. Todo eso iba a cambiar.

206 E. J. Browne, 1995, pág. 6.

207 C. Darwin, 1958, pág. 24.

208 Véase A. J. Desmond y J. R. Moore, 1994.

209 R. C. Bannister, 1989.

210 E. J. Browne, 1995, págs. 244-246.

211 W. Bolsche, 1906, pág. 28.

212 Ibíd., págs. 26-27.

213 Ibíd., pág. 19.

214 Ibíd., pág. 18 (la cursiva es mía).

215 E. Haeckel, 1883.

216 W. Bolsche, 1906, pág. 309.

217 Véase D. Gasman, 1971, págs. 82-104.

218 Ibíd., pág. 95.

219 E. Haeckel, 1876, pág. 170.

220 G. J. Stein, 1988, pág. 56.

221 D. Gasman, 1971, pág. 161.

222 W. Bolsche, 1906, pág. 320.

223 Ibíd., pág. 320

224 Ibíd., pág. 321.

225 Ibíd., pág. 15.

226 J. Keegan, 1988, pág. 8; K. J. Bade y A. Brown, 2003, págs. 167-168.

227 T. W. Ryback, 2010, págs. 89-90; G. Ritter, 1965, pág. 118.

228 D. Gasman, 1971, pág. 172.

229 Véase T. W. Ryback, 2010, págs. 132-133.

230 Él también estudió con un alumno de Haeckel.

231 D. Gasman, 1971, pág. 150.

232 Ibíd., págs. 150-151. Véase también J. Cornwell, 2003 para la influencia de las ideas darwinistas sobre la ciencia militar.

233 Este libro fue «el resumen final de los rencores y ambiciones de las aspiraciones conservadoras», y contra las advertencias de «la crueldad sentimental» del Derecho alemán. Este resumen llegó a tener una gran influencia. Joseph Goebbels fue especialmente influido por él. Véase F. Stern, 1961, págs. xxxix-x.

234 Moeller en F. Stern, 1961, pág. 257, n. 23.

235 F. Stern, 1961, págs. 282-283.

236 Lagarde fue también influido por Darwin.

237 H. J. Hahn, 1995, pág. 196, n. 85.

238 J. Glover, 2001, pág. 376.

239 Ibíd., págs. 376-377.

240 Ibíd., pág. 377.

241 «Los grandes logros de la vida intelectual nunca pueden ser producidos por quienes pertenezcan a una raza extranjera, sino solo por aquellos que han sido inspirados por el espíritu alemán o por la raza aria» (N. H. Baynes, 1942, vol. I, pág. 728). «La influencia de la clase intelectual judía en Alemania tuvo en todas partes un efecto desintegrador. Por esta razón, para impedir que este proceso desintegrador pueda extenderse, es fundamental tomar medidas para establecer una clara y limpia separación entre las dos razas» (ibíd., pág. 733).

CAPÍTULO 3

Colaboradores

El agua se había acumulado colmando un enorme agujero en el camino y este lago artificial reflejaba el paisaje circundante; bloques de apartamentos bombardeados; paredes mutiladas que exhibían de forma teatral sus bordes irregulares; escombros apilados en la calle. Más parecía semejar aquello una remota tierra salvaje que el céntrico boulevard *Unter den Linden* de Berlín.

Peatones deambulando, mujeres con livianos vestidos veraniegos y hombres tocados de sombrero recorrían la calle tirando de carritos con fardos. Rodeado por ellos circulaba un coche de caballos. Desvencijados automóviles sorteaban las alcantarillas y algunos vehículos calcinados, y otros restos, yacían esparcidos por la avenida. Un anciano en pie se entretenía mirando a los paseantes y a los soldados que traspasaban el edificio universitario[242]. Algunos tilos seguían enhiestos, pero casi todos ellos habían sido totalmente destruidos o estaban muy deteriorados[243]. En 1945 la ciudad había transmutado el color verde por el gris, como si los bombardeos de los aliados hubieran devuelto la civilización a la edad de piedra; la mirada fija de la medusa griega.

Este escenario de devastación se generalizó en toda Alemania al término de la Segunda Guerra Mundial. En 1933, sin embargo, una destrucción muy diferente estaba a punto de suceder.

Antes de que se iniciara la década de 1930, Alemania había disfrutado de casi quince años de democracia ininterrumpida bajo la Républica de Weimar. Los principios de la paz, la libertad y la ley eran los valores dominantes a todo lo largo y ancho del país. Las universidades los aceptaron, y promovieron en el plan de estudios tradiciones del pasado que acentuaban la independencia de las ideas, la imparcialidad y la integridad. Las diferencias de opinión

fueron toleradas, y a pesar de las persistentes hebras de antisemitismo en determinadas zonas —la hebra del prejuicio tejido en la fábrica de la filosofía— los judíos estaban, en lo fundamental, profundamente integrados en la vida intelectual. Los pensadores judeo-alemanes habían contribuido al canon común cultural durante generaciones, colaborando sin problemas con sus demás colegas germanos, rindiendo culto a los ideales del legado académico de la nación desde tiempos inmemoriales.

Pero todo esto estaba a punto de cambiar. Las tradicionales instituciones universitarias estaban a punto de ser arrasadas y los viejos valores de investigación y docencia a punto de ser demolidos. Se trataba de un bombardeo tan deliberado, tan nocivo y de tan amplio alcance como el aéreo que estaba a punto de comenzar.

Cuando Hitler llegó al poder como canciller en 1933, se había convencido y había convencido a su partido de que él era el «líder filósofo». Había encontrado en el pasado munición para reforzar su fantasía, pero ahora tenía que convertir al mundo. El primer objetivo que tenía que cubrir sería el propio país germano con sus filósofos: era necesario adueñarse de la mente de su nación, controlar sus ideas, hacer de los hombres meros subalternos. Y empezaría por destruir cualquier idea que no fuese congruente con la suya.

La tarea de Hitler precisaba de un administrador supremo. Y aunque él hubiera preferido llevar a cabo personalmente su plan, la administración estatal y los asuntos militares lo absorbían. Se vio forzado a delegar, pero ¿a quién podía confiar esta empresa, más preciada que ninguna? La pugna por ocupar un puesto semejante era feroz, pero el hombre escogido por Hitler fue alguien que desde su niñez había sido etiquetado con el apodo de «el filósofo»[244]: Alfred Rosenberg.

El cometido de Rosenberg había de consistir en destruir la democracia y construir un nuevo ideal nazi[245]. La furia tóxica del bagaje emocional de Hitler tenía que ser transmutada en una misión filosófica; todos los resortes del anti-semitismo latentes en la amplia panoplia de la herencia germana habían de ser utilizados al máximo. La libertad tenía que ser erradicada, disueltas como nunca antes la

paz y la tolerancia y establecido el nuevo orden del mundo nazi. Rosenberg, cuya mente era casi tan perniciosa como la de Hitler, era un individuo inmejorable para la realización de semejante tarea. ¿Pero quién era este fiel ejecutor y cómo podía dar cumplimiento a los objetivos de su patrón?

Rosenberg había nacido el 12 de enero de 1893, cuatro años después de que Hitler hubiera venido al mundo, en la ciudad de Reval, hoy conocida como Tallin, en Estonia, que era parte entonces del Imperio Ruso. (Como el nombre de Rosenberg parece tener algo de judío, sus orígenes tuvieron que ser meticulosamente investigados y él siempre insistió en que provenía de una larga ascendencia de alemanes del Báltico). En lo que respecta a sus progenitores, su padre era un comerciante adinerado de Letonia y su madre procedía de Estonia. Los orígenes no-alemanes que acompañaron a su nacimiento eran, por supuesto, típicos de más de un nazi de alto rango, incluyendo al propio Hitler. Pero Rosenberg siempre pareció tener plena consciencia de su condición de extraño y estar atormentado por la inseguridad. Alguien ha comentado que «pasó por la vida con la inseguridad de un niño recién ingresado en su primera escuela». El problema continuó en su vida de adulto; de hecho, «raras veces debatió [Rosenberg] asunto alguno cara a cara con Hitler: era débil de carácter»[246].

Sin ser en modo alguno tan polémico como Hitler, Rosenberg tenía con él, sin embargo, un rasgo en común. Igual que a su ídolo, le apasionaba la arquitectura y estudió esta materia en el Instituto Politécnico de Riga antes de pasar a cursar Ingeniería en la Escuela Técnica Superior de Moscú. Después de terminar su doctorado en 1917, Rosenberg abandonó su país de origen, partiendo para Alemania. Llegó a Múnich en 1918 y antes de enero de 1919 este nuevo inmigrante se había inscrito como uno de los primeros miembros del Partido Obrero alemán, que se transformó en el Partido Obrero Nacional Socialista alemán, mejor conocido como el Partido Nazi. El extremado celo de Rosenberg lo indujo a alistarse en el partido antes incluso que el propio Hitler[247].

En 1915, Rosenberg contrajo matrimonio con su joven y dulce novia Hilda Leesmann, de origen estonio, y la llevó consigo a Alemania. Transcurridos, sin embargo, no más de ocho años, se divorciaron. Apenas dos años después, en julio de 1923, vio un día Rosenberg entrar en un restaurante griego a «una hermosa y esbelta dama vestida de oscuro que llevaba un gran sombrero negro con una banda de tela escocesa...». Sintiéndose súbitamente atraído[248], la siguió hasta el restaurante, se le acercó y habló con ella. Se fueron juntos al «Englischer Garten» y, finalmente, aquello terminó en boda. Ella era Hedwig Kramer, con la que permaneció unido el resto de sus días. Tuvieron dos hijos, de los cuales solamente sobrevivió una niña, Irene, nacida en 1930[249].

Ya en la época de su primer matrimonio era Rosenberg un antisemita influido, igual que Hitler, por las teorías proto-nazis de Houston Stewart Chamberlain tal y como aparecen expuestas en *The Foundations of the Nineteenth Century* (Los fundamentos del siglo XIX). Poco después de ingresar en el partido, Rosenberg pasó a ser editor del periódico nazi, *Völkischer Beobachter.* Su «romántica» actitud con respecto a Alemania se puso inmediatamente de manifiesto en un artículo que escribió en el mismo año 1921:

> Sobre la colina construyó el caballero con sus seguidores una sólida fortaleza para sí mismo. Los colonos se reunieron a su alrededor pidiendo protección; se edificaron casas, se construyeron murallas y paredes y se cavaron fosos. Un sentido de comunidad existía entre el caballero y sus ciudadanos —la individualidad combinada con el sentimiento comunal—. Por encima del tropel de diminutas casas alzaba la catedral su cabeza hacia los cielos. Un gran arquitecto la diseñó. Miles tallaron la piedra, cientos de miles dieron lo que más valoraban y luego en esta colosal mansión practicaron sus devociones: individualmente y de acuerdo con el alma-de-la-raza[250].

Mientras que el antisemitismo de Hitler derivaba de un salvaje trasfondo emocional, el de Rosenberg estaba basado en la nostalgia. Mas no era esta una nostalgia encendida y apasionada como la de Schiller, Nietzsche y anteriores románticos, sino fría y abstracta. De hecho, las convicciones políticas de Rosenberg habían estado

siempre acompañadas de una personalidad notoriamente fría. Él había sido siempre una rara combinación de dureza e inseguridad. Y la inseguridad encajaba malamente con un hombre que poseía un temperamento tan agresivo como el de Hitler.

Cuando Hitler fue enviado a la prisión de Landsberg en 1924, tras el fallido golpe de estado de la cervecería, nombró a Rosenberg jefe temporal del movimiento nazi mientras él estuviera ausente. Pero si Hitler decidió distinguir a Rosenberg con semejante nombramiento no fue por considerarlo un hombre de gran energía, sino por haber percibido que era pasivo e inseguro. Posteriormente comentó en privado que su elección había sido estratégica. No quería que el líder provisional de los nazis fuera demasiado popular o demasiado ávido de poder, porque una persona con cualquiera de estas dos cualidades podría no avenirse a ceder el liderazgo al regreso del *Führer.* Aquella elección generó celos inmensos entre los demás componentes de la cúpula de la jerarquía nazi[251]. Pero Rosenberg mantuvo su posición como líder del partido hasta la liberación de Hitler, al que devolvió las riendas sin titubear.

Un Mercedes ostentoso fue la primera extravagancia de Hitler al dejar Landsberg. A pesar de que fueron muchos los viajes que hizo en este coche por el interior del país acompañado por sus miembros del partido favoritos, Rosenberg nunca fue invitado. Sintiéndose desairado, no cesó de suplicar, hasta que en una ocasión Hitler lo llevó con las nietas de Richard Wagner. Pero aquel viaje no significó ningún éxito y como Rosenberg comentó después: «él me valoraba mucho, pero yo no le agradaba»[252]. Los colegas de Hitler se percataron de su frialdad hacia Rosenberg y un observador se refirió a «la casi total falta de cordialidad con que Hitler le saludaba en las ocasiones públicas»[253]. Una razón para ello podría ser cierto resentimiento ante lo que Hitler consideraba como el «intelectualismo» de Rosenberg. Un famoso historiador escribió en alguna ocasión que «Hitler abrigaba ciertos sentimientos de hostilidad hacia las pretensiones de Rosenberg como filósofo político, pues este era un rol que el *Führer* reclamaba exclusivamente para sí»[254].

Puede que Hitler experimentase algún resentimiento hacia Rosenberg, pero también reconoció que era un colaborador esencial para el movimiento nazi. Así pues, Rosenberg quedó firmemente instalado como «filósofo en jefe» de los nazis. Este papel tenía dos funciones: destruir la democracia y construir en su lugar una nueva realidad nazi.

Rosenberg se había interesado por la filosofía a una edad relativamente temprana. Al igual que Hitler, había leído a Kant, «quien era algo así como un héroe de la cultura de todos los nórdicos germanos con pretensiones académicas», y a Schopenhauer[255]. También en común con Hitler y algunos otros vulgares «profesores» nazis, elaboró las interpretaciones antisemitas de obras filosóficas anteriores. Compuso una lista de pensadores que constituían a su juicio la tradición nórdico-aria y sostuvo que todos ellos eran proto-nazis[256]. Este «calendario de santos», de la presunta «tradición» nazi, incluía a Homero y Platón, al igual que los nombres, adorados por Hitler, de Schopenhauer, Wagner y Nietzsche.

Con Hegel, de quien presumía haberlo leído, Rosenberg era crítico. No coincidía con la idea hegeliana de un estado fuerte. De acuerdo con esa discrepancia escribió: «Hoy el Estado no es ya un objeto autosuficiente al que hay que venerar, ante el que todos debemos inclinarnos hasta hundir el rostro en el polvo; el Estado no es un fin en sí mismo, sino solamente un medio para la preservación del pueblo. [...] La forma del Estado cambia y sus leyes decaen; el *Volk* (pueblo) permanece»[257]. No está claro hasta qué punto influyeron estas ideas en otros nazis. Pero nadie disputa el impacto de las teorías de Rosenberg sobre la raza.

Al mismo tiempo que Houston Stewart Chamberlain, Rosenberg admiraba otros nombres que eran familiares en la biblioteca de Hitler, incluyendo a Arthur de Gobineau y Paul de Lagarde. Uno de los aforismos de Lagarde sentenciaba: «Las razas son pensamientos de Dios»[258]. Rosenberg recusó el cristianismo y desarrolló la noción de «Alma de la raza». Llegó a la conclusión de que cada raza tenía su alma y afirmó: «"Alma" significa la raza vista desde dentro. Y a la

inversa, la raza es la forma externa del alma»[259]. Estuvo también muy influido por el libro de Wilhelm Marr, *The Victory of Jewry over Teutonism* (La victoria del Judaísmo sobre el Teutonismo) (1873), basado en el darwinismo social. La conclusión de este libro era que «si dos protagonistas de características raciales opuestas no pudieran coexistir, uno estaría destinado a destruir al otro»[260]. Esta idea se convertiría para Rosenberg en la autorización del genocidio.

Desde su despacho, Rosenberg estudió, compiló y escribió la filosofía anti-semita del Tercer Reich. Un visitante lo describió en las siguientes palabras:

> Su oficina no era nada suntuosa, sino más bien un vulgar edificio reformado, no lejos de Tiergarten. Me hizo esperar muy poco tiempo [...] Encontré a un hombre algo obeso, pero de elevada estatura y elegante apariencia, aunque también muy enfermo. Tenía entendido que acababa de recuperarse de una enfermedad larga y dolorosa y múltiples indicios delataban su precaria salud. Mucha gente me había dicho que no lo encontraban demasiado inteligente. [...] En lo que a mí respecta, tenía la sensación de estar mirando a un hombre apuesto de bien dibujado semblante, muy franco y de mediana inteligencia. Su conversación, nada brillante, se atenía a cuestiones de hecho. [...] Hablaba con un leve acento báltico y era, a mi parecer, algo tímido, dando la impresión inicial de ser brusco y frío para mostrarse luego mucho más franco y afable [...][261].

Rosenberg creía en una nueva «religión de la sangre», fundada en la suposición de innatas tendencias del alma nórdica a defender su noble carácter contra la degeneración racial y cultural. Creía que esto se hallaba plasmado en el antiguo paganismo europeo (celta, germano, báltico, romano). Sostuvo que Jesús era un miembro de un enclave nórdico ubicado en la antigua Galilea que había luchado contra los judíos. La fe debía servir a los intereses de la raza nórdica. Rosenberg escribió: «Hoy despierta una nueva fe; el mito de la sangre, la fe que defiende con la propia sangre la divina esencia que late en el ser humano»[262].

Rosenberg recogió sus ideas en un libro sobre teoría racial que publicó en 1934 con el título de *The Myth of the Twentieth Century*

(El mito del siglo xx). En él se tratan temas clave de la ideología nacionalsocialista, como la «cuestión judía». Rosenberg lo consideraba una continuación de la obra de Houston Stewart Chamberlain, que él había reverenciado en su juventud. Además de denigrar a los judíos, *The Myth of the Twentieth Century* elevó a los alemanes a un potencial estatus de heroísmo. Como alguien comentó: «cualquier individuo vulgar llevaba escrito en blanco y negro: cada uno es un superhombre», simplemente por haber nacido alemán[263].

A pesar de haber vendido más de un millón de copias para 1945, *The Myth* fue descrito por Hitler como «esa cosa que nadie puede entender, escrita por un báltico de mente estrecha que piensa de una manera terriblemente complicada»[264]. Pero asimismo consta que Hitler dijo: «Todas las revoluciones en la historia del mundo —y las he estudiado con gran detalle— no son nada más que luchas raciales. Solo leyendo el nuevo libro de Rosenberg —la más tremenda contribución de su género, que supera incluso a la de Chamberlain— podría uno entender estas cosas»[265].

Y a pesar de los regates de Hitler, Rosenberg fue respaldado por él como el principal teórico de la raza del Partido Nazi y celebrado por una de sus ideas favoritas, la «escala racial humana». En el extremo inferior de la misma puso tanto a los africanos como a los judíos. Y en su cima colocó a la raza blanca, o «aria». También elaboró la teoría nórdica, según la cual los pueblos del norte eran la «raza suprema», superior a todas las demás, incluyendo a los restantes arios. Esta raza superior nórdica constaba principalmente de los alemanes, aunque incluía a los británicos y algunos otros tipos (dada su ascendencia estonia siempre mostró Rosenberg una debilidad por los europeos orientales, argumentando contra otros líderes nazis, que eran una clase de arios). Su popularidad llegó a ser tan grande que fue aclamado como el educador espiritual y filosófico del Partido.

Desde su posición gubernamental, Rosenberg podía infiltrarse e influir en el pensamiento académico, pero necesitaba algo más que un aparato ideológico y administrativo para destruir los viejos

valores. Era menester introducir complicados cambios en los establecimientos educativos de la nación, incluyendo la enseñanza y la investigación. Para ello Rosenberg necesitaba colaboración académica, y aquí no tuvo que buscar demasiado lejos para dar con dos grandes campeones del nazismo, que, de hecho, eran filósofos.

* * *

Todo en el campo de batalla de la Primera Guerra Mundial era destrucción. Cadáveres en descomposición esparcidos por las trincheras, vehículos calcinados que ensuciaban el horizonte y charcos de agua que reflejaban la inmundicia circundante... Un soldado se negó a deponer su arma. El cese de fuego había sido declarado y Alemania estaba derrotada, pero este solitario soldado no quería rendirse. Permaneció como un «nórdico vikingo», un «caballero» en tenaz pugna con «la muerte o el diablo», aguantando solo y en pie en el campo de batalla, boquiabierto ante la derrota. Durante más de una década seguiría portando internamente su violenta misión.

El soldado tenía la cabeza afeitada (en sus años posteriores), prominente mandíbula y amplio cuello; semejaba ser un insolente miembro de la Gestapo. Sus ojos carecían de humor y de color. La única expresión que de ellos emanaba era la inflexible mirada del poder —más semejante al estilo de dureza machista de los generales nazis que a la acerada superioridad de los ojos del Führer—. Este individuo era el Dr. Alfred Bäumler, nacido el 19 de noviembre de 1887 en Neustadt, perteneciente entonces a Austria y hoy a la República Checa[266].

Como Hitler, Bäumler había nacido fuera de la nación alemana. Y como este otro venido de fuera, también era un fanático de la milicia. Alistado en el ejército, en el que sirvió como soldado de infantería de 1915 a 1918, la historia de su negativa a deponer su arma incluso después de la derrota alemana se hizo legendaria. Durante el tiempo de paz, su arma se tornó en filosofía, que pasó a estudiar en Múnich, Bonn y Berlín. Concluido y publicado en 1923 su primer libro sobre Kant (que desapareció sin dejar rastro)[267], su

siguiente trabajo versó sobre Nietzsche, quien lo llevó hasta el camino del éxito. Y así, a todo lo largo de la década de 1920, Bäumler canalizó su celo militarista elaborando una interpretación nacionalsocialista de los textos principales de Nietzsche. Era, efectivamente, la persona mejor indicada para establecer el enlace entre Nietzsche y Hitler:

> En la obra de Nietzsche no se encuentra una teoría del Estado —pero esa obra ha abierto todas las rutas que conducen a una nueva teoría del estado— [...] Su ataque al «Imperio» emana del sentimiento de una tarea que nos aguarda en la historia del mundo. Él no quería escuchar nada del estado como un organismo moral en el sentido de Hegel, ni tampoco quería escuchar nada de la Alemania cristiana y menor («Kleindeutschland») de Bismarck antes de que sus ojos otearan la tarea de nuestra raza: la tarea de ser líder de Europa... *¿Qué sería Europa sin el norte germánico? ¿Qué sería sin Alemania Europa? Una colonia romana.* [...] Alemania solo puede existir en la historia mundial en forma de grandeza. Tiene la opción de existir como el poder anti-romano de Europa, o no existir. [...] El Estado alemán del futuro no se limitará a continuar la creación de Bismarck, sino que será creado a partir del espíritu de Nietzsche y del espíritu de la Gran Guerra[268].

Estos pensamientos y otras publicaciones y folletos fueron extensamente difundidos merced a la casa editorial de Alfred Kröner. El ganador del premio Nobel, Thomas Mann, describió el trabajo de Bäumler como «profecía de Hitler»; mientras que otros vieron en él a un «hacker nazi». El protegido de Edmund Husserl[269], el filósofo emergente Martin Heidegger, elogiaría la edición que preparó Bäumler al estilo nazi de la obra de Nietzsche *Voluntad de poder*[270]. Bäumler se graduó en Dresde en 1924 y trabajó allí como profesor asociado en la escasamente prestigiada Universidad Técnica. Primero se unió a las juventudes conservadoras, pero luego se encaprichó con el nacionalsocialismo. En 1930 cofundó la Confederación de Cultura Alemana para la Lucha Antisemita, y a comienzos de la década de 1930 era ya un partidario abierto y vociferante de Hitler.

Cuando Hitler fue nombrado canciller en 1933, Bäumler, que hasta entonces no había pasado de ser un mediocre y desconocido académico cargado de ambición, inició un inmediato y dramático ascenso a la fama. Pasó a ser el brazo derecho de Rosenberg, fundamental para la nazificación de las universidades. Al ser nombrado catedrático de filosofía en la institución más prestigiosa de Alemania, la Universidad de Berlín, Bäumler pronunció su discurso inaugural. El día 10 de mayo de 1933, frente a una multitudinaria audiencia que abarrotaba el salón más grande de la universidad y saludado por un mar de estudiantes en uniforme, luciendo esvásticas, portando banderas y estandartes, gritando y aclamando, pronunció su primera alocución de importancia, proyectando con su arrogancia en aquel contexto la imagen del jefe militar ante una masa juvenil.

También en 1933 creó Baumler para Hitler el Instituto de Educación Política en la Universidad de Berlín. Construyó para sus estudiantes el modelo de perfección del soldado político y estableció las «casas de hombres» que repudiaban a las «mujeres demócratas». Luego, en 1934, asumió el departamento de ciencia en la Oficina Rosenberg, que controlaba por completo el entrenamiento mental y la educación del Partido Nazi, donde Bäumler actuó como principal enlace con las universidades[271]. He aquí, pues, finalmente a Bäumler, a las órdenes de Hitler y Rosenberg, «de regreso a las trincheras» arma en mano, combatiendo con su antiguo celo militar.

Ernst Krieck, el segundo de los dos hombres a quienes encomendó Rosenberg transformar las universidades de Weimar, era de baja estatura, tirando a calvo, de faz redonda y doradas lentes de fina montura. Su contraste con Bäumler difícilmente hubiera podido ser mayor. Respondía, sin embargo, al típico perfil del profesor alemán. Con su grave expresión autoritaria, su traje formal y encorbatado, arrojaba una estampa más bien severa.

Krieck había nacido en Vogisheim, el 6 de junio de 1882, unos cuantos años antes que Bäumler. A diferencia de Bäumler (y, por supuesto, de Hitler), era de ascendencia alemana; en común con

Hitler tenía sus humildes orígenes. Los medios de la familia de Krieck habían sido modestos, los propios de pequeños agricultores y albañiles. Para esta clase social, la oportunidad de disfrutar de una carrera de intelectual era remota. El único camino asequible era ingresar en el cuerpo docente, que es lo que hizo Krieck. Imposible soñar entonces con las alturas a las que ascendería bajo Hitler[272].

Krieck inició su vida docente como profesor en Karlsruhe, la región alemana del Rin medio-superior, y empezó a escribir artículos y libros sobre educación, como, por ejemplo, *La idea nacional alemana* (1917) y *La filosofía de la educación* (1922). Para ser un humilde profesor, era bastante prolífico y sus esfuerzos le valieron un título honorario en la universidad regional de Heidelberg. Tras varios años de actividad como autor independiente, Krieck empezó a orientar sus convicciones ideológicas a la acción política. Se inscribió en la Confederación de Cultura Alemana para la Lucha Antisemita que había fundado Bäumler y en 1932 se enroló entusiásticamente en el Partido Nacionalsocialista además de inscribirse también en la Asociación de Profesores Nacionalsocialistas. Por otra parte, las autoridades democráticas de Weimar lo suspendieron en 1932 por su agitación nazi. Krieck era, por tanto, un ideólogo muy importante antes incluso de que Hitler fuera elegido Canciller[273].

Aborreciendo toda idea liberal, pacifista o individualista, Krieck diseñó la noción de una comunidad «orgánica» basada en principios nacionalistas y étnicos. Sus ideas sobre la educación estaban fundadas en sus concepciones sobre la importancia de la raza y la reproducción. Una obsesión dominante era la aniquilación de la influencia judía en la vida de la Iglesia. Propugnó la eliminación de las ideas religiosas provenientes de Asia y la purificación de una religión alemana auténtica. Las obras de Krieck eran insulsas y vulgares, pero debido a su proliferación y a la eminencia nazi de su autor, pronto ganó este el acceso a todas las principales casas editoriales del país. La plaga de sus publicaciones incluía *Ciencia educativa y pedagogía en Fráncfort, La decisión filosófica, Philosophie der Erziehung* (Filosofía de la educación) y *Völkisch-Politische Anthropologic* (Antropología nacional y política)[274].

Ocupó el prestigioso puesto de rector de la Universidad Goethe en Fráncfort del Meno, y fue también nombrado profesor de filosofía y pedagogía cuando Hitler llegó al poder. Un año después de su ascenso en Fráncfort le fue otorgada una cátedra en la muy prestigiosa Universidad de Heidelberg, donde permaneció durante toda la era del Tercer Reich. Espió a sus colegas, trabajó en los servicios de seguridad de las SS y ayudó a Rosenberg a dirigir varias prominentes instituciones nazis[275].

Rosenberg, Bäumler y Krieck llegaron a ser los principales arquitectos organizadores de la infiltración nazi en las universidades. Una vez instalados en puestos de poder, su programa fue cuidadoso y metódico. Contenía muchos elementos de manipulación, mas para ellos lo primordial era destruir el viejo orden. Derribar el sistema democrático existente era su objetivo, y su punto de partida lo fueron siempre los judíos.

A los setenta y cuatro años de edad, jubilado desde hacía más de media década, Edmund Husserl comenzaba a tener un aspecto demacrado. Había lucido siempre un semblante poderoso, con nariz ancha y espesa barba, pero ahora sus mejillas eran flácidas, sus cabellos blancos y macilentos sus ojos cansados. Habitualmente vestía un traje oscuro, algo arrugado, aunque de buena calidad, crujiente camisa blanca y corbata. Los largos y huesudos dedos de su mano izquierda estaban manchados por el humo del tabaco, pues con ellos sujetaba la pipa con la que solía fumar mientras pensaba o leía en su estudio doméstico. La penetrante mirada de su juventud, resguardada por unas gafas de fina montura metálica, había ido debilitándose con la edad.

Husserl, judío oriundo de Prossnitz en Moravia, ahora parte de la República Checa, había nacido el 8 de abril de 1859. Había ganado la cátedra de Filosofía en Friburgo y era famoso en toda Alemania por haber fundado un tipo completamente nuevo de filosofía que llamó fenomenología. En ella evitó la teorización a gran escala, prefiriendo en cambio examinar el mundo como una serie de experiencias particulares. Las ideas de Husserl se hallaban diseminadas en una infinidad de notas de clase, manuscritos y

papeles de trabajo que acumuló a lo largo de sus cuarenta años de enseñanza universitaria[276]. Mas pese a toda esta épica trayectoria, sin embargo, solo había publicado seis libros, aunque con el primero había alcanzado una imponente reputación, las *Investigaciones lógicas*[277].

En 1933, Husserl, justo antes de disponerse a iniciar sus vacaciones, recibió una carta de la Universidad de Friburgo, fechada en 14 de abril de ese año. En un tono oficioso, se le comunicaba la obligación de «abandonar» su puesto de catedrático emérito de la facultad de Filosofía... por ser judío. Esto era parte del Decreto de Baden, promulgado en 1933 para hacer frente a la llamada «judificación de las universidades». El objetivo de este decreto era eliminar toda influencia semita y purificar la mente aria.

Husserl experimentó esta suspensión como la «máxima afrenta de su vida»[278]. Sus hijos se habían ofrecido como voluntarios para el servicio militar durante la Primera Guerra Mundial y su hija había trabajado en un hospital de campaña. Él creía que su lealtad nacional estaba fuera de duda. La conmoción del despido dejó a Husserl sumido en la depresión y embargado por un sentimiento de inseguridad.

Los días de vacaciones habían significado para él la grata oportunidad de trabajar lejos de la rutina universitaria y dejarse absorber por la quietud de las montañas. De regreso a casa, nada más cruzar el umbral del número 40 de la Lorettostrasse de Friburgo, Husserl se encontró con un ramo de flores en señal de bienvenida a la familia.

Reparó entonces en una nota que acompañaba a las flores. Estaba escrita con la letra familiar de Elfride Heidegger, la esposa del protegido favorito de Husserl[279]. La nota se refería a las «caminos separados en filosofía» de los dos amigos[280]. Husserl estaba perplejo. Aquello no era lo que él había esperado. Siempre había mantenido algunas diferencias intelectuales con su protegido, pero nunca tuvo lugar disputa alguna de importancia, y menos aún recientemente. La carta llegaba a expresar compasión por el hijo de Husserl, Gerhart, que también había sido destituido de su puesto por

ser judío[281]. Aunque el mensaje traslucía un tono de embarazo, continuaba subrayando las diferencias entre ambos. Tras muchos años de amistad y confianza, el que fue su devoto discípulo, Martin Heidegger, estaba rompiendo las relaciones con él, y dejando bien claro que no habría más contacto entre las dos familias[282].

Husserl había apoyado al joven Heidegger a lo largo de todas las etapas de su carrera. Habían llegado a ser, efectivamente, colegas y amigos íntimos; las familias habían acabado siendo inseparables. ¿Por qué se había roto la amistad?, cavilaba Husserl. Sondeó su mente buscando alguna posible ofensa reciente. ¿Habían sido sus críticas demasiado severas? ¿Había incurrido su esposa en alguna falta? ¿Habían sido demasiado poco generosos con sus obsequios, o demasiado poco hospitalarios como anfitriones? Rememorando su última reunión, analizó con todo detalle las posibles fuentes de una afrenta, pero no pudo encontrar ninguna. Se vio forzado a deducir que la razón de aquel comportamiento era el hecho de que había sido destituido de su cátedra. Husserl sabía que aquel joven era ambicioso y supuso que ya no deseaba ser asociado con este judío de grisácea barba[283]. Días después advirtió que también se le había prohibido investigar o seguir usando la biblioteca de la universidad[284].

El caso de Husserl es solo un ejemplo. Durante el primer año después de que Hitler llegase al poder, bajo las directrices de Rosenberg, miles de académicos judíos en toda Alemania compartieron el mismo destino. (La noción de «judío» abarcaba para Hitler una muy amplia categoría de alemanes —los que tuvieran cualquier ascendencia racial judía o cualquier otra asociación familiar —. La categoría se extendía mucho más allá de quienes practicaban la religión o la cultura). A decir verdad, más de 1.600 profesionales fueron expulsados de sus puestos[285]. La mayoría de ellos eran académicos de «raza» judía que fueron forzados a la jubilación o enviados al exilio. Pronto, todo aquel que tuviese cualquier asociación judía, como el filósofo y psiquiatra Karl Jasper —cuya esposa era judía—, se vio forzado a la jubilación anticipada[286].

La expulsión de judíos durante todo el año de 1933 fue el primer acto de agresión a las universidades. Pronto fue seguido por otros más. El pensamiento semita fue eliminado del plan de estudios. El pensador de la Ilustración Moses Mendelssohn fue un singular blanco de ataques. En contraste con otros pensadores del siglo XVIII, como Kant, que provenía principalmente de la tradición protestante, Mendelssohn era de origen judío. Por añadidura, mientras que Kant y muchos intelectuales europeos creyeron que la Ilustración había reemplazado a la religión, Mendelssohn pensaba que la Ilustración procedía de hondas raíces judaicas. Sus libros fueron eliminados en todos los establecimientos educativos. De forma similar fueron prohibidas las obras del nieto de este pensador, el gran compositor Felix Mendelssohn; y el nieto de este, Albrecht Mendelssohn —Barthodly, catedrático de Derecho que vivió durante la era nazi, fue a su vez destituido de su cargo y forzado al exilio—. Dicho sumariamente, toda la línea de producciones culturales y educativas de la familia Mendelssohn fue aniquilada por Hitler[287].

Las obras de Benito Spinoza, el filósofo canónico holandés del siglo XVII y de ascendencia judeo-portuguesa, fueron también suprimidas del programa de estudios. El Dr. Alfred Hans Grunsky, catedrático de filosofía en Múnich durante el Tercer Reich y lector principal en filosofía en las oficinas de Rosenberg, dijo lo siguiente: «Spinoza [...] fue un comerciante judío, igual que sus colegas de raza, que, camuflado de pensador místico teutónico, pensó en crear una nueva Tora que pondría a todas las naciones bajo las leyes del Talmud»[288]. Spinoza fue tachado de conspirador.

A la supresión del pensamiento semita en el plan de estudios se añadió posteriormente la prohibición de libros judíos. Rosenberg tuvo un papel decisivo en la censura del material judío. Ordenó confeccionar listas negras en las bibliotecas públicas. De conformidad con el espíritu de semejante orden, los bibliotecarios se aprestaron ansiosamente a elaborar documentos legales para «limpiar» esas bibliotecas. Uno de estos documentos decía: «Las pautas para la confección de listas negras son de naturaleza político-literaria. También aquí es aplicable la pregunta fundamental,

necesaria en cualquier toma de decisión política: ¿quién es el enemigo real? ¿Contra quién dirigimos nuestra lucha?»[289]. La pregunta fue respondida así:

> Nuestra lucha va dirigida contra la subversión de nuestra manera inherente de pensar y vivir. Va contra la literatura de «Asfalto», predominantemente escrita para el residente urbano, con la intención de confirmar y reforzar el desarraigo de su ambiente —de su *Volk,* de cualquier comunidad—, y logrando así su plena erradicación. Esta es la literatura del nihilismo intelectual. Los autores de este tipo de literatura son predominantemente, aunque no exclusivamente, escritores judíos. [...] Por regla general se recomienda conservar un ejemplar de los libros más peligrosos en los armarios tóxicos de las grandes bibliotecas de la ciudad y de la universidad, en prevención de futuros altercados con los intelectuales de «Asfalto»[290].

Otros pensadores judíos y culturales consideraban que «Asfalto» incluía a cualquiera que mantuviese conexión con las tradiciones del marxismo, especialmente Karl Marx y Georg Lukacs, y a cualesquiera pensadores psicoanalíticos, particularmente Sigmund y Anna Freud. Eventualmente, las listas negras incluyeron los nombres de los filósofos judíos Husserl, Walter Benjamin y la emergente escuela de Fráncfort. Otros adversarios de los nazis, como el filósofo de la religión Paul Tillich y todos aquellos que escribieron literatura socialista, como Friedrich Engels, fueron puestos en la lista negra. Ni una sola de las obras de estos pensadores podía encontrar albergue en bibliotecas públicas o comerciales[291].

De la censura pasaron Rosenberg y sus secuaces al incendio provocado. Baumler se encargó de convertir en realidad las piromaníacas fantasías de Hitler. En su condición de catedrático en la universidad de Berlín, en mayo de 1933 arrastró a los estudiantes a una frenética orgía de quema de libros, «que siguió durante la mayor parte de la noche y suponía entrar por la fuerza a bibliotecas privadas»[292]. Como había sentenciado hacía un siglo el poeta Heinrich Heine, *das war ein Vorspiel nur, dort wo man Bücker verbrennt, verbrennt man am Ende auch Menschen*... («fue solo un

preludio, donde queman libros, quemarán también, al final, seres humanos»)[293].

Theodor Lessing, filósofo judeo-alemán del siglo xx que trabajaba en la tradición de Schopenhauer, sufrió el mismo destino que Moses Mendelssohn: sus libros también fueron pasto de las llamas. Pero el día 30 de agosto de 1933, en Marienbad, Checoslovaquia, como Heine había pronosticado, los nazis llevaron un paso más lejos la eliminación de las ideas judías. Emisarios del régimen nazi asesinaron a Lessing mientras sobrevivía en el exilio. Falleció en el hospital Marie Bader a la edad de sesenta y un años. Los asesinos habían sido enviados expresamente allí para matarlo[294].

En el corto espacio de unos años, Hitler, valiéndose de Rosenberg, Bäumler y Krieck, había hecho la guerra a la cultura académica liberal alemana. De expulsar a judíos, prohibir libros y censurar el currículum, había pasado a autorizar el homicidio de un pensador judío en exilio. Por entonces aquel asesinato fue un incidente aislado, pero estaba ya comenzando el ataque violento a los judíos de la academia. Un nuevo currículum estaba apareciendo, y Rosenberg no dejaba de estar al timón de aquello.

Para instigar el plan de estudios nazi, Rosenberg tuvo que fortalecer las nuevas instituciones. El 24 de enero de 1934 fue nombrado «Miembro de la comisión del Führer para la supervisión de la educación intelectual y filosófica total y entrenamiento de los trabajadores alemanes nacionalsocialistas». Su tarea fue montar los aparatos administrativos para la nazificación de las universidades[295]. Se desarrollaron estructuras para resolver los conflictos de actividades gemelas de investigación y enseñanza, de cualquier universidad de acuerdo con la línea oficial del partido. Rosenberg dio subvenciones generosas a académicos y a filósofos para desarrollar la investigación nazi. También otorgó becas a estudiantes para investigar temas «apropiados». Censuró y controló el plan de estudios, incluyendo el privilegio de decidir qué filósofos y qué obras tenían validez. En el más extravagante estilo de perspectiva histórica, el antiguo filósofo griego Sócrates fue denunciado como «social demócrata»[296].

Además de manipular el plan de estudios a través de las finanzas y la censura, Rosenberg también desarrolló instituciones especializadas de investigación. El Instituto del Reich para la Historia de la Nueva Alemania promocionó el nacionalsocialismo militante. El Instituto, desarrollado en Berlín, celebró su gran inauguración oficial el 19 de octubre de 1935. Los estandartes rojos del Reich fueron desplegados y sus brillantes colores iluminaron la ciudad. Se podía ver a los nazis dominando la audiencia, con sus camisas y gorras pardas, y frente a ellos figuraban los dignatarios del partido —todos luciendo vestimenta militar—. Funcionarios ocuparon los asientos más valorados, incluyendo «las dos manos derechas» de Hitler: Rudolf Hess y, por supuesto, Alfred Rosenberg. Un mar de brazaletes de esvástica saludaron los discursos iniciales[297]. Con estas y otras nuevas instituciones y con la ayuda de sus dos filósofos conductores nazis, Rosenberg empezó a delimitar nuevos campos de la cuestión. Los más importantes fueron la «ciencia» del racismo y la «investigación» del judío. Con ese fin, el Instituto incluía un siniestro departamento especial alojado en Múnich: el Instituto de Investigación de la Cuestión Judía[298].

El primer movimiento del departamento fue confiscar todas las publicaciones judías, que fueron «sujetas a un final explícitamente alemán»[299]. Esta tarea fue llevada a cabo por el historiador y filósofo Dr. Wilhelm Grau, un exalumno de Karl Alexander von Miller, que, lejos de ser un simple profesor arrellanado en su sillón, se había erigido en superactivo administrador de las planificaciones. Antropólogos, biólogos, médicos, científicos políticos y sociales, geógrafos e historiadores iniciaron la nueva «investigación del Judío». Los judíos fueron clasificados como seres infrahumanos, biológicamente inferiores y culturalmente retrasados. Fueron medidos y analizados como delincuentes, o incluso mutantes, de la raza humana. Científicos distinguidos y eruditos en general reunieron pruebas para vilipendiar esta «raza»[300]. También los filósofos jugaron su papel en este nuevo campo supuestamente académico de la pregunta.

Baumler fijó como siempre el tono:

> Durante siglos, el alma-de-la-raza y el pueblo [...] a pesar de las peculiaridades de toda acción contrauniversalista pudieron una unión cultural. Finalmente, el poder fue abatido. El judío internacional, utilizando la idea de dinero, se erigió en dominador del mundo y amenazó con destruir cuantos entrañaban el poder creativo [...] solo después, de la angustia histórica del pueblo más amenazado, surgieron la voluntad y el conocimiento cuyo resultado fue la regeneración. En lugar de la mezcla vaga de conceptos y valores generales a la que solía denominarse el espíritu de la humanidad o la idea de la cultura occidental, el nacionalsocialismo impuso una concepción del mundo orgánicamente fundada. No se dio por contento con la parcial cura de los síntomas, sino que *atacó el mal en sus raíces*[301].

Pronto se unieron otros a la iniciativa de Baumler. Max Wundt, catedrático de filosofía en la Universidad de Tubingen, escribió numerosos panfletos antisemitas, y el Dr. Hans Alfred Grunsky escribió por extenso sobre la contaminación de los judíos como filósofos, especialmente sobre Spinoza, y la apropiación judía de la filosofía de Hegel[302].

Central para el desarrollo del nuevo plan de estudios nazi fue el establecimiento de la idea de la supremacía alemana. Ernst Krieck declaró: «En el futuro no reconoceremos ninguna inteligencia, ninguna cultura y ninguna educación que no sirva a la autorrealización del pueblo alemán y derive de ello su importancia»[303]. Los arios, especialmente los pueblos nórdicos, fueron ascendidos por los filósofos alemanes a la categoría de nuevos superhombres, sobre la base de sus fundamentos raciales. Las ideas de Rosenberg, tal y como aparecen expuestas en *The Myth,* fueron difundidas en todas las universidades.

Heidelberg, con sus techos dispuestos en mosaico rojo-marrón, con sus limpias y blancas casas, rodeada de bosques y mirando a las orillas del Rin, era un contexto cautivador para una dirección internacional ejercida por los nazis. El Puente Viejo cruzaba el amplio y tranquilo río, mientras por encima se alzaban el castillo y las iglesias rodeadas de gruesos, oscuros y mansos árboles que ondeaban suavemente en todas direcciones. Ocasionalmente se vislumbraba algún que otro almendro favorecido por el tibio clima de

Heidelberg. En medio de esta tranquilidad, con mucho aplomo, sobrevino el alboroto de la celebración del 550 aniversario de la universidad. En frente de una audiencia internacional que le escuchaba en el imponente salón principal, habló el catedrático Dr. Ernst Krieck:

> Cada pueblo en cada periodo debe modelar su vida de acuerdo con su propia ley y destino y a este destino y esta ley de sí mismo debe sujetarse la investigación y la enseñanza y todas las demás esferas de la vida [...] La idea de humanismo, con la enseñanza de la pura razón humana y el espíritu absoluto en ella fundado es un principio filosófico del siglo XVIII causado por las condiciones de ese tiempo. En ningún sentido nos vincula a quienes vivimos en condiciones diferentes y bajo un destino diferente[304].

Los filósofos ayudaron a Rosenberg a propagar la idea de *Volk*. El catedrático de filosofía Dr. Walter Schulze-Solde trató de expresar lo que él pensaba que eran las cualidades místicas de las personas alemanas: «El hombre alemán, el hombre nórdico, constituye un *canon* de acuerdo con el cual se mide la validez real de las visiones del mundo»[305].

Hitler también fue elevado asombrosamente. Erich Rothacker, catedrático de Filosofía en la Universidad de Bonn, discutió con solemne seriedad en los últimos capítulos de un libro académico las contribuciones de Hitler (y Rosenberg) a la filosofía de la historia[306]. Citaba a Hitler al decir que los alemanes eran «un pueblo metafísico violentamente opuesto a la superficialidad de la democracia occidental»[307].

El proyecto, elaborado por Rosenberg, de reconstruir los planes de estudios en la universidad concedía muy especial atención a la generación más joven. A los catedráticos se les animaba no solo a enseñar e investigar de acuerdo con la nueva ideología, sino también a influir directamente en sus estudiantes. «Hitler habló de cómo su partido se había infiltrado en las organizaciones estudiantiles»[308]. Baumler y Krieck fueron ascendidos por los nazis principalmente por ser considerados educadores esenciales. Como experto en

pedagogía, Krieck aportó métodos para la re-educación nazi. Martin Heidegger fue valorado durante los años iniciales del Tercer Reich por su potencial para transformar las masas de estudiantes, como profesor que gozaba de enorme popularidad.

Krieck compiló cantidades ingentes de literatura para transmitir a la juventud alemana el mensaje nazi. Otros filósofos y educadores también trabajaron mucho para tratar y complacer a su amo. Su publicación más importante, la «Biblia» de la educación, que llevaba por título *El Primer nazi: el manual oficial para la educación de la Juventud Hitleriana,* fue distribuido para su «perfecto uso» a siete millones de jóvenes. Este libro de lectura elemental fue usado en las escuelas para enseñar a todos los niños comprendidos entre los catorce y los dieciocho años. Publicado en 1936, formalizó la educación nazi, que era una prioridad para el partido. Sus contenidos despedían el aroma de las groseras suposiciones del darwinismo social educativo que se le impartía a la juventud alemana. Véase, por ejemplo, el capítulo IV, titulado «Fomentar la herencia y la raza»:

> La genética nos enseña que el individuo está inseparablemente vinculado con sus antepasados mediante el parto y la herencia. De la misma manera, sin embargo, el individuo es, por así decirlo, solamente un eslabón interconectado en la larga cadena de generaciones. Si queremos recurrir a una analogía, podemos decir: la persona individual puede ser comparada con una ola en un inmenso torrente que fluye desde el pasado más remoto hasta el más remoto futuro. Cuanto más nos remontamos regresando al pasado de estos torrentes de generaciones, más llegamos a la evidencia de que convergen en una fuente común. Esta analogía pone en claro que todas las familias y ramificaciones de un pueblo tienen un común origen. Todas tienen una herencia unificada que es continuada en el futuro por medio del torrente hereditario[309].

Habiendo definido la base de lo que somos, el *Primer nazi* explicaba:

> El gran flujo hereditario de un pueblo puede sufrir en el curso de su viaje muchas clases de contaminación y de injuria. Estas pueden ocurrir

> de dos maneras. En primer lugar pueden aparecer injurias porque entren elementos enfermos en el torrente sanguíneo del pueblo. [...] En segundo lugar, el torrente sanguíneo del pueblo puede ser contaminado al mezclarse con sangre que le es esencial y racialmente extraña. Nuestro fomento de la raza debería prevenir estas contaminaciones[310].

La educación de la juventud alemana implicaba la creación de un marco científico adecuado en el que la raza fuera el aspecto definidor del ser humano, y la contaminación su mayor amenaza:

> El pueblo alemán tiene contacto directo solo con un tipo de pueblo extraño: los Judíos. Así que para nosotros el fomento de la raza es una y la misma cosa que la guerra defensiva contra la contaminación de la mente y de la sangre por los judíos. La extensión en que alemanes y judíos han cruzado sus respectivas sendas no necesita hoy ser demostrada. La hegemonía judía en la vida cultural e intelectual de las últimas décadas ha focalizado la atención de todos los alemanes sobre el carácter corruptor y perturbador de este pueblo[311].

El *Primer nazi* fue documentado y redactado por una serie de profesores y educadores nazis. Presentó el material de una manera perfecta, procurando atenerse a los hechos, y presentando declaraciones de sondeos científicos sobre la raza, la población, la naturaleza del hombre, el territorio, la cultura, la historia y la tecnología. Como advirtió el profesor de la Universidad de Princeton Harwood Childs, que lo tradujo en 1938: «Este libro de lectura elemental nazi es un volumen autorizado. No es el trabajo de unos cuantos extremistas o de un ala del partido. No es la ideología de un individuo, sino el producto de muchas mentes, el resultado de un proceso de destilación que ha continuado durante varios años»[312].

El libro se hizo eco de los principales temas abordados en todas las escuelas y universidades y ayudó a institucionalizar el nazismo. Bäumler, Krieck, Heidegger y otros filósofos aprobaron estas ideas y las difundieron entre la juventud alemana.

La filosofía, sin embargo, tenía sus límites para los nazis. El objetivo de Hitler era educar a las masas hasta un nivel suficiente para que Alemania pudiera gobernar el mundo. Era necesario

conservar la total obediencia al Tercer Reich. La individualidad y el pensamiento crítico debían ser no solo desaconsejados, sino proscritos. Preocupaba la eventualidad de que una educación teórica produjese espíritus libres en vez de obedientes secuaces, y Hitler había mostrado siempre una aversión por la teoría «pura». Él valoraba lo que llamaba «experiencia» por encima de la teoría. Pero ¿cómo educar por medio de la experiencia? Rosenberg había encontrado la respuesta. Para aquellos que tuviesen «la desgracia de vivir en tiempos de paz» recomendaba el relato de las vidas de los grandes héroes. Como lo expresó el propio Rosenberg: «Un gran hombre y sus hazañas nos parecen mil veces más importantes que una teoría ingeniosa y evidente que concuerde con la ley de la razón —para nosotros, la batalla de Leuthen fomenta mucho mejor el entrenamiento del carácter que el *Fausto* o la *Heroica* de Beethoven»[313].

Rosenberg había descubierto lo que él creyó ser la arena última de la experiencia —el campo de batalla—. Destruidos en la universidad los viejos valores de la tolerancia, la inclusión y la democracia, la paz estaba ahora amenazada. En su lugar se propugnó el derramamiento permanente de sangre. La guerra era la meta perfecta, y percatarse de su valor era indispensable para una educación nazi.

Tras haber predicado el racismo, Bäumler y Krieck respondieron a la llamada a la guerra de Rosenberg, a pesar de que esta podía ser considerada como una amenaza para sus respectivos puestos. La guerra como herramienta educativa prioritaria podía trocar en obsoleta la actividad teórica. Pero para aquellos leales nazis, las ideas eran en todo caso armas, así que afilarlas para la más perfecta condición de la violencia era una ambición adecuada.

El río Oder discurría tranquilo y en calma, y sus aguas de color gris acerado reflejaban el edificio que tenía enfrente. Los bancos de color óxido abrían paso a senderos pavimentados de arenisca y flanqueados de árboles. El vasto edificio universitario, perfectamente simétrico y clásicamente diseñado, mimetizaba la contigua tranquilidad fluvial. El gris de las aguas, la piedra de arena blanda

del ladrillo y el color de óxido de los elegantes y largos techos eran las únicas, silenciosas y tibias sombras que iluminaban el paisaje del río.

En la hermosa y ribereña Universidad de Breslau, cuando el número de muertos durante la Segunda Guerra Mundial había aumentado en casi 10 millones durante cada uno de los primeros dos años, los líderes del Tercer Reich le preguntaron en 1941 al Dr. August Faust, catedrático de Filosofía, por la actitud de los filósofos alemanes ante la guerra. Respondió tomando asiento ante el escritorio de una de las confortables oficinas del principal edificio de la universidad y abriendo, pluma en ristre[314], un libro de descomunal tamaño. Allí escribió la siguiente declaración:

> lo más notable de todo ha sido el esencial acuerdo sobre el contenido que se produjo muy espontáneamente. El resultado indica la honda relación existente entre nuestra concepción del mundo y su raíz filosófica y y todos los campos de las humanidades que tienen que ver con *el problema de la guerra*. Por añadidura, el acuerdo esencial de los estudios históricos del presente quizá aporte alguna evidencia de que en el pensamiento alemán siempre estuvieron dispuestos poderes que nosotros, los nacionalsocialistas, sentimos hoy que están en particular conformidad con nuestra especie y nuestro tiempo, aunque nunca pudieron funcionar antes completamente porque en la historia previa la confluencia de todos los poderes de la gran Alemania, que debemos al Führer, estaba ausente[315].

En lo que atañe a la guerra, los filósofos deseaban mostrar la plena unanimidad de la comunidad académica alemana. Todos siguieron las directrices de Rosenberg.

Breslau, donde August Faust firmó el anterior documento, era la principal ciudad de Alemania Oriental. Su comunidad judía contaba con veinte mil personas antes de 1933 y había tenido una participación prominente en la vida de la ciudad. Las autoridades nazis deportaron sistemáticamente durante varios años a los miembros de esta comunidad hasta que solo quedaron unos pocos. Cuando Faust firmó su carta de apoyo total a la guerra, lo hizo en un año en que los últimos judíos estaban siendo transportados a

Gruessau, a Tomersdorf y a otros lugares en Silesia, y desde allí a Auschwitz[316].

Aunque los nombres de nazis prominentes, como Faust, figuraron al lado de Rosenberg, Bäumler y Krieck, sería engañoso atribuir exclusivamente la responsabilidad de este papel al liderazgo del partido político. La transición de las universidades bajo Hitler requería la total colaboración de una masa de académicos. Profesores normales y corrientes tuvieron que implementar hasta el menor detalle las tareas de investigación y enseñanza para cambiar el plan de estudios de acuerdo con la línea oficial del Partido y predicarlo a la juventud. Desde el principio fueron incorporados los filósofos y otros educadores a la tarea hitleriana de transformar la nación.

Inicialmente, cuando fue promulgado el decreto[317] de Baden expulsando a Husserl y otros intelectuales judíos de la vida académica, Hitler y Rosenberg tuvieron escasa oposición. Ni un solo indicio de indignación pudo evidenciarse, pues no hubo cartas, ni campañas o protestas. Nadie intentó defender la integridad de un modelo de perfección meritocrática. Efectivamente, «ninguna oposición importante a Hitler y su partido tuvo alguna vez lugar en Alemania»[318]. ¿Acaso se debió al miedo la falta de resistencia o de desaprobación? Sin embargo, durante el primer año de la cancillería de Hitler, el terror y las represalias asociadas con los años posteriores del reinado nazi no habían comenzado aún. Como escribió un comentarista de la vida académica, «su silencio era profundo»[319].

Pero luego, después de que los judíos fuesen despedidos de la academia en 1933 y los colores rojo, negro y blanco, las vívidas líneas de la esvástica, empezaran a ondear en los edificios de la universidad, los filósofos fueron más allá del mero silencio. La expulsión de tantos judíos había dejado un considerable número de puestos vacantes, incluyendo los de prestigiosos profesores. Nuevos puestos y oportunidades estaban disponibles, con la adicional circunstancia de que los requisitos para obtener esos puestos quedaron considerablemente reducidos una vez consumada la

expulsión de colegas altamente cualificados. Los filósofos que siguieron en servicio no tardaron en apreciar las potenciales recompensas inherentes a la colaboración[320]. Y acudieron como buitres.

Los académicos arios empezaron a solicitar su promoción. Pronto ascendieron más de cincuenta. La lista de filósofos que sacaron provecho del nuevo régimen incluía, por ejemplo, al Dr. Ernst Bergmann, que fue nombrado catedrático de Filosofía en la Universidad de Leipzig; al Dr. Max Hildebert Boehme, que llegó a ser catedrático de Filosofía y Ciencia Social en la Universidad de Jena; al Dr. Hans Alfred Grunsky, que llegó a ser asimismo catedrático de Filosofía en la Universidad de Múnich; y el profesor Max Wundt de Tubingen. El Dr. Otto Hofler fue nombrado catedrático de Filosofía Alemana en la Universidad de Múnich; Erich Rothacker ganó un puesto en la Universidad de Bonn; el Dr. Walter Schulze-Solde obtuvo un profesorado en Filosofía en la Universidad de Innsbruck; y el Dr. George Steiler llegó a ser profesor adjunto de Filosofía en Friburgo. Estos nombres no hacen más que señalar a algunos de los más prominentes colaboradores, pero había muchísimos más.

En cuanto los puestos vacantes fueron cubiertos en las universidades, Rosenberg proveyó de personal a sus otras varias instituciones ideológicas. Los filósofos se aprestaron diligentemente a colaborar. El catedrático Alfred Bäumler fue nombrado director del Instituto Nazi de Educación Política de la Universidad de Berlín. Además de su nuevo profesorado en la Universidad de Múnich, el Dr. Grunsky asumió el lectorado principal de Filosofía en la Oficina de Rosenberg. Gerhard Johann Hans Hagemeyer disfrutó de un elevado puesto como comisionado de Rosenberg, en el cuerpo especial para filósofos conocido como Oficina de Información Filosófica. Y el catedrático Dr. Ernst Krieck fue, como ya sabemos, honrado con el nombramiento de rector en la Universidad de Heidelberg. El «Departamento de Investigación para la Cuestión Judía»[321], del Instituto del Reich de Rosenberg, figuraba entre las más siniestras de las nuevas instituciones nazis, pero incluso este proyecto extremo

fue asumido sin dilación por agudos filósofos —el Professor Wundt devino ansiosamente ilustre miembro suyo.

Alfred Bäumler y Ernst Krieck, que recibían orgullosos y sonrientes los sonoros aplausos, fueron nombrados miembros honoríficos del Instituto del Reich para la Historia de la Nueva Alemania —el Führer confió personalmente ese Instituto al catedrático Dr. Walter Frank[322], quien había llevado a término en la Universidad de Múnich, bajo la dirección de Karl Alexander von Müller, una disertación doctoral sobre el Dr. Adolf Stocker, el antisemita militante de los años de pre-guerra[323]—. Todas las oficinas de Rosenberg estuvieron excelentemente organizadas y equipadas[324].

A través de la enseñanza, muchos de estos filósofos apoyaron también cada movimiento de Rosenberg. Además de expulsar a los colegas judíos ocupando el puesto que estos dejaban en las instituciones académicas, le ayudaron a establecer el marco de la «filosofía» nazi, centrado en el vilipendio de los judíos. Desplegando la historia, de rango generacional, del pensamiento antisemita, produjeron nuevos y sorprendentes cuerpos de pensamiento racista, inspirándose en Nietzsche y en el romanticismo o el darwinismo social, tratando muchas veces de fundir en uno estos movimientos filosóficos.

En 1932 Hans Heyse había sido nombrado catedrático de Filosofía en la Universidad de Königsberg y en el mismo año se había inscrito en el Partido Nazi[325]. Luego, en reconocimiento de su devoción a Hitler, fue ascendido en octubre de 1933 a rector de la universidad. Abogó por el nuevo «principio del líder», el cual consistía en la obediencia al Führer: «La nueva universidad alemana tiene solamente una ley: desde la primera causa de nuestra realidad germánico-alemana [...] servir a las intenciones y los objetivos del líder del pueblo alemán». Heyse colaboró en una edición al estilo nazi de las obras de Nietzsche y en 1937 se le nombró director federal de la Academia de Ciencias. Sus especialidades eran las filosofías griega y kantiana y la historia de la filosofía[326]. Coadyuvó a la nazificación de la filosofía clásica declarando que la *República* de Platón era la «forma primigenia de la idea del Reich»[327]. De acuerdo

con Ernst Klee —el periodista que se hizo famoso por sacar a la luz los pecados médicos del Tercer Reich— durante la era nazi se le puso a Heyse el apodo de «camarada Platón».

Otro «filósofo» colaborador que llegaría a adquirir mayor autoridad y notoriedad que Heyse fue Eugene Fehrle[328]. Fue un proveedor de «folclore» nazi y desempeñó el cargo de catedrático de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Heidelberg de 1942 a 1943. Fehrle había sido un oficial de las SS e informante de la SD *(Sicherheitsdienst)* [Servicio de seguridad del Partido Nazi], organización precursora del *Reichssicherheitshauptamt* [RSHA], que posteriormente asumiría la tarea de implementar el Holocausto) y fue uno de los mayores responsables en la puesta en práctica de las purgas racistas ordenadas por Hitler a comienzos de la década de 1930. Juntamente con Krieck impuso una «ley tiránica en la facultad de filosofía»[329].

El día 30 de enero de 1939, ante el Reichstag nazi en el sexto aniversario de su advenimiento al poder, Hitler proclamó ante el Parlamento alemán su intención de exterminar a todos los judíos europeos:

> En el curso de mi vida he sido más de una vez profeta y usualmente ridiculizado por ello. Durante el tiempo que duró mi lucha por el poder fue solamente en primera instancia la raza judía quien acogió con risas mis profecías al decir yo que un día me haría cargo del liderazgo del Estado, y con él el de toda la nación, y que entonces resolvería entre otras cosas el problema judío. Su risa era estentórea, aunque creo que ahora, desde hace algún tiempo, esa risa se ha tornado en mueca. Hoy seré otra vez profeta: si los financieros judíos internacionales en y fuera de Europa lograran arrastrar otra vez a las naciones a una guerra mundial, el resultado no será entonces la bolchevización de la tierra, y, por lo tanto, la victoria del judaísmo, sino *¡la aniquilación de la raza judía en Europa!*[330].

Doce días antes, el 18 de enero, en una convención que tuvo lugar en la universidad de Heidelberg, la más vieja de Alemania, habían figurado filósofos entre quienes celebraban el aniversario de la fundación del Reich de Bismarck. Ante los arcos y capiteles

góticos, las fachadas de arenisca y los techos de pizarra de los edificios más eminentes de la universidad, con los frondosos árboles que circundan el parque universitario, sus pasos le llevan al visitante al hall principal. Flanqueada una biblioteca de cuento de hadas, con paredes tapizadas de madera hasta el techo y la parpadeante luz de bellos candelabros, los corredores desembocan en una imponente sala de conferencias. Allí Ernst Krieck pronunció un discurso que se adelantaría al del propio Hitler:

> Los teutones son el pueblo noble de la historia del mundo. Si queremos volver a demostrarlo en la historia, *hemos de remover de nuestra existencia* la influencia asiática en cualquiera de las formas en que ha penetrado nuestro ser, *el veneno y la enfermedad de los pueblos europeos*. Esto es el renacimiento racial. 1938 es el año grande en que Alemania convoca al pueblo alemán para que alcemos nuestra mirada hasta ponerla al nivel de los actos del Führer y de la más grande de las misiones de nuestra nación[331].

Los filósofos no ignoraban la brutal realidad operante tras estas palabras. Un crítico ha señalado: «Los gobernantes alemanes tenían a su disposición teóricos que elogiaban sus hazañas en la eliminación de los judíos y proporcionaban las formulaciones académicas y el apoyo docente para llevar adelante paso a paso las políticas alemanas, hasta que se lograse la "extinción" de las "fuerzas eternamente hostiles..."»[332].

En la destrucción de los viejos valores e instituciones, la expulsión de los Judíos, la nazificación del plan de estudios y la creación de nuevas instituciones para vilipendiar a los judíos y deificar la guerra, muchos filósofos jugaron, por tanto, un papel fundamental ayudando a Hitler a imponer su voluntad en las universidades. Asumieron el plan antisemita que Hitler había pergeñado e infectaron con él el nuevo régimen educativo. Ayudaron a destruir los valores democráticos, a legitimar la violencia y a glorificar la guerra. No solo apoyaron estos filósofos los proyectos de Hitler, sino que los llevaron al extremo. Aprovecharon la oportunidad de mejorar sus carreras, pues, como bien comentó el crítico judío Max Weinreich: «los nazis empezaron contando con un número

relativamente pequeño de intrusos en la enseñanza, pero no tardó en agregárseles una copiosa multitud de docentes de notorio prestigio académico [...] Con el paso del tiempo, casi todos los profesores e investigadores de la universidad [...] estaban totalmente nazificados»[333]. Rosenberg, Bäumler, Krieck, Faust..., la lista de los nombres que ayudaron derribar el pasado intelectual y establecer un futuro nazi era larga. Esa lista, como ellos mismos reconocieron, representaba una comunidad[334].

La colaboración de los filósofos no fue mero ejercicio académico. Es aleccionador tomar nota de que antes de la época en que estos iniciaran sus incursiones intelectuales contra los judíos, ya habían comenzado los verdaderos ataques. Cadáveres desnudos, víctimas de los primeros campos de concentración, cuya pálida e iridiscente piel se tensaba sobre costillas y cráneos, fueron arrojados a fosas comunes como se vuelcan los peces de una pecera.

Tres años después de que se hubiese testado el uso del cianuro de hidrógeno en 250 niños del campamento de Buchenwald y dos años después del primer experimento con gas en Auschwitz, publicó Bäumler su estudio sobre los judíos. En 1943 elogió a Rosenberg diciendo que «Ataca al demonio hoy manifiesto que es el enemigo mortal de Germania. Crea en sus lectores el sentimiento de que esta es una *cuestión de vida o muerte, en la que solo cabe decir: o vosotros o nosotros*»[335].

Mientras el número de judíos no cesaba de aumentar en los campos de concentración, los filósofos continuaban en su tarea de producir investigación antisemita. Por ejemplo, el Dr. Wilhelm Grau, director suplente del Reichsinstitut (al igual que el profesor Walter Frank, antiguo estudiante del racista Karl Alexander von Müller), elaboró un estudio de enormes proporciones sobre el antisemitismo que fue respaldado por una cuantiosa subvención de la facultad de Filosofía de la Universidad de Múnich[336]. Mientras se multiplicaban por doquier las imágenes del sufrimiento humano —de un sufrimiento demasiado horrible para que nuestra mirada lo pudiese soportar— filósofos del siglo XX competían, pugnando por el

prestigio, en aducir argumentos que evidenciaran la corrección de sus conceptos antisemitas.

---

242 Vídeo, Archivo del Gobierno de los Estados Unidos, 18 SFP 9231 INSK.

243 Ibíd., 18 SFP 186-9231 INSK.

244 R. Cecil, 1972, pág. 14.

245 Nos centramos en la mentalidad filosófica. Para una perspectiva más amplia de la conquista ideológica nazi, véase la magistral obra de Richard Evans, R. J. Evans, 2006.

246 R. Cecil, 1972, pág. 4.

247 Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei - NSDAP.

248 H. Hartle (ed.), 1970, pág. 69.

249 R. Cecil, 1972, pág. 52.

250 Ibíd., pág. 9, n. 19.

251 No todo el mundo creía en la tesis de Hitler sobre la debilidad de Rosenberg, véase R. Cecil, 1972, pág. 43.

252 H. Hartle (ed.), 1970, pág. 278.

253 Sir W. Teeling. Texto mecanografiado existente en los Archives of the Royal Institute of International Affairs, Chatham House, Londres.

254 R. Cecil, 1972, pág. 101.

255 Ibíd., pág. 14.

256 Ibíd., pág. 67.

257 A. Rosenberg, 1930, pág. 525.

258 H. Hartle (ed.), 1970, pág. 89.

259 A. Rosenberg, 1930, Introducción.

260 R. Cecil, 1972, pág. 72.

261 Sir W. Teeling. Texto mecanografiado existente en los Archives of the Royal Institute of International Affairs, Chatham House, Londres.

262 R. Cecil, 1972, pág. 93.

263 S. Krosigk, 1951, pág. 261.

264 A. Speer, 1970, pág. 110.

265 R. Cecil, 1972, pág. 102.

266 N. Lebovic, 2006, pág. 31.

267 Véase A. Bäumler, 1923.

268 Véase A. Bäumler, 1931, págs. 180-183. (Itálicas en el original).

269 Véase A. Bäumler, H. Bruntrager y H. Kurzke, 1989, pág. 185.

270 Los defensores de Heidegger arguyen habitualmente que este criticó a Bäumler. Téngase en cuenta que la hermana de Nietzsche fue quien, trabajando en el archivo de su hermano, compiló esta obra, la Voluntad de poder, la cual no refleja necesariamente, por tanto, el pensamiento del propio Nietzsche. Véase C. Diethe, 2003.

271 L. Poliakov y J. Wulf, 1959.

272 Véase J. Schriewer, 1982; W. Helmut, 2000.

273 E. Klee, 2005, pág. 341.

274 Ibíd.

275 Incluyendo el Instituto del Reich para la Historia de la Nueva Alemania y la Asociación de Conferenciantes nazis.

276 Véase M. Natanson, 1973.

277 Véase H. Ott, 1993, pág. 174.

278 Ibíd., pág. 176.

279 Elfride era la esposa del entonces emergente filósofo Martin Heidegger.

280 H. Ott, 1993, págs. 175-176.

281 Ibíd., pág. 175.

282 Ibíd.

283 R. Safranski, 1998.

284 Ibíd., pág. 174.

285 M. Weinreich, 1999, pág. 19.

286 S. P. Remy, 2002, pág. 80. En 1937, después de que fuera expulsado Jaspers, se dice que su cátedra en la facultad de filosofía fue transformada en cátedra de política militar y ciencias militares —ocupada por el historiador Paul Schmitthenner, quien creó el «seminario de historia de la guerra»—. Véase S. P. Remy, 2002, pág. 38.

287 Durante la era de Hitler, centenares de composiciones, manuscritos e incluso obras de arte que había pintado Felix Mendelssohn fueron pasadas de contrabando a Varsovia y Cracovia, y luego dispersadas por el mundo después de que Alemania ocupara Polonia.

288 M. Weinreich, 1999, pág. 57.

289 «General Principles for the Compilation of Blacklists», W. Herrmann (Berlin Librarian), texto mecanografiado sin fecha existente en el Bundesarchiv de Koblenza, reimpreso en G. Sauder, 1983, págs. 100-126.

290 Ibíd.

291 V. Weidermann, 2008.

292 R. Cecil, 1972, pág. 146.

293 H. Heine, 1820, Almansor, en H. Heine y M. Windfuhr (ed.), 1994.

294 Este fue el primer asesinato político de un oponente al régimen nazi fuera de Alemania, y causó indignación mundial, véase R. Marwedel, 1987.

295 M. Weinreich, 1999, pág. 25.

296 Ibíd., pág. 27.

297 Ibíd., pág. 46.

298 C. Koonz, 2003, pág. 201.

299 M. Weinreich, 1999, pág. 49.

300 Véase A. E. Steinweis, 2006, pág. 105.

301 M. Weinreich, 1999, pág. 23, n. 39.

302 Ibíd., págs. 270-287.

303 R. Cecil, 1972, pág. 146.

304 E. Krieck en M. Weinreich, 1999, pág. 21.

305 Ibíd., núm. 35 (cursiva en el original).

306 Ibíd., pág. 16.

307 V. Farias, 1989, pág. 80, n. 5.

308 Ibíd., pág. 76.

309 H. L. Childs, 1938, pág. 62.

310 Ibíd.

311 Ibíd., págs. 77-78.

312 Ibíd., pág. xxxvi.

313 R. Cecil, 1972, pág. 154.

314 Esto fue recalcado en el volumen preparado por profesores universitarios alemanes con anterioridad a su encumbramiento, aunque él firmara el prefacio.

315 M. Weinreich, 1999, págs. 124-125 (la cursiva es mía).

316 «Breslau», en Jewish Virtual Library, A Division of the American-Israeli Cooperative, 2012.

317 El decreto nacional que expulsaba a los judíos del servicio civil era localmente conocido como el «decreto Bai» en la región de Baden.

318 S. P. Remy, 2002, pág. 110.

319 Véase A. Gallin, 1986, págs. 96-99.

320 Véase D. J. Goldhagen, 1996.

321 M. Weinreich, 1999, págs. 46-50.

322 Ibíd., pág. 46.

323 Ibíd., pág. 45.

324 Ibíd., pág. 25.

325 Heyse nació el 8 de marzo de 1891 en Bremen.

326 Véase R. Wolin, «Fascism and Hermeneutics», en W. Bialas y A. Rabinbach, 2007, pág. 119.

327 H. Heyse, 1933, pág. 12.

328 La facultad de filosofía tenía miembros considerados como interdisciplinares por las modernas facultades, como, por ejemplo, los folcloristas.

329 S. P. Remy, 2002, pág. 184.

330 Adolf Hitler, 30 de enero de 1939, en N. H. Baynes (ed. y trad.), 1942, vol. 1, págs. 740-741 (la cursiva es mía).

331 E. Krieck en M. Weinreich, 1999, pág. 74, n. 100 (la cursiva es mía). La fecha del discurso es 1939 y no 1938 como adujo Krieck.

332 M. Gilbert en M. Weinreich, 1999, pág. xi.

333 M. Weinreich, 1999, pág. 240.

334 R. Cecil, 1972, págs. 147-148.

335 A. Bäumler, citado en M. Weinreich, 1999, pág. 24 (la cursiva es mía).

336 M. Weinreich 1999, pág. 49.

Capítulo 4

El legislador de Hitler: Carl Schmitt

El sueño de Hitler se iba haciendo realidad con la conquista de las universidades francamente en marcha. Él había aportado la visión desacralizadora y su rabiosa voluntad, mientras que su fiel servidor Rosenberg, con ayuda de Bäumler, Krieck y unas miríadas de otros filósofos, habían pulverizado la democracia, expulsado de la academia a los judíos y suministrado las ideologías de raza y guerra. Pero la conversión mental de Alemania no le parecía suficiente a Hitler; su visión era política. La democracia había sido sepultada y un nuevo orden mundial estaba emergiendo de su tumba: la tiranía. Hitler necesitaba consagrar todo aquello con la autoridad final que otorga la ley. Para hacerlo necesitaba disponer de un filósofo de la ley y del derecho cuyo prestigio fuese apabullante.

Verdes sombras y nublada atmósfera rodean la ciudad de Plettenberg, Westphalia, agazapada en un valle entre montañas boscosas. Cuando la niebla se disipa, el follaje de los árboles y arbustos que bordean las calles y embellecen los jardines confluye con el perfil de las colinas circundantes, mostrando una ciudad que palpita al unísono con la naturaleza, engullida por el paisaje. En ese misterioso paisaje alpino fue donde nació Carl Schmitt el día 11 de julio de 1888, un año antes que Hitler.

El teatral escenario alpino de Plettenberg contrasta con los pintorescos valles de la que fue primera residencia de la familia Schmitt. El padre y la madre eran emigrantes que provenían de la región francesa de Mosela, con su dulce paisaje pastoral y sus campos de uvas. Siempre flotaría en el hogar de Schmitt la atmósfera francesa, que él amaba, con el vino de Mosela como eterno favorito.

La de Schmitt era una familia incondicionalmente católica enclavada en el área protestante de Westphalia, un minúsculo rincón dentro de la Renania en gran parte católica, que estaba a su vez circundada por la dominante cultura protestante de Prusia. Las batallas de la década de 1870 entre Bismarck y la Iglesia católica —de las que Nietzsche fue tan vívido testigo— apenas se habían acallado en los múltiples contactos entre católicos y protestantes en Alemania Occidental. Schmitt creció en su provinciano mundo católico, en tenaz defensa frente a un hostil entorno protestante.

El padre de Schmitt, un modesto hombre de negocios de modestos recursos, educó a su hijo del modo que correspondía a la clase media baja, enviando primero a Carl a una escuela primaria católica y luego a un instituto en Attendorn, donde su hijo, al parecer, quedaría algo horrorizado por las ideas liberales que le salieron al paso. Darwin, la ciencia y las ideas democráticas estaban a la orden del día, contradiciendo sus propias e incondicionales convicciones religiosas. El padre de Carl lo instó, después de dejar este el instituto, a seguir preparándose para algún oficio, pero su madre, socialmente más ambiciosa, intercedió a favor de las aspiraciones de su hijo de asistir a la universidad. Solamente un título universitario podía permitirle a uno la movilidad social, así que en 1907 Carl Schmitt fue a Berlín y se inscribió en la Universidad Friedrich Wilhelm para estudiar derecho, aunque tenía igualmente talento para la filosofía, la literatura y las artes. De aquellos tiempos escribió:

> Yo era un oscuro joven de origen modesto [...] que no pertenecía ni a la élite gobernante ni al partido de la oposición [...] lo cual significa que me hallaba en plena oscuridad y desde ella estaba mirando a una sala refulgentemente iluminada [...] La intensa repulsión que experimenté no me dejó la menor impresión de confort con el papel que me había tocado. El sentimiento de amargura que se apoderó de mí incrementó mi distancia y provocó mi desconfianza con respecto a los demás, de quienes me consideraba alienado. Una élite gobernante intuye que uno sea un elemento heterogéneo que no se siente feliz al entrar en contacto con ella, pero muestra a su vez su disgusto [...] Le deja la opción de adaptarse o retirarse [...] Y así me quedé fuera[337].

Carl Schmitt, 1930. Ullstein Bild.

Después de pasar solamente dos semestres en Berlín, Schmitt se trasladó a Múnich y luego a Estrasburgo —que era entonces parte de Alemania—, prefiriendo el sudoeste, por estar más cerca de casa. Estrasburgo (como Friburgo) resistió la intrusión del darwinismo contra la espiritualidad católica. En los departamentos de humanidades y de filosofía de la universidad, Kant y las interpretaciones cristianas de sus obras eran enormemente influyentes. Schmitt las estudió a fondo y luego, una vez adquirido

su título de abogado en 1910, ingresó en la administración pública. Desde la plataforma de un puesto administrativo se pusieron de manifiesto su enorme talento y su energía. Inmerso en la filosofía del derecho, escribió tres libros en solo cinco años[338].

Schmitt debió de ser un hombre muy atractivo, no solo por la prometedora carrera que se abría ante él, sino porque además era simpático y apuesto. Su pelo era oscuro y espeso, pulcramente dividido por una raya central, sus cejas bien dibujadas y su conducta exhibía rasgos juveniles. En los años de madurez, su bien proporcionado semblante seducía además sazonado por el carácter. Complementando su buen natural, tenía un elegante sentido del atuendo; solía vestir una reluciente camisa blanca y una chaqueta oscura de corte impecable. Sus modales eran refinados y transmitía un aire de confianza. A todo ello añadía ciertas dosis de orgullo y vanidad, características ambas que si se las combina con la pasión mejor que con la frialdad propician el éxito con las mujeres.

El Estado tiene «el derecho de exigir a sus miembros que estén dispuestos a morir y a matar enemigos sin vacilar»[339]. Schmitt escribió estas enfáticas palabras en 1914 a la edad de veintisiete años, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, y sus colegas marcharon juntos al combate, se unieron para pelear. El espíritu nacionalista de Schmitt lo animó a aconsejarles a los demás que se sacrificaran. Mientras tanto, él mismo postergó todo cuanto pudo el alistarse al ejército para promover su carrera[340]. Después de cumplir con sus exámenes y terminar su tercer libro, decidió por fin alistarse. Sin embargo, sufrió una herida, al parecer por una caída del caballo durante los entrenamientos (aunque esta circunstancia no ha sido verificada). Como consecuencia se le asignaría un trabajo seguro de oficina, lejos del frente, en la sede burocrática del ejército en Múnich.

Mientras (en sus palabras) «el mundo europeo se desgarraba», hallándose en estado residual por culpa de «los estragos materiales y metafísicos de la guerra», Schmitt mantuvo, como Hitler, escarceos con el mundo bohemio en los barrios de Múnich. Conoció a escritores de vanguardia, pintores expresionistas y artistas del

movimiento dadá, incluyendo al poeta serbio-alemán Theodor Däubler. Schmitt escribió sobre la poesía críptica de Däubler, que cantaba las luchas poéticas entre caballeros y dragones, el sol y la luna, las fuerzas de la luz y la oscuridad. Haciendo referencia a los mitos persas antiguos en las sagas de Däubler, Schmitt escribió palabras que podrían haber sido aplicadas a la Alemania de 1916. En vez de esforzarse por la unidad, «el *Volk* (pueblo) se empuja a sí mismo, deseando instintivamente rendirse y ser fustigado»[341]. Las poesías y obras dramáticas de Däubler fueron influidas por las mismas figuras, que habían inspirado a Hitler, entre otras, Goethe, Nietzsche y, por supuesto,Wagner.

Igual que Nietzsche antes que él y en común con su contemporáneo Heidegger, Schmitt tenía «aversión por la modernidad». Nunca, se propuso a sí mismo, se instalaría en la vida burguesa [...] un mundo hueco de "tráfico, tecnología, organización" [...] [en el que] la gente se interesa por todo, pero no se entusiasma por nada. En lugar de la diferencia entre el bien y el mal aparece un contraste sublime entre utilidad y destrucción»[342]. Frente a aquello, tomó la decisión de aferrarse a su fe.

Durante su estancia en Múnich, Schmitt contrajo matrimonio en 1916 con Pawla Dorotic, una dama vienesa que alardeaba de su aristocrático linaje serbio. Era una mujer muy emancipada, que resultaba chocante para el decoro de los bohemios. Schmitt, orgulloso de aquel exotismo, añadió a su propio apellido el de su mujer, llegando al extremo de publicar bajo el nombre de Carl Schmitt-Dorotic[343]. Por aquel tiempo las ideas de Schmitt asumieron las preocupaciones de Kant sobre la noción de ley suprema y un interés por cuestiones de derecho abstracto. Tras su breve coqueteo con el Romanticismo, pasó a mirar con ojos críticos el estilo nacionalista de la política que exhibían los románticos, de quienes se alejó por completo para retornar a un catolicismo a ultranza. Su política se hizo profundamente conservadora, predominantemente preocupada por el tema de la seguridad. Entre sus muchas publicaciones figuraba *Diktatur* (Dictadura), un estudio que abarca desde la antigua Roma hasta Lenin. Maldijo el bolchevismo y pasó a

escribir *Politische Theologie* (Teología Política), donde argumentó que la base correcta de la política no era la teoría abstracta, sino la sociedad. La vida vivida por personas particulares en un tiempo particular debe conformar siempre el trasfondo del gobierno.

Su éxito le valió a Schmitt un puesto de profesor a tiempo completo en la universidad de Greifswald, situada en el área del Báltico norte y lejos de su casa. Poco después, en 1922, se trasladó a la Universidad de Bonn, se asentó cerca del Rin, abierto y sereno, que le dejó sin aliento en sus caminatas por valles pintorescos y con un paisaje de montaña romántico más cercano al del valle del Mosela donde sus antepasados habían vivido.

La primera esposa de Schmitt resultó ser una charlatana y su supuesto linaje aristocrático una mentira. El matrimonio duró menos de una década, pues en 1924 tuvo lugar el divorcio. Esta ruptura supuso otra ruptura adicional entre Schmitt y la Iglesia católica; fue excomulgado. Aunque su fe fue puesta a prueba, pronto encontró otra vez la felicidad y se casó con su segunda esposa, Duska Todorovic, también serbia. Tuvieron una hija, llamada Anima. Aquellos fueron sus años más felices y en ellos Schmitt llegó a ser altamente estimado. Su estilo académico era llano y lógico, y la claridad de sus escritos y su docencia en Bonn le granjearon la simpatía de muchas personas. Sus ideales bohemios más tempranos fueron enterrados. En su lugar apareció un catedrático de alemán hábil y bien vestido, rígido pero cordial[344]. Con su pelo inmaculado, incluso sus facciones, era siempre «un hombre muy preocupado por su estatus y su imagen pública»[345].

Satisfecho por el fulgor de su éxito y plenamente consciente de sus personales talentos, Schmitt sucumbió a un exceso de autoestima. Típicamente suya fue, por ejemplo, esta declaración: «Deseo encontrar un oasis de discusión práctica en el desierto de bárbara estupidez en que vivimos». En otra ocasión preguntó a un colega, «¿Quién, en Alemania, podría escribir el prólogo a la segunda edición de mi *Politische Romantic* (Política romántica)? Usted no puede porque es demasiado nazi y todos los demás son demasiado estúpidos»[346].

En 1928 Schmitt dejó Bonn para ocupar la cátedra de Derecho Hugo Preuss en la facultad de postgrado en administración de empresas de Berlín. Berlín era una ciudad mucho más importante y este traslado estimuló a Schmitt. Mientras tanto, la república de Weimar atravesaba una crisis creciente, en la que tanto la extrema izquierda como la extrema derecha obtenían ganancias políticas. Schmitt temía la discordia civil de la política radical y apoyaba la idea de un Estado fuerte e independiente. Por esta razón se convirtió en una especie de seguidor de Hegel, que consideraba crucial el papel del Estado en la sociedad moderna.

Cuando los nazis ganaron más poder, los sentimientos iniciales de Schmitt fueron de aversión. Los consideraba unos extremistas que representaban una amenaza para la seguridad del Estado. De ahí que, por razones de estabilidad, respaldase un sistema presidencial frente a la laxa Constitución de Weimar (aunque esta actitud puede ser interpretada como una inclinación hacia el autoritarismo). Hacia 1932 Schmitt sentía igual temor por la guerra civil que por la extrema política, fuese comunista o nacionalsocialista[347].

Su suspicacia con relación a los nazis en ningún aspecto parecía basarse en razones de principio. Los diarios de Schmitt revelan que en ese momento ya albergó un mordaz antisemitismo subyacente. Anotaba, por ejemplo: «repulsivas y locuaces mujeres judías»[348]. Y «en el café, un pequeño y repugnante judío que admiraba todo riéndose sin parar, pero que llevaba consigo una bonita cabra»[349] (presumiblemente «cabra» era su mote para designar una mujer judía). Entre los sarcasmos posteriores se incluye la referencia a los judíos como «diminutos y encantadores simios»[350].

Una gélida y rutilante mañana de invierno estaba sentado Schmitt en el exclusivo Café Kutschera. Aunque era bastante temprano, el local no estaba vacío. Hombres de edad madura bien trajeados leían absortos los descomunales periódicos que cubrían las pequeñas mesas como los blancos manteles que las protegían. Las voces de los camareros y la charla radiada del locutor resonaban en la sala, inundada por el aroma de café caliente y pasteles recién hechos. Fue en la mañana del 30 de enero de 1933 y Schmitt, sentado en una

silla de caoba de recto respaldo, meditaba, taza en mano, en este café berlinés. Entonces escuchó la bien timbrada voz del locutor radiofónico notificando el nombramiento de Hitler como canciller de Alemania. El impacto de la noticia lo arrancó bruscamente de sus cavilaciones. Schmitt dio tumbos con un principio de sus meditaciones[351]. Consternado primero y luego deprimido, agotado después de tres años de defender un sistema presidencial, confesó más tarde en su diario haber pensado una oscura noche en el suicidio. Describió con negro humor cómo se instaló en contra de la ley la soberana dictadura de Hitler. Aquella noche, después de haber bebido demasiado vino, escribió «Solo y deprimido, me retiro [...] [mi mujer] está enferma en cama [...] Hitler tendrá éxito [...] El viejo se ha vuelto loco. Es una noche terriblemente fría»[352].

Schmitt se refugió en su casa con su familia, mientras Hitler celebraba su triunfo. Y andaba sumido en la seriedad y el silencio cuando los nacionalsocialistas organizaron un victorioso desfile de antorchas en la Puerta de Brandenburgo. Silenciosamente observó Schmitt cómo acumulaban el poder y purgaban las universidades alemanas. Vio cómo los críticos del nazismo sufrían el tormento del boicot, la coerción y la perturbación, y fue testigo de cómo numerosos profesores, entre ellos la legión de filósofos capitaneada por Bäumler y Krieck, reclamaban respaldo público para el nacionalsocialismo. A reforzar esta tendencia iba dirigido el apoyo de Martin Heidegger a los nazis, quien escribió a Schmitt el 22 de abril de 1933, instándole a hacerse socio del partido[353].

Quema de libros, Berlín, 10 de mayo de 1933. © bpk, Berlin/Bayerische Staatsbibliothek/Heinrich Hoffmann.

Entonces, de forma inesperada, el humor de Schmitt cambió drásticamente. El día 1 de mayo de 1933 se puso en cola para afiliarse al Partido Nacionalsocialista —su número de admisión fue 2.098.860[354]—. Poco después de aquello, sucedió la noche del 10 de mayo, en la que estudiantes nazis quemaron libros de escritores judíos en las universidades alemanas. Cuando las llamas consumieron el papel, Schmitt los animó y escribió un artículo para un periódico nacionalsocialista de la región, alegrándose de que el «espíritu no-alemán» y «la miseria anti- alemana» de una edad decadente hubieran ardido e instando al gobierno a anular la ciudadanía de los exiliados alemanes (cuyos libros fueron quemados) porque ayudaron al «enemigo». «Escribir en alemán no hace alemanes a los escritores judíos más de lo que el falso dinero alemán hace alemán al falsificador», declaró. Se mofó, tachándolos

de poco masculinos, a quienes apreciaban a los escritores judíos. «Nuestras educadas abuelas y tías leerían los versos de Heinrich Heine, que equivocadamente tenían por alemanes, con lágrimas en sus burgueses ojos». La única crítica que se le antojó a Schmitt hacerles a los quemadores de libros fue esta: haber enviado a muy pocos escritores a las llamas. En lugar de quemar solamente los libros de autores de lo «no-alemán», debieran haber sido incluidas obras de escritores no-judíos que estuvieran influidas por las ideas judías tanto en las ciencias como en las profesiones (en las cuales, alegaba Schmitt, la influencia judía era tan poderosa como perniciosa). Con el respaldo a la quema de libros, este distinguido catedrático se marcó un importante tanto en su aspiración de conseguir el respeto de Hitler[355].

Un pacto fáustico con los nazis parece haber tenido lugar. Pero ¿cuál fue el motivo? ¿El miedo? A cambio de protección, Schmitt ofrecería su total lealtad. Proclamó rápidamente que el Estado del partido único fuera el Estado del siglo XX y un paso para conseguir la unión los de los alemanes[356]. A cambio de su apoyo, Schmitt fue reconocido por los nazis como «el constitucionalista nacional más reconocido en Alemania»[357]. Casi inmediatamente empezó a cosechar los frutos de su colaboración en forma de honores y citas oficiales. Hermann Goering, SA-Gruppenführer, un favorito de Hitler que siempre disfrutó patrocinando a artistas e intelectuales, nombró a Schmitt Consejero del estado federal prusiano. Goering solía vociferar contra la moral cristiana y el humanismo de la Ilustración como «esos estúpidos, falsos e insanos ideales de humanidad»[358] —lo cual no preocupó lo más mínimo al filósofo del derecho—. Con la bendición de Goering, Schmitt prestó servicios en los comités de muchas instituciones legales nazis, incluyendo la Academia del Derecho Alemán, y pronunció conferencias en todo congreso importante. Fue nombrado director del grupo de profesores universitarios de la Liga Nacionalsocialista de Juristas Alemanes y presidente de los Juristas Alemanes Nacionalsocialistas.

Se le ofrecieron cátedras en las más renombradas universidades alemanas, incluyendo Múnich y Colonia, pero Schmitt declinó tales

ofertas prefiriendo el más prestigioso nombramiento del país: catedrático de la Universidad de Berlín, un cargo en el que permaneció hasta el final de la era nazi en 1945. Cualquiera que fuese su inicial aversión, se había aprestado rápidamente a reconocer que «Hitler era ahora *de facto* y *de jure* el *Führer* político de la nación alemana»[359]. Reelaboró muchos de sus artículos publicados para dar cabida en ellos al nacionalsocialismo y empezó a incluir comentarios antisemitas en sus nuevas publicaciones, tratando de demostrarse a sí mismo que estaba en armonía con todos los aspectos de la ideología nazi. Ciertamente hizo todo lo que pudo para diseñar un ideal de sistema jurídico que suministrara los fundamentos para un régimen totalmente autoritario.

El sueño de Hitler se estaba convirtiendo en ley. El análisis técnico que hizo Schmitt al introducir la distinción entre dictadura comisarial y soberana, con base en el artículo 48 de la Constitución de Weimar, primeramente formulada en 1922, suministró la base legal para la toma de poder de Hitler a través de la declaración de emergencia y de suspensión de los derechos el 28 de febrero de 1933. Schmitt escribió el autorizado artículo que justificaba las permisivas leyes de 24 marzo de 1933 que transformaron legalmente Alemania, haciéndola pasar, de acuerdo con su análisis, de una dictadura comisarial a una soberana. Schmitt desarrolló para Hitler las líneas legales y filosóficas de la constitución del Tercer Reich, cuyo pilar era el estatus de Hitler como jefe de Estado y como líder del partido político bajo la «Ley aseguradora de la unión de partido y estado» del 1 de diciembre de 1933[360].

Medio año después, en junio de 1934, Schmitt fue nombrado director editorial de la revista nazi *Deutsche Juristen Zeitung,* que era la publicación periódica de los juristas alemanes. Luego, el 30 de junio de 1934, se produjo la Noche de los Cuchillos Largos, en la cual los nazis purgaron con numerosas ejecuciones, sin juicio alguno, cualquier oposición. Al menos ochenta y cinco miembros de su propio partido fueron asesinados y tal vez lo hayan sido unos centenares más. Schmitt se apresuró a respaldar la legitimidad y la legalidad de la purga. Justificó los homicidios políticos como la

«forma más alta de ley administrativa». Después, Goering recomendó encarecidamente a los juristas del Reich su obligación de defender al *Führer* contra la reprobación mundial. Schmitt les hizo el impagable favor de proceder a la divulgación de su influyente artículo, «Der Führer Schutz das Recht» (el *Führer* protege la ley)[361]. Hasta su biógrafo, José Bendersky, en sumo grado tolerante, escribe que Schmitt se «tornó en el apologista de la dictadura de un partido criminal»[362].

Cuando Carl Schmitt pasó a ser miembro de la *Akademie für Deutches Recht* (Academia del Derecho Alemán) declaró en su discurso de entrada: «Los grandes discursos del Führer y sus camaradas militantes en la convención del Partido bajo la enseña del honor en Núremberg, nos han mostrado con conmovedora claridad la presente batalla en la contienda ideológica con el pueblo judío», y sostuvo después, «hemos de liberar al espíritu alemán de la falsificación judía»[363].

La carrera de Schmitt continuó su expansión y él se convirtió en el principal consejero legal de Hitler. Su pericia como filósofo del derecho le permitió expresar de manera legal las medidas dictatoriales adicionales, y su filosofía nazi incluía la eliminación del término «hombre» en el código civil alemán. Schmitt explicó que «por primera vez nuestra concepción de principios constitucionales vuelve a ser alemana, la sangre alemana y el honor alemán se han convertido en los principios básicos de la ley alemana, mientras que el Estado se ha tornado en una expresión de la fuerza y la unidad de la raza»[364].

Por añadidura, como presidente de un congreso de profesores de derecho celebrado en Berlín en octubre de 1936, declaró: «La relación del judío con nuestro trabajo intelectual es parasitaria, táctica y comercial [...] [el judío] siendo rápido y perspicaz, sabe cómo decir la cosa oportuna en el momento oportuno. Tal es su instinto de parásito y mercader nato». Elogiando la llamada de los líderes nazis al ejercicio de un «sano exorcismo», Schmitt dio la bienvenida a «la genuina lucha de principios» entre la «crueldad y la impudicia» de los judíos y el «honor étnico» de los alemanes. «El

judío es estéril e improductivo [...] Es peligroso». Schmitt condenó el mero «antisemitismo emocional, que no logra la tarea de contener la influencia judía». Cerró la conferencia citando *Mein Kampf:* «al defenderme a mí mismo contra el judío [...] estoy haciendo el trabajo del Señor»[365].

Algunos emigrados, consternados por la colaboración de Schmitt, sugirieron a los nazis que este pudiera no ser verdaderamente uno de los suyos, sino un simple arribista y oportunista[366]. En diciembre de 1936 la publicación de las SS, *Das Schwarze Korps,* acusó a Schmitt de ser un pensador de estado federal hegeliano y básicamente católico, y calificó su antisemitismo de mera pretensión, citando anteriores declaraciones suyas en las que criticaba las teorías raciales de los Nazis. En respuesta, Schmitt profundizó en su consonancia con Hitler. En conferencias y escritos proclamó: «el *Führer* no es un agente de la nación, sino su juez y legislador supremo»[367]. Schmitt acrecentó intensamente su anti-semitismo. El día 3 de octubre de 1936 se inauguró en Berlín un congreso sobre «El judaísmo en la jurisprudencia», y Schmitt lo clausuró con un discurso sobre «La filosofía alemana del derecho en lucha contra el intelecto judío», identificando el problema de la penetración de las ideas judías en la jurisprudencia y discutiendo cómo podrían ser purgadas. Se concentró en los problemas prácticos de cómo identificar a los autores judíos, separar las ideas semíticas de la corriente principal y asegurar la depuración del pensamiento legal. Terminó su discurso diciendo: «Os lo repito una y otra vez: es necesario y urgente que leáis cuanto se dice en *Mein Kampf* de Adolf Hitler, que concierna a la cuestión judía, especialmente lo que se alega sobre la dialéctica judía»[368].

En 1939 Schmitt se autopropulsó al escenario mundial mientras leía con sonora voz el texto de su conferencia en un congreso nazi. El día 1 de abril de 1939, erguido en la tarima de la Universidad de Kiel, anunció que el estado germano *(Reich)* era portador de un nuevo orden internacional del mundo. El Reich, proclamaba Schmitt, «impone su propia ley haciendo caso omiso de la interferencia de otros países»[369].Elaboró sus ideas por escrito explicando cómo había

quedado dividido el mundo en grandes imperios, *Grossraum,* y citó, por ejemplo, a los Estados Unidos, al nuevo Japón y a la Unión Soviética, con sus respectivos imperios, declarando que la violencia bélica era un medio justo para asegurar esta Europa. Schmitt arguyó que sería el imperio germano —y aunque él disfrutaba en menor grado en aquel momento del favor de los nazis— respaldó por completo el derramamiento de sangre como medio de que Alemania hiciese de Europa su territorio. Dos periódicos británicos, *The Times* y el *Daily Mail,* citaron frases de los escritos de Schmitt. El *Daily Mail* informó el 5 de abril que «Herr Hitler y el profesor Schmitt se proponen ahora, según parece, dedicarse a completar el marco de su concepción, y pronto el Führer lo ofrecerá como justificación de la incesante expansión de Alemania»[370]. Ese mismo día *The Times* afirmaba,

> hasta ahora ningún hombre de Estado alemán ha aducido una definición precisa de sus objetivos en la Europa oriental, pero tal vez una reciente declaración del profesor Carl Schmitt, un nazi experto en derecho constitucional, pueda ser considerada una guía fiable. El *Daily Mail* escribía que «el hombre clave en esta política de Herr Hitler es el profesor Carl Schmitt, un elegante sujeto de mediana edad que es el principal experto en derecho internacional en Alemania[371].

La animadversión hacia Schmitt, especialmente por su respaldo de la violencia, proliferó ciertamente al otro lado del Canal. Winston Churchill lo denunció en uno de sus discursos, y hasta Vera Lynn lo tachó de ser el enemigo.

El profesor Schmitt intervino como el principal filósofo nazi del derecho en la Universidad de Berlín hasta 1945. Consagró la tiranía legal de Hitler. Y relegó la democracia a memoria abrasada, permitiendo que, cual negra ave fénix, renaciera de sus cenizas la tiranía: autoritaria, poderosa y legitimada.

---

337 J. W. Miiller, 2003, pág. 18.

338 G. Schwab, 2007, pág. 4.

339 C. Schmitt, 1963, pág. 46.

340 J. W. Bendersky, 1983, pág. 15.

341 C. Koonz, 2003, pág. 57.

342 Ibíd., pág. 57.

343 Ibíd.

344 Ibíd., págs. 56-61.

345 J. W. Bendersky, 1983, pág. 45.

346 F. Blei, 1936, pág. 1, 218.

347 J. W. Bendersky, 1983, pág. 130.

348 C. Schmitt en E. Husmert, 2005, pág. 199.

349 Ibíd., pág. 194.

350 Ibíd., pág. 197.

351 Imagen de «Berlin Charlottenburg, Cafe Kutschera», tarjeta postal, 1911, véase también G. Balakrishn; 2002, pág. 76.

352 Véase J. W. Miller, 2003, pág. 37.

353 C. Schmitt, archivos personales, citados en V. Farias, 1989, pág. 138.

354 J. W. Bendersky, 1983, pág. 204. Repárese en que Koonz cita 298.860 —seguramente un error—. C. Koonz, 2003, pág. 58.

355 C. Koonz, 2003, págs. 58-59.

356 Para más detalles véase J. W. Bendersky, 1983, pág. 204.

357 Westdeutscher Beobachter, 1933, págs. 1-3; J. W. Bendersky, 1983, pág. 204.

358 H. Goering en D. J. Goldhagen, 1996, pág. 457.

359 C. Schmitt, 1933, págs. 9-10.

360 Ibíd., págs. 11-12 y 21.

361 C. Schmitt, 1940, págs. 199-203. Originalmente publicado en 1934, págs. 945-950.

362 J. W. Bendersky, 1983, pág. 218.

363 M. Weinreich, 1999, pág. 40.

364 C. Koonz, 2003, págs. 207-208.

365 Ibíd., págs. 208-209.

366 J. W. Bendersky, 1983, pág. 224.

367 C. Schmitt, 1936a, pág. 185.

368 C. Schmitt, 15 de octubre de 1936b, pág. 1, 198.

369 M. Weinreich, 1999, pág. 74.

370 J. H. Kaiser, 1968, t. 2, págs. 319-331.

371 Ibíd.

CAPÍTULO 5

El Superman de Hitler: Martin Heidegger

El sueño de Hitler parecía haberse consumado. El racismo, la tiranía y la guerra configuraban el nuevo paisaje intelectual, y determinados filósofos habían aportado la afiladísima artillería requerida para la total realización del proyecto. ¿Qué más faltaba por conseguir? A decir verdad, algo quedaba del elemento universitario, un factor sin cuya presencia aquella fantasía permanecería incumplida.

Rosenberg, Bäumler y Krieck, así como otros filósofos del Reich, eran figuras dominantes dentro de Alemania, pero más allá de sus fronteras carecían de reputación. A todo lo largo y ancho de Europa y del resto del mundo permanecían o bien sumidos en la oscuridad o descartados como meros profesionales nazis del simple pirateo informático. El enojo del Führer era manifiesto. «En el gran salón de la biblioteca de Linz —alardeaba[372] él— se alzan los bustos de Kant, Schopenhauer y Nietzsche, el más grande de nuestros pensadores; en comparación con ellos los británicos, los franceses y los americanos no tienen nada que ofrecer». Pero aquellos genios pertenecían al pasado. Los nazis necesitaban un genio de su propio tiempo, una mente gloriosa que coronase su proyecto con *grandeur* intelectual. ¿Quién podía conseguir esto? Carl Schmitt gozaba de renombre mundial, pero era un filósofo de leyes, y eso no bastaba. Lo que de manera perentoria se demandaba era una mente realmente germánica; una mente que portase el legado del romanticismo, el de Nietzsche y el del *Volk* germano para el presente y, por supuesto, para el futuro. Sería la guinda en el pastel. Pero ¿dónde se podía encontrar una figura semejante?

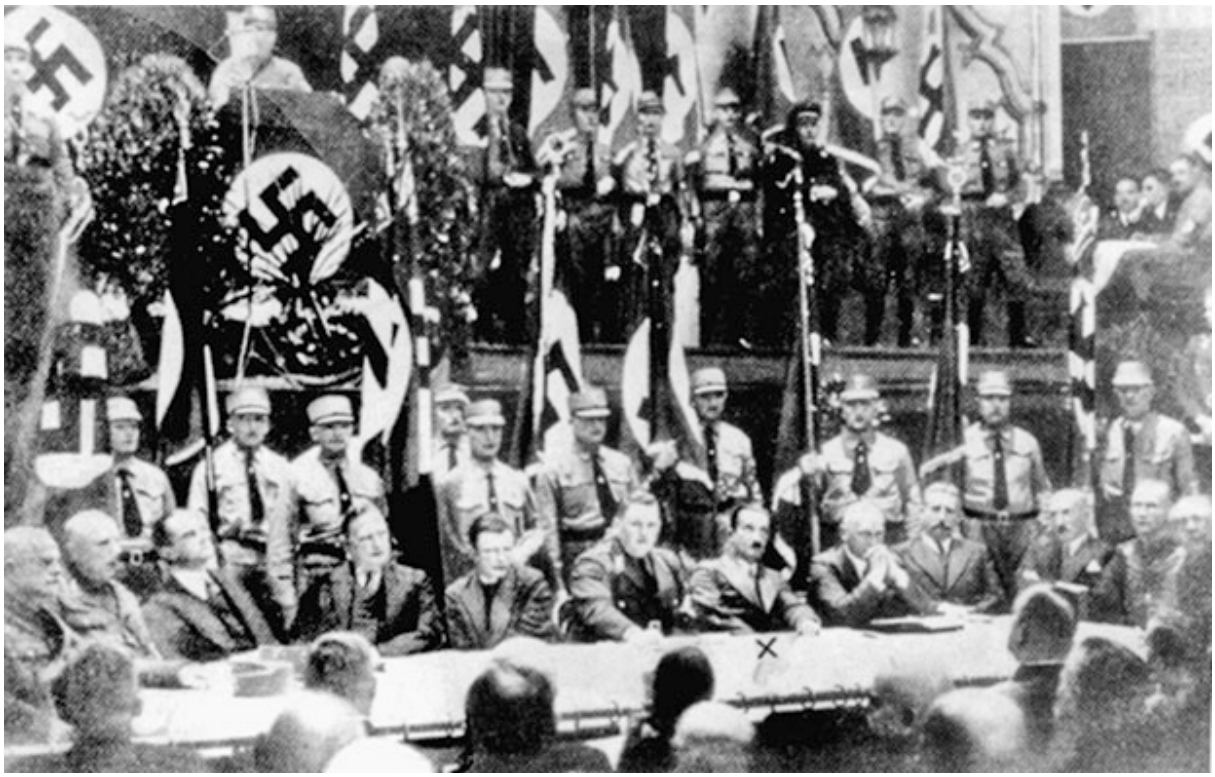
A decir verdad ya existía alguien, un profeta capaz de sembrar las semillas para futuras generaciones, alguien que disponía de la

rebosante energía intelectual como para ser venerado por una generación de estudiantes. Pero ¿un genio así, un «superhombre» tan reverenciado por su comprensión de algunas de las más profundas y complicadas ideas que era capaz de generar la mente humana, se dejaría comprar por alguien tan nefasto como Hitler?

El 10 de mayo de 1933, una expectante atmósfera se estaba fraguando en Berlín. El gélido aire nocturno daba impresión de silencio, pero en él se perfilaron y disolvieron unas formas y luces de plata que parpadearon a través de la ciudad. Un sonido de regulares batidos pareció ascender del suelo y un pálido resplandor de color ámbar tejió su camino cruzando las cívicas plazas y bordeando los bloques de viviendas. Cambió después el ritmo y de la oscuridad emergió algo que parecía ser una serpiente en ignición integrada por miríadas de asistentes al rito, que recorrían zigzagueando el cuadriculado dibujo de las calles.

La berlinesa plaza Hegel —bautizada con el nombre del icónico pensador del siglo XIX— fue testigo de aquella larga procesión de estudiantes que portaban, en ordenada marcha, antorchas encendidas. Se desplazaron a la «Opernplatz» (plaza de la Ópera), enfrente de la Universidad Humboldt y, manifiestamente excitados, se dispersaron para encender una vasta hoguera[373]. Áureas llamas rasgaron el negro cielo, rápidamente seguidas por jirones de humo gris y emanaciones de carbón. A través de la oscuridad se hizo entonces visible una multitud de jóvenes fanáticos con aplanadas gorras de vistosos colores y vestimenta militar. Pandillas de uniforme empezaron a agruparse con un febril sentido de su importancia, entonando canciones, recitando conjuros y haciendo «juramentos de fuego» mientras blandían ondeantes banderas. Todos inhalaron el espeso vapor que saturaba el aire, el olor a humo de madera. Pronto, restos carbonizados mancillarían el suelo como lo mancillan los desperdicios de un lugar destinado a la basura. Pero entonces, antes de que fueran arrojados nuevos objetos a la pira y enfrente del oscuro hacinamiento de la alborozada multitud, refulgió en su vívida blancura una monumental pila de libros. Las páginas ardían atrozmente por un instante, como si las llamas vinieran a darles

vida, antes de quedar reducidas a ceniza, como si sucumbieran a una grave enfermedad.



Heidegger en una demostración pública de apoyo de profesores alemanes al nazismo, 11 de noviembre de 1933. Ullstein Bild.

Aquella tarde de principios de verano, Berlín presenció la quema pública de libros «no-alemanes», llevada a cabo por miembros de la «división de asalto» o «Sturmabteilung», en siglas SA, una organización paramilitar nazi, acompañados de estudiantes de la universidad. Se habían instalado carteles que anunciaban el evento: «La Asociación Nacionalsocialista de Estudiantes convoca a la quema pública de destructivos escritos judíos en respuesta a su desvergonzada provocación a Alemania»[374]. La lista de obras malditas incluía los libros de los filósofos judíos Spinoza y Moses Mendelssohn, y también los de Sigmund Freud, Karl Marx y Albert Einstein. Pasto del fuego esa noche lo fueron también las obras de Heinrich Heine, el poeta lírico alemán del siglo XIX, nacido en una familia judía que se había integrado en la sociedad germana.

Joseph Goebbels celebró el fuego como «símbolo de renacimiento». Más de veinticinco mil libros fueron arrojados a las llamas entre los gritos de la multitud[375]. Alfred Bäumler supervisó alborozado el evento con vigilante mirada de halcón, mientras se dirigía a los asistentes con un vehemente discurso que rebosaba placer. Pero ni Bäumler ni Goebbels eran el superhombre de Hitler.

Algunos días antes, el 1 mayo, también había ardido el fuego en Friburgo, la sureña ciudad alemana. Pero el motivo de esta hoguera había sido más bien publicitaria. En una aparatosa ceremonia pública pletórica de fanatismo, uno de los más respetados catedráticos de filosofía de Alemania había ingresado en el Partido Nazi. Su ingreso se produjo el mismo día que el de Carl Schmitt, y su número de afiliado fue 3.125.894[376]. La fecha había sido estratégicamente organizada por él en connivencia con las autoridades nazis para poder asociarla al Primero de Mayo: la «fiesta nacional de la comunidad del pueblo». La invitación a los miembros de la universidad a la que pertenecía el filósofo venía «redactada con el estilo de una orden militar». En su discurso, este afamado profesor se refirió al Tercer Reich como «la construcción de un nuevo mundo intelectual y espiritual para la nación alemana». Declaró que la construcción del nacionalsocialismo «ha pasado a ser ahora el principal objetivo de las universidades alemanas». Y continuó su discurso elogiando las metas de Hitler y reiterando que la nazificación de las universidades era una «tarea nacional del más alto rango»[377].

El periódico nazi local, al difundir la noticia, hizo gala de sumo respeto al referirse a tan renombrado pensador: «sabemos que [este profesor] con su elevado sentido de la responsabilidad moral, con su atento cuidado por el destino y el futuro del pueblo alemán, ha estado siempre presente en el corazón de nuestro movimiento».

Apenas si cabían más elogios sobre aquel hombre en ese mismo periódico, declarando que «a lo largo de los años ha apoyado al partido de Adolf Hitler en su esforzada y eficaz lucha por la existencia y el poder [...] Ni un solo nacionalsocialista ha llamado a su puerta alguna vez en vano»[378].

El filósofo en cuestión era Martin Heidegger, catedrático en la Universidad de Friburgo y una de las principales figuras de Alemania. Su mente era dinámica, sus ideas deslumbrantes: aquí sí que había un «Superhombre»[379].

Heidegger no había tardado en idealizar a Hitler y tres meses después de que este hubiera sido elegido canciller (el 30 de enero 1933), había asumido el rectorado de la universidad[380]. Su nombramiento había sido exaltado como «el primer paso para poner a las universidades en sintonía con el nacionalsocialismo»[381]. Estos actos de colaboración fueron difundidos planetariamente, porque Heidegger no era un hombre ordinario. Y añadamos, para ser más precisos, que tampoco era un filósofo ordinario. Tenía el aura de un sabio. Su discípulo Hans Gadamer trató de explicar ese carisma, escribiendo que, entre los profesores «era el más bajo, el más débil, el que más vociferaba y el más inútil, pero *nos arrastró a todos*»[382]. Heidegger había adquirido una reputación impresionante. Se habían extendido los rumores de que «este rey sin corona del imperio de la idea» había creado una filosofía totalmente nueva[383]. Los estudiantes coleccionaban sus conferencias y se abrían paso a empellones para escucharle, hacinándose en los corredores.

Heidegger fue catapultado al escenario mundial con su monumental y deslumbrante obra *Ser y tiempo,* que publicó en 1927 y a la que poco después siguió *Kant y el problema de la metafísica* (1929), que no hizo sino aumentar su reputación. A estas seguiría una rara serie de obras originales e innovadoras, como *Introducción a la metafísica* (1935), las *Contribuciones a la filosofía* (1936-1938) y otros escritos rebosantes de ideas heredadas de los románticos, como *El himno de Hölderlin, «El Ister»* (1942).

La colaboración de Heidegger con los nazis desconcertaba en extremo a sus admiradores europeos, pero en Alemania gozaba de gran predicamento. Resultado de todo aquello fue esta punzante pregunta. ¿Por qué un hombre tan brillante como Heidegger ha claudicado ante un personaje tan fantoche como Hitler? Cuando el famoso psiquiatra y filósofo Karl Jaspers, uno de sus colegas más cercano, le preguntó «¿Cómo cree usted que un hombre tan tosco

como Hitler puede gobernar Alemania?», Heidegger respondió, con un brillo de regocijo en sus ojos, «La cultura no tiene aquí importancia. ¡Fíjese en sus maravillosas manos!»[384]. Tal vez el pasado de Heidegger nos dé alguna clave de tan apasionada colaboración.

Heidegger había nacido el 26 de septiembre de 1889, solo cinco meses después que Hitler. Un cuadro que decoraba la iglesia de San Martín, en el diminuto pueblo bávaro en el que creció, fue tal vez significativo para su vida. En suaves y pálidos tonos marrones y pardos, nos presenta a la Virgen María pintada con sencillo y delicado ropaje, entornando los ojos, suavizados por la apacible y femenina maternidad, y mirando al niño Jesús. En contrastante opulencia, tres hombres, ornados de oro y ricas y ondeantes vestimentas, dan la bienvenida al recién nacido. Las señales de su riqueza están solamente presentes en el detalle de la pintura, cuyas figuras aparecen con la palidez que les prestan los mismos matices de color arenoso que el resto del cuadro. Palmeras y pétreas columnas de piedra enmarcan la imagen. Se trata de *La adoración de los Reyes Magos,* pintada por el renacentista «Maestro de Messkirch», *c.* 1538. Esta pintura habría calado hondo en aquel pequeño y su familia, aunque nadie hubiera osado imaginar que cuando este niño creciera, llegaría a ser también algún día un «Maestro de Messkirch».

Messkirch es un pueblo pequeño perteneciente a un área rica en historia, un paisaje en el que se incrustan iglesias, castillos y una abadía de benedictinos. Esta riqueza católica contrastaba con la sencillez de la región. Una cervecería, una fábrica de bobinas y otra de productos lácteos constituían la única presencia industrial, al ser esta una zona pobre habitada solamente por campesinos que trabajaban en la agricultura y en la artesanía.

El pueblo natal de Heidegger estaba enclavado en la vecindad de los alpinos montes suavos, «abierto [...] a la inmensidad del cielo y al mismo tiempo [...] arraigado en la oscuridad de la tierra», como a Heidegger le gustaba describirlo[385]. La altiplanicie era estéril, un

terreno duro, muy frío, sin abrigo del viento. Messkirch estaba situado entre esta altiplanicie, el lago Constanza y el Danubio superior. Las tierras lacustres productivas se extendían por el oeste, dando eventualmente lugar a un clima más suave.

Nacido en un ambiente de clase media baja, Heidegger disfrutó de una sencilla y modesta crianza, un estilo de vida que mantuvo durante toda su existencia. Su padre era sacristán en la iglesia local, y frente al épico paisaje circundante el niño encontró el refugio en su pequeño y acogedor hogar. En una granja cercana de Goggingen, el pueblo donde nació su madre, vivía el primo de Heidegger; al ser ambos de edad similar jugaron juntos en el cercado, lindando los espacios abiertos y la vecina escuela con su propio jardín.

Como su familia no podía permitirse costearle una carrera universitaria, Heidegger ingresó en un seminario de jesuitas. Pasó a estudiar teología en la universidad de Friburgo de 1909 a 1911, con la intención de ordenarse sacerdote. Pero luego, impulsado por una necesidad de exploración interna, cambió de rumbo y decidió vivir la vida de un «sabio filósofo». Tras completar su tesis doctoral y estudios adicionales, obtuvo al año siguiente un puesto como tutor privado sin remuneración. Sirvió como soldado durante el último año de la Primera Guerra Mundial y desempeñó después un trabajo de oficina de menor categoría —nunca abandonó Alemania—. En 1917 se casó con Elfride Petri y pronto disfrutaron de la llegada de dos hijos.

Fue después de que hubiese terminado la guerra cuando Heidegger estudió con Edmund Husserl, arreglándoselas para obtener un puesto de ayudante superior asalariado de este gran hombre en la Universidad de Friburgo. Sin abrigar la menor sospecha de lo que habría de venir, Husserl se erigió en fiel promotor y amigo personal de Heidegger. En 1923, Husserl le ayudó a obtener un puesto de profesor en la vecina Universidad de Marburgo. Heidegger no desaprovechó la oportunidad y pasó allí cinco años. En 1928 tuvo lugar la jubilación en Friburgo de Husserl, y este, el día 21 de enero, inmediatamente después de que el comité de nombramiento del catedrático que había de sucederle tomara su decisión, redactó el borrador de una carta personal a Heidegger:

«¡Mi querido amigo! La decisión de la junta: *unico loco.* Ni una palabra a nadie, por supuesto»[386]. Husserl había defendido apasionadamente que Heidegger y solo Heidegger fuese nombrado para la cátedra, y así es como este resultó ser su sucesor.

Heidegger permaneció, pues, en Friburgo el resto de sus días, declinando algunas prestigiosas ofertas, entre ellas una procedente de la Universidad de Berlín, considerada entonces como la primera de Alemania. Había echado raíces en su hogar y siempre buscó su inspiración en la familia y en el lugar de nacimiento, en «la sangre y el suelo»[387]. De Messkirch escribió:

> Aquí estoy maravillosamente en calma. La soledad de las montañas, la silenciosa rutina de los montañeses, la elemental cercanía del sol, la tormenta y el cielo, la sencillez de una huella en la empinada pendiente cubierta de una espesa capa de nieve [...] Esta es la patria del júbilo puro. Aquí no hay necesidad de nada «interesante», y el trabajo cobra el ritmo del hombre que corta madera en el bosque lejano[388].

Heidegger adoraba la naturaleza. Para desentrañar los enigmas de sus antecesores, como por ejemplo Kant, construyó con sus propias manos una cabaña de madera en las montañosas alturas de Todtnauberg. Allí se retiraba con frecuencia para escribir, sin electricidad y con el agua que manaba de un pozo cercano; él la llamó *«die Hütte»* (la cabaña). Con el paso de los años, Heidegger produjo en ella muchas de sus más famosas obras, desde sus conferencias tempranas a sus enigmáticos textos finales. Alegaba la existencia de una intimidad intelectual y emocional con la cabaña y su entorno, y sugirió que a través de él y de su voz se expresaba la cabaña y hablaba el espíritu de la montaña. A lo largo de tortuosos meandros, Heidegger subiría hasta las alturas de los bosques de abeto, respirando el fresco y vigorizante aire de la montaña. Lejos del alboroto urbano, habría desarrollado una sensibilidad para escuchar los delicados sonidos de la naturaleza y vislumbrar cómo se aclaraba la niebla, mientras soplaba suavemente el viento entre los árboles en los que anidaban las aves originarias de aquel paraje. Campesinos con sus rústicos chalecos y pantalones a media pierna,

calzando hasta las rodillas gruesas medias de lana, completaban el entrañable cuadro.

Vista desde el exterior la morada, pintada de verde con ventanas enmarcadas de azul, ofrecía una destartalada apariencia. En el interior se topaba uno con sus oscuras paredes de madera. El mobiliario y demás accesorios eran muy elementales y desde fuera se captaba el rústico aroma de una fogata, mezclado con el de la madera de abeto y la húmeda tierra. El estudio donde trabajaba Heidegger era oscuro, con pequeñas ventanas con paneles desde las que se avistaba el bosque esmeralda. Una pradera se comunicaba con una zona de bajas presiones donde gorgoteaba el agua —de especial trascendencia para él—. La vivienda contenía también una diminuta cocina donde guisaría Elfride, con una negra chimenea adosada a la pared. La familia pasaba allí las navidades, en la nieve, con gorros y esquís. Heidegger llevaba ropa de estilo campesino, cortaba su propia leña y adoptó la manera de hablar de la Selva Negra.

Durante toda la década de 1920, Heidegger trabajó mucho, a veces dando clase ante un gran auditorio, otras solo en su retiro del bosque, bregando tanto con Kant como con Nietzsche. Trasladó su indiscutible carisma a *Ser y tiempo,* obra que hay que leer como un texto oculto, mesmerizante, escrito en lenguaje críptico. Su misión era desentrañar los misterios de la experiencia diaria. «¿Qué significa *ser?»,* preguntaba Heidegger. «No dejéis que la familiaridad de la palabra os ciegue para el gran misterio del existir». Pensador siempre notoriamente impreciso y difícil, Heidegger se afana por comprender el sentido de «ser» apelando a la elusiva tradición del existencialismo[389], la cual empezó con la idea misma de tiempo[390]. «Ser» argumentaba, profundizando, Heidegger, es un proceso que consiste en «llegar a ser». Los seres humanos estamos constantemente en movimiento, nos proyectamos al futuro con la esperanza y el propósito. Por ejemplo, el agricultor que construye una herramienta se proyecta hacia el futuro al procurar la terminación de su proyecto, que es cumplir el objetivo de la herramienta. En comunidades tradicionales, creía Heidegger,

teníamos un sentido de la absorción en nuestras tareas, y declaró que esta era la «existencia auténtica». Esta vida, sin embargo, estaba amenazada por el progreso moderno, con el advenimiento de las ciudades y el conformismo con el comportamiento de las masas, que ha dado lugar a vidas «inauténticas».

En los primeros años de la década de 1920, antes de que llegase a publicar *Ser y tiempo,* Heidegger ya había ganado amplia reputación. En Marburgo sus clases fueron muy famosas y varios destacados estudiantes de filosofía quedaron subyugados por él. El grupo incluiría a Hans-Georg Gadamer, Hannah Arendt, Karl Löwith, Leo Strauss, Gunther (Stern) Anders, Hans Jonas y Herbert Marcuse, muchos de los cuales eran judíos. Todos crearían impresionantes *oeuvres* originales, perpetuando así, irónicamente, la reputación y el legado de su profesor. Durante los años de Marburgo uno de ellos se singularizaría muy particularmente en ese grupo.

El efecto de Heidegger sobre las mujeres era mesmerizante. Tenía el *look* de moda en aquella época, una suerte de combinación entre Leslie Howard y James Mason. Su encanto era en parte siniestro, tal vez el erótico atractivo de un tirano. Por contraste, su filosofía era romántica, encantadora, y esta combinación de misterio y poder lo hizo irresistible para los estudiantes de uno y otro sexo. Como si hubiera pretendido ser un lejano eco del «Maestro de Messkirch», el pintor renacentista del cuadro que presidió el hogar de su infancia, a Heidegger se le llegó a poner el mote de «El mago de Messkirch», y se entiende que resultase posible que un estudiante de filosofía del sexo femenino quedase tan prendado del enigmático carisma de aquel profesor como para hacer dejación de su propia vida[391].

El carisma de Heidegger tuvo impacto incluso sobre su vida privada, cuando cierta persona de naturaleza muy especial sucumbió a sus encantos. El profesor llegó a verse envuelto en un lance amoroso extramarital, algo que desentonaba con su vida privada, pues su esposa era notoriamente severa y posesiva. Ambos llevaron con sus dos hijos una vida tradicional aparentemente dedicada a la familia, rasgo característico de la conservadora región de la Selva Negra. Su joven amante —no necesariamente la primera mujer

joven a quien Heidegger había seducido durante su matrimonio—[392] era estudiante de filosofía. «Sueño despierto con la muchacha que, envuelta en su gabardina, con el sombrero calado sobre sus inmensos y silenciosos ojos, entró por primera vez en mi despacho y, tímidamente, dio una breve respuesta a cada una de mis preguntas»[393]. Así recordó Heidegger su primera reunión con Hannah Arendt. Ella acababa de asistir a una de sus clases, y él, intrigado por sus intervenciones, la había invitado a visitarlo en privado en su despacho. Era, sencillamente, una adolescente, cuyos dieciocho años contrastaban con los treinta y seis del profesor. Era de aire recatado, con un espeso cabello oscuro, fina nariz judía y expresivos ojos. Una nota le había indicado que acudiera al despacho y ella, respetuosamente, la obedeció. Así comenzó el *affaire.*

> 10.11.25
>
> Querida señorita Arendt:
>
> He de ir a verla esta tarde y hablarle a su corazón. Todo debe ser simple y claro y puro entre nosotros. Solamente así seremos dignos de haber merecido nuestro encuentro. Usted es mi alumna y yo su profesor, pero eso es solo la circunstancia que ha hecho que esto sucediera...[394].
>
> ¡Sea feliz, buena niña!
>
> Su M. H.

Heidegger puso siempre mucho énfasis en la necesidad de mantener el secreto: «Tengo que estar disponible para las inesperadas reuniones nocturnas, por lo tanto será difícil que podamos vernos esta semana. En todo caso y definitivamente, el martes 26. Tú todavía estarás aquí, ¿no? Pero solo después de las 9... Destruye esta nota»[395].

El tiempo y el lugar de cada encuentro fueron predeciblemente decididos por él: «Querida mía... Me gustaría pedirte que vinieras a verme el domingo (28.VI) por la tarde después de las 9. Con gran amor, tu M...». Y «¡Mi querida Hannah! ¿Querrías venir a verme este

domingo por la noche (19.VII)? ¡Ven hacia las 9!»[396], advirtió: «Si hay, sin embargo, una lámpara encendida en mi habitación, es que una reunión me habrá obligado a demorarme. Si eso... sucede, ven el miércoles...»[397]. Una señal de la lámpara le avisaba a Hannah si podía o no entrar. Heidegger escribió el 31 de agosto de 1925: «Querida Hannah... ¿Querrías venir a verme mañana a las 8:45? Si no hay luz en mi habitación, aprieta el timbre»[398]. También él visitó la habitación de Hannah —ella vivía en un ático de estudiante—.

El *affaire* debió de ser excitante para ambos, y seguramente el mantenerlo oculto fue un factor importante. Y la ciudad en que tuvo lugar añadió un aire de misterio. Marburgo, con sus angostas y tortuosas calles, sus edificios torcidos y a punto de derrumbarse, y sus intrincados callejones medievales contribuiría a crear un ambiente secreto.

Heidegger puso mucho cuidado en ocultar estas relaciones a su posesiva esposa y al conservador mundo de la universidad. Con Hannah, sin embargo, no le escatimó cierta franqueza al precisarle que solo ocasionalmente cumpliría el papel de amante, hablándole en los siguientes términos: «El sendero que haya de tomar tu joven vida está oculto. Debemos aceptarlo. Y mi lealtad contigo solo te ayudará a que sigas siendo leal contigo misma». Él le prometió lealtad, mas solo a condición de que ella fuese «verdadera consigo misma»[399] y siguiese su propio «sendero» en la vida.

Su relación jerárquica se manifestó desde el mismísimo origen. Heidegger determinó que el papel de ella sería el de su musa: «Pero solo una vez desearía poder darte las gracias y, con un beso sobre tu frente, tener el honor de introducirte en mi trabajo»[400]. El *affaire* continuó durante el tiempo en que Hannah prosiguió sus estudios en Marburgo. Pero cuando Heidegger se percató de que el riesgo era demasiado grande, le pidió que se fuera a estudiar a otro lugar. Él mismo se encargó de transferirla a Karl Jaspers, que enseñaba en Heidelberg, para no comprometer así su propio puesto docente. Herida y abatida, Hannah se las arregló para suavizar el golpe, y quedó dispuesta a continuar aquella relación.

Heidegger se sentía fascinado por Hannah, una adolescente en el umbral de la feminidad. En una carta fechada en 10 de febrero de 1925 escribió: «No puedo ni quiero separar tus leales ojos y tu amada figura de tu confianza pura, ni del honor y la calidad de tu esencia juvenil». Y unos días más tarde reiteró estas opiniones en otra carta del 21 de febrero: «Ha ocurrido ahora, cuando tu vida se está preparando en silencio para devenir la de una mujer, cuando asumas la intuición, nostálgica, floreciente y risueña de la niñez en tu vida y la guardes como un origen de la fe, de la belleza, de la donación femenina interminable». Y sin embargo, el potencial de ella como intelectual parecía resultarle menos excitante, pues afirmó: «Las oportunidades que se te abren para la existencia femenina son totalmente diferentes de aquello que el "estudiante" que hay en ti cree y mucho más positivas de lo que sospecha. ¡Ojalá se aleje de ti la vacía crítica y retroceda la negatividad arrogante!»[401].

El impulso erótico de Heidegger no era a veces fácil de contener. En una ocasión exclamó, «querida Hannah, lo demoníaco me ha golpeado [...] nunca me había pasado nada parecido»[402]. Y en otra ocasión: «[...] mi atracción por ti se va haciendo cada vez menos controlable»[403].

También compartieron la sensibilidad poética. Cuando aquel capricho (pues él solía ser reacio a llamarlo amor) pasaba por su momento central, en el invierno de 1925, Heidegger soñó con ella:

> Las lilas treparán por las viejas paredes y brotarán en secretos jardines las flores de los árboles —y tú atravesarás la puerta del jardín con un liviano vestido veraniego—. Las tardes de verano vendrán a tu habitación y anunciarán la serenidad silenciosa de nuestra vida en tu alma joven. Pronto despertarán las flores que escojan tus queridas manos y el musgo en el suelo del bosque por el que pasees en tus dichosos sueños[404].

Hannah provenía de un trasfondo más urbano, pero era, como también Heidegger, una soñadora espiritualmente sensitiva. Sus propios poemas indicaban la misma porosidad al humor, la misma inmersión en el humor del paisaje. «Y pronto, en una escalada

solitaria, saludaré a las montañas, cuyo rocoso silencio te encontrará algún día, y en sus líneas retornará lo que he guardado de tu esencia. Y visitaré el lago alpino para otear, desde lo más escarpado del precipicio, sus silentes profundidades». Las palabras de Heidegger no podían haber encontrado un ser más propicio[405].

Su *affaire* continuó durante varios años. En ese tiempo en Marburgo, Heidegger se retiraba a menudo para caminar por la Selva Negra. Adoraba la moteada luz del sol que se filtraba por las ramas de los pinos, los estanques de luz verde que se extendían por el terreno del bosque, punteados por los oscuros troncos de los árboles. Un claro inesperado podía revelar un salto vertiginoso, donde, en repentino declive del bosque, caían los blancos despeñaderos de roca.

Heidegger siempre tuvo reticencia a manifestar su sentimiento amoroso, aunque fuera expresándolo en sus acostumbrados términos vagos y filosóficos: «¡Gracias mi buena niña! [...] No soy aún lo bastante fuerte para tu amor. Aunque, por supuesto, el amor como tal no existe [...]»[406]. Al ser elegido para ocupar la cátedra de Friburgo, Hannah pasó a convertirse súbitamente en una complicación. Sus cartas se volvieron cada vez más opacas, con excusas que imposibilitaban el poder encontrarse y alegando exceso de ocupaciones. Finalmente y tras larga espera, Hannah escribió desde Heidelberg el 22 de abril de 1928: «¡Así que no vienes ahora! —Creo que comprendo—. Pero he estado preocupada en los últimos días, repentinamente embargada por un miedo urgente y casi desconcertante». Pareciendo aceptar que el *affaire* se les iba de las manos y que ella representaba un riesgo para Heidegger, continuaba: «Perdería mi derecho a vivir si perdiera mi amor por ti, pero perdería este amor y su realidad si eludiera la responsabilidad que pone sobre mí». Y termina su carta: «Si Dios lo decide, te querré mejor después de la muerte»[407].

A lo largo de la década de 1920, Heidegger había sido un intelectual, un poeta, un amante y un hombre de familia. Aunque su romanticismo guardaba ciertos paralelos con el nacionalsocialismo,

su vida pública era la de un sabio, no la de un político. Pero todo estaba a punto de cambiar.

El 27 de mayo de 1933, tres semanas después de haber sido admitido en el Partido Nazi, Heidegger pronunció su discurso inaugural[408] como nuevo rector de la Universidad de Friburgo. En una aparatosa ceremonia pública, ornada de banderas rojas y negras con esvásticas distribuidas por el escenario, se autoproclamó nuevo *Führer* del establecimiento académico. El atuendo militar con que iba ataviado se mimetizó con el océano de uniformes nazis que tenía enfrente: a los ubicuos funcionarios del partido político se les habían concedido asientos de primera fila, a costa de relegar a las esposas de los académicos de mayor edad. El discurso del nuevo rector, el *Rektoratsrede,* llevaba por título «La auto-afirmación de la universidad alemana» y cobraría celebridad por su elogio del nazismo. Heidegger subió a la plataforma, saludó a lo nazi y comenzó[409]:

> La aceptación del rectorado es el compromiso de dirigir *espiritualmente* esta universidad. La comunidad de profesores y alumnos solo se despierta y fortalece arraigando auténticamente y en común en la esencia de la universidad alemana. Pero este espíritu alcanza claridad, distinción y poder solamente, y sobre todo, cuando están a la cabeza los líderes y el *Führer,* guiados por la inexorabilidad de ese orden espiritual que expresa su historia a través del destino de la nación alemana[410].

El discurso era largo y cubría muchos puntos, pero concluyó exhortando así a la apiñada multitud:

> De nosotros depende si vamos a esforzarnos a fondo [...] en la autodeterminación [...] o nos vamos a limitar a cambiar simplemente antiguas instituciones y a añadir otras nuevas. Nadie nos impedirá hacerlo [...] Pero el esplendor y la grandeza de esta puesta en marcha solo los comprenderemos plenamente cuando hagamos nuestra la grande y profunda reflexión con la que habló la vieja sabiduría griega:
>
> «Toda grandeza se alza en medio de la tormenta [...]»[411].

El profesor Heidegger hizo imprimir las palabras de la «Canción-Horst-Wessel», himno del Partido Nazi, en el dorso del programa de su ceremonia de toma de posesión[412]. Con la expresa instrucción de que ese himno «sea cantado después del discurso del jefe o *Führer* de la universidad». La canción rezaba:

> La bandera en alto
> La compañía en formación cerrada
> Las tropas de asalto marchan
> Con paso decidido y silencioso
> Los camaradas muertos
> Por el frente rojo y la reacción
> Marchan en espíritu
> En nuestra formación.
>
> Alzando tu mano, grita *Sieg Heil*[413].

No mucho después de haber pronunciado ese discurso, marchaba un día Heidegger en dirección a la universidad. Se había despertado temprano como siempre. Iba recorriendo su camino entre hombres trajeados de oscuro, que se ayudaban de un bastón de paseo, y muchos otros peatones que deambulaban por las calles y plazas de la ciudad de Friburgo. Recorría la calzada el tráfico callejero de bicicletas que se tambaleaban al rodar sobre los adoquines y ocasionales automóviles, mientras él se confundía con la emergente multitud de viandantes. Aquella mañana Heidegger estaba absorto por una idea. Quería enviar un telegrama a su nuevo jefe. Impaciente por poner en palabras sus pensamientos, dirigió apresuradamente los pasos hacia su despacho. Una vez allí se sentó rápidamente ante el enorme buró chapado de nogal y se aprestó a escribir un par de misivas. En una de ellas explicó cómo estaba dispuesto a «poner la universidad en marcha» con todo entusiasmo. Ese telegrama iba dirigido a Adolf Hitler. Un segundo telegrama fue despachado con igual premura al nazi Robert Wagner, recién nombrado *Reichsstatthalter* (Alcalde) de la región de Baden: «Me siento feliz por su nombramiento como *Reichsstatthalter* de Baden y

saludo al *Führer* de esta provincia de nuestra patria con un militante *Sieg Heil!*»[414].

El predecesor de Heidegger había renunciado a su cargo de rector para no tener que cumplir una tarea profundamente ingrata que le había sido asignada. Heidegger, presto a demostrar su entereza, asumió semejante tarea. Una de las primeras medidas de Hitler fue la de retirar de las universidades y la vida pública a todos los funcionarios que no fuesen de condición aria. Heidegger ejecutó ese «Decreto de Baden» y todos los catedráticos y miembros superiores de la universidad que no poseyeran la condición de arios fueron suspendidos, incluyendo al que era entonces el filósofo más famoso de Alemania, Edmund Husserl, quien, como antes quedó señalado, había sido el fiel consejero y responsable de la mayor parte de las oportunidades académicas de Heidegger[415]. Husserl recibió una carta en abril de 1933 notificándole el forzoso «permiso de ausencia» de su actual condición de emérito. Heidegger tenía en su mano el poder de evitar esta medida, pero no hizo nada al respecto. (El decreto fue más lejos, haciendo también extensiva la suspensión al hijo de Husserl, Gerhart, de la Universidad de Kiel).

Desde el despacho de rector, con sus altas ventanas enmarcadas con paneles de madera tallada, Heidegger se puso a escribir una serie de cartas condenatorias de varios colegas para la policía nazi. Una de ellas instigaba a la investigación de uno de los farmacéuticos más distinguidos del mundo, el profesor Friedberg Hermann Staudinger, que obtendría después un premio Nobel. Su pecado era tener tendencias «pacifistas». Heidegger ideó también la falsa acusación de que el químico podría ser un espía e informó a la Gestapo con esta recomendación: «Porque Staudinger es poco entusiasta en lo que respecta a la recuperación nacional. Mejor que ofrecerle la jubilación debemos pensar en el despido. Heil Hitler. Heidegger»[416]. Heidegger fue solamente el causante de que el aterrorizado científico se viese encuestado, interrogado y acosado. Solicitó incluso una reunión con un funcionario nazi superior, y, casualmente, Staudinger fue forzado a marcharse. El rector

Heidegger trató también de destruir las carreras de otros colegas de quienes creyó que no eran leales a la causa nazi[417].

El día de solsticio, 25 de junio de 1933, una larga columna de estudiantes y personal universitario recorrió las calles de la ciudad de Friburgo hasta el estadio de deportes. Allí les dio la bienvenida una enorme hoguera frente al estadio, y sobre un podio Heidegger habló así: «Fiesta de solsticio de 1933. Los días van pasando y haciéndose más cortos. Pero en nosotros crece el coraje de perforar las sombras que se avecinan. No seamos nunca ciegos para luchar. Instruidnos, oh llamas, e ilustradnos. ¡Mostradnos el camino del que uno no regresa! Avívense las llamas y ardan los corazones»[418].

En el verano inmediatamente siguiente a la elección de Heidegger, se redactó un código de honor para el personal de la universidad basado en los reglamentos del cuerpo oficial. Unidades estudiantiles de las SA fueron también enviadas a Friburgo, y estos «camisas pardas» patrullaron el campus. Bajo la dirección del Dr. George Steiler, profesor adjunto de filosofía y excomandante naval, se promulgaron los ejercicios militares en el campus utilizando armas de imitación, con la aprobadora mirada de Heidegger. No satisfechas con la simple tarea de entrenar y fingir combates, estas unidades estudiantiles de las SA iniciaron una campaña dirigida contra los políticos de la oposición organizando «disturbios públicos» en el exterior de sus casas, con vistas a motivar sus arrestos. El objetivo era «suavizar», mediante el uso de la violencia, la oposición política local. Cuando le llegó una notificación de protesta por estas actividades, Heidegger respondió: «He tomado nota de sus comentarios [...] Usted parece no ser consciente de la dudosa conducta del vecino en cuestión, que incitó, al parecer, esas escenas de desorden público [...] Considero obligado que, en el futuro y por el bien de la "realización del Tercer Reich", algunas de las sugerencias que vuelva a presentarme sean de un género más constructivo [...]»[419].

Mientras tanto, la participación en deportes de campo militaristas en Friburgo pasó a ser también un requisito para cada estudiante. Cuando algunos catedráticos se opusieron a estas actividades,

calificándolas de «pérdida de tiempo», Heidegger, en un conocido discurso de 30 de junio de 1933, estalló: «¿Cómo podemos hablar de "malgastar el tiempo" cuando se trata de luchar a favor del Estado? No es en el trabajo por el estado donde acecha el peligro, sino en la indiferencia y la oposición»[420].

Pocos meses más tarde, en octubre de 1933, pronunció Hitler su ominoso discurso ante el Reichstag en Berlín consignando la retirada de la Liga de Naciones por parte de Alemania. Y casi inmediatamente Heidegger declaró: «Tras estas palabras de nuestro Canciller, otros pueblos podrán decidir el camino que tomemos [...] Marcharemos por el más arduo camino [...] Ya sabemos lo que esto requiere [...] ESTAD PREPARADOS PARA SITUACIONES EXTREMAS Y CONTINUAD SIENDO CAMARADAS HASTA EL FINAL [...][421].

Las siguientes palabras están tomadas de un artículo de un periódico estudiantil escrito por Heidegger como Führer-Rector de Friburgo al principio del semestre de invierno del curso 1933/1934:

> ¡Que no deje de crecer en vosotros el coraje de sacrificaros para salvar la esencia de la nación y para que se potencie el más entrañable vigor en la aplicación de su política! [...] El Führer mismo y solamente él es la realidad alemana, presente y futura, y su ley [...] Heil Hitler[422].

Heidegger había glorificado a Hitler, y de eso no cabía duda. Pero muchos de sus discípulos buscaron excusas y explicaciones para el comportamiento de su héroe. Mientras el amor de Heidegger por la naturaleza, el nacionalismo y su inicial fanatismo nazi nunca fueron puestos en duda, de sus sentimientos acerca del judaísmo se sabía que eran asunto más complejo. Pero hasta en este ámbito consta que ejecutó de buen grado el decreto de Baden y que había tomado parte en varias actividades nada gratas. También hay pruebas del anti-semitismo de Heidegger, incluso antes de que Hitler hubiera llegado al poder. No mucho después de que hubiese terminado su episodio amoroso con Hannah, Heidegger había conocido a Viktor Schwoerer, consejero del gobierno y director de la Agencia de Universidades del Ministerio de Enseñanza Pública de Baden, acerca del cual le comentó a Jaspers que era un hombre «sumamente

amable como hay que serlo con un compatriota». Un año después, en 1929, Heidegger había escrito a Schwoerer con respecto a los nombramientos en la universidad: «O restauramos un ejército de genuinos educadores que emanen de la tierra natal de nuestra vida espiritual alemana, o abandonamos consecuentemente este asunto a la judificación en crecimiento». La palabra empleada aquí por Heidegger era *Verjudung,* un término anti-semita utilizado en *Mein Kampf*[423]. En contra de la judificación «él había abogado» por «las posibilidades fundamentales de la esencia de la originalidad de la raza germana»[424].

¿Por qué estaba Heidegger en contra de los judíos? Hitler había prometido eliminar el papel que desempeñaban estos en la sociedad y la preservación de la nación germánica —y ese nacionalismo le habría resultado atractivo a Heidegger, que anhelaba asistir a la preservación de una vida más sencilla y rural—. La imagen nacionalsocialista de campesinos desfilando con palas debía encantarle, pues era su sueño filosófico puesto en vida. Pero ¿era este folclórico nacionalismo tan cautivador para Heidegger como para llevarlo al extremo de sacrificar a sus amigos?

Desde su cabaña en los bosques, tal vez soñara Heidegger que la inautenticidad de la vida moderna sería superada definitivamente. En las largas caminatas por la Selva Negra, a lo largo de sus arbolados senderos, yendo de claro en claro, esquiando en sus pistas, y mientras escrutaba atentamente libros en las largas horas que pasaba en su cabaña, ¿escuchó Heideger en Hitler la voz de la autenticidad? Y acaso pergeñara Heidegger para sí mismo un especial papel: el de ser el guía de Hitler, el vislumbrado rey-filósofo.

La relación de Heidegger con el antisemitismo no era fácil de entender. Su amante había sido judía y también lo fueron muchos de sus estudiantes y amigos. A buen seguro que un verdadero hitlerita no accedería a intimar con un judío. También cabría pensar, por tanto, que Heidegger fuese solo un oportunista que se acercó al poder y al Estado con el propósito de aprovechar la oportunidad de ascender y prosperar con los nazis. Pero si esa suposición fuera cierta, no tuvo como consecuencia ninguna aplastante victoria.

Desde el inicio de su cargo de rector de Friburgo en 1933, Heidegger enseñó que Alemania debía depositar su fe en Hitler. Sin embargo, a pesar de su lealtad, durante el tiempo en que ejerció la función rectoral hubo de hacer frente a tensas situaciones. Los catedráticos nazis de primer rango competían duramente entre sí, pues todos ambicionaban ser el elegido del *Führer.* Erich Jaensch y Ernst Krieck en particular fueron hostiles al nuevo rector[425] e intervinieron celosamente con Rosenberg para socavar la ascendente estrella de Heidegger. Y no tardaron en surgir problemas adicionales.

Se pensó que la posición filosófica de Heidegger discrepaba de los más seguros elementos del nacionalsocialismo. Se suponía que era de la vieja escuela, un defensor del nacionalismo romántico y cultural promovido por Fichte y otros, frente a la nueva tendencia biológica pseudo-darwiniana. El Ministro de Educación de Baden acusó a Heidegger de cultivar una especie de «nacionalsocialismo privado». Y Heidegger sostenía, por su parte, que era manifiesto que el liderazgo político de la universidad era falso por no hacerle honor a «la verdad interna y a la *grandeur* del nacionalsocialismo»[426]. Irónicamente, pruebas recientes han puesto de manifiesto que Heidegger abogó por la raza y que hizo lobby con el Ministro provincial de Cultura para crear una nueva cátedra «de estudios raciales y de genética»[427], «a fin de preservar la salud del Estado», añadiendo que «las cuestiones de la eutanasia deben ser consideradas seriamente»[428].

Dada su lealtad, Heidegger se sentía tratado injustamente. Se quejó de que su discurso rectoral se lo hubiera «llevado el viento»: «En todo el tiempo que ejercí como rector ninguno de mis colegas emitió una sola vez opinión alguna sobre ese discurso»[429]. Su descontento creció: «El discurso rectoral no se imprimió en grandes tiradas [...] Y todavía no se había agotado en 1934». En su opinión, había pronunciado palabras verdaderas que sus oyentes habían dejado de comprender. Si Heidegger hubiera sido un arribista, entonces su rectorado habría sido el más miserable de los fracasos. Era diestro en filosofía, mas no en manipulación política —a este respecto debía haber prestado atención a las afiladas palabras de su

héroe en *Mein Kampf—.* Sintiéndose frustrado y después de transcurrido solamente un año, Heidegger presentó su renuncia como rector[430].

«El fracaso del rectorado: una espina en mi carne», así se referiría posteriormente Heidegger a este episodio. Pero a pesar de la breve duración del mismo, este influyente catedrático había prestado a los nazis un servicio inestimable. Había elevado al *Führer* a la condición de sobrehumano y había contribuido a la legitimación del Tercer Reich. ¿Qué sentiría hacia los nazis el «superhombre» de Hitler ahora que había renunciado a su cargo de rector? ¿Lo habían decepcionado?

A principios de mayo de 1934, justo después de su renuncia al rectorado, Heidegger participó con Alfred Rosenberg, Hans Frank, Carl Schmitt y Erich Rothacker en la «Jornadas de la Comisión de Filosofía del Derecho de la Academia del Derecho Alemán», organizadas en el Edificio de los Archivos de Nietzsche. El tema a debatir era la «Comprensión del Derecho Alemán» —aquellos Archivos habían llegado a ser sagrados para la filosofía alemana—. Heidegger se hizo cargo de las ediciones de las obras de Nietzsche preparadas por dichos Archivos y envió sendas copias a Hitler, a Rosenberg, a Bäumler e incluso a Benito Mussolini. Después, en 1938, y tras recomendar a Bäumler y Kurt Hildebrandt, los dos intérpretes nazis de las obras de Nietzsche, Heidegger pasaría a ratificar la necesidad política de la censura nazi de publicaciones[431].

En el semestre de verano de 1935, Heidegger se embarcó en una serie de conferencias con el título, «Una introducción a la metafísica». En ellas mencionó la «verdad interna y la grandeza del *movimiento*»[432]. En el contexto del estado nacionalsocialista de 1935 nadie podía abrigar la menor duda de cuál fuese ese *movimiento* al que Heidegger se estaba refiriendo. Las conferencias fueron publicadas bastante después, cuando las pruebas de la lealtad continuada de Heidegger salieron a la luz.

Al año siguiente, en la primavera de 1936, Heidegger emprendió una gira de conferencias en Italia. Viajó a Roma, donde quedó abrumado por la belleza y la magnificencia de las realizaciones

culturales de aquella nación. Conferenció sobre el poeta Hölderlin y también sobre las más excelsas obras académicas de Alemania. En el curso de aquella gira se le prohibió hablar en el Instituto Kaiser Wilhelm al filósofo judío Karl Löwith, uno de los colegas y antiguo amigo de Heidegger, lo cual no dejaba de resultar irónico considerando que el Instituto debía su existencia misma a la subvención de una organización judía. ¿Cómo respondería Heidegger ahora que había dejado de ser rector y tener que cumplir ciertos deberes? ¿Respaldaría a su amigo? Heidegger dio unos pasos hacia delante y lució su talento en una brillante charla sobre el tema «Filosofía europea y alemana». Impávido ante un admirativo auditorio, lo entusiasmó, sin inmutarse por el rechazo antisemita de Lowith. Llevando la insignia del Partido Socialista Nacional desde el principio hasta el fin, continuó su ciclo de conferencias[433].

Al enfrentársele Löwith tras la conferencia, Heidegger disculpó su conducta disociando al *Führer* de otros nazis más repugnantes como, por ejemplo, Julius Streicher. La admiración de Heidegger por Hitler quedaba intacta. Löwith mantuvo la creencia de que el nacionalsocialismo de Heidegger no era algo sumamente efímero, sino una lealtad profundamente mantenida y fundamental para su misma filosofía. Y argumentó que, efectivamente, la idea heideggeriana de «ser» era ya nazismo metafísico.

Si Löwith debió quedar disgustado ante la negativa de Heidegger a apoyar a sus antiguos amigos judíos, aquella decepción no fue nada en comparación con la experimentada por Husserl. Heidegger estuvo de acuerdo con su editor en retirar de las páginas iniciales de *Ser y tiempo* la dedicatoria al judío Husserl, su antiguo promotor e íntimo amigo. Por añadidura, no visitó a este viejo profesor y amigo, ni siquiera durante la enfermedad que lo llevó a la muerte, ni asistió tampoco a su funeral en 1938.

«Camarada del partido y pionero del nacionalsocialismo»: así es como hizo referencia a Heidegger el autor de una carta del Comité Científico de la Asociación Nacionalsocialista de Profesores de la Universidad de Friburgo. El propio Heidegger siguió siendo miembro de esa institución hasta su disolución en 1945[434]. También continuó

sus relaciones con Rosenberg y otros nazis filósofos como Rothacker, Heyse, Bäumler, Krieck y Schmitt, aunque más de una vez algunas de estas relaciones fueran difíciles[435].

A pesar de haber dejado de ser rector de la universidad, Heidegger continuó cumpliendo implacablemente su misión intelectual. De hecho, toda una generación entera de estudiantes fue llamada a abandonar el cristianismo y las ideas humanistas, declarando que «una filosofía "cristiana" no es ni carne ni pescado, una falsa idea fundamental». Castigó siempre que pudo a la fe cristiana y sus valores y ayudó a bloquear los nombramientos de docentes que fuesen cristianos[436]. «Ningún cristiano comprometido de cualquier secta debe ser admitido en el futuro para un cargo de profesor universitario de la universidad»[437]. La moralidad, los derechos humanos, la compasión, eran nociones del pasado. «Debían ser ahuyentadas de la filosofía para que no causaran el debilitamiento de Alemania»[438]. Y mientras denunciaba al cristianismo, en su conferencia de fecha ya tardía (1942) sobre *El himno de Hölderlin «El Ister»,* continuó valorando positivamente al nacionalsocialismo y al «estado histórico único —que se mantiene erguido sin necesidad de tales favores—»[439]. También continuó defendiendo el régimen de Hitler y sus actividades bélicas entre 1940 y1944[440].

Heidegger permaneció en su cargo de catedrático de filosofía en la universidad, con las inherentes tareas de enseñar, publicar e investigar. *Ser y tiempo* fue publicado libremente por Max Niemeyer, en una serie de ediciones, la última de las cuales apareció en 1941, y el discurso rectoral fue reeditado e impreso en las zonas ocupadas hasta 1944:

> Las buenas relaciones de Heidegger con el régimen quedan confirmadas por una nota del centro de documentación de Berlín. En enero de 1944, en que las publicaciones fueron reducidas o suspendidas debido a la seria falta de papel, el Ministerio concedió una entrega del necesario papel a la editorial Klostermann para imprimir las obras de Heidegger[441].

Siguió pagando sus cuotas con regularidad y manteniendo su afiliación al Partido Nazi hasta 1945[442]. Pero más relevante incluso que su relación con el régimen es el hecho de que el sentido del proyecto intelectual de Heidegger ha quedado recientemente envuelto en sombras. Se ha argumentado que su obra maestra *Ser y tiempo,* lejos de ofrecer una descripción de la existencia individual, es de hecho una doctrina del auto-sacrificio radical, donde la individualización está permitida solamente para el ser del heroísmo en la guerra. La entera *oeuvre* de Heidegger ha sido efectivamente interpretada como fundada en las creencias nazis[443].

Si Heidegger sucumbió a la ideología, ¿qué decir de su familia y amigos? Su esposa Elfride era ya una activista del nacionalsocialismo antes de que llegara a serlo el propio Heidegger, y aprobó por entero la ideología nazi racial y antisemita. Al parecer, sus vecinos la temían, y jamás se atrevieron a discutir en su presencia por miedo a que elevase un informe si cometían el desliz de manifestar cualquier mínima crítica. Más tarde, después de la guerra, el comité de des-nazificación expediría un informe escrito por Friedrich Oehlkers que confirmó esa extremada desconfianza. No más tarde del otoño de 1944, Elfride había «maltratado brutalmente a las mujeres de Zähringen al forzarlas a la tarea de cavar trincheras», «tarea que hizo incluso extensiva a mujeres enfermas y embarazadas»[444].

No hay evidencia alguna de que Heidegger padeciera noches de insomnio en su Alemania natal mientras millones de judíos fueron enviados al matadero. Su familia prosperó bajo Hitler, disfrutando de una magnífica carrera jalonada de gloria. Sus experiencias profesionales guardan en múltiples aspectos paralelo con las de Krieck, Bäumler, Rosenberg y Schmitt y también, por supuesto, con las vividas por la restante miríada de otros filósofos que trabajaron durante la cancillería de Hitler. Comprometidos con el Partido u oportunistas, mediocres o brillantes, todos los nazis cosecharon los frutos de la colaboración.

Pero Heidegger era especial. No a pesar de su genio, sino por causa de él. Con todas las ambigüedades y sutilezas de su relación intelectual con el Tercer Reich, la relación tuvo lugar. Heidegger

contribuyó a la glorificación del *Führer.* Puso la guinda sobre el pastel del sueño de Hitler: a la vista de todo el mundo queda aquí perfilada la silueta del superhombre intelectual nazi.

---

372 A. Hitler, 1988, pág. 720.

373 V. Farias, 1989, pág. 116.

374 S. Friedlander, 1997, pág. 57.

375 V. Farias, 1989, pág. 116.

376 Ibíd., pág. 84.

377 R. Safranski, 1998, pág. 241.

378 H. Sluga, 1993, pág. 3.

379 Hay amplia evidencia del elevado estatus que tenía Heidegger dentro del Reich. Algunos de sus discursos se publicaron junto con los de Hitler y Rosenberg, véase E. Faye, 2009, pág. 53.

380 El rectorado le fue otorgado el 21 de abril de 1933.

381 Por el mismo liderazgo estudiantil que organizó la quema de libros, V. Farias, 1989, pág. 116.

382 H. G. Gadamer, «Thinking the Unthinkable», en Human All Too Human, documental de la BBC, 1999 (la cursiva es mía).

383 V. Farias, 1989, págs. 75-76.

384 Jaspers en V. Farias, 1989, pág. 118.

385 R. Safranski, 1998, pág. 3.

386 H. Ott, 1993, pág. 180.

387 Véase, por ejemplo, E. Faye, 2009, págs. xvi, 30, 69.

388 H. Arendt y M. Heidegger, 2004, pág. 7.

389 Para un excelente análisis de Ser y tiempo, véase S. Mulhall, 1996; y para una lúcida y autorizada exposición de Heidegger, véase M. Inwood, 2000.

390 Obsérvese que esto significaba un rechazo de Kant, quien otorgó principal importancia al espacio, aunque hay indicios de que Kant le otorgó prioridad al tiempo en el «Esquematismo de los conceptos de la razón pura», en I. Kant, 1999.

391 J. Fritsche, 1999, pág. 341.

392 Hubo otras varias mujeres «compañeras», entre ellas la intelectual Elisabeth Blochmann, que era judía y a la que, según Michael Inwood (15 de septiembre de 2011, correspondencia privada), Heidegger ayudó a escapar a Inglaterra.

393 Escrito desde Todtnauberg, 21 de marzo de 1925, en H. Arendt y M. Heidegger, 2004, pág. 9.

394 Ibíd., pág. 3.

395 Ibíd., pág. 22.

396 Ibíd., pág. 26.

397 Ibíd., pág. 29.

398 Ibíd., pág. 31.

399 Ibíd., pág. 3.

400 Ibíd., pág. 4.

401 Ibíd., pág. 5.

402 Ibíd., pág. 6.

403 Ibíd., pág. 22.

404 Ibíd., pág. 6.

405 Ibíd.

406 Ibíd., pág. 27.

407 Ibíd., pág. 50.

408 Solo diecisiete días después de que fueran quemados en Berlín los libros de filósofos judeo-alemanes.

409 Véase V. Farias, 1989, págs. 96-112.

410 Ibíd., pág. 99.

411 Ibíd., pág. 108, Heidegger cita la Politeia (República) de Platón.

412 «Horst-Wessel-Lied» fue el himno del Partido Nazi desde 1930 hasta 1945 y el himno co-nacional de Alemania desde 1933 a 1945. Véase G. Boderick, 1995, págs. 100-127.

413 H. Ott, 1993, pág. 152.

414 V. Farias, 1989, pág. 113.

415 H. Ott, 1993, parte III; J. Young, 1997.

416 V. Farias, 1989, págs. 119-120, en 10 de febrero de 1934.

417 Después de la guerra, Heidegger tuvo muy buen cuidado de ocultar las cartas incriminatorias.

418 V. Farias 1989, pág. 117.

419 H. Ott, 1993, pág. 157.

420 Ibíd., pág. 156.

421 V. Farias, 1989, pág. 117 (el énfasis es mío).

422 H. Ott, 1993, pág. 164.

423 E. Faye, 2009, pág. 34.

424 Ibíd., pág. 38.

425 H. Ott, 1993, pág. 254.

426 Ibíd., pág. 243.

427 «La estructura de comando de la nueva realidad alemana», argumentaba, «debería basarse en principios de "herencia" y "salud", que son a su vez dependientes de los desarrollos históricos y políticos de Volk», W. Bialas y A. Rabinbach, 2007, pág. 103.

428 Ibíd.

429 H. Ott, 1993, pág. 242.

430 V. Farias, 1989, pág. 191.

431 E. Faye, 2009, págs. 252-253.

432 M. Heidegger, 2000, pág. 199 (la cursiva es mía).

433 R. Safranski, 1998, págs. 319-320.

434 H. Ott, 1993, págs. 291-292.

435 Véase E. Faye, 2009.

436 H. Ott 1993, pág. 277.

437 Ibíd., pág. 281.

438 Ibíd., pág. 277.

439 Ibíd., pág. 295.

440 V. Farias, 1989, pág. 277.

441 Ibíd., pág. 260.

442 Ibíd., pág. 84.

443 Véase el magnífico estudio de E. Faye, 2009.

444 H. Ott, 1993, pág. 137.

Parte II

Los oponentes de Hitler

Desde 1933 y durante el resto de la década, el sueño de Hitler se hizo realidad. Transformándose a sí mismo en el Führer «filósofo», convenciendo al país de su genio y extrayendo del pasado venenosas hebras de pensamiento, Hitler había preparado el terreno para una nueva realidad que apuntalase su orden del mundo. La mente alemana era suya. La mayoría de las instituciones educativas, las universidades, la enseñanza, la investigación y la trama de filósofos en ellas instalados respaldaban su visión. El racismo, la guerra y la tiranía fueron estudiados, apoyados y consagrados por la ley. Y la gloria final había sido obra de un genio carismático.

Mientras tanto, el blanco al que apuntaba la cólera de Hitler, los judíos, eran ahora desempleados, empobrecidos, reducidos a la impotencia y vilipendiados. La violencia contra ellos fue sancionada oficialmente y legalmente amparada. Los judíos que se quedaron en Alemania fueron reducidos a una existencia mendicante y amenazados con la aniquilación de todo su pueblo. ¿Quién podría sobrevivir en estas condiciones?

Aquellos filósofos judíos, que eran enemigos auto-declarados de Hitler, constituían básicamente un grupo sutil y sofisticado. Lo que gentes tales como Rosenberg, Bäumler y Krieck, juntamente con sus obedientes «hackers» tan a menudo caracterizados por su rudeza mental, estaban tratando de eliminar eran algunas de las mentes más dotadas de la historia intelectual europea. Estos pensadores judíos tenían que dar ahora respuesta a una fuerza que ni sabía ni quería entenderse con ellos, una fuerza que estaba cada vez más dedicada a la aniquilación del pueblo judío.

Los judíos que vivían en la Alemania de la década de 1930 eran un grupo holgadamente identificable, en la medida en que Hitler los categorizó basándose en la raza. Una mayoría de pensadores judeo-alemanes, aun siendo racialmente judíos, se habían integrado en la

cultura alemana y no practicaban activamente el judaísmo. Muchos, sin embargo, conservaban ciertas sensibilidades típicas procedentes de su herencia cultural, que ellos inyectaron en su filosofía. Tres escritores en particular son aquí de interés: Walter Benjamin, Theodor Adorno y Hannah Arendt[445]. Eran pensadores intuitivos e imaginativos, y al observar e interpretar el mundo circundante vieron lo que otros no supieron ver. Su distintiva actitud intelectual resultante de la confrontación con el nazismo, sus afinidades culturales y el hecho de que sus vidas estuviesen interconectadas —no solo entre sí, sino también con la de Heidegger— nos invitan a mirarlos, retrospectivamente, como una natural comunidad de tres. Estaban destinados a ser tan conocidos como Kant, Nietzsche o Heidegger, pero la verdad es que sus historias son impresionantemente únicas. Así pues, ¿quiénes fueron exactamente y qué fue de ellos cuando el Tercer Reich desplegó sus esvásticas en los anfiteatros universitarios?

---

445 Hay muchas historias interesantes sobre pensadores judeo-austríacos dignas de ser contadas, pero son historias para otro libro. Aquí nos concentramos específicamente en pensadores judeo-alemanes. Téngase en cuenta que Karl Popper abandonó Viena en 1937 huyendo del nazismo. Cuando fue trasladado por ser considerado enemigo extranjero (fue enviado del Reino Unido a Nueva Zelanda) escribió La sociedad abierta y sus enemigos, un libro que puede ser plausiblemente leído desde una doble perspectiva: como obra escrita en oposición al nazismo y como obra que aborda la cuestión fundamental acerca de la relación entre varios pensadores interesados por la filosofía política (Platón, Hegel, Marx) y el totalitarismo. La emergencia del nazismo determinó por completo la vida de Popper como joven filósofo y el enfoque de sus primeros escritos políticos. Muchos de los más grandes filósofos del siglo XX fueron judíos (al menos de acuerdo con la definición de Hitler), por ejemplo, Wittgenstein, Popper, Kripke, Ayer, y muchos más.

Capítulo 6

La tragedia: Walter Benjamin

Uno de los intelectuales judíos que ha sido lo bastante infortunado para ser testigo de los primeros alborotos nazis fue una figura extraordinaria.

Año 1933, invierno en Berlín: una familia bien trajeada, con confortables prendas de abrigo, recorría el gris pavimento de una de las muchas calles de Berlín. Dos niñas jóvenes que calzaban lustrosos zapatos y vestían gruesas medias de lana con sombreros también de lana calados hasta las orejas, arrastraban grandes fardos como si fueran a emprender un largo viaje. Una caminaba con la madre y otra con el padre, y ambos progenitores apretaban con tal fuerza las manos de sus hijas que empalidecían los dedos de las pequeñas. La madre calzaba elegantes zapatos y portaba un sombrero flexible que se adaptaba a las curvas de su ondulado pelo castaño oscuro. Era muy alta, casi tanto como su marido, un hombre con gafas y ligero bigote que portaba un sobretodo largo y cubría su cabeza con redondo sombrero. Su pelo era también oscuro. Las niñas creían ver a sus padres como distraídos, nerviosos, desconcertados. La madre caminaba con la vista baja, como si estuviera avergonzada o atemorizada. El padre tenía los ojos clavados en la cámara de un reportero de noticias que lo estaba enfocando; su faz era pálida y se había quitado las gafas. Tras la familia, una densa muchedumbre de jóvenes vestidos con atuendo militar les dirigían agresivas miradas. Dos de ellos montaban sendas motos ligeras que aceleraron al pasar. Los miembros de esta joven familia eran algunos de los primeros judíos que fueron expulsados de Alemania tras ser elegido Hitler canciller en enero de 1933. Muchos otros repetirían su destino[446].

Un bloque de viviendas se alzaba sobre la intersección de dos calles por cuyo espacioso pavimento deambulaba la muchedumbre vigilante de la marcha de aquella familia judía. Desde la ventana de un último piso alguien estaba observando lo que abajo sucedía.

Si uno hubiera podido mirar a través de esa ventana del último piso, hubiera divisado a un hombre algo corpulento, de fornida constitución, que estaría en sus primeros cuarenta, bien recortado el encanecido pelo, con oscuro bigote y acusando un perfil ligeramente judío. Aquel hombre sostenía una pipa larga y curvada y estaba inclinado sobre una mesa. Caminó luego pesadamente de un lado a otro de la habitación, mientras el dorado brillo del interior contrastaba con la oscuridad venida de fuera. La luz de la lámpara le trajo un recuerdo:

> En nuestro jardín había un pabellón tan ruinoso como abandonado. Me gustaba muchísimo por sus ventanas de colores. Cuando pasaba, desde el interior, de una a otra ventana, me coloreaba igual que ese paisaje que se veía ante ella, ora flamante, ora polvoriento, ora agotado, ora exuberante [...] Y también me perdía en los colores del cielo, de una joya, de un libro[447].

Pero el hombre que habitaba aquel departamento de Berlín no podía entretenerse ahora en la contemplación de los colores. De sus movimientos y ademanes podía deducirse que estaba muy nervioso.

Desde su secreto interior aquel hombre trataba de no pensar demasiado en su propia familia, en su hermana menor Dora, en su hermano George y en su hijo Stefan, todavía en edad escolar. Describió a Stefan como un niño pequeño de rollizas rodillas que sobresalían bajo los blancos pantalones cortos, de grandes y curiosos ojos, de tensas y hábiles manos, con un osito de peluche en sus brazos[448]. «Casi ninguno de los afectados por los acontecimientos puede... mirar al futuro. Todo esto... sería soportable si, al menos, Stefan no estuviera donde todavía está», le confió el padre a un amigo[449].

Walter Benjamin en la Bibliothèque Nationale, fotografía de Gisele Freund, 1937. © Centre Pompidou, MNAM-CCI, dist. RMN/Gisele Freund/Guy Carrard.

El hombre que estaba siendo testigo de las primeras expulsiones de judíos en Berlín al despuntar el año 1933 era Walter Benjamin, autor judeo-alemán y filósofo, que ya entonces era una estrella en ciernes: «Los editores ya se están refiriendo a él como "el mejor autor vivo de lengua alemana" —si bien restringiéndose a los que son además judíos—», reconocía una importante revista[450]. Un amigo visualizó así el singular aspecto de Benjamin en aquel año de 1933:

> La corpulencia física y la pesadez más bien germana de Benjamin contrastaban de manera muy llamativa con la agilidad de su mente, que tan a menudo hacía centellear sus ojos a través de las gafas. Puedo verle en una fotografía pequeña que logré salvar, con su bien cortado pelo prematuramente gris (por aquel entonces contaba unos cuarenta años), su perfil ligeramente judío y su negro bigote, echado en una tumbona en el porche de la casa, con su postura acostumbrada: la cara

> inclinada hacia adelante, sujetándose la barbilla con la mano derecha. Ni una sola vez creo haberle visto pensando sin sujetarse la barbilla, a menos que su mano sostuviese su gran pipa curva de amplia taza que tanto le gustaba y que de alguna manera se le parecía[451].

A su pesada complexión unía Benjamin el ser temperamentalmente propenso al nerviosismo, y reconocía que «apenas se atrevió a dar un paso más allá de las cuatro paredes de su vivienda». Había abrigado la esperanza de no tener que estar presente en Alemania en aquellos momentos, pues tenía plena consciencia de los inminentes acontecimientos políticos: la emergencia de los nazis era manifiesta por doquier y él no se hizo la menor ilusión sobre el poder y las intenciones del nazismo[452]. Pero en noviembre de 1932, a la vuelta de un viaje, se vio forzado a retornar a Berlín, su ciudad natal.

Benjamin observaba cómo las celebraciones inaugurales de los nazis brotaban como hongos venenosos por toda la ciudad. Oía comentar a la gente que los colaboradores de Hitler, como Heidegger, Bäumler Krieck y otros, estaban disfrutando de su recién adquirido prestigio, y por todas partes podía verse en la calle grupos de figuras amenazadoras, muchedumbres que salían de las sombras y volvían a entrar en ellas.

Mientras el invierno de 1932 iba siendo sustituido por el inicio de la primavera de 1933, Benjamin seguía escondido en el pequeño mundo de su apartamento. Pero no tardó en enterarse del destino de sus amigos íntimos. Algunos que habían visto lo escrito en las paredes ya habían emprendido el vuelo, entre ellos el dramaturgo marxista Bertolt Brecht, el filósofo marxista judeo-alemán Ernst Bloch, y el autor Siegfried Kracauer. Otros, menos afortunados, desaparecieron durante las noches del 27 al 28 de febrero, fechas del incendiario ataque al Reichstag. Se esfumaron en los apresuradamente organizados campos de concentración y en las cámaras de tortura del SA[453]. Brecht escribió en respuesta a estos acontecimientos:

«A los combatientes en los campos de concentración»

Tú con quien difícilmente cabe contactar
Sepultado en los campos de concentración
Segregado de toda palabra humana
Sometido a brutalidades
Abatido pero
No refutado
Desaparecido pero
¡No olvidado![454].

En contraste con Brecht, Benjamin, sin embargo, no era un espíritu combativo, sino contemplativo. De ahí que propendiera más a la desesperación. A uno de sus más íntimos amigos, el filósofo judío Gerhard Scholem, le escribió: «El aire difícilmente puede ser ya respirado». Este hecho, «sin duda, pierde su significado cuando a uno, de todas formas, lo están estrangulando»[455].

Benjamin estaba seguro de que el Tercer Reich no era ningún fantasma pasajero. Otros aguardaron, esperando que aquello pasara, pero él urgió a su familia a marcharse. Anhelaba en particular que su hijo Stefan estuviese fuera de Alemania, mas eso dependía de su exesposa Dora Sophie, que tenía la custodia. Pero ella era una de los optimistas, aguardando con la esperanza de que amainara la marea del fascismo. Esta situación le reportaba noches insomnes a Benjamin, que en una carta a su gran amigo Scholem le confiaba:

> Insisto en mi deseo de saber que Stefan está a salvo fuera de Alemania: [...] Le urgí en este sentido a Dora cuando estábamos en París. Pero a juzgar por su respuesta, parece que prefiere esperar y ver cómo van a desarrollarse las cosas. Mientras tanto, la regulación de las numerosas cláusulas concernientes a los judíos en centros de enseñanza media y superior ha sido promulgada. No sé si Stefan queda aún afectado por esa legislación. Pero más importante es el hecho de que él está situado claramente a la izquierda y no posee la constante prudencia que ha de mover a un judío a abandonar hoy Alemania si quiere tener una oportunidad de salvar su propia piel[456].

Y de nuevo, «hace una semana, le volví a urgir a Dora —en la medida en que es posible hacerlo en una carta— a que enviara a

Stefan fuera de Alemania»[457]. Pero cualesquiera que fuesen sus preocupaciones familiares, a Benjamin le constaba que su tiempo había llegado a su fin. Era un judío estrechamente vinculado con activistas políticos; sus propias ideas podían ser miradas como subversivas. Benjamin consideró sus opciones. Huir era esencial. Pero ¿adónde y cómo? El problema estaba en que sus varios medios de vida habían sido ahora bloqueados por los nazis. Se ganaba a duras penas su precaria vida, no tenía un puesto académico formal y solo subsistía gracias al periodismo, trabajando en la radio, para la emisora de la compañía de transmisión en Berlín, y en el periódico Frankfurter Zeitung. En 1933, los nazis asumieron el control de la emisora de radio tan rápida y eficazmente que él perdió su puesto de inmediato. Y el Frankfurter Zeitung le aconsejó «esperar y ver», mientras quedaba suspendida la publicación de sus obras.

El desempleo y la destitución le aterraban a Benjamin más incluso que el acoso o la violencia directa. Morir de hambre le producía un terror absoluto:

«El terror contra toda actitud o manera de expresión que no se ajuste por completo al patrón oficial ha alcanzado cotas virtualmente insuperables. Bajo tales condiciones, la máxima reserva política, tal y como la he venido practicando desde hace largo tiempo, puede proteger a una persona de la persecución sistemática, ¡pero no de la inanición!»[458].

Esta perspectiva de la pobreza «transformó [sus] mal definidos deseos de dejar Alemania en una ardua e inmediata decisión»[459]. Tras echar por última vez las persianas, Benjamin embaló sus cosas. Ahora, al igual que otros miles de judíos, estaba huyendo.

Un exiliado. Pero ¿adónde ir? Decidió marchar, pasando por París, hacia Ibiza, en España, donde tenía amigos y sentía que podría estar seguro.

El viaje fue arduo y pronto echó en falta la familiaridad de su hogar, pero no menos pronto quedó convencido de que su decisión de partir no había tenido nada de prematura. Cuando arribó a Ibiza, le llegaron noticias de su hermano Georg. Georg Benjamin había sido puesto bajo custodia «protectora» por la policía prusiana el día

8 de abril de 1933. Estuvo en situación de arresto, primero en la cárcel de la policía en Alexanderplatz, desde donde pronto fue transferido a la «prisión» Plotzensee[460]. Georg era políticamente activo y sus actividades de tendencia izquierdista podrían costarle la vida —otros arrestados habían sido llevados inmediatamente a los campos de concentración dirigidos por el SA o la SS—. En una carta escrita desde Ibiza a Scholem, Benjamin le relató cómo tuvo noticias de Georg:

Fonda Miramar.
San Antonio, Ibiza.
7 de mayo de 1933

> Querido Gerhard:
> Solo unas líneas, aunque no haya recibido ninguna noticia tuya. Me he enterado por una fuente seria, pero no necesariamente infalible, que mi hermano Georg, que ejercía medicina en Brunenstrasse [al norte] de Berlín, cayó en las manos del SA, ha sido tratado brutalmente y perdió un ojo. Se supone que está en un hospital del Estado, en condición de preso o de detención preventiva, y es sumamente probable que esté incomunicado con el mundo exterior [...] Tuyo Walter[461].

Acto seguido pasó a relatar cómo obtuvo estas noticias: «La historia fue contada en Zúrich por Reni Begun, una médico judía, de la que se dice que ha dejado Berlín hace diez días. Ahora está en París y estoy tratando de establecer contacto directo con ella, pero esto tomará un poco de tiempo». Benjamin explicó su miedo:

> El incidente de mi hermano nos ha dado la razón al temer lo peor. El tema es demasiado serio —y demasiado remota la eventualidad de poder ayudar— pues si yo regresase a Berlín para obtener información, mis indagaciones podrían redundar en perjuicio de la persona que reciba o que dé esa información. Quizá pueda usted extraer alguna información sobre mi hermano de las personas que acaban de llegar. Inténtelo, por favor, y díganos enseguida lo que sepa. Mientras tanto mi hermana regresa a Berlín...

Un par de meses después, Benjamin escribiría: «¿Le comuniqué que, mientras tanto, he recibido pavorosa confirmación de las

noticias sobre mi hermano? No obstante, todavía sigo en la oscuridad en lo que se refiere a la naturaleza de sus lesiones»[462]. En el curso de varios arrestos, aprisonamientos e interrogatorios, los nazis torturarían a Georg Benjamin. Sería hecho prisionero en un campo de concentración donde el brutal trato recibido fue tan horrendo que George decidiría poner fin a su propia vida por electrocución, agarrando un cable cargado de corriente, antes que seguir soportando aquella tortura.

Mientras tanto, el destino de Benjamin iba a plasmarse en un periodo largo de exilio en Ibiza. Llegó a la isla española en abril de 1933, y se alojó primero en una rudimentaria habitación de un hostal decrépito. Esta miserable habitación y otras por el estilo iban a ser su hogar durante los próximos meses. Por causa del asfixiante calor, el polvo sucio se adhirió a su sudorosa piel dañándola y produciéndole llagas. Sumadas a su soledad y su ansiedad, estas llagas se tornaron en fuente de constante aflicción, únicamente mitigada por la correspondencia con los amigos y el ejercicio del pensamiento.

La nostalgia por las épocas más felices que antes había vivido atribulaba a Benjamin y desde su angosta morada actual empezó a recordar el pasado. Pero pronto, lo que al inicio parecía ser un mero rumiar rememorativo fructificó en una actividad intencional y deliberada y Benjamin se puso manos a la obra. Desde la miseria de su entorno, compuso lo que iba a ser uno de los más inspiradores relatos de infancia jamás escritos. La Infancia en Berlín hacia el 1900 empezaba así:

> En 1933, cuando estaba en el extranjero, empezó a ser claro para mí que tendría que abandonar por largo tiempo, tal vez para siempre, la ciudad donde nací.
>
> Varias veces en mi vida interior, he experimentado ya el proceso de la inoculación como algo saludable. En esta situación, también, resolví hacer lo mismo y evoqué deliberadamente en mi ánimo aquellas imágenes que, en el exilio, son más aptas para despertar la nostalgia: imágenes de la infancia [...].

Y continuó:

> La vida trata durante mucho tiempo el recuerdo aún tierno de la infancia al igual que una madre que coloca contra su pecho al recién nacido pero sin por ello despertarlo. Nada fortaleció más mi recuerdo que la contemplación de aquellos patios, de cuyas oscuras galerías una que en verano estaba siempre a la sombra de un toldo era para mí como la cuna en que la ciudad puso al nuevo ciudadano.

Así, cuando Benjamin se sentaba en su espartana habitación amueblada con poco más que una cama, una mesa y una silla, rememoraba la espléndida ciudad donde nació:

> El compás del tranvía y el limpiador de alfombras me arrullaban. Era la artesa en que se iban formando mis sueños. Primero los informes, que tal vez estaban impregnados del torrente del agua o el olor de la leche; luego los sueños largos e intrincados: sueños hechos de viajes y de lluvia; finalmente, los sueños mas precisos: la próxima partida de canicas jugada en el zoo, o la excursión dominical. La primavera iba aquí enarbolando los primeros impulsos sobre un fondo gris; y cuando, mas adelante, a lo largo del año, un techo de hojas polvoriento rozaba miles de veces cada día la pared de la casa, el roce de las ramas comenzaba a impartirme una enseñanza para la cual aún no estaba preparado. Pues allí, en el patio, todo para mí era una señal. Qué de mensajes no se esconderían en el tableteo de las verdes persianas que se iban poco a poco levantando, y cuantísimas cartas con malas noticias dejé astutamente sin abrir en el estrépito renovado de las persianas, cuando tronaban al anochecer [...] y los cocheros colgaban en la cerca su forrada esclavina mientras por dar de beber a sus rocines llenaban de agua la pila que había en la acera con el chorro que eliminaba los restos de heno y avena. Estos lugares de espera cuya paz interrumpía raras veces la llegada o salida de coches, eran remotas provincias de mi patio [...] Mucho más tarde redescubrí los patios desde el tren. Cuando en las tórridas tardes de verano los contemplaba desde mi compartimento, el verano parecía haberse encerrado dentro de ellos y haber abandonado totalmente el paisaje. Y los geranios de grandes flores rojas que se veían en las jardineras cuadraban a la estación bastante menos que los rojos colchones que a lo largo de toda la mañana estaban colgados de las barandillas a airearse...[463].

Benjamin había nacido en Berlín el día 15 de julio de 1892, «en un tiempo que estaba a medio camino entre la fundación del

Imperio y la Primera Guerra Mundial —cuando la capital del nuevo Imperio Alemán se estaba transformando en una metrópoli—». Desarrollándose a un ritmo fulminante, encapsulando la industrialización de la era moderna, Berlín estaba considerada como la más moderna de las ciudades. Benjamin fue testigo de todo aquello, «el vapor exhalado por los rugientes monstruos del Ringbahn y del Stadtbahn; y luego los tranvías eléctricos, cuyos postes y cables de conducción entretejían un enrejado de alambres y hierro sobre la ciudad». Adoraba este ambiente urbano y con él se sentía en casa. El lugar en que había nacido, Magdeburger Platz 4, se hallaba situado en la antigua parte occidental de Berlín y era un distrito habitado por gente refinada y adinerada. Cuando la ciudad se fue desarrollando y prosperaron las tiendas y las empresas en la zona, la familia de Benjamin se desplazó, como tantas otras, más lejos aún hacia el oeste, a las áreas más nuevas, para librarse de la urbanización[464].

La familia pudo mudarse a esa zona merced a la considerable fortuna del padre de Benjamin, un próspero hombre de negocios «particularmente grato y sociable»[465] que tenía, sin embargo, la obsesión de juzgar toda actividad desde la óptica del negocio y de someter toda empresa a la lógica de las finanzas —un rasgo de carácter que difícilmente podía sintonizar con el peculiar temperamento de Benjamin—. También la madre del niño, aunque no excesivamente preocupada por los temas financieros, era una persona práctica y decidida que estructuró el mundo de la familia dejando escaso espacio al desarrollo de la responsabilidad o a la rebelión de su hijo mayor. Todas las necesidades de Benjamin fueron subvencionadas por su padre y administradas por su madre; y todos los pequeños detalles de las mismas fueron atendidos por una legión de criados, lo cual era típico de una familia de su nivel y opulencia en aquel tiempo.

Benjamin fue educado en su propia casa hasta casi cumplir los nueve años, de manera que disfrutó de la atención personal de una institutriz, rodeado por la opulenta intimidad de su mundo familiar. Cuando en la Pascua de 1901 fue enviado al colegio Kaiser Friedrich,

en Charlottenburg, el ingreso en tal institución fue un choque para él. Odiaba la «incesante obligación de quitarme la gorra... cada vez que pasaba otro profesor» y la «disciplina del colegio en sus bajas formas —varazos, cambio de asiento o detención—». Detestaba las «excursiones al campo» y los juegos en el estadio de Tempelhof o en «un terreno en las inmediaciones de la estación de Lehrter». Durante la era de Kaiser Wilhelm el impulso militarista estaba a la orden del día[466].

Mientras fue alumno del colegio, Benjamin estaba con frecuencia enfermo:

> Todo empezaba con unas manchas en la piel, como con un ligero malestar. Era como si aquella enfermedad estuviera más que habituada a esperar con paciencia a que el médico le diera alojamiento. En efecto, el médico venía, y me examinaba e imponía que no me levantara de la cama [...] Veía mentalmente la cuchara, cuyo borde colmaban las súplicas constantes de mi madre, y cómo, tras haberse ido acercando con delicadeza hasta mis labios, de pronto se mostraba en su ser verdadero al verter con violencia la amarga medicina en mi garganta. Y, al igual que un borracho calcula y piensa para averiguar si es que aun puede hacerlo, yo contaba los aros que iba el sol dibujando en el techo, y reordenaba en nuevas formaciones los rombos del papel de la pared[467].

Pero no todo en los días de colegio, fuesen o no acompañados de buena o mala salud, era miseria. Había también escondidas riquezas con el deleite de los libros de Boy:

> Me procuraba los que prefería de la biblioteca de la escuela [...] El maestro decía de repente mi nombre, y el libro avanzaba de uno en otro pupitre; uno se lo pasaba al compañero, o el libro pasaba por encima de las cabezas hasta llegar a mí, tras haber respondido a la llamada. En sus hojas aún se conservaba la huella de los dedos que las habían ido recorriendo [...] De sus hojas pendían, como en otoño en las ramas de los árboles, esos débiles hilos de una red entre la que yo me había enredado mientras aprendía la lectura[468].

En 1904, los padres de Benjamin lo retiraron por razones de salud de la odiada institución Kaiser Friedrich; y, después de algunos deliciosos meses de quedarse en casa sin ir al colegio, el niño fue finalmente enviado a un internado rural en Haubinda, Turingia. Estuvo allí solamente dos años, pero aquella experiencia dejó en él hondas impresiones. Fue su primer encuentro con un ambiente intelectual. Theodor Lessing, el filósofo, profesor de universidad y periodista, que más tarde iba a ser asesinado por los nazis, había enseñado en ese colegio hasta 1904. Muchos otros autores, músicos, talentos teatrales y pensadores habían frecuentado el mismo internado.

A los quince años de edad Benjamin había desarrollado intereses en filosofía, literatura y estética. Fue reingresado finalmente en su original y odiada escuela Kaiser Friedrich, pero ahora con el consuelo de que esta vez se trataba de luchar por su ansiada autonomía. A la edad de diecisiete años finalizó con éxito sus exámenes y continuó allí unos cuantos años más leyendo a Goethe, Schiller, Shakespeare e Ibsen. También escribió prosa periodística y creativa para el «magazin» de la escuela. En 1911 abandonó esta institución, dejando tras de sí una buena cantidad de experiencias no queridas. Estaba a punto de embarcarse en una nueva aventura:

> La franja de luz bajo la puerta del dormitorio, la noche de la víspera, cuando los otros aún estaban levantados, ¿no era la primera señal para el viaje? ¿No entraba en la noche de los niños, llena de expectativas, como más adelante, en la noche del público teatral, entra la franja de luz bajo el telón? Creo que el barco que nos recogía en sueños a menudo se mecía ante nuestras cabezas sobre las olas rompiendo la conversación y la espuma del ruido de los platos; luego, a primera hora de la mañana, nos dejaba por fin, enfebrecidos, como si hubiéramos vuelto de ese viaje que estábamos a punto de emprender[469].

Desde su temprana infancia, Benjamin había viajado interiormente a través de sonidos, olores e impresiones. ¡Imaginemos su deleite y libertad cuando esa misma sed sensual podía calmarse viajando y visitando la riqueza de Europa! Después de dejar la escuela fue primero a Italia, y luego, en años posteriores,

llegó a conocer Francia, Alemania, España, Lituania, Rusia y Noruega.

Después de estos viajes, Benjamin regresó en abril de 1912 a la provinciana Friburgo de Brisgovia, y asistió a la Universidad Albert Ludwig. Aquí la atmósfera estaba dominada por el filósofo Heinrich Rickert, en cuyas clases tomaba asiento, junto con Benjamin, Martin Heidegger. Mientras Heidegger quizá se dejara inspirar por la atmósfera de Friburgo, Benjamin, el judío urbano de clase media alta, estaba desilusionado. El régimen de aquel centro se le antojaba carente de imaginación y su ambiente irrespirable.

Durante sus años de estudiante, Benjamin tuvo su primer contacto con el sionismo, pero se mantuvo a distancia de los extremos fanáticos del movimiento. Le sostuvo más las amistades intelectuales y literarias, como las que influyeron con Gerhard Scholem y con el poeta austríaco Rainer María Rilke. Estas afinidades se consolidaron, y Benjamin se hallaba instalado en el confortable y vigorizador recinto de tales amistades cuando, en 1914, asistió al estallido de la Primera Guerra Mundial. Durante toda la contienda, Benjamin eludió a toda costa cualquier llamada telefónica, por si fuese un aviso de incorporación al ejército, y continuó viviendo primero en Múnich y después en Suiza[470]. Desde St. Moritz le escribió a Scholem el 30 de julio de 1917:

> Hemos estado aquí como una semana; encontré este sitio —puedo decirlo— después de años de lucha, y finalmente puse el pie aquí después de que mi última relación [...] se extinguiera en Zúrich. Espero haber absorbido los dos años anteriores a la guerra como una semilla y todo desde entonces se ha purificado en mi espíritu. Hablaremos cuando volvamos a vernos [...] Todo estaba en decadencia, salvo el escaso margen que se me dejó para vivir mi vida, y aquí encuentro la salvación en más de un sentido: no en el ocio, ni en la seguridad o madurez vital que pudiera haber aquí, sino en haber escapado de las espectrales y demoníacas y influencias que prevalecen en cualquier lugar al que nos dirijamos [...] y de la grosera anarquía y la ilegalidad del sufrimiento[471].

Satisfecho por haberse librado de ir a la guerra, que para él no era otra cosa que la perpetuación de un conflicto tan total como vano, Benjamin buscó porfiadamente algún oasis de tranquilidad. Uno de ellos fue personal. En 1917 se casó con Dora Sophie Kellner. Ella era el «nosotros» al que él había hecho referencia en su carta a Scholem. Un amigo la describió así[472]: «Dora Sophie Kellner "era muy hermosa" y tenía maneras que le garantizaban una "presencia" única. Pero ella era más que eso. Era una judía rubia con ojos ligeramente protuberantes y boca en forma de corazón con rojos y turgentes labios, que excluía la vitalidad y la joie de vivre»[473]. Dora tenía fama de ser una mujer comprometida, intelectual cautivadora, socialmente fiable, dotada de talento musical y excepcionalmente hermosa. Herbert Blumenthal, amigo de infancia de Benjamin, no coincidía, sin embargo, con este parecer. Se refería a ella, por el contrario, diciendo que no era «nada más que un ave de rapiña ambiciosa que ya se había abalanzado sobre su primer marido simplemente porque era el hombre más inteligente y más rico del círculo en que se movía». Cuando Benjamin apareció en el horizonte como un «hombre prometedor, dejó a [su primer marido] sin pensárselo dos veces»[474]. Estas palabras marcaron en Benjamin el final de su amistad con Blumenthal y el comienzo de una nueva vida con su esposa; una vida que, a decir verdad, no estuvo exenta desde el principio de un cierto aislamiento, pues él, como comentaba Dora, vivía «sepultado en libros hasta las orejas»[475].

Al año de su matrimonio, en 1918, nació Stefan, el hijo de Benjamin, y la joven familia continuó viviendo una pacífica vida íntima. La adoración de Benjamin por su hijo se manifiesta en los muchos sobrenombres que inventó. Grabó en sus notas confidenciales:

> Stefanze Stefanserich Houselion (cuando estaba tendido bocabajo después de bañarse en Berna) el Sr. Silly, el Sr. Tesoro (después de una muñeca de madera que yo había nombrado así) [...]
>
> Un pie es llamado Felefoot (Philip foot) y el otro Franz Foot. Cuando lo trajeron a la habitación envuelto en una manta se le llamó Babysausage [...][476].

Fascinado por Stefan, Benjamin se interesó por los modos de adquisición del lenguaje de su pequeño. Anotaba las expresiones de Stefan: «cerdo imagen», para referirse a un jabalí que había visto en una fotografía; «beso», para algo húmedo que le tocó la cara; o «carta», para cualquier hoja de papel; «macabuo», para feo o malvado, derivado de «macabro» y «búho»; y «bolsos de colegio» para la «cartera» escolar[477]. Asimismo tomaba nota Benjamin de la mímica de su hijo. Cuando Stefan quería decir «calmarse» levantaba un dedo en el aire, imitando a su madre. La ternura del padre es manifiesta en sus anotaciones «Después de que le desnudaran, Stefan fue dejado a solas en la habitación y comenzó a llorar». Cuando Dora entró al poco rato a ver al niño le dijo: «él solo se limpia la nariz y se seca las lágrimas»[478].

El entregado padre de Stefan dedicaba muchas horas del día a su oficio de escritor. Después de una larga temporada de trabajo, se ausentó por breve tiempo. A su regreso, Dora le contó cómo le había echado de menos su hijo: Stefan se había dirigido a la niñera, Greta, diciéndole que no hiciera ruido porque «ahora él tiene que trabajar». Luego subió unos escalones, abrió dos puertas para entrar en la habitación de su padre ausente, y esperó pacientemente en la oscuridad, imaginando que Benjamin seguía allí; y al acercársele Greta, Stefan le advirtió: «Greta no le molestes, porque tiene que trabajar»[479].

La fascinación de Benjamin por la infancia resultaba evidente en su noción de mímesis que discurre a lo largo de toda su oeuvre filosófica, especialmente en la «Doctrina de la semejanza» y en sus teorías de la «capacidad mimética». El idioma, la imaginación, el desarrollo de la relación entre el mundo externo y la mente, aparecen entretejidos en los múltiples estratos de su obra. Pero su análisis intelectual era siempre apacible, fundado en la observación personal y a menudo humorística: «"Mami, el gato se está riendo". Se está riendo realmente. Pero no sé por qué se ríe. Se ríe incluso cuando no digo nada gracioso. Pero quizá las bromas de los gatos sean diferentes»[480]. Benjamin anotó esta nocturna conversación con su hijo: «Está tendido en la cama, y subiéndose el pijama. Le

pregunto: ¿por qué? "Es moderno, ya sabes"... Uno tiene que verse siempre la tripa, el ombligo, porque así sabemos lo que nos mantiene pegados". ("Es moderno, ya sabes", fue por un tiempo uno de los giros fraseológicos del padre)»[481].

Durante estos años tempranos de paternidad, su ya amigo íntimo Ernst Bloch observó: «Benjamin era algo curioso y excéntrico, pero de una manera muy fructífera [...] pasamos largas noches de conversación»[482]. Sin embargo, aparte del entretenimiento y la paternidad, la vida de Benjamin hubo de enzarzarse en más de una batalla. Económicamente, sus escritos no le aseguraban ingresos suficientes para respaldar las necesidades de una familia en expansión, y aún seguía dependiendo de sus adinerados padres. Pero a medida que iban creciendo los gastos, la situación se iba haciendo cada vez más precaria. Finalmente, después de muchas y penosas negociaciones con su padre, este le adelantó parte de su herencia para sacarlo de apuros hasta que lograra establecerse profesionalmente. No obstante, el mundo de Benjamin se mantuvo estable durante toda la década de 1920 y él se embarcó en un periodo de inmensa creatividad.

Se sucedieron largas horas de quietud y soledad, únicamente interrumpidas por estimulantes conversaciones. Trabajó en su periódico Angelus Novus (verano de 1921); en una traducción de los Tableaux Parisiens, de Charles Baudelaire (1923); y en su ensayo sobre las Afinidades electivas, de Goethe (1924). Durante este tiempo aparecieron sus primeras publicaciones en los periódicos Frankfurter Zeitung y Literarische Welt. Benjamin empezó también una de sus grandes obras, el Arkades Project. Completó el primer volumen de una traducción de Proust, À l'ombre des jeunes filles en fleurs (1927), y publicó además sus dos obras Calle de sentido único (1928) y el Origen del drama trágico alemán (1928). Estaba plantando las semillas de algunos clásicos filosófico-literarios del siglo xx.

Lo que era único en Benjamin era una sensibilidad a su entorno que normalmente se asociaría con una escritura «romántica» sobre la naturaleza. Su capacidad de apreciar las riquezas culturales de

una ciudad, su arquitectura o su arte, solía venir, sin embargo, acompañada de un cierto grado de pomposidad o de esnobismo. Como mínimo era una apreciación mundana. La poesía romántica, por otra parte, constituía una esfera donde uno podía descubrir, como en los poemas de Keats y Wordsworth, las más inocentes y espontáneas sensibilidades. Benjamin era único en el sentido de que sabía conferir espontaneidad infantil y una desinhibida unidad sensual con el mundo que lo circundaba a sus observaciones de la ciudad —no solo en lo que se refiere a la arquitectura y cultura formal de la misma, sino también en lo que respecta a sus estructuras cotidianas—. Los aspectos domésticos, funcionales o incluso mercantiles e industriales de la ciudad fueron experimentados por él valiéndose de un humor místico. Todo tenía una presencia para Benjamin, ya fuese el ruido que se hace al bajar una persiana, la sombra de una jardinera de terracota en un patio, un tren lejano o una calle pavimentada. Y la presencia, la misteriosa presencia espiritual de la ciudad, era en parte un factor humano —historia humana en las cosas hechas por desconocidas manos que las tocaron, las usaron, las sintieron y experimentaron—, como si las cosas mismas conservaran memoria de los dedos que las hicieron, de la gente que las utilizó y de los ojos que las contemplaron al correr de los siglos.

Esa clase de sensibilidad con que estaba equipado la retuvo Benjamin desde la infancia, y la perfeccionó al incorporarla a su pensamiento y a su lenguaje, merced a lo cual poseyó la facultad de traer a la vida un paisaje urbano. No se trataba de ninguna prosa esquinada y difícil, de ningún giro «moderno», de ninguna sofisticación de estilo, correosa y consciente de sí, sino de un inocente asombrarse ante la existencia de todas las cosas. Ese era su don. El asombro, un rito por el que transitaba a un nuevo mundo mágico subyacente a lo que ya se había dado generalmente por supuesto; un reabrir las puertas del paraíso en forma de desinhibida e impoluta espontaneidad. Benjamin lo explicó así:

> Y aprendí a disfrazarme en las palabras, que propiamente eran nubes. El don de percibir semejanzas no es, a decir verdad, nada más

> que un débil residuo de la vieja compulsión a volverse similar y a comportarse miméticamente. En mí, esta compulsión actuó mediante palabras. No las que me hicieron similar a los niños obedientes, sino las que me hicieron similar a las casas, a los muebles, a la ropa... Quedé distorsionado por la semejanza con todo lo que me rodea. Mi morada es, como la de un molusco en su concha, el siglo diecinueve, que ahora yace ante mí como una concha vacía. Lo acerco a mi oído. ¿Qué es lo que oigo? No el ruido de artillería de campaña o de la música de baile de Offenbach, ni siquiera el piafar de caballos sobre el adoquinado o fanfarrias que anuncian el cambio de guardia. No, lo que yo oigo es la breve crepitación de la antracita que cae del recipiente de metal en un horno de hierro, la amortiguada detonación con que se enciende la trama que recubre la llama de gas, el chirrido del globo de la lámpara sobre su anillo de latón cuando pasa un vehículo por la calle. Todavía hay otros ruidos como el tintineo del manojo de llaves, o los dos timbres puestos en las escaleras anterior y posterior [...][483].

El siglo XIX había sido testigo del florecimiento del romanticismo como una reacción adversa al aumento de la industrialización. Benjamin hizo que esas sensibilidades generalmente dirigidas contra la civilización moderna diesen un giro en favor de dicha civilización. Sentía los aspectos del romanticismo en lo que estaban creando las manos humanas. El fabricante no era enemigo de Benjamin; no era el destructor de un mundo cargado de significación. Otros filósofos místicos como Heidegger utilizaron argumentos románticos para denunciar la modernidad. Para desarrollar estos puntos de vista, Heidegger se basó en las ideas del filósofo judío Husserl, considerando la modernidad como la derrota de un pasado más natural, una forma de violencia que precisaba ser contestada con idéntica violencia.

En una carta a Theodor Wiesengrund-Adorno, Benjamin expresó su preocupación sobre el filósofo nazi:

París, 10 de junio de 1935

> Querido Herr Wiesengrund:
>
> [...] ansiosamente espero, mientras tanto, recibir de usted más información en lo que concierne a su destrucción crítica de la «intuición de esencias». ¿No le daría la bienvenida el propio Husserl a esa tal

destrucción[484], ahora que ha tenido ocasión de ver en qué se ha convertido semejante instrumento en manos de alguien como Heidegger?

Cordialmente suyo,
Walter Benjamin.

En un desesperado intento de refutar los puntos de vista de Heidegger, Benjamin escribió también vitriólicamente que necesitaba: «iniciar un pequeño grupo de lectura para "demoler a Heidegger"»[485].

Pero Benjamin no era ningún luchador, ni siquiera intelectualmente. Su manera de serlo no consistía en aseverar o defender un punto de vista, sino en ahondar en los secretos de la vida diaria. Para ello necesitaba tranquilidad, reducir al silencio las atareadas voces humanas circundantes y escuchar a las cosas mismas. De ahí que Benjamin se sintiese impulsado a buscar la soledad y la peregrinación. Su objetivo no era escaparse de las personas sino del ruido y la distracción con el propósito de poder disfrutar de las abundantes melodías de las miríadas de tesoros que giraban en torno a él. El mundo era para Benjamin una cueva de Aladino, un tesoro escondido de excitantes secretos que ansiosamente demandaba. Sus errantes peregrinaciones en solitario, su deambular en plena calle, tomando asiento en cualquier café, o los viajes a los sitios más distantes —todo aquello le reportaba la misma y grata recompensa. Insistía en que su deseo de viajar se lo despertaron las postales que tenía su abuela de remotos lugares[486].

Durante su vida en Berlín, el cambio estacional era un factor influyente, y la curiosidad de Benjamin por el mundo reaparecería cada primavera. Berlín era su casa, sus raíces, el lugar en torno al cual giraban todas las cosas. Pero, atraído por los tesoros de Europa, cuando llegaba la primavera, Benjamin, cual niño cautivado por la magia de un cuento de hadas, pasaba irresistiblemente a la siguiente página para devorarla. En Infancia en Berlín, Benjamin describió cuál fue la inspiración de una de sus aventuras. A propósito de la tarea que consistía en describir cada «mañana de invierno» y cada «tarde de invierno», nos dice: «Me encuentro con el recuerdo

de un Berlín invernal», pues le fascinaban los paisajes helados. Para ello, en el verano de 1930, emprendió un solitario viaje al congelado Norte. En julio subió a bordo de un barco para dirigirse al otro lado del mar del Norte, al Círculo Ártico y a Finlandia del norte, regresando varias semanas después a Alemania por el mar Báltico[487]. En su crónica de Berlín escribió: «Las dunas del paisaje del Báltico se me han aparecido como un espejismo aquí, en la Chausseestrasse[488], tan solo sustentado por los colores amarillos y arenosos del edificio de la estación y el horizonte ilimitado que se abría en mi imaginación detrás de sus paredes»[489]. El mar del Norte, «una serie de salones que se extienden en dirección norte, invadidos por el sonido de las olas, y mientras flotan entre sus paredes gaviotas, pueblos, flores, mobiliario, estatuas y siempre, día y noche, torrentes de luz que atraviesan sus ventanas»[490]. Así es como fue escribiendo Benjamin una pieza literaria, el «Ciclo del mar del Norte» hasta que su embarcación atracó en Sopot en agosto de 1930[491].

El «Ciclo del mar del Norte» brilló con el estilo característico de la filosofía de Benjamin: la Denkbild, o idea-imagen[492]. Esto implicaba una forma única de filosofía, que no requería el esfuerzo de elaborar una teoría sobre el mundo, sino que era más bien una manera de dejar que los objetos revelen ellos mismos sus arcanos. Era una filosofía sensual, no la observación controlada y clínica del científico, sino el abandono del poeta o el místico. Mira, toca, huele el objeto y déjalo hablar en favor de sí mismo: el mundo te revelará sus enigmas a condición de que te abandones al gentil oficio de escuchar.

Los libros eran, por supuesto, para Benjamin las cosas a las que más dispuesto estaba a «escuchar». Con toda la glotonería de un niño ante una caja de bombones, abordaba con deleite la tarea de desempaquetar su colección de libros al regreso de un viaje:

> Estoy desempacando mi biblioteca. Sí. Los libros no están todavía en sus estantes, inafectados aún por el tibio hastío del orden. No puedo ponerme a llevarlos de un lado para otro tras un examen evaluativo, sin antes otorgarles una audición amistosa. No temas nada. Te pido en

> cambio que vengas a reunirte conmigo en este desorden de cajones que han sido desvencijados o abiertos, el aire saturado por el polvo de la madera, el suelo cubierto de papel roto, entre pilas de volúmenes que están volviendo a ver la luz del día tras dos años de oscuridad, y así compartirás conmigo una chispa de humor —no, ciertamente, elegíaco, sino más bien expectativo— que estos libros provocan en el genuino coleccionista [...] Ahora estoy junto al último cajón de libros, del que todavía queda por vaciar la mitad, y está bien pasada la medianoche. Otros pensamientos rondan mi mente distintos de los que te estoy comunicando —o mejor, no pensamientos sino recuerdos [...] Recuerdos de habitaciones que albergaron estos libros, de mi cuarto de estudiante en Múnich, de mi habitación en Berna, de la soledad en el lago de Brienz, y por último de mi infantil aposento, la inicial ubicación de apenas cuatro o cinco de los varios miles de volúmenes que ahora se apilan a mi alrededor. Es la dicha del coleccionista [...]
>
> [...] La propiedad es la relación más íntima que uno puede tener con los objetos. No es que ellos vengan a vivir en él [el coleccionista]; es él el que vive entre ellos. Así que he levantado una de sus viviendas, con libros como piedras de edificio, antes de que tú, y ahora él os desvanezcáis como es de esperar[493].

La dicha de que disfrutaba Benjamin en su mundo de viajes y de libros no podía durar. Desde el mismo comienzo de la década de 1930 se cernieron sobre la Alemania de Weimar nubes de tormenta cuya inexorable fuerza estaba a punto de obligarlo a salir de su santuario privado. El 26 de julio de 1933, cuando solo habían transcurrido muy pocos años desde que Benjamin desempaquetara su biblioteca en Berlín, su amigo Scholem le escribiría:

> [...] las más recientes leyes de Berlín han sido diseñadas, por supuesto, con la intención de culminar una campaña de saqueo. ¿Has tomado alguna medida efectiva para rescatar al menos tu biblioteca del riesgo de que la confisquen por ser propiedad de un «enemigo del pueblo alemán»? [...] Nos consterna oír que, con las prisas de la emigración, hayan sido vendidas bibliotecas valiosas por sumas ridículamente insignificantes —porque lo que uno no ha podido llevarse consigo, simplemente, ha perdido todo valor[494].

Un dolor en la pierna derecha devolvió a Benjamin a la nada confortable realidad de la habitación que ocupaba en la española isla de Ibiza, en aquel verano, insoportablemente caluroso, de 1933. Del sucio colchón en que yacía, extendió la mano para hacerse con algún recado de escribir, pues quería enviarle una carta a su querido amigo Scholem. El mensaje fue garabateado en un papel de irregular tamaño, de color azul grisáceo y de un género que Benjamin nunca usaba normalmente.

Fonda Miramar,
San Antonio, Ibiza (Baleares)
31 de julio de 1933

Querido Gerhard:

A ti, como autoridad indiscutible en el campo de mi correspondencia, te bastará la visión de este papel de cartas para saber que algo no marcha bien. Y esa circunstancia justifica en todo caso una parte de las tres semanas que he dejado transcurrir sin agradecerte tu amable carta de felicitación por mi cumpleaños y, en especial, la permanente demora en el envío de las notas sobre el lenguaje que te corresponden.

Desde hace unos catorce días estoy enfermo. Y como el comienzo de la enfermedad (en sí nada grave) coincidió, quizá no casualmente, con los calores de julio, estuve agobiado intentando cumplir con mis deberes a medias en circunstancias tan difíciles.

[...] Respecto a mi dolencia, tengo una infección muy molesta en una herida de la pierna, y debo considerar una suerte el que se manifestara cuando llevaba ya un par de horas en la ciudad de Ibiza; en San Antonio mi situación hubiera sido grotesca. Vivo en una habitación de hotel por una peseta diaria (el precio ya te dice el aspecto que tiene), y yo mismo me arrastro por la ciudad para solucionar los asuntos más urgentes. Si en dos o tres días no se iniciara una mejoría definitiva, me vería obligado a permanecer completamente inmóvil. Un médico alemán que he logrado encontrar aquí pinta todos los días con gran placer las probabilidades que tengo de morir en una cama a causa de una complicación.

Esto es todo por hoy. Con los saludos más amables,

Tuyo, Walter[495].

La miseria que acosaba a Benjamin no cedió. Todo el largo verano y el otoño de 1933 los pasó postrado en cama. Trabajaba con dificultad, y su situación financiera se deterioraba, al igual que su salud. Lejos de la ciudad, lejos incluso del pueblo más cercano, sus más negros temores se estaban haciendo realidad.

Fonda Miramar,
San Antonio, Ibiza (Baleares)
1 de septiembre de 1933

> Querido Gerhard:
>
> Casi un mes ha transcurrido desde que recibí tu última carta. Pero esta vez no tengo que buscar las razones de mi largo silencio, aunque cambiaría gustoso esas razones por la vergüenza de tener que buscar excusas. Ante todo, desde hace dos meses no me recupero de mi dolencia. No se trata de nada serio. Pero el agotamiento y las complicaciones se unen tan irremediablemente a una cadena de desdichas que permanezco días o semanas completamente abatido [...]
>
> Con respecto a mi salud, vuelvo a estar tendido en cama, sufriendo de una inflamación muy dolorosa de la pierna. Aquí no es posible encontrar ni médicos ni medicamentos, pues vivo en el campo, a treinta minutos del pueblo de San Antonio. El que apenas me pueda mantener en pie, la imposibilidad de hablar el idioma nativo y tener que trabajar además todo lo posible conduce a veces, bajo tan primitivas condiciones, al límite de lo soportable. En cuanto me recupere, regresaré a París. Pero no sé cuánto tiempo llevará. Sigue escribiéndome aquí de todas formas [...]
>
> Con un cariñoso adiós, hazme saber pronto de ti
>
> Tuyo, Walter[496].

Luchando no solo por la obtención de alimento, sino también contra «la increíble dificultad que suponía obtener algo de agua», sus condiciones de vida eran lamentables, a propósito de lo cual escribió: «si supieras hasta qué punto es malo el peor colchón del mundo (y estoy tumbado en él)...»[497]. Benjamin había temido siempre tener que vivir una vida miserable, segregada de la existencia, pero ahora los nazis lo estaban empujando inexorablemente a ese temido extremo, a pasar de la vida con

amigos al aislamiento, de la ostentación de riqueza a la vestidura de harapos.

Tomó la determinación de regresar a París, a un mundo que le era familiar, tan cerca de Berlín como fuese posible. Porque si fuera a morir, y él temía que así fuese, lo haría al menos rodeado por un ambiente poseedor de significado:

> No sé cuándo podré ir a París. Aquí estoy en el campo, prácticamente sin ayuda, sin médico, sin otra posibilidad que la de dar dos pasos a costa de los mayores dolores [...] Muchas pequeñas llagas, que se han inflamado, y —(sea por el calor, sea por la deficiente alimentación de los últimos meses) una gran debilidad que no favorece la recuperación[498].

Mendigó, pidió prestado y vendió pertenencias con el fin de recaudar dinero para viajar y se las arregló para dar finalmente con sus huesos en la capital francesa, desde donde, el día 16 de octubre de 1933, escribió lo siguiente a su amigo Gerhard Scholem:

> [...] Antes de tocar este o aquel punto de nuestras últimas cartas, un cuadro de mi situación. Llegué a París gravemente enfermo. Esto quiere decir que en Ibiza no llegué a recuperarme en ningún momento, y el día de mi salida definitiva coincidió con el comienzo de una serie de graves accesos de fiebre. El viaje lo hice bajo condiciones inimaginables, y aquí, justo tras mi llegada, se me diagnosticó malaria. Una enérgica cura de quinina me ha devuelto entretanto la lucidez, aunque no todavía mis fuerzas. Estoy muy debilitado por los diversos rigores (de los cuales no es el menor la lamentable alimentación) de mi estancia en Ibiza. No te sorprenderá saber que aquí estoy ante tantas interrogantes como esquinas tiene París [...] Hasta ahora apenas he abandonado el lecho y, por tanto, no he podido reanudar mis relaciones aquí[499].

Finalmente, Benjamin se recuperó y entabló el contacto con amigos. Pasó principalmente el resto de su exilio en París, y aunque ello le obligaba a subsistir en un ambiente difícil y costoso, le permitía el acceso a grandes bibliotecas y a la atmósfera intelectual que ansiaba. En Francia conoció a otros artistas e intelectuales

alemanes que también se habían refugiado, incluyendo a Hannah Arendt y su compañero Heinrich Blücher. Sin embargo, Benjamin continuó viviendo en la pobreza y pasó los siguientes años durmiendo en habitaciones de hoteles y pensiones y, ocasionalmente, en apartamentos mendigados o prestados en París o en otras ciudades europeas. A veces encontró la protección de amigos como Bertolt Brecht, con quien compartió su exilio en Svendborg, Dinamarca, y también se las arregló para pasar un breve pero precioso tiempo con su ex-esposa Dora Sophie y su amado hijo Stefan, ambos ya instalados fuera de peligro en San Remo, Italia.

A mediados de la década de 1930, Benjamin volvió a poder ganarse la vida con sus obras, que incluían unas cuantas publicaciones recientes en el periódico alemán Frankfurter Zeitung. Su situación financiera, sin embargo, continuó deteriorándose, hasta que le llegó el alivio, merced al Frankfurt Institute for Social Research (Instituto de Investigación Social de Fráncfort). Este Instituto era obra de un grupo de filósofos judeo-alemanes de tendencia izquierdista e impresionante reputación que se habían trasladado por entonces a Nueva York. Le pagaron un estipendio regular y él reforzó sus lazos con sus dos figuras más eminentes, Theodor Adorno y Max Horkheimer. En 1936, el Instituto publicó en su revista Zeitschrift fiir Sozialforschung el que iba a ser uno de los ensayos más famosos de Benjamin, «La obra de arte en la era de su reproductividad técnica».

Pero estos fueron años duros, y el tiempo se estaba acabando. En febrero de 1939, la Gestapo consideró a Benjamin como un adversario de su régimen, y en una carta fechada el 26 de mayo, la embajada alemana le escribió para comunicarle su expatriación: Benjamin fue despojado de su ciudadanía alemana. Él escribió que «la pesadilla que atenaza a las personas en esta situación [...] no es tanto el ser hecho prisionero al día siguiente, como la amenaza de pasar años de encarcelamiento en un campo de concentración»[500].

Esta amenaza empezó a cernerse con mayor proximidad cuando el 1 de septiembre Hitler invadió Polonia, y Gran Bretaña y Francia entraron en guerra con Alemania. Benjamin ya había perdido su

casa, sus medios de subsistencia, su país y su ciudadanía —ahora si no tenía cuidado podría perder su libertad—. Como observó un comentarista:

> La *drole de guerre* entre Francia y la Alemania de Hitler, no empezó con combates en la línea Maginot o en cualquier otro lugar, sino internamente: contra los comunistas y los socialistas franceses, e igualmente también contra los despreciados emigrantes extranjeros, sobre todo de habla alemana que, con independencia de que fuesen o no antifascistas, eran ahora indiscriminadamente considerados como la Quinta Columna de Hitler[501].

Con el advenimiento de la guerra todos los alemanes, austríacos, checos, eslovacos y húngaros con edad comprendida entre diecisiete y cincuenta años fueron reunidos inmediatamente en Francia. Estos extranjeros fueron «internados» en campos provisionales. Los que residían en París fueron enviados al estadio de Colombes, un campo de fútbol incapaz de alojar a cientos de miles de refugiados. Benjamin estaba entre ellos. Mientras aguardaban «recostados en las terrazas, apiñados en los bancos de piedra, paseando a lo largo de la cenicienta pista, matando el tiempo en juegos de cartas o partidas de ajedrez o devanándose los sesos sobre cómo había podido el gobierno francés actuar con semejante desafío al derecho internacional», fueron metidos a empujones en autobuses, como si fueran prisioneros de guerra, y transportados con escolta militar a la estación de Austerlitz, y desde allí, en vehículos cerrados, a campos formales de internamiento. Benjamin fue finalmente encarcelado por las autoridades francesas en un campamento cerca de Nevers, un pueblo pequeño en el valle del Loira, más o menos a mitad de camino entre París y Lyon[502].

Detenido durante tres meses, Benjamin fue finalmente liberado a últimos de noviembre de 1939. Regresó a París donde escribió eufemísticamente a su amigo Scholem el 25 de noviembre de 1939, que «una vez declarada la guerra, era imperativo que todo refugiado alemán fuese a un campo de internamiento»[503]. Sin embargo, la experiencia de ese internamiento fue tan horrible para él que

determinó el curso de los acontecimientos posteriores y empujó a Benjamin hacia un fatal desenlace.

En la capital francesa, y a pesar de la guerra, Benjamin trabajó tenazmente y puso fin a sus tesis «Sobre el concepto de historia». Con tranquilidad, pero todavía aislado y solo, el día 11 de enero de 1940, le dirigió su última carta a su amigo Scholem comunicándole: «El aislamiento, que es mi condición natural, ha aumentado debido a las actuales circunstancias»[504]. Su regreso a París había sido peligroso y antes del mes de mayo de 1940 la fuente de sus preocupaciones era algo más que la soledad. Los ejércitos de Hitler iniciaron la ofensiva en el frente occidental y se abrieron paso por las defensas francesas, forzando su camino por las Ardenas y abriéndose paso vigorosamente hacia el interior de Francia. Convergieron en París, donde Benjamin, erróneamente, había creído estar seguro.

Una vez más, igual que antaño cuando fue a Berlín en 1933, nos encontramos a Benjamin en una capital europea y atisbando desde una ventana de su apartamento cómo, recorriendo las adoquinadas calles, numerosísimas familias huían para salvar sus vidas. Pero esta vez aquello sucedía en París y en 1940, y la situación era aún más perentoria. Estaba en marcha un éxodo masivo y más de 2 millones de personas huían en automóvil, en carruajes tirados por caballos o a pie, llevando consigo lo poco que pudieran rescatar de sus pertenencias en carretillas, en cunas o simplemente cargadas sobre la espalda. Caminaban penosamente y con ellos entre cinco y seis millones de belgas y franceses del norte y del este que también estaban huyendo de los nazis. Estos refugiados formaban una caravana interminable de miseria humana, con fardos de ropa y pertenencias amontonadas, que se arrastraba hacia el sur de Francia[505].

Benjamin se unió al éxodo. Huyó primero a Lourdes, un pequeño pueblo comercial situado en las estribaciones de los Pirineos, que ya estaba invadido de refugiados. No se sentía seguro y cada vez con más fuerza crecía en él la convicción de que lo que tenía que hacer era abandonar Francia. En una carta a Theodor Adorno, «Teddie»,

escrita en Lourdes el 2 de agosto de 1940, Benjamin expresó así su preocupación:

> Mi querido Teddie:
>
> Por varias razones ha sido un deleite para mí recibir tu carta de 15 de julio —una de ellas es que hayas tenido la generosidad de acordarte de mi cumpleaños [...].
>
> [...] como sabes, las cosas no parecen estar, para mí personalmente, mejor de lo que lo están para mis obras. Las circunstancias que me acontecieron repentinamente el mes de septiembre pudieran repetirse en cualquier momento, pero ahora con una perspectiva totalmente diferente. En los últimos meses, he visto a un buen número de personas no sólo ir con su existencia a la deriva... sino *caer en picado* de la noche a la mañana...
>
> La plena incertidumbre sobre lo que pueda depararme el día siguiente, o incluso la próxima hora, gobierna ahora mi vida desde hace varias semanas. Estoy condenado a leer cada periódico (que salen aquí y ahora reducidos a una sola página) como si fuese una requisitoria de comparecencia dirigida a mí en particular, a escuchar en cada transmisión radiofónica la voz de la fatalidad [...][506].

En su intento de dejar Francia, Benjamin fue al consulado en Marsella para tratar de conseguir el permiso necesario. Pero la visita resultó infructuosa. Por otra parte, hacía algún tiempo que los dos filósofos amigos de Benjamin que vivían en América, Theodor Adorno y Max Horkheimer, habían iniciado algunas gestiones. Estaban tratando de obtener el permiso necesario para que Benjamin pudiera salir de Francia y entrar en los Estados Unidos.

Benjamin escribió a Adorno, «La perspectiva de recibir noticias del consulado de Marsella ha renovado algo mis esperanzas. Una carta del consulado probablemente me permitiría desplazarme a Marsella». Y continuó:

> He oído algo sobre sus negociaciones con La Habana y sus intentos relativos a Santo Domingo. No me cabe la menor duda de que usted está haciendo todo lo humanamente posible, e incluso «más de lo humanamente posible»... por ayudarme. Mi gran temor es que disponemos de mucho menos tiempo de lo que imaginamos. Y aunque no habría considerado la posibilidad hace un par de semanas, nueva

> información recibida me ha movido a preguntar [...] [por] la posibilidad de que yo obtuviese permiso para visitar temporalmente Suiza. Ya sé que hay mucho que decir en contra de esta vía de escape, pero hay un poderoso argumento a su favor: y ese es el tiempo. ¡Si esta manera de escapar al menos fuese posible![507].

Benjamin se sentía atrapado y su miedo era sentir que la red se iba estrechando. En agosto, obtuvo un visado para los Estados Unidos, negociado con éxito por la escuela de Fráncfort. Pero a pesar del visado las autoridades exigieron documentos adicionales que él no tenía, de manera que el peor de sus temores se hizo realidad. El 24 de septiembre de 1940 se acordó que los emigrantes que viviesen en las zonas no ocupadas de Francia fueran puestos a disposición de los alemanes, en cuyo caso les aguardaría la deportación. Benjamin podía ser capturado y encerrado en cualquier instante, lo cual no significaba otra cosa que un transitorio movimiento hacia un campo de concentración.

Ahora Benjamin, verdaderamente desesperado, tenía que salir cuanto antes de Francia. Pero al no disponer de todos los papeles necesarios, el único camino que le quedaba era cruzar ilegalmente la frontera francesa. Esto era arriesgado y tendría que eludir a la policía en cada etapa. ¿Podría quizá partir hacia América desde Portugal, que era un país neutral, y al que podría llegar a través de España?

Lisa Fittko, una amiga de Benjamin que residía en el sur Francia, conservaba memoria de lo siguiente:

> Recuerdo haberme despertado en la habitación angosta bajo el tejado adonde me había ido a dormir unas horas antes. Alguien estaba llamando a la puerta. Pensando que sería la niña pequeña de la planta baja, salí de mi cama y abrí la puerta. Pero no era ella. Froté mis entreabiertos ojos. Era uno de nuestros amigos, Walter Benjamin... ¿Qué hacía aquí? *«Gnadige Frau»,* dijo, «le ruego que acepte mis disculpas por esta contrariedad». El mundo podría venirse abajo, pensé para mis adentros, pero no la *politesse* de Benjamin. *«Ihr Herr Gemahl»,* continuó, «me dijo cómo encontrarla y me dijo también que usted podía llevarme a la frontera de España». [La amiga respondió] «Pero Sr. Benjamin, ¿se da usted cuenta de que no soy una guía

competente en esta región? La verdad es que yo no conozco ese camino. Nunca estuve por allí... ¿Quiere usted correr ese riesgo?». «Sí», respondió Benjamin sin el menor titubeo, «el verdadero riesgo sería no correrlo»[508].

El día 25 septiembre de 1940, Benjamin empezó a poner en práctica su plan de huir de la parte meridional de Francia para pasar al otro lado de los Pirineos. Lisa aceptó ser su guía, pero era demasiado peligroso que la vieran en el pueblo acompañando a un desconocido, así que convinieron en encontrarse en un lugar especial a medio camino en la cima de una montaña. Él tendría que llegar por sí solo hasta el lugar convenido.

Benjamin se apuntó a un viaje de excursionistas, camuflándose así entre un grupo de turistas. Juntos treparon por los senderos cubiertos de hierba en los tramos inferiores de los Pirineos. Y luego, cuando llegaron cerca del lugar donde había de encontrarse con Lisa, él se escondió entre el temprano follaje otoñal de la ladera, mientras el resto del grupo descendía de vuelta al pueblo sin él. Rezó para que nadie lo echara en falta, y respiró aliviado al perderlos a todos de vista. Luego, cuando se cernió la oscuridad, como si las sombras emergieran de la montaña misma, desde las rocas y debajo de los árboles, Benjamin siguió escondido, con la esperanza de que su guía Lisa hubiera logrado burlar a la policía en el pueblo y viniese a buscarlo. Y cuando la oscuridad siguió descendiendo y las tonalidades de marrón rojizo de las hojas de septiembre se desvanecieron para ser reemplazadas por el más dramático fulgor de las estrellas vespertinas, Benjamin encontró un cómodo lugar de descanso y durmió a la intemperie, bajo el lento cielo giratorio nocturno.

En las primeras horas de la mañana siguiente, Lisa y un amigo, Henny, con su hijo José, que eran también judíos, iniciaron su arriesgado viaje para salir al encuentro de Benjamin. El grupo se mezcló con los vecinos a su paso por el pueblo. Para no ser detectados por la policía, llevaban pequeñas bolsas de lona, «musettes», y prendas de ropa propias de agricultores. Salieron tranquilamente del pueblo e iniciaron su abrupta caminata por el

campo. Benjamin aguardaba en su escondite en las montañas, con sus cinco sentidos alerta, y acelerándose el latido de su corazón cada vez que escuchaba el ladrido de un perro o el ruido de los pasos de un caminante. Por fin, a primeras horas de la tarde, divisó a su guía, acompañada de sus amigos. Una cálida sensación de alivio lo inundó, pues ahora parecía asegurada la posibilidad de escapar. Continuaron la escalada de la montaña. El grupo se vio forzado a caminar a intervalos de diez minutos, seguidos de una pausa de un minuto, porque el corazón de Benjamin era débil y pésimo su estado de salud. Pese a viajar con esta lentitud, intercalando numerosos descansos de corta duración, lograron llegar por la tarde a Portbou, un pueblo de la frontera franco-española emplazado en los Pirineos. Era un lugar impresionante, arropado por montañas y con escarpados acantilados que se precipitaban hacia el océano. La imagen más parecida a un lugar de salvación.

Un grupo de hombres uniformados interrumpió la sublime paz del paisaje. La policía española los interceptó. Benjamin trató de no dejarse invadir por el pánico, pues le tranquilizaba contar con la seguridad de los permisos necesarios. Pero su corazón palpitaba cuando la policía se puso a examinar detenidamente los exiguos documentos. Todos los miembros de aquel diminuto grupo disponían de visados de tránsito a España, que eran legítimos cuando empezaron el viaje. Pero la policía les informó de que esos visados habían sido anulados aquella misma noche por el gobierno español y que desde ese momento carecían de permiso para transitar por España. Por si esto no fuera suficiente inconveniente, el gobierno había ordenado además que todos los refugiados de Francia fuesen inmediatamente enviados de vuelta. Benjamin paseó descorazonado sus ojos por la hierba del sendero que acababan de pisar después de recorrer tan largo camino.

Benjamin y sus amigos fueron escoltados por la policía para pasar la noche en el hotel Fonda de Francia, en Portbou. Habiéndoseles negado la entrada en España, iban a ser devueltos a Francia al día siguiente. En el hotel permanecerían bajo vigilancia: «Y fuimos presentados», explicó su amiga, «ante tres policías que se suponía que habían de acompañarnos por la mañana a la frontera francesa».

El propietario del hotel Fonda de Francia tenía conexiones con la Gestapo, y se sabía que tenía por norma entregar a los fugitivos a los nazis. Aquella noche Benjamin tuvo que cenar en el comedor en presencia de este propietario y de la Gestapo.

Después de la cena, Benjamin salió al corredor, donde hacía más fresco. Hizo varias llamadas telefónicas finales pidiendo desesperadamente ayuda. Todo fue en vano. Expulsado de su hogar, empujado de una vida muelle a otra de miseria, Benjamin había quedado reducido a la indigencia y ya conocía la experiencia de haber sido recluido una vez. Sabía que la persecución continuaría. Ahora estaba en manos de los nazis, que lo enviarían en último caso de Francia a Alemania. Sabía lo que, igual que a todos los judíos, le aguardaba en la tierra en que nació: un campo de concentración[509].

Tras sus fallidas llamadas telefónicas, Benjamin se retiró a su habitación. Allí, tras la pesada puerta de madera, recordó un juego al escondite de su infancia.

> Yo ya conocía en la vivienda todos los escondites, y así volvía a ellos al igual que a una casa en la que sabes que todo va a estar como lo dejaste. Mi corazón latiría acelerado, conteniendo el aliento. El niño que está detrás de la cortina se torna así en algo tremolante y blanco. A saber, se convierte en un fantasma. La mesa del comedor bajo la cual se encuentra acurrucado lo convierte en el ídolo de madera del templo; las talladas patas del mueble son ahora cuatro pilares. Y detrás de la puerta, él mismo es la puerta, la puerta es una máscara pesada que él se ha puesto, y el niño es el sacerdote brujo que hechiza a cuantos entran desprevenidos. A ningún precio lo pueden encontrar [...] Si alguien me descubriese, podía dejarme convertido en estatua, rígido debajo de la mesa, o entretejerme para siempre en la cortina igual que un fantasma, confinarme de por vida dentro de la pesada puerta.

Cuando el niño Benjamin se veía en trance de ser atrapado, en lugar de dejarse vencer por el miedo, tomaba las riendas de la situación con sus propias manos y exhalaba un grito para revelarse a sí mismo. «Si la persona que me estuviese buscando descubría mi escondite, yo daría un grito estentóreo para expulsar al demonio que me había transformado, y ni siquiera aguardaba el instante del

descubrimiento, sino que anticipaba su llegada con un grito de autoliberación»[510].

Ponerse a dar gritos ahora, cuando la Gestapo entrase en su habitación, sería inútil. A Benjamin le quedaba solamente una alternativa, así que aquella noche, mientras que, escaleras abajo, los hombres de la Gestapo bebían a placer en el comedor después de la cena, él extrajo de su bolsillo una pequeña ampolla que había traído consigo. Era, en sus propias palabras, una dosis de morfina suficiente «para matar a un caballo».

Benjamin ingirió el veneno, su poción mágica de «auto-liberación».

En el registro de defunciones de Portbou se hizo constar la de un tal «Walter Benjamin». La muerte fue registrada a las 10 p.m. del día 26 de septiembre de 1940.

---

446 Descripción de la fotografía titulada «Judíos expulsados de Alemania después del año 1933», Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín.

447 W. Benjamin, Infancia en Berlín hacia el 1900, Madrid, Abada Editores, 2011.

448 Descripción basada en una fotografía en blanco y negro tomada por Netty Kellner, en la notable biografía de M. Broderson, 1996, pág. 117.

449 W. Benjamin y G. Scholem, Correspondencia, 1933-1940, Madrid, Trotta, 2011.

450 Entrada del Kiirschners Deutscher Literaturkalender, 1930, cit. en M. Broderson, 1996, pág. 190.

451 J. Selz, 1991, pág. 355.

452 M. Broderson, 1996, pág. 202.

453 Ibíd.

454 B. Brecht, 1976, pág. 218.

455 W. Benjamin y G. Scholem, Correspondencia, ed. cit. (téngase en cuenta que Scholem había emigrado a Palestina).

456 Ibíd.

457 Ibíd.

458 La cursiva es mía.

459 W. Benjamin y G. Scholem, Correspondencia, ed. cit.

460 H. Benjamin, 1977, pág. 210.

461 W. Benjamín y G. Scholem, Correspondencia, ed. cit.

462 Ibíd.

463 W. Benjamín, Infancia en Berlín hacia el 1900, ed. cit.

464 M. Broderson, 1996, págs. 1-6.

465 G. Scholem, 1983, pág. 130.

466 W. Benjamin, vol. 3, 1972-1989, págs. 194-199; M. Broderson, 1996, pág. 21.

467 W. Benjamin, Infancia en Berlín hacia el 1900, ed. cit.

468 Ibíd.

469 Ibíd.

470 M. Broderson, 1996, págs. 93-94.

471 Carta a G. Scholem, 30 de julio de 1917, en W. Benjamin, Correspondencia.

472 W. Kratf, 1973, pág. 71.

473 C. Wolff, 1980, pág. 66.

474 Obsérvese que esta fue la relación a la que Benjamin hizo referencia en su carta de 31 de julio como «murió al salir de Zúrich», M. Broderson, 1996, pág. 97.

475 M. Broderson, 1996, pág. 100.

476 W. Benjamin, 1995-2000, vol. 1, pág. 271.

477 G. Scholem, 2003, pág. 12.

478 W. Benjamin, 1995-2000, vol. 1, págs. 289, 296.

479 E. Leslie, 2007, pág. 51.

480 U. Marx, G. y M. Schwarz y E. Wizisla (eds.), 2006, pág. 112.

481 Ibíd.

482 Palabras de Ernst Bloch, hacia 1920, en M. Broderson, 1996, pág. 100.

483 W. Benjamin, Infancia en Berlín hacia el 1900, ed. cit.

484 W. Benjamin y T. Adorno, 1999, pág. 100.

485 E. Leslie, 2007, pág. 104.

486 W. Benjamin, 1999, pág. 621.

487 W. Benjamin, Infancia en Berlín, ed. cit.

488 E. Leslie, 2007, pág. 104.

489 W. Benjamin, 1999, pág. 598.

490 W. Benjamin, 1972-1989, vol. 4, 1, pág. 383.

491 E. Leslie, 2007, pág. 108.

492 Ibíd., pág. 105.

493 W. Benjamin, 1992, págs. 61-69.

494 W. Benjamin y G. Scholem, Correspondencia, ed. cit.

495 Ibíd.

496 Ibíd.

497 Ibíd.

498 Ibíd.

499 Ibíd.

500 Expresada en una carta a Gretel Adorno, en 1 de noviembre de 1938, véase W. Benjamin, 1994, pág. 57.

501 M. Broderson, 1996, pág. 244.

502 Ibíd.

503 W. Benjamin y G. Scholem, Correspondencia, ed. cit.

504 Ibíd.

505 M. Broderson, 1996, pág. 250.

506 W. Benjamin y T. Adorno, 1999, pág. 340.

507 Ibíd., pág. 240.

508 Lisa Fittko, «The Story of Old Benjamin», en W. Benjamin 1974-1989, vol. 5, págs. 1, 185-186.

509 M. Broderson, 1996, pág. 254.

510 W. Benjamin, Infancia en Berlín hacia el 1900, ed. cit.

CAPÍTULO 7

El exilio: Theodor Adorno

La desventura de Benjamin es solo un ejemplo de cómo los nazis destruyeron la vida de numerosos grandes intelectuales. Entre aquellos en los que se cebó el acoso del Tercer Reich, la persecución, la pobreza, la huida y el suicidio fueron experiencias frecuentes. Sin embargo, a pesar del peligro que corrieron, no todos los filósofos judeo-alemanes perdieron la vida bajo el régimen de Hitler: algunos lograron escapar de su tierra natal y, mientras los libros se consumían en un crepitar de llamas, unos pocos afortunados pudieron acogerse a sagrado en el exterior.

Theodor Adorno fue uno de ellos. Como Benjamin, era de aspecto distinguido y extravagante, y tenía la misma perspicacia intelectual y no menor sensibilidad que aquel. Su carácter, sin embargo, era, al menos en apariencia, mucho menos trágico, por lo que este filósofo y musicólogo, uno de los pensadores más asombrosos y de mayor complejidad y abstracción del siglo XX, ha sido considerado con frecuencia como una figura cómica, y era visto en Inglaterra como un dandi —el Charlie Chaplin del mundo de la filosofía—. También estaba más capacitado para sobrevivir, y su historia refleja los altibajos de un genio en el exilio.

Tras huir de Alemania, Adorno vivió entre mediados de los años treinta y mediados de los cuarenta refugiado junto a su esposa y acompañante en el exilio en la Costa Oeste de Estados Unidos. En una serie de cartas dirigidas a sus padres, Adorno describía tanto los encantos como los sinsabores del exilio; en una carta concreta, escrita el ocho de febrero de 1944, Theodor —Teddie—, que por entonces tenía cuarenta años, refería un gracioso suceso con la estrella de cine Greta Garbo:

> Queridos...

> Domingo en el Salka's para tomar el té. Aparte de la familia (con la vieja *Frau* Steuermann) solo había una mujer vestida de *sport* que me resultaba vagamente familiar. Observé que Salka le decía nuestros nombres, pero no viceversa, de lo que deduje que debía de ser tan famosa que esperaba que de todas maneras supiéramos quién era. Solo después de esto reconocí que era Garbo[511].

Adorno prosigue refiriéndose a su perro Alí Babá:

> Alí Babá esperaba en el coche. Súbitamente irrumpió en la conversación, y *Miss* Garbo, a quien le encantan los perros afganos, nos pidió que lo trajéramos. Ahora Salka tiene tres perros: dos nerviosos *setters* y un enorme pastor alemán que acababa de morder a *Miss* Garbo (muerde a todo el mundo). Pero los tres monstruos estaban encerrados bajo llave. Así que dejamos que entrara Alí. Olfateó a sus congéneres, se puso como un loco —nunca le había visto tan fuera de sí— y, antes de que nos hubiéramos dado cuenta, había levantado su pequeña patita al lado de una estantería con libros y dejado una *marca* sobre un libro [...] en presencia de la mujer supuestamente más hermosa del mundo[512].

La anécdota del perro que orina frente a un icono del cine da una idea de lo absurdo del glamour que se le atribuye a la vida de Adorno en el exilio. Al residir en la Costa Oeste de California, este emigrado judeo-alemán confraternizó con muchas estrellas de Hollywood: frecuentó incluso la compañía de Charlie Chaplin:

> Uno de los invitados se acercó para despedirse temprano mientras Chaplin permanecía a mi lado. A diferencia de Chaplin, extendí la mano de manera un tanto distraída y luego la agité con fuerza. El hombre que se estaba despidiendo era uno de los principales actores de la película *Los mejores años de nuestra vida* [...]. Había perdido una de sus manos en la guerra y llevaba un garfio de hierro que a pesar de todo era muy eficaz. Cuando estreché su mano derecha y reaccioné a la presión, estaba muy sorprendido, pero era consciente de que no debía permitir que Russell viera mi reacción bajo ningún concepto. Enseguida transformé la expresión de sorpresa de mi cara en una mueca de triunfo que debió de parecer incluso más espantosa. Apenas se había marchado el actor y Chaplin estaba ya parodiando la escena. Así de cercana al horror está la risa que produce[513].

Adorno en su despacho de Yale Street, Santa Monica, CA, 1949. T. W. Adorno Archiv, Frankfurt am Main/photographer: Franz Roehn.

El suceso fue elocuente, por cuanto que Adorno, al igual que otros exiliados, llevaba en América una elegante vida social que constituía un mundo alejado de Europa y de la guerra. El garfio de hierro del actor lisiado fue para Adorno no solo una sorpresa, sino también un súbito recordatorio del horror que se estaba produciendo lejos de allí. Por medio de aquel apretón de manos, Adorno sintió en sus carnes la súbita presencia física de la destrucción[514].

Procedentes de Fráncfort y acostumbrados a la sofisticada arquitectura de una vieja ciudad europea, Adorno y su esposa Gretel

se encontraban entonces viviendo en California. Gretel describía en una carta a sus suegros el apartamento típico de Los Ángeles:

> Hoy os describiré el aspecto de nuestro apartamento [...] Se accede directamente al comedor, donde hay una gran ventana orientada al oeste. Los muebles Biedermeier están junto a la chimenea (que, por lo demás, no usamos) que mira hacia la entrada; el gran piano está en el ángulo diagonal de la estancia [...] Todavía hay que ordenar libros, partituras y manuscritos[515].

Cuán incongruente debía de parecer el viejo mobiliario europeo en aquel moderno y luminoso entorno.

En América, anticuado y tan incongruente como sus muebles, Adorno debía de resultar pintoresco. Hacia 1944 era un hombre de mediana edad cuyo pelo empezaba a escasear y que llevaba unas gafas oscuras de monturas cuadradas que rompían su semblante y se destacaban en su por lo demás redonda cabeza. Era habitual verle con un traje oscuro, un atuendo formal que le daba una apariencia severa que suavizaba con sus elegantes modales y con la atenta y pensativa expresión de sus ojos. De baja estatura y bastante corpulento, el ejercicio físico le resultaba extraño, si bien lo compensaba con su actividad intelectual. Y no cabe duda de que sus maneras, formales y elegantes, desentonaban con el ambiente californiano.

En Los Ángeles vivían muchos otros refugiados judíos, incluyendo personajes tan célebres como los directores de Hollywood Max Reinhardt y Fritz Lang. Adorno se relacionó con ellos, al igual que con el Premio Nobel de Literatura Thomas Mann y con los compositores Arnold Schönberg y Béla Bartók. En una carta a sus padres, Adorno afirma: «El sábado por la noche fuimos a cenar con los Dieterle y Max Reinhardt vino con nosotros»[516]. Reinhardt era de ascendencia judía —había nacido en el Imperio Austro-Húngaro, donde le habían puesto el nombre de Maximilian Goldman— y, en 1938, después de que el Anschluss llegara a Austria, se refugió primero en Inglaterra y luego en Estados Unidos. Sus películas fueron prohibidas por los nazis. Entre otros éxitos, dirigió Sueño de

una noche de verano, con un reparto en el que figuraban James Cagney y Mickey Rooney; y fundó la prestigiosa Escuela de Teatro Reinhardt, en el Sunset Boulevard de Hollywood.

Adorno se relacionaba con esos emigrados icónicos no solo en actos de sociedad, sino también en la intimidad de su hogar. Por ejemplo, cuando se mudaron de casa en California, un célebre personaje les ayudó a organizar el mobiliario. Adorno lo cuenta en una carta a su madre:

> Así que nos mudamos de casa tranquilamente y sin percances, sin que se dañara un solo disco del gramófono y sin que se rompiera ni si quiera un vaso, y los empaquetadores eran muy educados. Los planos que te envío te darán una idea de cómo quedará el mobiliario —*Fritz Lang* dispuso los muebles para nosotros, así que sabemos exactamente dónde colocar cada pieza[517].

No todo el mundo podía presumir de que uno de los directores de cine más famosos del mundo, Fritz Lang, le ayudara a planificar la distribución de los muebles de su nueva casa. La película de Lang más conocida, Metrópolis, llevó al director a ser calificado de «maestro de la oscuridad», y su nombre se asoció en seguida con el cine negro. En Hollywood, Lang siguió haciendo películas, tanto mudas como sonoras, muchas de ellas consideradas clásicas, con protagonistas como Spencer Tracy y, en años posteriores, Marilyn Monroe. Lang era un refugiado judeo-alemán de origen austríaco —fue debido a la ascendencia judía de su madre que se vio forzado a huir de los nazis—.

Tanto Reinhardt como Lang habían dirigido a la actriz Marlene Dietrich, alemana como ellos, y a quien representantes del Partido Nazi habían propuesto que dejara América y volviera a Alemania, si bien ella rechazó de plano la oferta[518]. (Odiaba a los nazis y había dejado grabadas numerosas canciones antinazis en Alemania). Dietrich también reunía fondos para comprar bonos de guerra y actuaba para las tropas americanas en el frente. Adorno conoció a Dietrich y se granjeó su amistad gracias a Reinhardt y Lang. En una

carta a sus padres, se refería a su «resplandeciente belleza»[519] y no podía resistirse a mencionar sus «famosas piernas»[520].

En este ambiente de Hollywood, acompañados de Fritz Lang y de su pareja y posterior esposa, Lily Latte, Adorno y su mujer pasaban las fiestas de Navidad. Quizás Adorno conocía la célebre historia de que Joseph Goebbels había convocado a Lang en su despacho para celebrar una reunión en la que le dijo que prohibía la película El testamento del doctor Mabuse (1933). Sin embargo, Goebbels estaba tan impresionado por el trabajo de Lang que le ofreció el puesto de director de los estudios de cine alemanes UFA. Lo que Goebbels ignoraba era que Lang ya tenía pensado dejar Alemania y trasladarse a París, pero la reunión se prolongó hasta tan tarde que cuando terminó los bancos ya estaban cerrados —Lang partió aquella noche sin dinero—. La historia, que el propio Lang se había encargado de propagar, no gozaba de mucho crédito, pero aun así era entretenida para los amigos del director que la escuchaban.

Mientras tanto, la mujer de Adorno se llevaba cada vez mejor con Lily, la pareja de Lang, tal como cuenta Adorno en una carta a su madre:

> Gretel y Lily son inseparables. No tengo ningún lío con ella, así que no tienes por qué hacerte ideas tontas, pero hace muy buena compañía, es muy elegante y, a pesar de ello, nada pretenciosa. Basta con que te diga que es la pareja —virtualmente la esposa— de Fritz Lang, el director de cine alemán más famoso, que tiene aquí un éxito increíble[521].

La propia Gretel escribió de Lily Latte: «Resulta que iba a la misma escuela que yo, y a todas nos gustaba el joven profesor de latín Rommel». «En verdad, una íntima amiga nuestra», afirmaba Adorno refiriéndose a Lily, de quien además dice:

> Está pensando en ir a N. Y. a principios de octubre. Si es así, no volverá sin hacerte una visita. Es una de las escasísimas verdaderas amistades que hemos encontrado en América. Es una persona encantadora, elegante y absolutamente digna de confianza que estoy

> seguro de que te encantará conocer [...] Así que recíbela con amabilidad y disfrutaréis de vuestra mutua compañía[522].

Mientras el filósofo centroeuropeo se mezclaba en Los Ángeles con la élite de Hollywood, este hogar lejos del hogar empezaba a tener un aspecto irreal. Así lo describía Adorno:

> Una tierra de tal abundancia que uno podría persuadirse de que vive en el paraíso [...]. ¿Alguna vez has comido peras de caimán? Puedes comprar alguna en la frutería más cercana por unos pocos centavos. Se saca la semilla y se echa en el hueco un aliño de vinagre, aceite, sal, pimienta y a ser posible un poco de salsa Worcester. Es uno de los manjares más deliciosos que se pueden encontrar en América[523].

Pero los judíos alemanes no estaban en América porque así lo hubieran querido, sino por necesidad. En una carta, Adorno les explicaba a sus padres cómo le habían expulsado de acuerdo con la legislación nazi: «Soy plenamente consciente de lo que estáis padeciendo en Alemania; a mí mismo me expulsaron de la universidad y me arrebataron cualquier oportunidad de trabajar hace ya unos cinco años»[524].

A pesar de la opulenta irrealidad de su vida social, Adorno era un desarraigado. Al principio no se adaptaba al clima: «Aquí hace un calor de todo punto inhumano»[525], explicaba. Y con frecuencia se quejaba del «incesante sol»[526]. El paisaje también le hacía sentirse un extraño:

> El lunes atravesamos Nebraska —mucha monotonía: no había más que campos de maíz (¿Quién come tanto maíz?)—. Cruzamos las Rocosas en el estado de Wyoming el lunes por la noche y no vimos nada; ni si quiera notamos la diferencia de altitud. El martes pasamos por Utah, que estaba cubierta de nieve, y conocimos el Gran Lago Salado. El paisaje resulta extraño, con todas esas montañas que se alzan súbitamente como pirámides sobre las llanuras y que van desapareciendo a medida que uno se va acercando a Nevada[527].
>
> Se diría que esta parte del mundo está deshabitada [...] si no fuera por las gasolineras y los puestos de perritos calientes[528].

Estas observaciones aparentemente triviales velan un profundo desasosiego. Adorno percibía peligro. Uno «debe ser sumamente precavido, sobre todo cuando sale solo, porque América no es una tierra de caminantes, sino de conductores; a pie, uno está irremediablemente en minoría y tiene que mirar a ambos lados al menos tres veces cuando vaya a cruzar la calle [...]. Además, conviene no dejar grandes cantidades de dinero en casa [...]. La seguridad es especialmente deficiente»[529]. Pero la inquietud de Adorno no solo se debía al desarraigo: había en él una preocupación constante por la vida de los amigos que había dejado en Alemania; también le torturaba una angustia más siniestra que se deja entrever en una carta a su familia:

> Todavía creo que no deberíamos tener la actitud del dependiente de la tienda de cigarrillos que se pasea diciendo: «En mi corazón, he perdido la fe en Alemania», no porque me quede aún algo de fe en Alemania, sino porque no tengo ninguna fe en el mundo. El fascismo en Alemania, que es inseparable del antisemitismo, no es una anomalía psicológica propia del carácter nacional alemán: es una tendencia universal [...]. Las condiciones que la producen —y me refiero a *todas las condiciones* [...]— están tan presentes aquí [en América] como lo están en Alemania, y la bárbara semicivilización de este país engendrará formas no menos abominables que las de allí[530].

Le hacía temblar la idea de que el fascismo pudiera llegar a penetrar en su refugio de América:

> Pienso que la solución [...] de que los judíos se mezclen con los demás es imposible: es ya demasiado tarde. Básicamente estoy convencido de que estaré atrapado sin esperanza al margen de donde me halle. Y era esta convicción la raíz de mi resistencia a exiliarme [...]. Creo que si a uno lo van a matar de todos modos es mejor que muera allí donde esté su hogar [...]. La única posibilidad de sobrevivir al horror es que el fascismo se colapse en Alemania antes de que se extienda aquí. Aparte del hecho de que prefiero no morir rodeado de miedo y horror [...][531].

Reconoce sentirse horrorizado en una carta enviada a sus padres:

> Para mí la guerra está perdida [...]. La realidad supera incluso a las fantasías más espantosas y terroríficas. Ni siquiera soy capaz de recobrar mínimamente el equilibrio, algo que nunca me había ocurrido antes, apenas duermo y contemplo paralizado el negro abismo que todo lo absorbe en sus remolinos y lo destruye[532].

Si bien Adorno tenía confianza en su familia, a sus compañeros en el exilio prefirió ocultarles sus temores. Mientras se esforzaba estoicamente por mantener una apariencia de normalidad, su número de amigos no dejaba de incrementarse. Uno de ellos era William Dieterle, un actor y director alemán que hacía películas para Hollywood. En la correspondencia de Adorno, abundan las menciones a cenas con el matrimonio Dieterle: «Los Dieterle vendrán el lunes»[533] y «Nuestra velada de anoche con los Dieterle fue muy agradable»[534]. Pero, por grandes que fueran el éxito y el prestigio de los judíos, no bastarían para protegerlos del ascenso internacional del fascismo.

El temor de Adorno a que el fascismo alcanzara las costas americanas no estaba infundado: el consulado nazi-alemán estuvo activo en Los Ángeles entre 1933 y 1941 y organizaba manifestaciones cerca de la casa de Adorno en colaboración con el Partido Nazi-Americano. La prensa conservadora en lengua alemana —el California Staatzeituntg, el Sued-California Deutsche Zeitung y el California Demokrat— dio su apoyo a la Alemania nazi. La organización nazi Alianza Germano-Americana publicó, entre 1935 y 1938, un periódico abiertamente nazi, el California Weckruf. Ni siquiera la industria del cine escapaba a la amenaza: el consulado alemán organizó, en 1938, la visita a América de la directora de cine Leni Riefenstahl, célebre simpatizante del nacional-socialismo, que presentó en Los Ángeles su película sobre los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Aunque los amigos cineastas de Adorno rehusaron reunirse con ella, no faltaron quienes, desde dentro de la industria, estaban entusiasmados con la idea de conocer a la amiga de Hitler, por ejemplo, Walt Disney[535].

Los desfiles y manifestaciones nazis se multiplicaban en el mismo país en el que los exiliados habían establecido su refugio: el 30 de

abril de 1939, dos mil miembros de la Alianza Germano-Americana acudieron a escuchar al líder de la Alianza en la Costa Oeste, Hermann Max Schwinn, y al «Führer americano», Fritz Kuhn. Estandartes con la esvástica adornaban la tribuna[536]. Para Adorno y sus amigos judíos fue como si el cerco se estuviera estrechando y pronto no fuera a haber ningún lugar en el que pudieran esconderse.

Otro de los mejores amigos de Adorno fue el compositor Hanns Eisler. Nacido en Leipzig e hijo de un filósofo judío, Eisler había colaborado estrechamente con Brecht, y, como él, había tenido que exiliarse; vivió en Nueva York, donde enseñó composición en la New School y escribió música de cámara experimental y documental. Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Eisler se trasladó a Los Ángeles y compuso partituras para numerosas películas de Hollywood, dos de las cuales —Los verdugos también mueren y Un corazón en peligro— fueron nominadas a los Óscar. En Los verdugos también mueren, Eisler trabajó con el propio Brecht, que escribió el guión, y con Fritz Lang, que dirigió la película. Los verdugos también mueren trata del consuelo que halla el inocente en que los criminales, aun con toda su brutalidad, sean también mortales. La única esperanza para Adorno y sus amigos parecía ser que los propios nazis sucumbieran a la muerte antes de que destruyeran toda vida judía.

Adorno y Eisler trabajaron juntos y compartieron la autoría del libro El cine y la música. Un día, Adorno escribió entusiasmado:

Los Ángeles, 21 de diciembre de 1942

> Queridos:
>
> Tengo una buena noticia que daros: Hanns Eisler, con quien me llevo extraordinariamente bien (al igual que Gretel con su encantadora esposa), tiene que escribir un libro para el proyecto de la Fundación Rockefeller *Música en el Cine* (del que, como probablemente sepáis, es el director) y me ha pedido que lo escribamos juntos. La confirmación oficial de la editorial (Oxford University Press) llegó ayer, y aclaraba que ambos seremos considerados autores y que los derechos se repartirán al cincuenta por ciento. Como he hecho los preparativos con antelación,

podré dedicarle tranquilamente mi tiempo libre. Creo que será un éxito. Eisler es muy fiel. Afectuosos recuerdos[537].

Los exiliados proseguían con sus proyectos creativos mientras la guerra desgarraba Europa. Trabajaban con pasión, tratando de derrotar a las fuerzas de la destrucción con las de la creatividad. Eisler compuso dos de sus obras más notables de los años treinta y cuarenta, la colosal Sinfonía alemana (1935-1957), una sinfonía coral basada en los poemas de Brecht, y el Cancionero de Hollywood (1938-1943), que, con letras de Brecht, Hölderlin y Goethe, consolidó la reputación de Eisler como uno de los grandes compositores del siglo xx. Adorno continuaba, mientras tanto, con su obra filosófica. Bajo el espectáculo, aparentemente inocuo y ligeramente cómico, de su pintoresco refinamiento europeo, era un hombre que trataba de enfrentarse al horror del fascismo. Mientras se relajaba en compañía de sus amigos, con quienes en todo momento mostraba unos modales impecables, y de su perro, al que mimaba con ternura, Adorno volcaba sus capacidades intelectuales en desentrañar el horror que se había apoderado de su propio país. «Y porque estoy destinado a ser como un sismógrafo y a pensar, en cierta manera, más con mis terminaciones nerviosas que con una facultad analítica, me encuentro en este momento desorientado y abrumado»[538]. A sus padres les escribía: «No sé cómo deciros cuánto me reconfortan vuestras cartas: son un verdadero rayo de esperanza en estos tiempos de sumo espanto, y no exagero cuando digo que el presente es peor para mí que cualquier momento del pasado»[539].

Minuto a minuto, hora a hora y día a día a lo largo de semanas, meses y años, Adorno se torturaba tratando de comprender aquella brutalidad que latía bajo una capa de aparente civilización. Trabajaba con ardor, hasta el límite de su salud y de sus fuerzas: «Nunca antes me había sentido tan exhausto ni tan sobrecargado de trabajo». «Me mantengo a flote porque trabajo desesperadamente»[540]. Desentrañar cómo un pueblo supuestamente civilizado podía abrazar la barbarie se convirtió en la

tarea de su vida. Y no iba a amedrentarse ante lo que pudiera encontrar; no iba a tratar de justificar a su generación ni a su país, ni tampoco a la mente ni al corazón del hombre. No le bastaría con cualquier explicación simplista y mecanicista basada en la pobreza, en hechos históricos o en transformaciones sociales, sino que exploraría las raíces más profundas del mal en la psique humana y en la esencia misma del mundo occidental. Construyó una nueva filosofía para explicar el nazismo recurriendo a fuentes que abarcaban de los antiguos griegos a los pensadores ilustrados del siglo XVIII. Sumergiéndose en Kant, Hegel, Nietzsche y Freud, juntó materiales que cobrarían forma en el clásico de la filosofía moderna Dialéctica de la Ilustración[541].

Al igual que Adorno, otros intelectuales en el exilio reflejaron los horrores del fascismo en sus obras. Arnold Schönberg fue uno de ellos. Adorno escribe que su esposa Gretel «se lleva de maravilla con [la esposa de] Schönberg. Ella también está mucho más amable que antes. Sería estupendo que la relación se mantuviera»[542]. De hecho, Schönberg se convirtió en uno de los integrantes habituales del reducido cenáculo de Adorno. Este, en la correspondencia con sus padres, relata que, aparte del trabajo, no hay «nada nuevo, trabajamos la mayor parte del tiempo en el jardín, nos acostamos con las gallinas y nos reunimos con un pequeño y, como diría Else, selecto círculo de personas, al margen del instituto [...]: Eisler, Schönberg, Brecht [...]. Eso es todo»[543]. Schönberg, un judío austríaco vinculado al movimiento expresionista, era el principal exponente de la Segunda Escuela de Viena —hizo innovaciones pioneras en el campo de la composición atonal—. Pero, tras el ascenso del Partido Nazi en Austria, su música había sido tachada, al igual que el swing y el jazz, de «degenerada», y tuvo que huir. Adorno estaba fascinado por él: «El sábado escuché la última obra de Schönberg, un concierto para piano emitido desde Nueva York [...]. Es una obra extraordinaria, convincente y madura, que solo puede compararse con el estilo del último Beethoven. La actuación y la transmisión fueron excelentes. Le llamé más tarde y estaba muy contento»[544].

Otros pesos pesados de la música, como Béla Bartók, el compositor y pianista húngaro, considerado junto con Franz Liszt como el músico más ilustre de su país, también tuvo que emigrar a América ante la amenaza del nazismo. Adorno anota:

> Esta noche voy a presentar un concierto retransmitido por [la emisora local de radio] que incluye una conversación con Béla Bartók acerca de su música. (Rudi y Eduard interpretarán a continuación la segunda sonata para violín). Ayer preparé la conversación con Béla Bartók. Es la persona más curiosa que pueda imaginarse, una especie de cruce entre un niño y un anciano, un músico absolutamente extraordinario, pero tan ingenuo y obstinado que siempre hay que hablar por él, incluso acerca de su propia música[545].

Las veladas musicales se convirtieron en una costumbre en la vida de Adorno. Su «hermosa amiga Lisa Minghetti»[546] era una violinista nacida en Viena que había actuado por toda Europa[547]. Adorno solía tocar el piano en recitales con ella: «Queridos, qué pena que no estuvierais aquí en Nochebuena, porque fue maravilloso: el excelente violinista Maaskoff, su esposa (Lisa Minghetti)[548] y yo interpretamos abundante música de cámara». En las cartas a sus padres hay frecuentes menciones a Lisa: «Vendrá esta tarde para tocar algo de música»[549].

Pero en cualquier momento aquella burbuja podía estallar, y entonces Adorno y sus correligionarios judíos y compañeros de exilio estarían condenados. Se hallaban en los confines más lejanos del mundo occidental, a orillas del océano Pacífico, y no tenían hacia dónde huir. La aniquilación era para Adorno no solo posible, sino inevitable. En referencia a los aliados, decía: «Para cuando estén armados y dispuestos, es presumible que Hitler ya se haya adueñado del resto de Europa. Nos esforzamos por mantener la cabeza fría y por no sucumbir al horror, pero este horror, mientras tanto, adquiere unas dimensiones tales que eso no resulta fácil, y uno cae en un estado de paralización semejante al del pájaro que mira fijamente a la serpiente»[550].

La otra pasión de Adorno, además del cine y la música, era la literatura. El poeta y dramaturgo Bertolt Brecht también estaba en el exilio —aunque no era judío, los nazis le persiguieron por sus convicciones marxistas—. Brecht había llegado a California vía Vladivostok en julio de 1941 y se había establecido en Santa Mónica[551]. Adorno y Brecht eran amigos y trabajaron juntos. Brecht compuso un poema titulado Hollywood:

> Todas las mañanas
> voy al mercado donde se venden mentiras
> para ganarme el pan.
> Lleno de esperanza,
> ocupo mi lugar entre los vendedores[552].

A sus exiliados padres, Adorno les explicaba: «Sigo descansando, aferrándome a lo que Brecht en un hermoso poema llama "el trabajo de los refugiados": afanarse en la esperanza»[553].

También frecuentó la compañía de otros escritores exiliados, si cabe más notables aun. Adorno escribió: «Esta noche, en el Max, nos reunimos con algunos peces gordos, incluyendo a Thomas Mann y a su adorable esposa»[554]. Adorno rememora: «El martes fuimos los invitados de Thomas Mann: si exceptuamos la música, por lo demás fue muy agradable». Más tarde, Adorno y su esposa devolvieron la invitación: «Nuestra cena con Thomas Mann fue un gran éxito»[555]. Mann gozaba de inmenso renombre y autoridad como novelista alemán del momento. Su obra era moderna, pero sintetizaba ideas del pasado. Había recibido el Premio Nobel de Literatura en 1929, fundamentalmente en reconocimiento del éxito popular de Los Buddenbrook (1901), La montaña mágica (1924) y numerosas novelas y cuentos cortos. Cuando Hitler ascendió al poder se vio forzado a trasladarse a Suiza y, en 1939, al estallar la guerra, se refugió en Estados Unidos. Durante la guerra, hizo una serie de discursos radiofónicos que tituló «Deutsche Hörer!» (¡Oyentes alemanes!) y que fueron grabados en Estados Unidos y enviados a Gran Bretaña, desde donde la BBC los retransmitió con la esperanza de que llegaran a los oyentes alemanes.

Tras mudarse a Pacific Palisades, al oeste de Los Ángeles, la familia Mann no vivía lejos de los Adorno. De aquella naciente amistad, Adorno dejó escrito: «Estamos invitados a un estreno [...] como exiliados eminentes. No sabemos por qué. Iremos con Max, Thomas Mann, los Brecht y algunos otros»[556].

> Mañana estamos invitados a casa de Thomas Mann. Está tan impresionado por mi *Filosofía de la nueva música* que quiere que los dos la discutamos en detalle. También quiere leerme algunos fragmentos de su nueva novela, que trata acerca de un músico (el protagonista está vagamente inspirado en Schönberg), y le gustaría que le diera mi opinión [...]. En cualquier caso, es un hombre muy simpático, agradable y culto, aun cuando intelectualmente sus capacidades ya no son lo que eran; y disfrutamos de su compañía[557].

Mientras tanto, el 27 de septiembre de 1943, Mann anotaba en su diario:

> Acerca del texto de Adorno.
> Vino a cenar con su esposa.
> En la mesa discutimos detalles de su filosofía de la música.
> Más tarde, lectura del capítulo.
> La afinidad con respecto a la música confirmada con elogios.
> Objeciones de detalle, algunas de las cuales pueden ser tenidas en cuenta, otras más bien no. En general, ha servido para tranquilizarme[558].

Poco después, Adorno y Mann trabajaron juntos con avidez: Mann estaba escribiendo Doctor Faustus (1947), obra en la que narraba la corrupción de la cultura alemana antes y a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. La novela se centraba en la figura del compositor Adrian Leverkühn, inspirado en Schönberg, por lo que Mann le pidió a Adorno que le aconsejara acerca de este y de los demás aspectos de la obra que estuvieran relacionados con la música.

La cultura europea que personificaban estos ilustres exiliados tenía que enfrentarse a serias amenazas. Según Adorno:

> Tengo la certeza de que la locura del fascismo, una vez que se haya apoderado de la Tierra [...], no dejará que se salve apenas nada de cuanto ha dado sentido a nuestra existencia. No me gusta expresarme con grandilocuencia, pero lo que aquí está ocurriendo no es meramente que el mundo esté en guerra, sino el colapso de una forma de cultura[559].

Otros eran más optimistas: acerca de Max Horkheimer, filósofo, al igual que él en el exilio, Adorno escribía: «Tiene la esperanza de encontrar, quizás, un lugar en el que ocultarse y sobrevivir, después de todo, al fin del mundo —yo, dada la situación, no tengo ilusiones —»[560]. ¿En qué refugio iban a poder ocultarse si el mundo occidental sucumbía finalmente al fascismo? Los intelectuales judíos no podían imaginar otro refugio que su obra. Adorno escribe: «Sobrevivir, no meramente aferrándose a la vida a cualquier precio, aunque esto también sea de interés, sino para asegurar la pervivencia al menos de algunas de nuestras ideas, las cuales podrían resultar en el futuro no completamente prescindibles para la humanidad»[561]. Trabajaban, por tanto, para preservar la cultura europea misma.

Los filósofos del círculo de Adorno pertenecían en su mayoría a la Escuela de Fráncfort, que integraba a aquellos pensadores y científicos sociales críticos que habían constituido en 1929 el Instituto de Investigación Social de Fráncfort. Cuando se hizo imposible para los judíos llevar a cabo investigaciones en Alemania, Max Horkheimer trasladó el Instituto a América. Horkheimer era el pensador más destacado de la Escuela; había tratado de fundamentar la filosofía en la realidad social y sostenía que a todo teorizar debía incorporarse una dimensión ética. Esta combinación de filosofía, ética y ciencia social dio lugar a la teoría crítica, un movimiento intelectual cuya influencia se extendió por todo el mundo. Horkheimer, al igual que los restantes miembros de la Escuela de Fráncfort, se apoyaba en Marx y Freud, pero también en la tradición alemana por la que Hitler y los pensadores nazis sentían veneración. Los filósofos judeo-alemanes no habían dejado de contraer una gran deuda intelectual con el Idealismo y el

Romanticismo alemanes, a pesar de la vena antisemita que se entreveía en aquellos movimientos[562].

«Cabeza Blanda» era el apodo con el que Adorno se refería a Horkheimer. Tal como explicaba, en América «hemos adoptado nombres de jefes indios: Max es "Cabeza Blanda", Gretel, siguiendo una vieja tradición, es "Tres Buitres" y yo soy, sencillamente, "Gran Buey". Como puedes ver, pronto habré perdido el juicio, y si sigo así es probable que me den aquel puesto de profesor en Oxford para el que antes era demasiado excéntrico»[563]. Adorno y Horkheimer trabajaban juntos a un ritmo frenético: «He revisado por completo, es decir, he reescrito, un extenso ensayo de Max acerca de la cuestión judía, junto con él y Gretel. La semana pasada estuvimos trabajando literalmente día y noche en una de las partes más interesantes de la obra, hasta el punto de que Max cayó enfermo nada más terminar y se fue a la cama con fiebre»[564].

Otro integrante destacado de la Escuela de Fráncfort era Herbert Marcuse, venido al mundo el 19 de julio de 1898. Recibió una fuerte influencia tanto de Freud como de Nietzsche, Hegel y Marx, y entre sus obras más conocidas se encuentran Eros y civilización, El hombre unidimensional y La dimensión estética. Es significativo que al principio de su carrera Martin Heidegger rechazara su tesis. Ya en América, Marcuse colaboró con la inteligencia estadounidense revelando valiosa información acerca de los nazis. Adorno mantuvo con Marcuse una interesante correspondencia, aunque se reunió con él menos que con otros intelectuales.

Frederick Pollock fue uno de los primeros integrantes del Instituto de Investigación Social antes de incorporarse como profesor adjunto a la Universidad de Fráncfort. Hijo de un operario de fábrica, estudió Filosofía en Fráncfort y se doctoró con una tesis acerca de la teoría del valor-trabajo en Marx. Pollock fue íntimo amigo de Horkheimer durante toda su vida y uno de los principales allegados del Instituto. A ambos les producía el mismo entusiasmo un «buen brandy de albaricoque»[565].

La amistad con Horkheimer, Marcuse y Pollock fue fundamental para Adorno, ya que le dio ánimos para acometer la tarea de «salvar

del hundimiento al barco de la cultura europea». Adorno mantenía vivo el recuerdo del pasado, de la Alemania de su infancia y juventud, gracias a este reducido cenáculo de exiliados, pero también gracias al contacto permanente con sus padres y su esposa, y a la inclinación de su carácter al recuerdo nostálgico y a la reflexión.

Adorno, desde su más temprana infancia, había crecido rodeado de belleza. Había nacido en Fráncfort, el 11 de septiembre de 1903 y fue bautizado como Theodor Adorno Wiesengrund. Más adelante, empezó a referirse a sí mismo simplemente como Adorno, usando el nombre de su familia materna para protegerse de la discriminación que podía sufrir a propósito del apellido judío Wiesengrund. Su madre era músico y su padre un próspero comerciante de vinos, por lo que Adorno creció en un ambiente de vino y canciones. Aprendió a tocar el piano a una edad muy temprana. Agathe, su tía, que era conocida por su nombre de soltera, Calvelli-Adorno della Piana, también era, al igual que su madre, una cantante de éxito, y se convirtió en una especie de segunda madre para Adorno. Ambas le cantaban la Canción de cuna de Brahms antes de que se fuera a dormir. Estas palabras estaban para él revestidas de sacralidad[566]:

> Duérmete sereno,
> cierra los ojitos,
> oye las gotas de lluvia en la oscuridad,
> oye los ladridos del perrito del vecino.
> El perrito ha mordido al mendigo,
> ha destrozado su abrigo,
> y el mendigo sale corriendo,
> huye cruzando el portal.
> Duérmete sereno[567].

Horkheimer rememora la atmósfera del hogar en el que Adorno pasó su infancia:

> Cualquiera que entrara en la casa de la calle Seeheimer de Oberrad, en la que Adorno pasó su niñez, experimentaba la misma sensación de hallarse en el entorno más propicio para una infancia protegida en el mejor sentido de la palabra. En su casa se fundían el espíritu comercial

> de Oscar Wiesengrund, su padre judío de Fráncfort, y el aura musical que rodeaba a su madre, Maria [...]. La hermana de su madre, Agathe, cuyos ojos resplandecían, era como una segunda madre para él. Todo aquello pervivió en los pensamientos y sentimientos de Adorno[568].

Para Adorno, la vida, el amor y la música estaban indisociablemente unidos. Se recordaba a sí mismo «en la cama, por la noche, aguzando el oído para escuchar una sonata de Beethoven para violín y piano, cuando se suponía que estaba dormido»[569]. Adorno desarrolló así una delicada y penetrante sensibilidad, y nada violentó jamás el mundo de su infancia:

> Había muy poca música sinfónica y de cámara con la que no me hubiera familiarizado. Al menos en parte, esto se debía a los extensos volúmenes de partituras [...], que parecían hechos con el propósito deliberado de que se pasaran sus páginas. Mucho antes de que supiera leer las notas, era ya capaz de pasar las páginas solo por lo que me dictaban la memoria y el sentido del oído. Había incluso adaptaciones curiosas de sonatas de Beethoven. Llegué a conocer algunas piezas, como la sinfonía de Mozart en sol menor, con tanto detalle que todavía me parece que ninguna orquesta ha podido reproducir la emoción del trémolo del movimiento preliminar con tanta perfección como los dubitantes dedos del niño al piano»[570].

Mimado y consentido, Adorno tuvo la quintaesencia de una infancia feliz. Leo Lowenthal, amigo suyo y filósofo como él, afirmaba que Adorno «llevaba una existencia que era imposible no admirar —a no ser que fuera envidia lo que aquella vida protegida y hermosa le inspirara a uno— y con la que obtuvo una confianza en sí mismo que ya nunca perdería a lo largo de su vida»[571]. Adorno siempre recordó con cariño el paraíso de su niñez —era su refugio más amado.

Lo malo de aquella infancia soñadora fue que dejó a Adorno indefenso frente a las amenazas del mundo. En la escuela sufrió incluso con sus profesores: «Desde el principio hay falta de armonía entre el alma del profesor y la del alumno»[572]. Pero esas decepciones que le reportó su relación con los profesores pronto se

convirtieron en un asunto menor en comparación con lo que tenía que soportar en el patio de recreo. Tal como recuerda un amigo:

> Era el niño mimado de la familia [...]. En casa le llamaban «Teddy» [*sic*] y ese apodo había llegado, no sé muy bien cómo, a ser conocido en el colegio. En cierta ocasión, en el recreo, los chicos mayores empezaron a moverse despacio a nuestro alrededor mientras nosotros, más pequeños, jugábamos alegremente. Ni Teddy ni sus pocos buenos amigos se dieron cuenta de que alguien le había pegado un trozo de papel en la espalda con la palabra «Teddy» escrita en letras grandes. No había pasado ni un instante cuando una multitud empezó a gritarle «Teddy» a su inocente víctima. En aquel momento, Teddy, que era un chico tímido y bastante débil, sencillamente no entendía lo que estaba pasando. Nadie ignoraba que era judío, pero aquel alboroto en el patio no tuvo un tinte antisemita: se dirigía contra la única persona capaz de eclipsar incluso a los chicos más brillantes de la clase. No era más que una broma estúpida e infantil[573].

Para Adorno el antisemitismo no se diferenciaba del antiintelectualismo: en el fondo, el prejuicio, era el mismo en ambos casos. Adorno percibió, latente en las burlas que había tenido que sufrir en el colegio, la semilla del nacionalsocialismo: la diferencia era aquello contra lo que reaccionaban tanto los nazis como quienes se mofaban de él en el colegio.

La genialidad se manifiesta de formas insospechadas. La sensibilidad musical de Adorno se desarrolló y afinó tanto cuando era niño que más adelante, en su vida adulta, era capaz de percibir más allá del intervalo ordinario. Asimismo, podía «ver» lo que otros no podían: cuando se leen sus obras, su clarividencia resulta patente. Desde una edad muy temprana fue capaz de entender conceptos arduos y profundos, mostrando una extraordinaria capacidad, ausente en los demás niños e incluso en adultos cultivados, para concebir y elaborar ideas difíciles. Puede que Adorno fuera un niño mimado, consentido y retraído, pero descollaba por su intelecto y no desaprovechó su capacidad. Siendo ya adulto, solo dejaba de trabajar cuando se sentía física y mentalmente agotado; cuando un proyecto absorbía su interés, se entregaba a él hasta el

punto de que su salud se resentía. Pero Adorno no era un puritano: su familia también le había enseñado a relajarse y a disfrutar de los placeres del mundo: podía soportar largos periodos de extenuante actividad mental seguidos de temporadas de descanso en las que se rodeaba de buena compañía, música, vino y comida. Así fue siempre su ritmo de vida.

Aparte de la escuela, el mundo exterior no tuvo mucho impacto en la protegida infancia de Adorno. Los horrores y penalidades de la Primera Guerra Mundial coincidieron para él con un cambio de residencia que le llevó a una zona más acomodada de Fráncfort. La crisis de los años treinta no se dejó sentir en su hogar: mientras muchas otras familias tenían que preocuparse de las necesidades más urgentes, Adorno devoraba todo tipo de música, empezaba a componer y leía con fruición a los clásicos de la filosofía y la literatura; mientras los demás chicos de su edad se relacionaban entre ellos, ya fuera en clase o en el vecindario, Adorno entablaba amistad con un hombre catorce años mayor que él, Siegfried Kracauer, eminente intelectual judeo-alemán, crítico y escritor. Así rememora Kracauer la primera impresión que le produjo Adorno:

> Vestía una chaqueta de paño verde que, junto con su lazo rojo, parecía la capa de un pequeño príncipe. Apoyado en la silla de su madre, respondía a las preguntas que yo le hacía en un tono aburrido que contrastaba con los ojos melancólicos que asomaban bajo sus largas pestañas. En su expresión palpitaba el misterio que se insinúa a veces en los rostros jóvenes[574].

Y mientras los demás muchachos jugaban en el patio y se cubrían de barro hasta las rodillas, un célebre compositor de la Segunda Escuela de Viena, Alban Berg, acompañaba a Adorno en sus juegos. Berg era su profesor y, a pesar de que tenía dieciocho años más que él, pronto se granjeó su amistad.

Adorno también frecuentaba la compañía de otros miembros del círculo de Schönberg. Así, años más tarde, Adorno describiría afectuosamente a Walter Benjamin, once años mayor que él, como «una de las personas más singulares, acaso la más singular, que

haya conocido en mi vida»[575]. También Leo Lowenthal, destinado a ser uno de los sociólogos más prestigiosos del mundo, se unió al círculo de Adorno. Para Lowenthal, Adorno encarnaba «la clásica imagen del poeta, con su delicada manera de moverse y caminar»[576].

Margaret Karplus, o Gretel, como era más conocida, fue la novia de Adorno desde su juventud; procedía de una familia de amigos de los padres de Adorno, era elegante y de constitución atlética, y en su rostro resplandecía una aguda inteligencia. Había conocido en círculos eruditos a Walter Benjamin, Ernst Bloch y Bertolt Brecht. Gretel supuso para Theodor, con quien compartía los mismos recuerdos, un apoyo indispensable en los años de su vida adulta. Desde su más temprana infancia, gracias a su carácter alegre y a su capacidad de empatía, Adorno había tenido una afinidad natural con las mujeres. Una estudiante recordaría más tarde:

> Tan pronto encontraba a una mujer, empezaba a flirtear con ella. Parecía a veces que lo hacía de manera caprichosa, como si estuviera «ciego» a la individualidad de la mujer en cuestión y solo se interesara por ella en tanto que mujer. Aun así, aquella permisividad erótica no era para él un monopolio masculino: las mujeres tenían a ese respecto el mismo derecho que los hombres. En mi opinión, la actitud de Adorno no era machista ni sexista. Puedo decir esto porque tuve una relación bastante estrecha con él, en la que no tengo por qué negar que había cierta tensión erótica. No afectaba virilidad, sino que, por el contrario, se mostraba ante mí despreocupado y casi podría decirse que infantil —Adorno siempre tuvo una espontaneidad natural que se remontaba a su infancia, aunque también podía ser tremendamente tímido, y eso no encaja para nada con la típica imagen del donjuán rijoso—. Además, siempre me pareció cariñoso y formal con las mujeres. El factor decisivo para mí era [...] que yo podía tener amistad tanto con él como con Gretel, y me parecía que la relación entre ambos estaba marcada por la misma tensión: a pesar de todo, lealtad y confianza; y una adhesión mutua casi simbiótica sin renunciar a preservar la libertad de cada uno[577].

Adorno necesitaba a Gretel y ella toleraba sus coqueteos. En años posteriores, avanzadas ya sus vidas, supo ser indulgente con él, al

igual que lo habían sido su madre y su tía cuando era niño.

El bienestar de la infancia de Adorno se mantuvo durante los primeros años de su vida adulta: Adorno no padeció las privaciones de la postguerra, a un padre autoritario ni a una madre temperamental. No tenía necesidad de rebelarse y no se interesó por la política. Fue un alumno brillante en la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Fráncfort, donde cursó filosofía, psicología y sociología. En 1924, a los veinte años, obtuvo el doctorado. El mundo académico, monótono y gris, no tardó en recelar de aquel musicólogo, compositor y a la vez agudo pensador y, no sin resentimiento, le relegó a la categoría de ornamento exótico. En 1925, por intermediación de Alban Berg, Adorno se trasladó a la aristocrática Viena, por cuyas calles había errado Hitler dos décadas antes. El joven Adorno terminó viéndose obligado a regresar a Fráncfort en busca de una carrera estable, pero antes recorrió Europa, incluida Italia. Trató de compaginar su vida como compositor con la filosofía, trabajando primero con Freud e interesándose más tarde por el filósofo existencialista danés Søren Kierkegaard, cuya obra estudió para obtener la habilitación con Paul Tillich como tutor.

En 1931, tras varios años tratando de labrarse una carrera, Adorno pronunció al fin su lección inaugural como joven académico en Fráncfort. Se convirtió en un prolífico escritor y desplegó una incesante actividad de docencia, publicación y organización de seminarios[578]. Dos años después, en marzo de 1933, su tesis sobre Kierkegaard fue publicada como libro por Mohr-Siebeck. Aquel día Hitler fue investido con poderes dictatoriales[579].

Mientras Adorno luchaba por abrirse camino como académico, a su alrededor, el caos, el desorden y la confusión se habían apoderado del mundo. La débil e inestable República de Weimar, que duró de 1918 a 1933, fue incapaz de reducir el desempleo, que alcanzaba tasas exorbitantes. Pronto la inflación y el extremismo político estuvieron fuera de control. Cuando los nazis accedieron al Reichstag, muchos de los compañeros de Adorno, judíos asimilados, prefirieron huir, pero no el propio Adorno, que no creía que el pueblo

alemán fuera a apoyar por mucho tiempo a un Führer que le parecía «un cruce entre King Kong y un peluquero de barrio»[580].

El 27 de febrero de 1933, un incendio provocado destruyó el Reichstag y, en mayo de ese mismo año, se produjeron las primeras quemas de libros. Entonces se desató la caza de brujas: los judíos fueron purgados de la Universidad de Fráncfort y el Instituto de Investigación Social tuvo que cerrar. El 8 de septiembre de 1933, el ministro prusiano de Ciencia, Arte y Educación le escribió a Adorno en los siguientes términos: «Sobre la base del artículo tercero de la Ley de Restablecimiento del Servicio Civil Profesional del 7 de abril de 1933, anulo su licencia para impartir docencia en la Universidad de Fráncfort del Meno»[581]. Fueron expulsados Max Horkheimer y el antiguo tutor de Adorno, Paul Tillich —e incluso el archivero de la universidad—. Adorno descubrió que espiaban su correo y empezó a sospechar que la Gestapo le vigilaba. En julio, la policía registró violentamente su casa de la calle Seeheimer[582].

Compositores como Berg, Schönberg y Anton Webern fueron silenciados y a varios de los amigos de Adorno, como Kracauer, Bloch y Benjamin, no les quedó más remedio que exiliarse. Adorno observaba que «todos los que contaban» se iban, pero él, de manera obstinada, insistía en quedarse. Trató de abrirse camino como profesor de música, pero solo se le permitía impartir docencia para «alumnos no arios». Más tarde le obligaron a unirse a la Cámara Literaria del Reich si quería seguir publicando, pero su solicitud de acceso fue rechazada por cuanto que no se le consideraba un «miembro fiable del Volk, es decir, una persona integrada en la nación alemana y unida a ella por fuertes lazos de sangre y carácter. Como no ario, usted es incapaz de sentir y apreciar en su justa medida este compromiso. Firmado: Suchenwirth. Confirmado: Nowotny»[583]. En 1934 Adorno no disponía ya de medios con los que ganarse la vida, a la vez que asistía al endurecimiento de las persecuciones. La situación en su Fráncfort natal se había vuelto insostenible y finalmente se dio cuenta de que no tenía otra elección que unirse a las miríadas de refugiados que abandonaban Alemania.

El húmedo viento, que de súbito se desataba y soplaba en todas las direcciones con inaudita fuerza; el cielo salpicado de nubes grises y blancas, el chillido de las gaviotas y el ruido de las máquinas del barco: Adorno debía de estar abrumado por sus sentidos. Impermeable al pensamiento, el mar, con sus innumerables olas, cubría una extensión infinita. Adorno se había hecho al aire cálido de las estancias llenas de muebles antiguos y al tictac de los relojes de pared, por lo que el contacto con el aire libre y los inmensos espacios debió de suponer una fuerte sacudida. Y estaba rodeado, no de calles estrechas por las que soplara el viento ni de edificios elevados, sino de un vacío en el que no existía el menor indicio de humanidad. Para Adorno, que había pasado buena parte de su vida hasta entonces sentado frente a su escritorio, absorto en el estudio de obras filosóficas y literarias y de partituras musicales, la inabarcable vastedad del océano debió de producirle agorafobia. Hasta allí le había llevado el ascenso de Hitler: a los confines de Europa, a un viaje a través de los mares.

Desembarcó en las costas de Gran Bretaña, país que, en 1934, trataba de apaciguar a Hitler, por lo que los refugiados no eran muy bien recibidos: los exigentes requisitos para obtener el asilo político que tenían que cumplir los judíos alemanes hicieron que muchos de ellos se vieran obligados a abandonar el país, salvo que tuvieran quien los apadrinara y pudieran demostrar que contaban con medios privados para garantizar su propia subsistencia. El padre de Adorno intercedió por él y se puso en contacto con un viejo conocido: el economista John Maynard Keynes[584].

El tío de Adorno, Bernhard Wiesengrund, vivía en Londres con su esposa y tres hijos. Se había integrado con éxito en la sociedad británica, aun al precio de haber tenido que cambiar su apellido por Wingfield. Sus hijos asistían a colegios británicos de prestigio, incluyendo el St. Paul's School, en Hammersmith. Su hijo, Bernard T. Wiesengrund, o Wingfield, ingresó más tarde en el Merton College de Oxford, pero lo más que se puede decir de su carrera es que no fue demasiado brillante.

Por mediación de la familia Wingfield, el padre de Adorno trató de hacer los contactos necesarios para su hijo, pero bastó finalmente con los esfuerzos que él mismo desplegó, los cuales le condujeron a Adolf Lowe, un economista de Manchester; a Karl Mannheim, sociólogo de la London School of Economics; a Ernst Cassirer, filósofo judeo-alemán que por aquel entonces batallaba por un puesto en Oxford; y a Edward Dent, de Cambridge. La respuesta de Dent fue insatisfactoria[585] y Cassirer rehusó hacerse valedor de la calidad del trabajo de Adorno. Sin embargo, al final se le concedió una plaza en el Merton College de Oxford.

En Oxford, Adorno fue tratado desde el principio con desdén. La vida en el Merton College le parecía «una pesadilla hecha realidad, [...] como tener que volver a la escuela, en pocas palabras, una extensión del Tercer Reich»[586]. Perdió la categoría académica que tenía en Alemania y fue degradado de nuevo a estudiante, sin tener asignado sueldo alguno. Tuvo que reunir de nuevo los certificados reclamados por las instituciones académicas inglesas, se matriculó como «estudiante avanzado» y trabajó en la filosofía de Edmund Husserl con Gilbert Ryle, que era profesor en el Christ Church College.

En Oxford, sus nuevos compañeros no tardaron en empezar a mofarse de aquel judeo-alemán recién llegado, incluyendo dos académicos ingleses de ascendencia judía: A. J. Ayer e Isaiah Berlin. El primero describía a Adorno como una «figura cómica», de «modales refinados y dominado por el ansia» de obtener reconocimiento. Isaiah Berlin, célebre historiador de las ideas, parece adoptar una perspectiva más comprensiva y se presenta como un amigo. Sin embargo, en su correspondencia de los años ochenta con Bernard Williams, incluye algunas observaciones significativas:

> Era bajo, calvo y tenía un aspecto ridículo; parecía un *Kindermörder* —como Peter Lorre— y sabía aparentar con suma maestría. Era consciente de ello, pero aun así no le importaba y seguía haciendo garabatos sin sentido. A veces se preguntaba —tal como suele hacer ese tipo de personas— si lo que decía después de todo no era tan

profundo. Otras veces —cuando bebía con Syme o me hablaba de alguna mujer cuya belleza admirara— reconocía que no era más que un simpático embaucador que no pretendía hacer daño y que hasta tenía algo de gracia[587].

En otra carta, Berlin se expresa con el mismo tono de desprecio: «Conocía al notable Wiesengrund (Adorno es algo así como un pintoresco complemento que podría explicar con una imprecisa referencia a los Dogos de Génova, suponiendo que algún judío pudiera ser descendiente de ellos)»[588]. Este sentimiento de desprecio aparece ya en otras cartas anteriores:

28 de octubre de 1965

Estimado Robert Craft:
Le pedí al doctor Adorno que contribuyera con algo a las publicaciones acerca de Moisés y Aarón que el Covent Garden está preparando. Pues bien, no se entiende ni una sola palabra y será gracioso ver cómo reaccionan nuestros críticos a sus elucubraciones. ¿Le conoce? Sería bueno que le conociera. Yo le conocí en Oxford y no puedo evitar considerarle una grandiosa figura cómica. Propongo que se le invite a impartir una conferencia en Oxford. Yo disfrutaré, aunque quizá tenga que disimularlo un poco[589].

Otros eran menos desdeñosos con este «superviviente del naufragio del gran barco de la cultura europea que se había visto arrastrado por Hitler a Oxford, o, de manera más exacta, a vivir en un humilde estudio en la zona norte de la ciudad»[590]. El clasicista Maurice Bowra, interesado en la obra de la Escuela de Fráncfort, con la que quiso familiarizarse, tenía gran admiración por Adorno, admiración que era mutua a juzgar por las palabras que el propio Adorno le dedica. «Es uno de los intelectuales más agudos y de los hombres más cultivados que conozco»[591]. Bowra escribió a petición de Adorno un artículo para la revista que Horkheimer estaba editando en Nueva York. Sin embargo, el resultado no satisfizo a Adorno: «De hecho, el artículo es demasiado general y no pasa de ser una pieza de buen periodismo [...]. Apenas incluye alguna

evidencia». Sus quejas proseguían: «Bowra no pone en relación sus ideas con la realidad social subyacente»[592]. En cambio, para Bowra, las críticas de Adorno eran demasiado severas y el estilo alemán apenas inteligible.

Más agradables y provechosas le resultaron a Adorno las relaciones que estableció gracias a la música. Se unió a la Sociedad de Música de la Universidad de Oxford y se hizo amigo de Redvers Opie, vicepresidente de la Sociedad y tesorero del Magdalen College. Su amistad parece haber sido sincera. La hija de Opie, Helen, que entonces tenía solo cuatro años, recuerda las muchas veladas musicales que su padre disfrutó junto a Adorno:

> Era la casa de una típica familia de clase media-alta (o que aspiraba a ser de clase media-alta) de los años treinta. A mí me dejaban con la niñera mientras los adultos se reunían en la habitación prohibida conocida como el salón. Escuchaba a mi padre y a sus amigos tocar música de cámara y es probable que fuera allí donde adquirí mi permanente afición a esa clase de música[593].

Buena prueba de su amistad fue que Redvers Opie asistiera como testigo a la boda de Adorno con Gretel, que tuvo lugar el 8 de septiembre de 1937 en el registro civil de Paddington, en Londres. Opie fue la única persona presente, además de Horkheimer y los padres de Adorno y Gretel.

Asfixiado por la vida en una ciudad pequeña, como era el caso de Oxford, Adorno empezó a aficionarse a Londres. Cuando Alban Berg se propuso visitar Londres, Adorno le escribió entusiasmado, prometiéndole mostrarle las calles que tan bien conocía, «de Whitechapel, donde Jack el Destripador conoció a Lulú[594], a los mejores restaurantes de Piccadilly; de la Torre de Londres a Hampstead, el Heitzing[595][596] de Londres». Sin embargo, Adorno añoraba obsesivamente el hogar: «En Londres, tardía y casi dolorosamente, revivo los recuerdos de mi infancia». Describía las evocaciones nostálgicas a las que le movían los colores de los billetes de autobús, y terminaba diciendo: «Los colores de Londres

no pueden restaurar el gozo y la felicidad de la infancia, y para mí ya no es posible salvar nada»[597].

Mientras buena parte de la élite de Oxford disfrutaba del espectáculo de los refugiados llegando a las costas británicas con su cultura «foránea», Adorno no tenía ingresos y libraba una batalla para mantenerse a sí mismo y a su familia. Llegar a Inglaterra había sido difícil, pero en aquel momento, sin trabajo y sin perspectivas de encontrarlo mientras no estuviera nacionalizado, lo cual exigía al menos cinco años de residencia, empezó a sentirse angustiado. Además, el nazismo se estaba extendiendo por Europa. En una carta a Horkheimer afirmaba:

> La situación en Europa es desesperada. Los pronósticos de mi última carta parecen confirmarse en el peor sentido posible: Austria se someterá a Hitler y este, en un mundo hipnotizado por sus triunfos, podrá consolidar su posición sobre la base del terror más espantoso. Poca duda cabe de que los judíos que todavía vivan en Alemania serán aniquilados [...] porque, una vez que les hayan expropiado, ningún país del mundo les dará cobijo. Y una vez más no se hará nada: un Hitler es lo que todos ellos merecen[598].

Volver al continente era imposible y sin expectativas en Inglaterra su situación era desalentadora. Entonces, de manera imprevista, todo cambió: le surgió la posibilidad de un trabajo en Nueva York. Aliviado, y a la vez nervioso e inquieto, hizo planes con su nueva esposa, y el 16 de febrero de 1938 partió rumbo a América. Cruzó el Atlántico en el Champlain, un enorme barco de pasajeros.

Tras soportar el esnobismo de Oxford, al borde de la miseria y con la siempre creciente amenaza de los nazis pendiendo sobre su cabeza, Adorno se sintió aliviado cuando llegó a América. El viejo mundo había quedado atrás, y el nuevo, que le parecía tan opulento como extraño, le planteaba nuevos e insospechados desafíos. Poco después de su llegada, el régimen nazi intensificó sus medidas contra los judíos. Europa se desentendía de la suerte de los judíos y asistía con pasividad a la propagación de la violencia antisemita. Pronto empezaron a circular murmuraciones acerca de los judíos en América. Tres años más tarde, en 1941, instalado en Los Ángeles, en

los confines del mundo occidental y sin otro lugar al que huir que el océano Pacífico, Adorno todavía podía sentir el aliento del nazismo. Se asemejaba, en sus propias palabras, «al pájaro que mira fijamente a la serpiente»[599].

---

511 T. Adorno, 2006, pág. 170.

512 Ibíd.

513 Ibíd., pág. 312.

514 Ibíd., pág. 40.

515 Ibíd., pág. 74.

516 Ibíd., pág. 81.

517 Ibíd., pág. 354 (la cursiva es mía).

518 Véase J. D. Riva y G. Stern, 2006, pág. 24; pág. 162.

519 T. Adorno, 2006, pág. 138.

520 T. Adorno, 1991-1992, pág. 301.

521 T. Adorno, 2006, pág. 298.

522 Ibíd., pág. 298.

523 Ibíd., pág. 48.

524 Ibíd., pág. 40.

525 Ibíd., pág. 5.

526 Ibíd., pág. 114.

527 Ibíd., pág. 79.

528 Ibíd., pág. 70.

529 Ibíd., pág. 36.

530 Ibíd., págs. 40-41.

531 Ibíd., pág. 41.

532 Ibíd., pág. 50.

533 Ibíd., pág. 93.

534 Ibíd., pág. 95.

535 E. Bahr, 2007, pág. 5.

536 Los Angeles Times, 14 de mayo de 2006, B2, en E. Bahr, 2007.

537 T. Adorno, 2006, págs. 117-119, carta original escrita a máquina con encabezamiento impreso y postdata a mano.

538 Ibíd., pág. 50.

539 Ibíd.

540 Ibíd., pág. 53.

541 M. Horkheimer y T. Adorno, 1992.

542 T. Adorno, 2006, pág. 73.

543 Ibíd., pág. 108.

544 Ibíd., pág. 171.

545 Ibíd., pág. 47.

546 Ibíd., pág. 322.

547 Ibíd., pág. 133.

548 Ibíd., pág. 123.

549 Ibíd., pág. 167.

550 Ibíd., pág. 56.

551 Ibíd., pág. 80.

552 B. Brecht en T. Adorno, 2006, pág. 106 (42).

553 Ibíd. (43).

554 Ibíd., pág. 131.

555 Ibíd., págs. 144 y 153.

556 Ibíd., pág. 150.

557 Ibíd., pág. 151.

558 Ibíd., pág. 152 (48).

559 Ibíd., pág. 50 (49).

560 Ibíd., pág. 54 (50).

561 Ibíd. (51).

562 Adorno, por ejemplo, completó Tres estudios sobre Hegel y Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento.

563 T. Adorno, 2006, pág. 6.

564 Ibíd., pág. 5.

565 Ibíd., pág. 85.

566 La letra que se cita a continuación pertenece a la primera estrofa de la Canción de cuna del músico alemán del siglo XIX Carl Gottfried Wilhelm Taubert (1811-1891). El propio Adorno hace sugerentes comentarios sobre ese fragmento en una de sus obras. Véase T. Adorno, Minima moralia: reflexiones desde una vida dañada, traducción de Joaquín Chamorro Mielke, Madrid, Akal, 2004, pág. 207. (N. del T.)

567 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 17.

568 Ibíd., págs. 18-19.

569 T. Adorno, 1970, págs. 117 y ss.

570 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 28.

571 L. Lowenthal, 1987, pág. 203.

572 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 32.

573 E. Pfeiffer-Belli, 1986, pág. 51.

574 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 37.

575 T. Adorno, 2006, pág. 137.

576 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 159.

577 R. Becker-Schmidt, 1991, pág. 20.

578 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 159.

579 Ibíd., pág. 129.

580 T. Adorno, 1971, pág. 49.

581 Archivo del decano de la facultad de filosofía de la Universidad Johann Wolfgang Goethe. El expediente personal de Adorno aparece citado en S. Müller-Doohm, 2005, pág. 177.

582 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 178.

583 Del archivo de Theodor W. Adorno, Fráncfort del Meno.

584 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 188.

585 T. Adorno y A. Berg, 1994-2003, pág. 297; E. Wilcox, 1997, págs. 365 y ss.

586 T. Adorno, «Carta a Horkheimer del 2 de noviembre de 1934», en M. Horkheimer, 1995, vol. 15, pág. 262, 1985-1996. Véase también L. Jäger, 2004.

587 Carta no publicada de Isaiah Berlin a Bernard Williams, fechada en 12 de septiembre de 1982, archivo del Wolfson College de Oxford.

588 Ibíd., 19 de mayo de 1989.

589 I. Berlin, carta a Robert Craft no publicada con fecha del 28 de octubre de 1965, archivo del Wolfson College de Oxford.

590 De un ensayo en preparación de Anthony Quinton, amablemente citado en correspondencia privada con H. Hardy, Oxford, 28 de febrero de 2009.

591 L. Mitchell, 2009, pág. 78.

592 Ibíd., pág. 79.

593 Correspondencia privada de Helen Opie con la autora, viernes 16 de octubre de 2009.

594 Alusión al personaje principal y al argumento de la ópera Lulú de Alban Berg. (N. del T.)

595 T. Adorno y A. Berg, 1994-2003, pág. 296.

596 Heitzing es un distrito de Viena. (N. del T.)

597 T. Adorno, 1992, pág. 7.

598 M. Horkheimer, 1995, vol. 16, pág. 392, en S. Fischer, 1985-1996.

599 Adorno, 2006, pág. 56.

CAPÍTULO 8

La judía: Hannah Arendt

A partir de 1933, las calles de Alemania fueron transformándose a imagen de Hitler. En medio de aquel violento panorama, algunos judíos alemanes, como Walter Benjamin, huían; otros, como Theodor Adorno, se preparaban para lo peor, y otros, sencillamente, se limitaban a ir sobreviviendo lo mejor que podían. La joven judía Hannah Arendt, al igual que Benjamin y Adorno, estaba destinada a convertirse en una figura legendaria y a ser considerada como una de las principales pensadoras políticas de su generación. Entre sus obras iban a contarse varios clásicos del siglo XX, y su más tarde polémica dedicación a la causa judía solo estaba comenzando. La historia de su vida puede leerse como una novela de intriga que describe los innumerables riesgos y peligros entre los que tuvo que desenvolverse y atestigua el impacto intelectual y emocional que supuso en la época el ascenso de Hitler.

En Berlín, a comienzos de la primavera de 1933, los azafranes empezaban a florecer como destellos malvas en el acerado amanecer de la desangelada ciudad industrial; los trenes de larga distancia atravesaban los suburbios camino de sus estaciones; y los ciudadanos se abrían paso en torno a la sinagoga de la calle Ryke, que destacaba por su imponente bóveda y los hermosos pináculos de sus torres. No lejos de allí, la presencia nazi se volvía por momentos atronadora. Apestando a hollín y a grasa industrial, la ciudad exhalaba su primer aliento de la mañana.

En el centro de Berlín, las imponentes columnas de piedra del mayor edificio oficial de la ciudad, el Reichstag, aún no se habían consumido por completo tras el devastador incendio de la noche anterior y no se distinguían ya las formas familiares de la fachada, que estaba reducida a cenizas[600]. Se culpó del fuego a los

comunistas y se declaró el estado de emergencia; Hitler decretó la suspensión de la libertad de expresión y de reunión. Solo contrastaban con la negritud del ambiente las banderas escarlata que ondeaban en el aire frío y cargado de humedad, mientras las SA (las fuerzas paramilitares nacionalsocialistas) marchaban por las calles celebrando su victoria política. Llevaban documentos oficiales, registros de partidos políticos que contenían las direcciones de los miembros de la oposición de izquierdas. Su misión era promulgar una nueva legislación para acorralar y detener a todos los comunistas.

A lo largo de 1933, Hitler fue abandonando los acuerdos de paz y de los tratados internacionales, lo que suponía que Alemania se retirara de la Sociedad de Naciones, y las medidas antisemitas se incrementaron. Dachau, el primer campo de concentración, se construyó en una fábrica de municiones abandonada al noroeste de Múnich, en Baviera[601]. Empezaba a despuntar la aurora de los nazis: en mayo fueron atacados comercios judíos, cuyas ventanas aparecieron rotas, y en Berlín se encendieron hogueras, mientras los estudiantes se unían a la Gestapo y quemaban libros[602].

Por aquel entonces la vida cultural todavía florecía en los teatros, las universidades, los museos y las bibliotecas de la ciudad. Hannah Arendt, que tenía veintisiete años, salió de uno de aquellos magníficos edificios, la Biblioteca del Estado Prusiano, donde llevaba trabajando toda la mañana, y ahora se apresuraba a llegar a casa con papeles y documentos que demostraban la importante extensión que habían alcanzado las actividades antisemitas de los nazis por medio de organizaciones no gubernamentales y sociedades profesionales. Arendt buscaba pruebas para la Organización Sionista Alemana (la mayor organización de activistas judíos del país) que pudieran hacerse pasar al exterior; sus hallazgos serían propagados por el mundo para advertir a los países democráticos de la vena racista de la nueva Alemania de Hitler. Su tarea era ilegal y peligrosa: Arendt se exponía al realizarla al riesgo de ser arrestada y encarcelada[603].

Hannah Arendt, *c.* 1930. Granger Collection/TopFoto.

Arendt no siempre había actuado en apoyo de la causa judía, sino que a lo largo de la mayor parte de su juventud hasta entonces apenas se había preocupado de la religión de sus antepasados. Para entender por qué tomó ese camino es necesario remontarse al origen y rememorar su vida desde sus raíces, mostrando cómo el recuerdo de sus primeras experiencias emocionales iba a reaccionar más tarde con el ascenso del nazismo.

Hannah Arendt había nacido en 1906 en Königsberg, hoy Kaliningrado, una ciudad pródiga en filósofos. El precedente intelectual de Arendt, Immanuel Kant, también era de esa ciudad rodeada de castillos prusianos que dominan el lago. Sin embargo, a diferencia de Kant, que llevó una vida tranquila, Hannah tuvo que convivir con el peligro. Königsberg siempre había sido un refugio para los judíos rusos y del este de Europa. Situada entre el suroeste de Rusia y el mar Báltico, la ciudad constituía una escapatoria natural tanto desde Rusia como desde Europa, con la principal ruta de ferrocarril que transportaba a los exiliados hacia ciudades alemanas y de allí a Inglaterra o América. Durante los últimos tiempos del régimen zarista, en el siglo XIX, podían verse largas hileras de individuos proscritos, exhaustos, sucios, cargados con sus posesiones, que huían de las políticas antisemitas del zar Nicolás I y que eran reclutados a la fuerza para combatir en la Guerra de Crimea (1853-1856)[604].

Jacob Cohn, tachado de «judío inútil» por el régimen zarista, fue uno de aquellos hombres errantes y desastrados. Había emigrado de Lituania en 1852, solo unos pocos años antes de que el zar Nicolás le transmitiera el poder a su hijo Alejandro II[605]. Cohn murió en 1906, y aquel mismo año nació su nieta, Hannah Arendt, cuyo otro abuelo, Max Arendt, también era judío[606]. Pero no fue su ascendencia judía lo que oscureció con una larga sombra los primeros años de su vida; es posible, por el contrario, que lo que más impacto emocional produjera en la vida de Hannah no fuera el antisemitismo, sino la enfermedad: su padre, Paul Arendt, tenía sífilis.

Paul Arendt tenía una apariencia bastante severa, con su bigote negro y encerado y sus anteojos. Dedicaba su tiempo libre a leer gruesos volúmenes encuadernados en tapa dura acerca de la antigua Grecia y anotaba observaciones un tanto fragmentarias acerca del desarrollo de su hija: el bebé «tiene mucha curiosidad e intenta levantar la cabeza y la parte superior del torso; parece reaccionar con miedo ante los sonidos y las voces altas». También

escribe cariñosamente: «Su sonrisa es adorable. Las canciones alegres la mueven a la alegría; las sentimentales, a las lágrimas»[607].

Paul Arendt recibía tratamiento en el Hospital Universitario de Königsberg, pero hacia la primavera de 1911 la enfermedad se había extendido tanto que el docto padre de Hannah estaba cubierto de lesiones, paralizado y rayando en la demencia. El bondadoso abuelo de Hannah, Max, sustituyó a su padre enfermo, así que Hannah se mantenía animada, deseando despertarse en la cama y encontrarse con que había llegado el fin de semana, lo cual significaba una visita a la casa de sus abuelos, paseos por el parque y cuentos —Max era un magnífico contador de historias y solía narrar cuentos de hadas y recitar poemas—. Abu, como Hannah le llamaba afectuosamente, la llevaba, en compañía de su perro Meyerchen, al Glacis, las ruinas de las fortificaciones medievales que se alzaban en el espacio verde de la ciudad, mientras las brumas del Báltico se extendían procedentes del mar. Max refería historias del zar avanzando a través del bosque a lomos de su caballo y de rabinos conocedores de hechizos secretos. Tras los agradables paseos, llegaba la solemnidad de los rituales en la sinagoga, cuando Hannah se unía a sus abuelos para asistir al culto del Sabbat hebreo. Hannah, al igual que su abuelo, narraba cuentos, pero también los teatralizaba, mostrando una temprana inclinación a la interpretación y el espectáculo. Esta predilección por lo dramático iba a serle útil más adelante, convertida ya en una filósofa internacionalmente conocida que viajaba por el mundo pronunciando conferencias. Por ahora, sin embargo, su infantil espontaneidad servía para divertir y entretener al generoso auditorio que constituía su familia.

Hannah solo tenía siete años cuando recibió la sacudida de la tragedia: su adorado abuelo, Max Arendt, murió en 1913. Aquel mismo año, algo más tarde, el padre de Hannah también moriría en el hospital psiquiátrico en el que le habían internado. Hannah había visto y experimentado cómo su padre, hombre docto y grave erudito, se había ido transformando en un sifilítico demente y cubierto de úlceras. La enfermedad y la muerte de su padre la obsesionaron a lo largo de toda su vida: padeció insomnio,

pesadillas, accesos de melancolía y una permanente sensación de desasosiego en la vida diaria; siempre anheló tener a su lado una figura paterna, lo que la arrastró a relaciones devastadoras y tormentosas.

Pero había poco tiempo para el luto. Meses después de que muriera su padre, estalló la Primera Guerra Mundial y la madre de Hannah, aterrorizada ante la posibilidad de que el ejército ruso ocupara Königsberg en su avance, trató de conseguir un pasaje en tren para huir a Berlín. Con náuseas por el denso humo de los cigarrillos, la inmundicia y los hediondos vapores de una masa de abrigos militares alemanes, viajaron en una esquina del vagón, hacinadas entre los soldados. Las tropas alemanas que habían estado combatiendo al primer ejército ruso en el este se estaban desplazando al sur para hacer frente al segundo ejército ruso. En medio de un caos de granjeros y ciudadanos ordinarios huyendo del avance ruso, Hannah estuvo a punto de extraviarse de su madre. Se contaban historias aterradoras acerca de pillajes, incendios y violaciones.

Había pasado apenas un año y Hannah había perdido no solo a su padre y a su abuelo, sino también su amado hogar. Quizá como respuesta a las tragedias, desarrolló un temperamento poético, a veces casi se diría que melancólico. En años posteriores, su sensibilidad se iría agudizando, siempre alerta ante las extrañas imágenes que le ofrecía la ciudad. Escribió entonces un poema de juventud acerca del metropolitano de Berlín:

> Emerge de la oscuridad,
> serpenteando, rumbo a la luz,
> enérgico y veloz,
> ligero y sometido
> a los poderes humanos:
> entregado corcel.
> Se desliza implacable
> sin precipitarse.
> Veloz, ligero y sometido
> a los poderes humanos.
> Ajeno a todo,

por la oscuridad fluye.
Lo que haya arriba, él lo sabe.
Brama en el aire
una fiera amarilla[608].

Desde el principio Hannah anduvo a la búsqueda de amistades intelectuales. Una de ellas, la que estableció con Anne Mendelssohn —descendiente del famoso pensador judío Moses Mendelssohn— la acompañaría a lo largo de toda su vida. Hannah se rodeó de un círculo de amigos de mayor edad que ella y se introdujo en algunos de los textos más arduos de la filosofía alemana. Leyó a Kant, a los pensadores del Romanticismo y la Ilustración, y a filósofos cristianos.

Entre 1922 y 1923, Hannah se familiarizó con los clásicos y estudió teología cristiana en la Universidad de Berlín: se estaba preparando para el examen de acceso a la universidad alemana, conocido como Abitur. En 1924, bajo el gris cielo otoñal, se matriculó en la Universidad de Marburgo para estudiar Filosofía. Su mentor fue el carismático «Mago de Messkirch», el entonces aún joven Martin Heidegger.

Uno de sus alumnos, Karl Löwith, describía el infausto efecto de Heidegger en su auditorio: «Era un hombre bajo y oscuro que arrojaba hechizos con los que podía hacer desaparecer lo que solo un momento antes había presentado. Su técnica en las lecciones consistía en levantar un edificio de ideas que luego derruía, poniendo un enigma ante los ojos de sus embelesados oyentes y dejándolos después con las manos vacías»[609].

Para algunos, era «un águila en lo alto del cielo»; para otros, «un hombre en pleno delirio». Uno se preguntaba «si aquel filósofo no era una especie de Aristóteles que había perdido los estribos y que llamaba la atención por el contraste entre su enérgico y cautivador despliegue de poder y el cripticismo de su pensamiento, y porque afirmaba no estar pensando en absoluto, sino ser existencia»[610]. Cuando Hannah conoció a aquel hombre egoísta, cautivador y despótico, su confianza en sí misma se deshizo en temor; se quedó paralizada ante su poder y misterio y, en un tono reverencial, llegó a describirle como «el rey oculto del mundo del pensamiento, que,

aunque pertenece por completo a este mundo, está oculto en él, de tal manera que uno nunca puede estar seguro de que exista»[611]. Hannah había hallado el objeto de su deseo —un dios paternal al que rendir culto— en el altar de un atril.

Hannah se deslizaba hacia una devoción total. Su juvenil fervor filosófico pronto iba a sucumbir no solo al hechizo de las ideas mismas, sino también a la encarnación de esas ideas. Heidegger, al que llamaban «seductor de la juventud»[612] y que ya era famoso por la sugestión erótica que ejercía en sus alumnas, la atraía tanto intelectual como físicamente. La sexualidad de Hannah se desarrolló en relación a Heidegger.

Hannah era consciente de que aquel despertar sexual podía dañar su reputación. Los demás podrían verla como «más fea y vulgar, incluso estúpida y disoluta»[613]. Pero en Heidegger revivía su infancia, el tiempo en que la vida le parecía maravillosa, cuando cualquier observación cotidiana podía ser un pequeño milagro y una nube de vaguedad lírica cubría todas las experiencias concretas, volviéndolas vaporosas, opacas. Eso expresaría Hannah más tarde en un poema enviado a Heidegger y titulado «Sombras»[614].

Tras un año de relaciones secretas, quizá por temor a ser descubierto, Heidegger trató de persuadir a Hannah de que abandonara Marburgo. Le buscó un nuevo tutor y le pidió que se trasladara a Heidelberg para estudiar con su amigo Karl Jaspers. Ella aceptó «por amor» a Heidegger, tal como lo expresó, «para no hacer las cosas más difíciles» de lo que ya eran[615].

Karl Jaspers era un hombre de complexión delgada, agudo psiquiatra y filósofo, que enseñaba desde un despacho repleto de papeles y manuscritos en el que era como si las paredes mismas estuvieran compuestas de libros. Hannah trabajó con él en la tesis acerca de san Agustín que ya había empezado con Heidegger. En ese momento, devota todavía de su antiguo amante y mentor, estaba internándose en la tradición católica a la que Heidegger había estado tan profundamente vinculado. Su lenguaje era también fundamentalmente heideggeriano. Sin embargo, parece que, humillada por la situación, se centró en el concepto agustiniano de

amor, del que sostenía, no sin dejar caer un lamento personal, que estaba ausente en la aproximación del propio Heidegger[616]. Der Liebesbegriff bei Augustin fue publicado por J. Springer en Berlín en 1929.

Un año después de terminar su tesis, decidida a no resignarse a vivir humillada, pero todavía resentida con Heidegger, sintió que había hallado una cura para su pena y su pérdida de autoestima. Un día de enero, mientras la escarcha se quebraba, crepitante, bajo las suelas de los zapatos, Hannah, cubierta por un velo adornado con piedras preciosas, con llamativas ajorcas en las muñecas y los tobillos, cruzó las puertas del Museo de Etnología para asistir a un baile de máscaras. Había elegido un sugerente disfraz de mujer de un harén, y vestida de esa guisa conoció al joven filósofo judío Günter Stern. En un año estaban casados[617].

Se mudaron a Fráncfort, donde Hannah escribió varios artículos, como Augustin und Protestantismus, que fue publicado en 1930 por el Frankfurter Zeitung —el mismo periódico para el que había trabajado Walter Benjamin—. También escribió Rilke's Duineser Elegien, una pieza en colaboración con su marido, cuya carrera, mientras tanto, encajaba su primer revés: impaciente por abrirse camino en el mundo académico, Günter presentó su tesis en la prestigiosa Escuela de Filósofos de Fráncfort, pero fue rechazada por Theodor Adorno, encargado de leerla. Como consecuencia, las esperanzas de Günter quedaron destrozadas. Hannah Arendt nunca fue capaz de perdonar a Adorno, y aquellos dos grandes intelectuales judíos que tanto tenían en común nunca se reconciliaron.

Rahel Varnhagen, una hermosa judía del Romanticismo a la que Hannah llamaba «su mejor amiga», empezó a atraer su atención poco después de que Heidegger la abandonara. Rahel había tenido un amor ilícito con un gentil mayor que ella, el conde Von Finckenstein, que había ido «alejándose de ella lenta y dolorosamente»[618]. Hannah se sintió identificada con Rahel y publicó artículos sobre su vida en el Kölnische Zeitung y el Judische Rundschau. Esos artículos sirvieron como materiales para una

biografía posterior titulada: Rahel Varnhagen: The life of a Jewess[619].

En Rahel Varnhagen, Hannah no solo encontró un espíritu afín que, al igual que ella, había sido rechazada en el amor, sino también una nueva identidad. Hannah citaba a Rahel, que en su lecho de muerte había afirmado: «Aquello que a lo largo de mi vida ha supuesto para mí la mayor deshonra, la fuente de toda desdicha —haber nacido judía— no quisiera ahora por nada del mundo que me faltara»[620]. Hannah, que hasta el momento se había interesado por la filosofía alemana y el pensamiento católico, descubrió el judaísmo gracias a su identificación con Varnhagen. La identidad judía de Hannah se convirtió a partir de entonces en el eje central de su vida.

A la conciencia judía de Hannah le fue infundido un vago presagio que se expresa en su poesía juvenil y en los sueños que dejaba por escrito. Siguió dejándose influir por Goethe, Fichte, Schelling y los románticos alemanes, pero no como medio de asimilación a la sociedad alemana, sino como expresión de ambigüedad cultural. También se unió al activismo sionista en Berlín. Previendo que la situación de los judíos en la ciudad no haría más que empeorar, aunque sin imaginarse hasta qué punto, empezó a mostrarse cada vez más agresiva ante la pasividad de sus amigos judíos, a quienes echaba en cara su torpe ceguera. A Anne Mendelssohn, por la tranquilidad con la que vivía a pesar de todo, la reprendía llamándola «loca». Además, su marido se mostraba menos comprometido con sus apasionadas actividades de lo que a ella le habría gustado.

Una grieta se estaba abriendo en su matrimonio. En una carta a Heidegger escribía:

30 de septiembre

> Martin:
>
> Perdóname por cómo reaccioné hoy cuando te vi. Pero en aquel momento la imagen de Günter y tú juntos en la ventanilla cruzó mi mente, y yo estaba sola en el andén, incapaz de cerrar los ojos a la diabólica claridad de lo que había visto. Perdóname[621].

Con Heidegger se mostraba decididamente femenina y hasta servil, lo que contrastaba con la actitud que tenía en presencia de su marido. Para Günter, Hannah era demasiado agresiva. En cierta ocasión, Hannah recibió una caja de habanos como regalo de un antiguo amigo de su abuelo y se fumó los cigarros sin tener en cuenta el disgusto que producía en su marido, al que aquello le parecía «masculino»; mientras tanto, en su correspondencia con Heidegger, podía apreciarse una sumisión que Hannah nunca había mostrado con su Günter: «Tantas cosas se habían aliado para confundirme... No era solo que al verte se reavivara en mí la permanencia más clara e insistente de mi vida, la permanencia —por favor, déjame decirlo así— de nuestro amor»[622]. A pesar de que su identidad judía se afirmaba cada vez con más fuerza, sus súplicas a Heidegger eran tan infantiles como las de un niño a su padre y su inseguridad no había hecho más que incrementarse desde que se habían separado:

> Me puse delante de ti unos segundos. Tú me viste —levantaste la mirada brevemente—. Y no me reconociste. Una vez, siendo niña [...], mi madre hizo lo mismo para asustarme. Aún puedo revivir el ciego terror con el que lloré. Pero yo soy tu niña, soy tu Hannah[623].

Los acontecimientos pronto sobrepasaron al matrimonio. Hannah solo tenía veintisiete años cuando Hitler fue elegido canciller por el pueblo alemán en 1933. Después del incendio del Reichstag, en febrero de aquel año, los miembros de la oposición de izquierdas fueron localizados y arrestados. El marido de Hannah sabía que su nombre aparecía en la agenda de Bertolt Brecht, que había sido arrestado por la Gestapo. Temeroso, Günter huyó a París.

Hannah, cuyo nombre no estaba incluido entre los contactos de Brecht, se decidió a quedarse para luchar. De la noche a la mañana, su apartamento en Berlín se convirtió en un refugio seguro para quienes se escondían de las campañas de Hitler contra los judíos. En colaboración con su madre y una amiga, Hannah ocultó en su apartamento a un comunista perseguido, y las tres mujeres estuvieron a punto de ser detenidas por ello: en cierta ocasión, el

comunista, guiñando un ojo, dio a entender que entretenía a tres mujeres «desesperadas».

Finalmente, la obstinada Hannah fue arrestada junto con su madre. Fue en la primavera de 1933, mientras Martin Heidegger ascendía al puesto de rector en la Universidad de Friburgo. Los interrogatorios a Hannah y su madre se prolongaron durante una semana. Heidegger se había esfumado de su vida y, tras la partida de Günter, Hannah, forzada por las circunstancias a arreglárselas por sí misma, logró engañar a los guardias y escapó junto con su madre. Mal vestidas, casi sin posesiones y sin apenas comida, no bastaba con que hubieran huido de la cárcel: tenían que salir de Alemania.

Su evasión, sorprendentemente rápida, fue posible gracias a la compasiva ayuda de una familia que vivía en una casa cuyas puertas estaban, la delantera, en Alemania y la trasera, en Checoslovaquia. Después de una cena caliente y bajo el manto protector de la noche, salieron por la puerta trasera de la casa y cruzaron frondosos bosques y montañas camino de la seguridad. Aquella ruta a través de los montes Metalíferos, usada por judíos e izquierdistas, sería conocida más tarde como la «frontera verde».

En el otoño de 1933 Hannah se reunió con Günter en París. Traía consigo la preciada primera novela que había escrito su marido, una sátira del fascismo que Günter se había dejado olvidada por la urgencia con la que había tenido que partir. El manuscrito desprendía un hedor nauseabundo: Hannah había tenido que esconderlo en la despensa, envuelto en el paño grasiento que usaban habitualmente para guardar el queso y colgado al lado de las piezas de panceta. Más tarde lo había paseado a escondidas por Praga, Génova y, finalmente, Francia[624].

Hannah era ahora una exiliada, y en esa condición iba a permanecer la mayor parte de su vida. En cualesquiera otras circunstancias, las calles de París le habrían parecido fascinantes. En compañía de otros refugiados, Günter y ella frecuentaban las joyas arquitectónicas y los grandes monumentos de la ciudad. Allí vivía una deslumbrante pléyade de artistas, intelectuales y escritores, muchos de ellos exiliados. Entre aquellos con los que Günter y

Hannah se cruzaban por las calles de París o en reuniones y actos sociales se encontraban Jean-Paul Sartre, Bertolt Brecht, el premiado Raymond Aron e innumerables pensadores judíos. Pero Hannah seguía con su proyecto sionista y se granjeó la amistad de Walter Benjamin, que, como ella, estaba exiliado en Francia.

También conoció a Heinrich Blücher, un brillante y atractivo activista político. Con sus cabellos alborotados color castaño que se abrían mostrando una frente tersa, su ancha boca y sus maneras delicadas y corteses, Blücher, personaje sagaz y fascinante, era la antítesis de Heidegger. Para empezar, no tardó en enloquecer por Hannah, de la que se volvió auténticamente devoto. Asimismo, tenía el carácter fuerte y decidido que podía ofrecerle la protección paternal que ella había buscado tan ansiosamente. Involucrado en política, feroz y ardientemente opuesto al nazismo, Blücher disponía de valores, ideas y oratoria para argumentar no solo en contra de Hitler, sino también de todo aquello que los nazis defendían. Hannah pudo al fin acallar a sus demonios. Había amado con pasión y ahora odiaba con igual vehemencia, y por medio de Heinrich encontró las palabras precisas con las que expresarlo. En plena cruzada política, la activista Hannah vio en Heinrich a su alma gemela. Pronto se hicieron amantes y ella se divorció amistosamente de Günter[625].

A Hannah le gustaban las canciones de un amigo de Heinrich, el popular cancionista Robert Gilbert, que captó como nadie la mentalidad de los años vente y treinta:

> Sin un céntimo en el bolsillo;
> solo con harapos gracias a la caridad,
> harapos llenos de agujeros
> por los que se asoma el sol[626].

Esta era su favorita. Paseaba por las calles de París en compañía de Heinrich, tiesa y sin un céntimo, pero arrogante.

A medida que la década de los treinta se acercaba a su fin, el estado de ánimo de los quince mil refugiados que vivían en París iba volviéndose cada vez más sombrío. Cuando Hitler se anexionó Austria, en 1938, una nueva oleada de judíos huyó a la capital de

Francia. La población judía, cada vez más atemorizada, se expandía en busca de refugio en lo que parecía un retorno a los guetos. Hannah, sin embargo, se destacó en esa situación: frente a la barbarie nazi (y contra Heidegger), con su recién adquirida confianza, declaró que los judíos no debían rendirse ni abandonarse a su suerte, sino plantar cara: tenían que luchar.

Y eso al menos fue lo que ella hizo. En Navidad de 1938, Hannah trabajó para una agencia judía que prestaba ayuda a los refugiados que llegaban a París. Junto con Heinrich y su madre, se esforzó y trabajó para su causa, murmurando su mantra:

> [...] que el blando movimiento del agua
> vence con el tiempo a la roca más dura.
> Así debes entenderlo: con tenacidad no hay nada
> inquebrantable[627].

Pero en 1939 Heinrich fue arrestado y trasladado como «enemigo extranjero» a un campo en Villemalard, cerca de Orleáns. Las órdenes eran absurdas en su especificidad: los «enemigos extranjeros» debían llevar alimentos suficientes para dos días, sus propios cubiertos y maletas que no pesaran más de treinta kilogramos. Este era para Hannah «el nuevo tipo de ser humano creado por la historia contemporánea», aquel que, «es confinado en campos de concentración por sus enemigos y en campos de internamiento por sus amigos»[628]. Heinrich fue liberado dos meses más tarde y con cierto alivio impetuoso en seguida se casó con Hannah. Casi inmediatamente después, sin embargo, Hannah y su madre fueron a su vez arrestadas y puestas en custodia. Esta vez Hannah no tuvo tanta suerte: sencillamente no pudo engañar al guardia.

El enorme techo de cristal de paladio dejaba ver el luminoso cielo estival de París. El Velódromo de Invierno, escenario habitual de conciertos y espectáculos, se asociaba al lujo, al placer y al esparcimiento. Pero no era así para Hannah y la multitud de mujeres que en aquel momento se hacinaban en su interior. Se las consideraba «enemigas extranjeras» y estaban allí por una razón

bien diferente: ser reunidas, identificadas y enviadas a un campo de internamiento en algún lugar de Francia. Las paredes reflejaban el azul del cielo, cuya pálida claridad rebotaba contra el piso de cemento cubierto de ásperos sacos marrones de arpillera, los cuales, rellenos de crin de caballo, iban a servir como camas durante toda la semana.

El calor del día era sofocante, y por las noches se estremecían de terror mientras los aviones rugían sobre sus cabezas. Ante el peligro de un bombardeo alemán no tenían más protección que la oscuridad y una gran cubierta de cristal. Finalmente las gestiones se agilizaron y fueron transportadas a lo largo de las orillas del Sena, más allá del Louvre, hasta la estación de Lyon, donde se subieron a trenes atestados y malolientes rumbo al campo de internamiento de Gurs, en el extremo suroeste de Francia.

Un total de 6.356 mujeres y algunos niños fueron confinados en aquel campo, donde se vieron rodeados de un espeso mar de lodo —las lluvias de la estación habían inundado las planicies de los alrededores de los Pirineos—. Hannah, con el mismo saco relleno de paja como lecho, un balde que usaba como orinal y que ella misma tenía que vaciar todas las noches y una mísera dieta a base fundamentalmente de pescado seco, se resolvió a pesar de todo a no dejarse vencer por la desesperación. No debía compadecerse de sí misma. Procuraba que no llegaran a sus oídos palabras acerca del suicidio —la misma mujer que las profería podía mostrar a la mañana siguiente un optimismo patológico—. Durante el largo y cálido verano hubo mujeres que trataron de abandonar el campo con la ayuda de sus maridos o de parientes que pudieran proporcionarles los documentos necesarios, bien fuera para volver a la Alemania nazi haciéndose pasar por arias, para irse a vivir a otro lugar de Francia si eran tan afortunadas como para tener familia allí o para dejar Europa y trasladarse a América si tenían quién las apadrinara. Hannah, que no tenía esos documentos, temblaba ante la posibilidad de que Hitler cayera sobre Francia.

Corría el mes de junio de 1940 cuando se despertó una mañana y la noticia que tanto temía la dejó paralizada: Francia había caído. En el caos que siguió tuvo una pequeña oportunidad para escapar. Las

comunicaciones no funcionaban y junto con un grupo de compañeras logró hacerse con los documentos necesarios y salió del campo. No se había formado todavía ningún movimiento clandestino en Francia con el que pudiera colaborar, así que tuvo que huir tan rápido como pudo, aprovechando la oscuridad para alejarse. En un día el campo se había reorganizado y escapar era ya imposible: Hannah había aprovechado su única oportunidad. A las mujeres que se quedaron se unirían más tarde seis mil judíos de Baden y Saapfalz deportados por orden del nazi Adolf Eichmann con la complicidad del gobierno de Vichy. Diez mil personas fueron confinadas allí y quienes sobrevivieron a la barbarie de lo que en aquel momento se convirtió en un campo de concentración fueron transportados a Alemania para su exterminio. Hannah había escapado por los pelos a la cámara de gas.

Tras varios días por caminos traicioneros, como una más entre los miles que deambulaban temerosos de los nazis en busca de un lugar donde ocultarse, Hannah llegó a casa de su amiga Lotte, que vivía en Montauban, en el sur de Francia. Exhausta y aquejada de reumatismo tras los penosos días de marcha, halló una tregua momentánea. Fue al día siguiente de llegar cuando tras meses de inquietud tropezó literalmente con su marido en la calle. Allí estaba Heinrich, como si hubiera emergido del caos de miles de desplazados judíos, comunistas, campesinos y ciudadanos ordinarios.

Por un tiempo pudieron disfrutar juntos: Hannah se sentía aliviada en compañía de Heinrich; eran tan irrefrenables sus espíritus que en un gesto de libertad se fueron a recorrer juntos el sur de Francia en bicicleta, dejándose embriagar por la cálida fragancia a romero que llenaba el aire de los campos. Pero seguían inquietos, viviendo en un desván y tratando de anticiparse a las acciones del gobierno de Vichy. Las medidas dirigidas contra los judíos se multiplicaban: el control, la burocracia y la «guetización» eran cada vez mayores; Francia había caído; sobre Inglaterra se cernía la misma amenaza; y el pacto entre Hitler y Stalin iba a estrechar la colaboración entre las dos policías secretas más temidas del mundo.

Como bien afirmó Hannah, aquellos eran «los tiempos más oscuros»[629] de Europa.

La oscuridad de aquellos tiempos acaso no se exprese de manera más elocuente que en el destino de Walter Benjamin, íntimo amigo de Hannah por aquel entonces. En París, Benjamin le había confiado sus preciados manuscritos; poco podía imaginarse Hannah que aquellos trabajos serían los últimos y que Benjamin iba a morir a tan escasa distancia del lugar del que ella acababa de escapar. Anotar, editar y publicar las obras de Benjamin se convertiría en uno de los grandes proyectos de su vida y fue gracias a aquella dedicación de Hannah que Benjamin sería reconocido póstumamente como uno de los símbolos de la cultura del siglo xx.

En 1941 Hannah tenía treinta y cinco años. Se había cortado su antaño largo, oscuro y ondulado cabello, su figura se había vuelto enjuta y su expresión más despierta. La cualidad soñadora de su juventud iba dejando paso a una concentración intelectual más aguda y los rasgos más pragmáticos de su carácter afloraban como respuesta a las situaciones en las que se veía envuelta. La Francia de Vichy no era un lugar seguro para un judío, así que Hannah y Heinrich lograron hacerse con los documentos necesarios y, junto con la madre de Hannah, se dirigieron a Lisboa, donde se embarcaron para cruzar el Atlántico rumbo a Estados Unidos.

El olor a hollín que desprendían los motores de los barcos saturaba el aire salado: aquel era el fétido hedor propio de un puerto industrial. Una multitud de individuos exhaustos y derrotados se amontonaba en los muelles: aquellos refugiados ojerosos y aturdidos habían huido de la Europa nazi. Las gaviotas chillaban por todas partes mientras trazaban en el cielo su incesante movimiento circular. Entre aquellos exiliados que llegaban a Nueva York en mayo de 1941 estaba Hannah; había transcurrido casi un siglo desde que su abuelo Jacob hubiera tenido que huir de las persecuciones antisemitas. Con los 25 dólares que reunían entre su marido y ella, y contando con el escaso aporte mensual de la Organización Sionista de América, empezaron a buscar el mejor alojamiento que pudieran permitirse. Una pensión situada en un edificio espigado y angosto,

por cuya fachada torcida podía juzgarse que apenas se mantenía en pie y sin más servicio que una cocina comunitaria de ambiente denso y cargado, sería su hogar durante la siguiente década. Allí, en el número 95 de la calle Oeste, ocuparon dos habitaciones: una para el matrimonio y otra para la madre de Hannah. En aquel espacio tenebroso y casi sin iluminación, Hannah iba a escribir una de las obras maestras del siglo XX: Los orígenes del totalitarismo[630].

Visitó al filósofo judío Theodor Adorno, que al igual que ella vivía en el exilio. Adorno había rechazado la tesis de su primer marido y despreciaba el pensamiento de Hannah por considerarlo demasiado cercano al de Heidegger. El refundado Instituto de Investigación Social de Fráncfort se había establecido en el número 117 de la calle Oeste, y fue allí donde Hannah entregó el paquete que contenía los valiosos manuscritos de Walter Benjamin. Hannah había logrado sacarlos de Europa y los había leído con Heinrich mientras esperaban juntos el momento de tomar el barco rumbo a Estados Unidos. Al tener noticia de la muerte de Benjamin, Hannah escribió un poema de despedida con el sencillo título de «W. B».

> Voces distantes, la tristeza ronda.
> Aquellas son las voces y estos los muertos
> a quienes hemos enviado primero como exploradores
> para que nos guíen por las profundidades del abismo[631].

Adorno se decidió finalmente a publicar los textos de Benjamin, incluyendo su ensayo Tesis de filosofía de la historia, pero Hannah consideraba que se había demorado en exceso y estaba furiosa, llegando a acusarle de falta de moralidad. Al final Hannah esperó hasta que pudo establecer contactos con los judíos de Palestina y la disputa se resolvió con discreción. Los manuscritos completos de Benjamin aparecieron en 1955[632].

Pero eso fue más tarde. Primero vinieron los años cuarenta, cuando Hannah empezó a publicar en revistas judías como Jewish Social Studies y Contemporary Jewish Record. Su trabajo presentaba un tinte cada vez más político y escribió sobre cuestiones de raza, identidad alemana e historia europea en publicaciones como Review

of Politics. Muchos de aquellos trabajos se integraron después en Los orígenes del totalitarismo, libro rezumante de energía emocional y expresión de la lucha de un pueblo desposeído. Sin embargo, no todos los intelectuales que trataron a Hannah se sentían igual de impresionados por ella: Isaiah Berlin la conoció durante la guerra y no tardó en ponerla en su lista de los «más odiados». «Cuando la conocí en 1942, su fanático nacionalismo judío [...] fue demasiado para mí [...]. En lo relativo a los judíos está un poco tocada», rememora Berlin[633]. Y prosigue: «En sus trabajos ideológicos, soy incapaz de seguir las libres asociaciones metafísicas con las que se complace, salvo en la medida en que las premisas me parecen erróneas y las conclusiones inaceptables»[634]. Por suerte para Hannah, parece que las opiniones de Berlin no salieron de su círculo de colegas en Oxford.

Mientras residía en Nueva York, a comienzos de los años cuarenta, empezó a conocer en detalle las atrocidades nazis en Europa y le llegaron rumores acerca de la Solución Final. Melancólica, daba largos paseos en actitud filosófica y contemplativa por Riverside Park, «entre botes de remos con parejas de novios semejantes a joyas en un lago del bosque»[635]. Escribía para Aufbau, un periódico dirigido a los alemanes exiliados en Nueva York en el que publicaba análisis de temas judíos, haciendo afirmaciones polémicas y expresando sus apasionadas opiniones; obtuvo así tanta notoriedad como popularidad[636]. El 18 de diciembre de 1942, Aufbau informó de la deportación de los judíos del campo de internamiento de Gurs, donde Hannah había estado confinada. Se publicó una larga lista de nombres —todos ellos de judíos enviados al exterminio— y los editores judíos proclamaron que el mundo cristiano debía actuar; pero la prensa americana reaccionó con reserva y se mostró escéptica acerca de la validez de las informaciones[637].

Puede que sus análisis políticos fueran recibidos en América con desdén, como los delirios de una lunática judía. Pero en 1945, cuando Alemania fue al fin derrotada en Europa, la matanza de judíos se reveló al mundo entero. Era ya demasiado tarde: los judíos

habían sido llevados casi al punto de su exterminio. Hannah se puso a escribir de manera frenética; si se tomaba un respiro, era solo para brindar por la caída de Hitler.

---

600 El incendio del Reichstag fue un ataque que se produjo el 27 de febrero de 1933. Véase F. Tobias, 1963.

601 Dachau, el primer campo de concentración permanente, fue establecido por los nazis en marzo de 1933. Véase H. Marcuse, 2001.

602 El 10 de mayo de 1933 más de cuarenta mil personas se congregaron en Berlín para quemar libros «antialemanes».

603 H. Arendt, 1964.

604 Los datos relativos al entorno familiar de Hannah y a los primeros años de su vida están tomados del capítulo I, págs. 13-22, de la magnífica biografía de Elizabeth Young-Bruehl (2004). El lector puede consultar asimismo el capítulo I, págs. 13-22, de Derwent May, 1986.

605 E. Young-Bruehl, 2004, pág. 6.

606 Ibíd., págs. 8-9.

607 M. Arendt, 2004.

608 El metropolitano, en H. Arendt y M. Heidegger, 2004, pág. 296.

609 K. Löwith, 1986, págs. 42-43.

610 R. Safranski, 1998, pág. 133.

611 H. Arendt, 1996, pág. 190.

612 R. Wolin, 2004, pág. 96.

613 E. Young-Bruehl, 2004, pág. 53.

614 H. Arendt, Sombras, en H. Arendt y M. Heidegger, 2004, págs. 12-16.

615 E. Ettinger, 1995, págs. 21-28.

616 Véase H. Arendt, 1996.

617 D. May, 1986, pág. 29.

618 E. Young-Bruehl, 2004, pág. 56.

619 H. Arendt, 1997.

620 Ibíd., pág. 3.

621 H. Arendt y M. Heidegger, 2004, pág. 51.

622 Ibíd.

623 Ibíd.

624 E. Young-Bruehl, 2004, pág. 116.

625 D. May, 1986, pág. 47.

626 H. Arendt, 1972.

627 H. Arendt, Bertolt Brecht: 1898-1956, en Arendt, 1968, pág. 245. Walter Benjamin también se refirió a ese poema en W. Benjamin, 1973.

628 H. Arendt, 1943, pág. 70.

629 Véase H. Arendt, 1968.

630 H. Arendt, 1951.

631 E. Young-Bruehl, 2004, pág. 162.

632 Una versión de esa disputa puede consultarse en E. Young-Bruehl y la otra en S. Muller-Doohm.

633 Carta no publicada de I. Berlin a Bernard Crick, 4 de noviembre de 1963, archivo del Wolfson College, Oxford.

634 Carta no publicada de I. Berlin a Sam Behrman, fechada el 19 de julio de 1963, y carta no publicada a William Phillips, fechada el 7 de mayo de 1963, archivo del Wolfson College, Oxford.

635 Poema sin título de Hannah Arendt de 1943, aparece en E. Young-Bruehl, 2004, pág. 185.

636 Por ejemplo, H. Arendt, 20 de noviembre de 1942.

637 E. Young-Bruehl, 2004, pág. 181.

CAPÍTULO 9

El mártir: Kurt Huber

Hitler soñaba con extender su dominio no solo con la fuerza, sino también propagando sus ideas y embaucando con ellas al pueblo alemán. En esa empresa tuvo un éxito absoluto. A lo largo de la década de 1930 se sucedieron las purgas en las universidades: los filósofos y académicos judíos, y todos aquellos a quienes se considerara ajenos o en oposición a la causa nazi, fueron despedidos y tuvieron que optar entre exiliarse y afrontar las persecuciones y la muerte. Fueron represaliados Edmund Husserl, Walter Benjamin, Theodor Adorno, Hannah Arendt e incontables otros. A finales de la década, Hitler, con la ayuda de Alfred Rosenberg, había cumplido su sueño. Los judíos habían huido y no quedaba nadie que pudiera expresar la menor oposición, nadie que pudiera reclamar democracia o al menos algo de humanidad. ¿O sí quedaba?

Los filósofos «arios», por lo general, pusieron sus intereses, prejuicios y ambiciones por delante de la lealtad a sus antiguos compañeros. Las medidas de Rosenberg, apoyadas por nazis como Alfred Bäumler y Ernst Krieck, y por simpatizantes como Carl Schmitt y Martin Heidegger, fueron acogidas con entusiasmo. Si algún profesor censuraba la índole del régimen en el poder, procuraba reservar sus opiniones para sí mismo. El disentimiento, si alguna vez se manifestaba, era solo por omisión. Así, mientras que unos filósofos eran fanáticos nazis, los otros se retiraban al dominio de la investigación abstracta, y a medida que los años pasaban, un manto de silencio iba cayendo como una espesa niebla. Solo en muy raras ocasiones un rayo de luz traspasaba aquella niebla, como cuando un valiente filósofo y sus alumnos se atrevieron a alzar la voz en contra de la nazificación de las universidades. Pero el fuego de su coraje pronto se extinguió de un modo brutal.

Era un día húmedo y caluroso de julio de 1943 en la prisión de Stadelheim, en Múnich. La llovizna que había empezado a caer temprano aquel día se había convertido en una lluvia ligera. El vigilante echaba pestes por la boca —con aquel tiempo húmedo y caluroso su trabajo era aun más fastidioso—. Las ejecuciones estaban programadas para las cinco de la tarde, y él estaba cansado, rezumando sudor a la espera de que la jornada de trabajo llegara a su fin. Le llegó entonces la noticia de que varios oficiales de las SS querían presenciar la siguiente ejecución. Eso supondría un retraso. «¿Cómo podían ser tan desconsiderados aquellos oficiales?», se preguntó bufando. «¿No se daban cuenta de que aquello le obligaría a salir como mínimo una hora más tarde sin que ni por asomo fueran a pagarle el tiempo extra?». Por si aquello fuera poco, tenía que limpiarlo todo antes de irse y examinar la guillotina para asegurarse de que no quedaban manchas de sangre —en la cuchilla era habitual que se quedaran pelos enganchados y hechos un nudo, y así era más difícil sacarle brillo—. Había escasez de desinfectante y no le quedaba otra que frotar las manchas de suciedad y restos humanos. Si no hacía su trabajo como era debido, tendría que soportar las quejas de sus superiores y estos le darían aun más trabajo. Nadie se preocupaba por él[638].

Kurt Huber, *c.* 1941. © Gedenkstatte Deutscher Widerstand.

La lluvia, cada vez más intensa, azotaba los adoquines del patio; un sombrío resplandor bañado de humedad iba a languidecer sobre los escombros de un muro de mampostería derruido en una esquina por la que entraba el viento del oeste. El vigilante estaba echando la llave cuando apareció un joven oficial de las SS recién afeitado y con el pelo peinado hacia atrás al que pronto se le unieron otros. El director de la prisión y el verdugo acudieron a recibirles con presteza

y el vigilante pudo escuchar algunos fragmentos de la conversación que siguió: los oficiales estaban interesados por ciertos aspectos del método de ejecución, especialmente por cuánto tardaban en morir los reos. Ávidos por hacer sugerencias de mejora, suponían que los prisioneros iban a ser ahorcados, así que cuando el verdugo les dijo que la muerte era por guillotina, montaron en cólera y clamaron que habían estado perdiendo el tiempo. El vigilante se sintió aliviado al pensar que su trabajo no le obligaba a tener trato con las SS. Ya que estaban allí, los oficiales visitaron la sala de ejecuciones y recibieron una exhaustiva explicación acerca del funcionamiento de la máquina. Se mostraron interesados por cuestiones de eficiencia y por detalles técnicos como lo rápido que caía la cuchilla, cuál era su peso, de qué tipo de metal estaba hecha, con qué frecuencia había que afilarla y cuál era la fuerza necesaria para separar la cabeza del tronco. Finalmente obtuvieron la información que necesitaban y se fueron. El vigilante se dispuso a terminar su trabajo: dos prisioneros más que ejecutar y podría ponerse a limpiar e irse a casa[639].

Un joven alto y enjuto, de pelo marrón oscuro y poco más de veinte años, cruzó el patio con la cabeza alta en un postrero gesto de dignidad y gallardía[640]. Un sacerdote observó la escena desde una de las ventanas del bloque, hasta que el joven entró en la sala de ejecuciones y se cerró la puerta. El vigilante solía quedarse fuera a la espera de oír el sordo deslizamiento del filo de la cuchilla. Quizá la horca fuera un método más higiénico y le facilitara el trabajo: su mujer no hacía más que lavarle el uniforme y él estaba harto de que se quejara. Más tarde, un hombre de escasa estatura que rondaba los cincuenta años y mostraba una acusada cojera atravesó el patio con lentitud. Este, como el anterior, caminaba con un gesto de dignidad. Después de que la cuchilla se deslizara por segunda vez, el vigilante se llevó el cuerpo —una de cuyas manos colgaba inerte, arrastrándose por el suelo del patio— en un repugnante abrazo, como había hecho con el otro. Por último, barrió el piso empedrado y al fin pudo pensar en la cena.

En la última primavera antes de que le arrestaran, Kurt Huber, el segundo de aquellos prisioneros, había estado en casa con su

familia, pasando las páginas de la partitura que su hija de doce años leía al practicar sus lecciones de piano. Después acariciaba los suaves y largos bucles de la niña, y al inclinarse para besarla en la frente, le divertía ser siempre capaz de adivinar lo que su mujer había hecho para cenar —el aroma impregnaba el pelo de la niña—.

No medía más que cinco pies y seis pulgadas. Cuando iba a ser ejecutado atravesó el patio arrastrando la pierna derecha[641]. Le temblaban las manos mientras se volvía para dedicarle una fugaz sonrisa al capellán de la prisión. El capellán estaba familiarizado con aquellas expresiones de miedo, pero no sabía que las manos de aquel prisionero habían temblado durante toda su vida, ni que su garganta ya había sido seccionada una vez[642].

De niño Huber había sufrido difteria, y cuando la enfermedad parecía intratable, los cirujanos le hicieron una operación de emergencia que requería que le abrieran la garganta[643]. Siempre arrastró las secuelas de aquella enfermedad y del tratamiento al que había sido sometido: sus manos temblaban continuamente ya fuera en el trabajo, en la calle o departiendo con sus amigos; solo cuando tocaba el piano, evadiéndose de sí mismo y sin que su atención se ocupara en nada más que en el mundo de sonidos que creaba y le envolvía, era capaz de concentrarse hasta el punto de que sus manos recuperaran su vigor mientras se movían por el teclado.

Era un día de invierno de 1943 en el sur de Alemania y la radiante iluminación del auditorio de la Universidad de Múnich se reflejaba en las augustas paredes de madera. La misma mano que siete meses más tarde iba a ser arrastrada por el rugoso empedrado del patio de ejecución hechizaba al público con sus movimientos. Aquellas trémulas manos que cincelaban el espacio eran las del profesor Huber, tan inmensamente popular por aquel entonces que el mayor auditorio de la universidad estaba abarrotado de estudiantes que trataban de abrirse camino a empujones por los pasillos en busca de dónde sentarse[644]. El profesor había preparado meticulosamente sus palabras y empezó a construir con el lenguaje un mundo de ideas abstractas que eran esenciales al orgullo de la nación. La filosofía y la música, que tan caras le eran la una como la otra al pueblo

alemán, tenían la virtud de arrebatar el espíritu nacional. Y aquel hombre tenía un soberano dominio sobre ambas. Ávidos de conocimiento, los jóvenes estudiantes estaban cautivados, desorientados en medio de aquel mundo en el que los sentidos se adormecían y la mente estaba alerta. Huber se situó frente a ellos en el atril. Por culpa de su discapacidad, se movía torpemente. Al principio apenas era capaz de vocalizar, pero en cuanto se dejó arrebatar por la materia, su voz fluyó y brotó la elocuencia. Kurt Huber, filósofo y musicólogo en la Universidad de Múnich, era un hombre discreto con una mente brillante que le permitió abarcar tanto las humanidades y las artes como las ciencias —además de sobre filosofía, era capaz de dar lecciones sobre lógica matemática, y era una autoridad mundial en música tradicional. Su rostro, peculiar y demacrado, habría podido tener una belleza deslumbrante de no haber sido por la desgraciada asimetría de sus rasgos— uno de los lados de su cara estaba en parte paralizado. Tenía los ojos hundidos y los pómulos salientes, y la enérgica intensidad de su semblante le habría dado un aire bastante severo si la evidente sensualidad y la frecuente expresividad de sus gestos no la hubieran contenido. Su cabello ralo acentuaba la dureza de sus pómulos y la delgadez aguileña de su nariz[645].

Huber había nacido en Chur, en Suiza, el 24 de octubre de 1893, pero sus padres, que eran alemanes, volvieron a su país de origen cuatro años más tarde y le criaron en la ciudad suroccidental de Stuttgart. Recibió una educación esmerada y destacó en la escuela. A partir de 1903 asistió al Instituto Eberhard-Ludwig, y tras la muerte de su padre, la familia se trasladó a Múnich, en cuya universidad estudió musicología, psicología y filosofía, y obtuvo el doctorado en 1917. Tres años después empezó a dar clases en la universidad a cambio de un modesto salario; sus lecciones, originales y de notable complejidad, trataban acerca de filósofos idealistas alemanes como Kant, Hegel y Schelling, así como del filósofo y matemático del siglo XVII Gottfried Wilhelm Leibniz[646].

Huber se casó con Clara Schlickenrieder en 1929 y pronto nació su primera hija, Birgit[647]. Cuando Hitler fue elegido canciller, en

1933, Birgit solo tenía dos años. Nubes de tormenta iban extendiéndose a su alrededor, pero aun así pudieron disfrutar de unos años felices. A Clara se le caía la baba con su primera hija, a la que pronto se le unió un niño al que llamaron Wolf. A lo largo de la década, Kurt trabajó largas horas en aquel ambiente de felicidad de su casa de Múnich, comentando y editando una selección de melodías que había reunido durante su estancia en las montañas del sur de Alemania.

Había nacido en Suiza y el espíritu de los Alpes le resultaba familiar. Le encantaba recorrer los serpenteantes caminos, ascender a través de los bosques de abetos y respirar el aire fresco y vigorizante de la montaña. Lejos del ajetreo urbano, abrazaba la soledad y sus oídos no tardaban en acostumbrarse de nuevo a los delicados sonidos de la naturaleza. Pero lo que de verdad le atraía de las montañas eran los campesinos y sus costumbres. En cierta ocasión, Huber escribió: «La tonada popular nace del espíritu de la comunidad, y sus cualidades poéticas y musicales enraízan en el carácter del pueblo»[648]. Había compilado canciones tradicionales bávaras para la Academia Alemana de Múnich. De vuelta a casa, realizó un meticuloso trabajo de edición y preparación. El éxito de la primera compilación fue tal que en solo un par de años se agotaron las tres primeras ediciones. Huber recibió el encargo de una nueva compilación, que fue publicada y obtuvo el mismo éxito en 1936.

Aquel día de invierno de 1943, en el podio del auditorio de la Universidad de Múnich, Huber disertaba acerca de Leibniz; lo que le atraía de Leibniz era su profunda preocupación por el problema de la existencia del mal y cómo había tratado de resolverlo conciliándolo con la benevolencia de Dios. Huber se basaba en Leibniz al considerar que el mal era un defecto en un mundo por lo demás perfecto, una nota discordante en una sinfonía por lo demás hermosa. No en vano, Huber trabajaba en una obra sobre Leibniz, autor cuya filosofía había tenido una influencia decisiva en dos de los grandes pensadores de los siglos XVIII y XIX, Kant y Hegel, a quienes Hitler y Heidegger reverenciaban, pero que Huber entendía de manera muy diferente.

La capacidad de Huber para inspirar a sus alumnos no tenía nada que envidiarle a la de ningún otro. Una de sus estudiantes de más talento, la joven Sophie Scholl, asistió a su lección de aquel día, y en una carta a un amigo dejó escrito:

A Fritz Hartnagel, Ulm, 1 de enero de 1943

> Querido Fritz:
>
> Comparto la pequeña habitación del piso de arriba con [mi hermano] Hans. En el silencio que precede al momento en el que nos quedamos dormidos hacemos observaciones dispersas, comentarios retrospectivos o preguntas acerca de lo que hemos discutido y leído durante el día. Por ejemplo, anoche Hans dijo que Leibniz —estoy leyendo la *Teodicea* — había sido el primero en limitar la omnipotencia de Dios sobre la base de que solo puede realizar el bien, no el mal. Yo le respondí que no era una cuestión de poder, sino de volición, pero en seguida tuve que abandonar ese argumento con la ayuda de una sonrisa: Dios es incapaz de obrar mal de la misma manera que el sabio es incapaz de ser un necio. El único defecto de Dios es su incapacidad de tener defectos.
>
> Tuya
>
> Sophie Scholl[649].

Un estudiante confirmaba aquella virtud inspiradora de Huber al escribir: «Huber es un bondadoso hombrecillo en posesión de una rara capacidad para infundirles a los asistentes a sus clases y seminarios su propio entusiasmo por la investigación musical». Huber tenía «una inteligencia brillante [...] una activa solicitud» y «sus alumnos y colegas le profesaban una alta estima»[650].

Múnich era la ciudad ideal para Huber, dada su fascinación por la música folclórica. En 1943 era una autoridad mundial en la materia y deleitaba a sus alumnos al evocar los salvajes confines en los que había nacido aquella música. La intensidad con la que amaba aquel país y sus montañas se desbordaba en sus clases, en las que transmitía a sus alumnos el placer que experimentaba mientras recorría los Alpes bávaros apuntando las canciones que entonaban los jóvenes y fornidos campesinos de calzona de cuero y sombrero de plumas[651].

Huber era conservador, nacionalista y romántico: campo abonado a primera vista para que prendiera en él la ideología nazi. Asimismo, Hitler era un ferviente devoto de la música folclórica, hasta el punto de que en 1936 fue el propio Huber el elegido para representar a Alemania en el Congreso Internacional de Música de Barcelona. En 1938 se le ofreció la tentadora posibilidad de ocupar la prestigiosa cátedra del Instituto de Música Folclórica de la Universidad de Berlín. Necesitado de dinero para mantener a su familia, Huber aceptó la cátedra, pero pronto se encontró con que lo que se esperaba de él era que hiciera propaganda nazi. Se le planteó un dilema: si oponía resistencia, terminaría perdiendo su puesto y su familia apenas podría arreglárselas para hacer llegar dinero a casa, mientras que ceder a las demandas de los nazis supondría traicionar los valores más sagrados por los que había regido su vida, tanto morales como intelectuales, y dejarlos reducidos a palabrería sin sentido. Tras consultarlo pacientemente con su familia, actuó como no podía ser de otra manera: obedeció sus convicciones y se negó a convertir verdaderas canciones populares en himnos nazis, pervirtiendo el espíritu de los campesinos alemanes y fabricando pantomimas por motivos políticos. Huber llegó a un punto al que muy pocos filósofos se atrevieron a llegar; inmediatamente fue apartado de su puesto[652].

Tras su destitución, los nazis todavía le permitieron regresar a su amada Múnich como profesor, pero solo porque «el nacionalsocialismo garantiza generosamente los medios de subsistencia incluso de quienes abandonan puestos oficiales por tibieza ideológica». Sin embargo, su carrera estaba acabada. Los burócratas de Alfred Rosenberg pronto empezaron a presionar a los editores alemanes para que se abstuvieran de publicar cualquier escrito de Huber. Su tesis doctoral acerca del músico renacentista Ivo de Vento, considerada un brillante clásico por los investigadores, dejó de imprimirse, y su último artículo, El método del folclorista en la investigación sobre la canción tradicional, cuya segunda parte se anunciaba para el siguiente número, no llegó a imprimirse. A pesar de su pasada labor en los campos de la filosofía y la musicología, se

le negaba cualquier reconocimiento y se veía incapaz de publicar nada nuevo. Ni siquiera se tenía en cuenta su talento musical. Era patente que las autoridades nazis se habían encargado de liquidar su carrera por su resistencia a la tiranía, pero había además otra razón: Huber era discapacitado. Debido a su cojera y a sus dificultades en el habla, los nazis le consideraban un tullido que nunca podría ser miembro de la proyectada «raza superior». Se lo dijeron a la cara cuando solicitó un aumento de sueldo para mantener a su familia: «Solo promocionan los aptos»[653].

Huber, al contrario que otros opositores ideológicos de Hitler, no era ni de izquierdas ni judío; era un nacionalista conservador que se preocupaba por la nación y para quien la tradición era sagrada. Se sentía orgulloso de las conquistas de la cultura alemana, pero no dudaba en oponerse a cualquier forma de violencia y consideraba que Hitler era el destructor de los valores alemanes en vez de su encarnación. En contraste con Heidegger, a Huber no le seducían los discursos de Hitler y no se molestaba en ocultarlo, al contrario que muchos de sus colegas académicos. Cuando hablaba con alguno de ellos de derechos individuales o del sentido de la misericordia religiosa acostumbraba a recurrir a la ironía para velar su disentimiento. A pesar del peligro, Huber no podía evitar las referencias punzantes contra Hitler. Si en sus lecciones mencionaba a algún judío, exclamaba con sarcasmo: «¡Cuidado, es judío; no dejéis que os contamine!»[654]. Expresar oposición, aunque fuera de aquella manera sutil, era peligroso; pero no está claro que la mordaz e ingeniosa retórica de Huber llegara alguna vez a oídos de los oficiales nazis.

Huber se esforzó por mantener con vida la presencia judía en la universidad; disertaba sin ocultarlo acerca de filósofos judíos proscritos, como Spinoza. Husserl había sido depurado, y mientras que otros eran arrestados, ejecutados o forzados a exiliarse, el valiente Huber alzaba la llama agonizante de la tradición intelectual judía.

Huber era un apasionado de los idealistas, Kant y Hegel, filósofos que constituían el núcleo de sus cursos y de los que hacía una

interpretación muy diferente de la que se atribuía Hitler. Huber aprovechaba sus lecciones sobre Kant para deslizarles a sus alumnos el sutil mensaje de que desafiaran a Hitler: destacaba que Kant era un gran moralista que defendía la tesis de que los seres humanos tenían que ser libres para poder ejercitar su capacidad racional. La razón, exenta del imperativo de tener que someterse a cualquier tipo de autoridad distinta de ella misma, era la base de la moralidad. En su tiempo Kant se opuso a toda forma de obediencia irreflexiva, aseverando sin cesar que el ejercicio libre e independiente de la razón era la base de la buena conducta. Huber establecía sutiles paralelismos entre las creencias irracionales que Kant pretendía superar en el siglo XVIII y la ideología de Hitler. Kant se convirtió así en una de las principales armas con las que contó Huber en su resistencia intelectual al nazismo y en tema habitual de sus lecciones[655].

Las convicciones de Huber se fueron reforzando. Rechazaba también la postura antirreligiosa del nazismo, y cuando tuvo noticia de las atrocidades que se cometían en el curso de la guerra se puso furioso. Solo las clases le ofrecían la posibilidad de evadirse y, por fortuna para él, su disentimiento pasó al principio desapercibido tras el velo de la ironía. Siempre se había conducido con cautela, dadas sus responsabilidades como padre y marido y a pesar de su enérgica oposición a los nazis. Pero aquella ira que tenía que reprimir tras una década bajo el dominio de Hitler se liberaba en ocasiones cuando estaba en casa y se desesperaba por culpa de alguna nueva atrocidad de los nazis. Entonces se ponía a gritar y Clara, su devota esposa, corría por toda la casa cerrando las ventanas y suplicándole en susurros: «¡Kurt, para o te enviarán a Dachau!»[656]. Aun así, a pesar de sus cautelas, los estudiantes se contagiaron de sus opiniones y hubo algunas expresiones de rebeldía idealista que hicieron presagiar la caída de Huber. Entre aquellos estudiantes estaba Sophie Scholl.

En un abrupto valle salpicado de viñedos por el que fluía el río Kocher y transitaba un viejo ferrocarril se encontraba Forchtenberg. Allí nació Sophie en 1921, el mismo año en que una multitud de seis

mil personas se congregaba en Múnich para asistir a los discursos de Hitler. Sophie asistió a una escuela secundaria para chicas en la ribera del Danubio, pero debido a los negocios de su padre, su familia se trasladó a Ulm, la ciudad en la que había nacido Albert Einstein. En aquella época se le exigió que ingresara en la Bund Deutscher Mädel, la Liga de Muchachas Alemanas, «división femenina» de las Juventudes Hitlerianas. La madre de Sophie, Inge Scholl, rememorará más tarde: «Se hablaba mucho de patriotismo y camaradería, de la comunidad del Volk y del hogar. Aquello nos impresionaba y lo escuchábamos extasiados [...] Decían que teníamos que vivir por algo más grande que nosotros mismos»[657].

El éxtasis pronto se fue ensombreciendo a medida que se revelaban las verdaderas intenciones y sentimientos de los nazis. Pero eso fue más tarde. Por aquel entonces, en 1933, la niña de once años Sophie entonaba junto a sus camaradas el himno de las Juventudes Hitlerianas:

> ¡Adelante, adelante!
> Suenan las claras trompetas
> ¡Adelante, adelante!
> La juventud no conoce el peligro.
>
> Marchamos por Hitler sin miedo en medio de la noche,
> Enarbolando la bandera de la juventud por el pan y la libertad.
> Nuestras banderas nos guían,
> Nuestra bandera es la nueva era
> Significa para nosotros más que la muerte.
>
> ¡Juventud, juventud!
> Somos futuros soldados,
> Derribaremos con nuestros puños
> A cualquiera que se nos oponga.
> *Führer,* a ti pertenecemos,
> Nosotros, tus camaradas[658].

Más tarde, Sophie ingresó en la Universidad de Múnich para estudiar filosofía y biología. Tenía entonces veintiún años y había elegido filosofía como su disciplina principal. Asistía con frecuencia a

las lecciones de Huber. Discretamente sentada en la parte de atrás de la sala, habría pasado desapercibida para cualquiera que se hubiera limitado a echar un vistazo rápido a la concurrencia. No hacía ruido ni tampoco llamaba la atención por su aspecto. Uno tenía que fijarse bien para reparar en aquella joven de grandes ojos oscuros que miraban con expresión soñadora. La tez suave y las mejillas redondeadas de su rostro conservaban cierta dulzura infantil. Peinaba de lado su cabello castaño aterciopelado, cortado de tal manera que su rostro quedaba por completo a la vista. Era cautivante a su manera apacible y poética. Su aspecto expresaba inocencia, e inocente fue del espantoso destino que le aguardaba.

A sus amigos no les ocultaba su temperamento. Tres años antes de su prematura muerte, en una carta a su gran amigo Fritz, escribía:

Fritz Hartnagel, Ulm, 19 de julio de 1940

> Querido Fritz:
>
> He vuelto a casa enriquecida. Es genial poder coger cosas sin despojar a nadie de ellas. Es extraordinario que los campos, los bosques y las nubes nunca cambien, a diferencia de nosotros, los seres humanos. Y justo cuando piensas que todo está a punto de terminar, llega la noche y la luna brilla en el cielo una vez más. Y los pájaros no se afanan menos en sus dulces trinos aunque no haya ningún por qué para su trinar. ¿Has visto cómo alzan sus cabezas al cielo y cantan extasiados, y cómo se inflaman sus delicadas gargantas? Es bueno que esas cosas nos acompañen siempre. También a ti. ¿Qué más puede hacer falta para tener alegre el corazón?
>
> Tuya
>
> Sophie[659].

Pero aquel joie de vivre no quitaba que Sophie se hiciera preguntas difíciles y turbadoras acerca del sentido de la vida ni que meditara acerca de cuestiones morales y existenciales. Empezaban a bullir en ella innumerables inquietudes que por timidez no les planteaba a sus profesores. La matanza que estaba perpetrando el Tercer Reich era tema habitual de sus conversaciones con su hermano y sus amigos: no se explicaban cómo su país había caído

en aquella depravación. En el verano de 1941 se propagaron rumores acerca de programas secretos especiales en hospitales psiquiátricos y otras instituciones, cuya finalidad era purgar la «enfermedad», ya fuera racial, hereditaria o criminal. Empezaron a aplicarse programas de esterilización a los enfermos mentales y a los discapacitados. Pronto se recurrió a la eutanasia para suprimir «bocas inútiles»[660]. La medida, de acuerdo con los contenidos que figuraban en el currículum escolar, afectaba a judíos, gitanos y homosexuales, además de a los enfermos. Por la universidad circulaban rumores acerca de gases tóxicos. Presas de la desesperación y la incredulidad, Sophie y aquellos de entre sus compañeros a quienes consideraba sus amigos se entregaron a la búsqueda frenética de respuestas en el pasado alemán y en el pensamiento católico, en las ideas de san Agustín y de santo Tomás. Por aquel entonces, el obispo católico de Münster, Clemens August Galen, que ya no podía cerrar los ojos ante aquellas atrocidades, empezó a proclamar la verdad en voz alta, y sus sermones se propagaron por todo el país a través de los buzones de correos. Como respuesta, Joseph Goebbles prometió ahorcarle[661].

Para un católico conservador como Huber, aquellos acontecimientos atentaban no solo contra su sentido de la moral, sino también contra su cordura. Su rabia se desbordaba durante sus lecciones y se manifestaba en comentarios retóricos y en chispazos de humor negro. Sophie Scholl, que anhelaba trabar contacto con espíritus afines, invitó a su hermano y a los amigos de este a las clases de Huber. Al final hicieron acopio del coraje suficiente como para acercarse a Huber e invitarle a una reunión de lectura que iba a celebrarse en la casa de una conocida de Múnich, la doctora Mertens, en 1942. En aquellas reuniones se congregaban escritores, editores y alumnos de Huber, y se leían obras de Goethe y Nietzsche, cuya filosofía se debatía acaloradamente. Aquella noche los temas propuestos como objeto de las discusiones eran tres: la interpretación de la amistad como virtud cardinal, la doctrina acerca de los individuos aristocráticos cuyo deber era resistir las tendencias desindividualizadoras en la era del ascenso de la masa y la cuestión

de la muerte de Dios. Esta última no se interpretó como una proclama atea, sino como una predicción: Dios moriría en una Iglesia que respaldara a un régimen inhumano[662]. La atmósfera se volvió tensa. Bajaron las luces y empezaron a oírse críticas al Tercer Reich. Huber se atrevió a susurrar una exhortación peligrosa: hay que hacer algo y hay que hacerlo ahora. Entonces no lo sabía, pero aquella era una reunión clandestina de un grupo de resistencia conocido como la Rosa Blanca[663].

Poco después de aquel primer contacto de Huber con la Rosa Blanca, los estudiantes del grupo fueron llamados a filas para combatir en el frente ruso; se organizó una fiesta para despedirles a la que de nuevo fue invitado Huber. La fiesta se celebró en un estudio de Schwabing la noche del 22 de julio. En aquel ambiente bohemio se reunieron editores, escritores, artistas e intelectuales. Huber, que era un padre de familia de ideas conservadoras, estaba algo incómodo, pero buscó sitio entre las almohadas y cojines de raros y vivos colores desparramados por el suelo. El vidrio de los vasos de vino y Schnapps destellaba a la luz de las velas. Pasteles y tentempiés se presentaban en bandejas de aspecto oriental y en platos pintados de naranja, rojo y amarillo. Huber trató de parecer integrado en aquel ambiente urbano y sofisticado. Quizá se esforzó demasiado: su indignación emergía demasiado rápido cuando la conversación derivaba hacia la política. Su vehemencia se volvía entonces incontrolable e irrumpían en la difusa charla acusaciones directas, apelaciones a la moral y llamamientos a la acción.

Poco después Huber recibió una carta procedente del frente ruso que estaba firmada por el hermano de Sophie Scholl y por sus amigos compañeros de estudios[664]:

Kurt Huber, 17 de agosto de 1942

> Querido profesor:
>
> Tras un largo y azaroso viaje, hace dos semanas que llegamos a esta pequeña ciudad despedazada por los bombardeos llamada Viazma [...] Traté de enviarle una postal desde Varsovia, cuando los estudiantes estábamos todavía juntos, pero todo transcurrió demasiado deprisa. La ciudad, el gueto... Cómo está todo organizado produjo en nosotros una

> profunda impresión. Es imposible hacer una descripción si quiera imprecisa de lo que he experimentado en Rusia desde el día en que cruzamos la frontera. No sé por dónde empezar. Rusia es tan inmensa... La guerra ha arrasado los campos como una tormenta. Parece que los rusos van a atacarnos en gran número por el norte y por el sur, pero no está claro cómo acabará todo.
>
> Con nuestros mejores deseos
>
> Hans Scholl, Alexander Schmorell, Willi Graf y Huber Furtwängler[665].

Todas las firmas correspondían a estudiantes miembros de la Rosa Blanca. En un año casi todos habían sido ejecutados[666].

Sophie y su hermano Hans Scholl iban a terminar confesando ser miembros de la Rosa Blanca. Huber se unió a la organización y empezaron las reuniones clandestinas. Se reunían en escondrijos de estudiantes, en desvanes sin calefacción o en casa de Huber cuando su familia no estaba. La Rosa Blanca era un pequeño grupo bien coordinado de estudiantes activistas con inquietudes filosóficas. En una carta a sus padres fechada en Múnich el 17 de abril de 1939, Hans Scholl escribía: «En muchas clases soy yo el único que estudia medicina. Todos los demás son de filosofía». Los miembros de la Rosa Blanca tenían en común un bien arraigado amor a la tradición filosófica alemana, de la que tomaban ideas que les permitían articular en conceptos su oposición a los nazis; Nietzsche era quien más les interesaba; en la misma carta, Scholl proseguía diciendo: «La verdad es que debería hacerme con una edición completa de las obras de Nietzsche para mis estudios. Quizá podáis conseguirme una de segunda mano en alguna parte»[667]. Hans Scholl recibió un ejemplar y leyó toda la obra de Nietzsche, pero no encontró nada «con que apagar lo que su hermana llamaba el "ardiente vacío" de su interior»[668].

Los miembros de la Rosa Blanca no carecían de valor, pero tampoco eran violentos, así que lucharon de la única manera que veían posible: con palabras. Distribuyeron octavillas llenas de idealismo y romanticismo en las que llamaban al pueblo alemán a alzarse contra la represión y la violencia. Bajo el régimen de Hitler la suya era una tarea difícil y peligrosa. Salir en busca de papel e

imprimir unas octavillas en las que se clamaba por la caída del nacionalsocialismo para luego transportarlas y repartirlas era una empresa arriesgada que requería una determinación de acero.

> [...] desde la invasión de Polonia han muerto brutalmente asesinados trescientos mil judíos. Se trata del crimen más terrible que se haya cometido nunca contra la dignidad humana, un crimen que no tiene parangón en la historia [...]. ¿Es que acaso el pueblo alemán se ha envilecido hasta el punto de renunciar a sus sentimientos humanitarios más elementales?

Eso rezaban las octavillas de la segunda remesa, que se distribuyó durante la tercera semana de junio de 1942. Las últimas palabras eran: «Todo el mundo es culpable, culpable, culpable»[669]. Cuando Huber se unió, el grupo ya había distribuido cinco remesas de octavillas por las universidades del sur de Alemania. La sexta estaba en preparación y Huber estaba a punto de comprometerse a redactarla[670].

Era una noche de principios de 1943. Como de costumbre, Huber había corrido las cortinas por el apagón. Arrojó al fuego el último trozo de carbón y revolvió sus papeles en busca de hechos y números. Empezó a escribir sin más luz que la que desprendía la mortecina lámpara de aceite[671]. No tenía miedo, lo cual le sorprendió. Sus hijos y su esposa se habían ido a dormir y podía oír con claridad los suaves sonidos de la noche. Después del toque de queda apenas había ruidos y las calles enmudecían alfombradas de escarcha. Stalingrado acababa de caer: doscientos mil alemanes habían muerto y noventa mil habían sido enviados a Siberia como prisioneros; entre aquellas jóvenes vidas brutalmente arrebatadas se contaban las de antiguos alumnos de Huber. La rabia contenida durante una década empezaba a desbordarse. Absorto en la tarea de describir con detalle las recientes atrocidades, se tomaba su tiempo para seleccionar cuidadosamente las palabras. En cierta manera aquello no dejaba de ser lo mismo que hacía habitualmente cuando pasaba sus lecciones a máquina a primera hora de la

mañana, salvo porque aquellas eran palabras clandestinas e incendiarias.

> Sexta y última octavilla
>
> Compañeros estudiantes:
> La caída de Stalingrado ha estremecido profundamente a nuestro pueblo. Trescientos treinta mil jóvenes alemanes fueron enviados a la muerte de manera estúpida e irresponsable de acuerdo con la «brillante» estrategia de nuestro cabo de la Primera Guerra Mundial. ¡Te lo agradecemos, Fürher!

Führer, wir danken Dir era la proclama que se repetía en todos los desfiles y manifestaciones y que aparecía por todas partes en los enormes carteles de propaganda. El texto proseguía:

> El pueblo alemán está conmocionado. ¿Hasta cuándo vamos a seguir confiándole la suerte de nuestros ejércitos a este aprendiz de brujo? ¿Queremos sacrificar lo que queda de la juventud alemana a las infaustas ambiciones de la camarilla en el poder? ¡No, nunca! Ha llegado el día de ajustar las cuentas de nuestra juventud alemana con el tirano más abominable de cuantos hayan sometido a nuestro pueblo. En nombre de la juventud alemana le exigimos a Adolf Hitler que nos devuelva nuestras libertades individuales, el más preciado tesoro que tenemos y que nos ha sido arrebatado de la manera más deleznable.
>
> Hemos crecido en un mundo en el que toda libertad de expresión ha sido suprimida. Las Juventudes Hitlerianas, las SA y las SS han tratado de narcotizarnos para convertirnos en instrumentos de agitación coincidiendo con los años más esperanzadores de nuestras vidas, aquellos años que en condiciones normales deben estar dedicados a adquirir educación. «Instrucción filosófica» es el nombre que recibe ese despreciable método por el que nuestro naciente desarrollo intelectual se sofoca en una niebla de expresiones vacías. Mediante un sistema de selección de líderes de inconcebible vileza y estrechez de miras, los futuros prebostes del Partido se preparan para convertirse en verdugos y explotadores impíos, desalmados y arrogantes —miopes y estúpidos parásitos del Führer— en los «castillos de la Orden de los Caballeros». Solo nosotros, los «trabajadores intelectuales», podemos poner obstáculos en el camino de esa casta de señores [...] Los *Gauleiters*[672] ofenden el honor de nuestras compañeras con bromas groseras, pero

en la Universidad de Múnich las alumnas han respondido a las humillaciones con dignidad, y los estudiantes alemanes se han unido a sus compañeras y las han defendido [...] Este es el principio de nuestra lucha por la libertad, madre de la que brotan todos los valores espirituales e intelectuales. Damos las gracias a nuestros valientes camaradas, tanto hombres como mujeres, que nos han dado tan valioso ejemplo.

Huber proseguía diciendo que solo había una opción:

> No hay más que una consigna: ¡luchad contra el Partido! ¡Abandonad todas las organizaciones del Partido, que sirven para cerrarnos la boca y someternos a la servidumbre política! ¡Fuera de los salones de lectura organizados por cabos y sargentos de las SS y por aduladores del Partido! Queremos auténtico conocimiento y verdadera libertad de expresión. No podrán amedrentarnos las amenazas de cerrar escuelas y universidades. Luchamos por todos y cada uno de nosotros, por nuestro futuro, nuestra libertad y nuestro honor bajo un régimen que se resquebrajará bajo el peso de su cada vez más patente inmoralidad.
>
> ¡Libertad y honor! Durante diez interminables años han estado Hitler y sus secuaces pervirtiendo, envileciendo y retorciendo esas hermosas palabras alemanas hasta la náusea, como solo puede hacerlo un ignorante, echando a los puercos los valores más elevados de la nación. En diez años de voladura de toda libertad material e intelectual y de la conciencia moral del pueblo alemán, han dejado bien claro lo que significan para ellos la libertad y el honor. El espantoso baño de sangre ha abierto los ojos incluso de los alemanes más estúpidos —han organizado una matanza por toda Europa que aún hoy mismo prosigue en nombre de «la libertad y el honor de la nación alemana»—. La vergüenza manchará siempre el nombre de Alemania si los jóvenes no se alzan al fin, si no se rehacen y redimen, si no aplastan a quienes les atormentan y establecen la nueva Europa del espíritu.

Luego les recordaba que el pueblo esperaba de ellos que actuaran para rescatar a la nación del Nacionalsocialismo, así como otra generación de alemanes la había salvado de Napoleón, y les lanzaba una exhortación: «Los muertos de Stalingrado os lo suplican. ¡Arriba, arriba, pueblo mío; dejemos un rastro de humo y llamas!»[673].

El manto de la noche empezaba a levantarse y una aureola gris pálida se recortaba alrededor de las opacas cortinas. Los difusos sonidos de la ciudad que volvía a la vida se mezclaban con los de su familia desperezándose. Clara entró en la habitación y se diluyó la artificial atmósfera de intimidad; a Huber se le presentó de súbito la verdadera magnitud de su misión cuando observó la expresión nerviosa de su mujer al ver lo que había escrito.

A pesar del miedo, Huber entregó la octavilla y se hicieron diez mil copias que se distribuyeron por toda Alemania. Se transportaban en vagones de tren, se introducían en buzones de correos o se dejaban apiladas en las universidades para que los estudiantes se tropezaran con ellas al salir de las clases. El 18 de febrero de 1943 Hans y Sophie Scholl decidieron arrojar desde el edificio principal de la Universidad de Múnich algunas octavillas que se habían quedado en el fondo de una maleta. Desde una ventana de abajo, un conserje observó cómo los papeles caían planeando como palomas y se apresuró a informar a la Gestapo, que no tardó en localizar y arrestar a Hans y Sophie. En los interrogatorios que siguieron se pronunciaron los nombres de otros muchos estudiantes[674]. Pero las investigaciones de la Gestapo no iban a detenerse ahí.

Cuando a Huber le llegó la noticia de que la Gestapo estaba haciendo numerosas detenciones se sintió angustiado ante la posibilidad de que su nombre saliera a la luz. Su esposa estaba fuera con el pequeño Wolf: había salido del país para vender algunas posesiones a cambio de comida para la familia. Enterado de los interrogatorios, se apresuró a llegar a casa y se puso a quemar papeles y documentos, y prendió fuego a libros, todo ello ante los incrédulos ojos de Birgit, su hija de veinte años.

Solo en casa con Birgit, Huber fue incapaz de pegar ojo durante la siguiente semana: pasaba las noches deambulando mientras el suelo de la casa crujía bajo sus pasos. Un día, a las cinco de la mañana, sonó el timbre. Birgit corrió escaleras abajo para abrir la puerta. Echaba de menos a su madre y a su hermano, y tenía la esperanza de que hubieran vuelto y fueran ellos quienes llamaban. En el umbral de la puerta aguardaban tres hombres bien vestidos

que preguntaron con educación si su padre estaba en casa. Birgit se sintió cohibida y respondió bajando la mirada: «Está durmiendo en la cama». La apartaron y se dirigieron a las escaleras. Aterrorizada, Birgit trató de adelantarse a ellos para alertar a su padre; los hombres le cerraron el paso, pero ella logró escabullirse clavando las uñas en la balaustrada mientras gritaba: «¡Papá, papá, la policía está aquí!»[675]. Su padre, agotado tras varias noches de vigilia nerviosa, se había quedado dormido, sucumbiendo al agotamiento y rindiendo su inquietud a la insoslayable necesidad de descansar. Las palabras de su hija sacudieron su aletargada mente y en un segundo le devolvieron al escenario familiar de las mañanas: su ropa de cama, las ondas de las cortinas extendidas que tapaban el cielo oscuro, el espejo ovalado en el armario de roble, las paredes del hogar que le rodeaban protectoras, las voces somnolientas, ligeramente roncas de sus hijos. Un momento después se irguió en su silla. Era viernes, 26 de febrero de 1943, y habían ido a por él.

Huber sentía pena por tener que dejar sola a su hija mientras los tres hombres le acompañaban fuera de casa camino de juicio y de la cárcel. Un escalofrío recorrió su cuerpo y se estremeció al figurarse lo que le aguardaba a partir de entonces. Un pánico brutal se agarraba a su pecho y solo para respirar tenía que hacer grandes esfuerzos. Ante él emergió la prisión de Stadelheim, con sus húmedas paredes en las que la pintura se desconchaba y asomaban los ladrillos desnudos, con sus ventanas metálicas con barrotes metálicos y sus manteles impregnados del hedor que habían dejado las comidas de otros hombres en sus últimos días de sucio aislamiento.

Huber lo ignoraba, pero dos días antes, el miércoles 24 de febrero, el Partido Nacionalsocialista había estado celebrando la fundación de su nuevo título. Para darle importancia a la ocasión, Hitler había enviado una proclamación a Múnich, «capital del movimiento [del Partido]», en la que afirmaba: «El Partido debe derrotar al terror con un terror diez veces mayor [...]. Los traidores deben ser eliminados, quienesquiera que sean, cualquiera que sea su disfraz». El anuncio mencionaba específicamente a las

universidades. Así, el 27 de febrero Goebbles ordenó que «el castigo físico se empleara sin restricciones contra los miembros hostiles de las universidades»[676]. Fue una hora infausta para Kurt Huber y la Rosa Blanca.

Huber se enteró de que Hans y Sophie Scholl habían sido decapitados y de que otros miembros de la Rosa Blanca —estudiantes a los que conocía de clase y que desplegaban su ruidosa y animada cháchara por los pasillos de la universidad[677]— no habían corrido mejor suerte. Las visitas de su mujer y sus hijos le resultaban dolorosas, y la esperanza y su sentido del honor se mezclaban con la duda, el sentimiento de culpa y el miedo. Viéndose presa de la ansiedad, intentó tranquilizarse como mejor sabía: buscando refugio en el intelecto. Le pidió a Clara que le trajera sus anotaciones sobre Leibniz para escribir su obra cumbre mientras la Gestapo preparaba la acusación. En aquella prisión había estado encarcelado Hitler durante un breve periodo dos décadas antes, y Huber, al igual que Hitler, se sentó a escribir en una celda, pero sin recibir regalos como expresión de buenos deseos y sin que los guardias le concedieran un trato especial[678]. La obra de Huber tampoco se podía comparar con la de Hitler: mientras que el texto del Führer era vulgar y estaba inspirado por el odio y por un resentido afán de dominación, Huber redactó un complejo tratado sobre la bondad inherente a la creación de Dios. También ensayó una explicación de la existencia del mal.

Los preparativos para el juicio de Huber duraron meses y se prolongaron a lo largo de la primavera y el verano de 1943. Su familia no dejó de hacer apelaciones de clemencia; recorrieron penosamente los escalones más altos de la cúpula militar, pero la respuesta siempre fue la misma: «Rechazo cualquier petición de clemencia». La firma era de Adolf Hitler[679]. Cuando se fijó la fecha del juicio, Huber se enteró de que uno de los cinco jueces era el famoso Roland Freisler, un psicópata que abusaba de su poder sobre los acusados deleitándose en cada vejación y humillación que pudiera infligirles y que literalmente salivó cuando tuvo ante sí a un miserable intelectual como Huber. «Castigan a aquellos a quienes

aman los dioses», susurró Huber para sí mientras se disponía a sentarse en el banquillo de los acusados[680]. A las penalidades de Huber había que añadir la ausencia de su aval de personalidad, que estaba «fuera de la ciudad», y que mientras se preparaba para las catorce horas de martirio, sin comer ni beber la mayor parte del tiempo, su abogado defensor también le abandonó. Estaba completamente solo.

La última octavilla de la Rosa Blanca fue leída en la sala y el auditorio, integrado por una selecta representación de oficiales nazis, se soliviantó. Freisler se burló de Huber y le insultó mientras le ordenaba subir a la tribuna. Huber se levantó y sin perder la calma cogió las anotaciones que había preparado para su propia defensa. Así habló: «Mi intención era hacer que los estudiantes reaccionaran, pero no mediante la organización, sino con el poder de las meras palabras, no para que realizaran actos de violencia, sino para que se percataran del tremendo daño que se le ha hecho a nuestra vida política». Huber citó a uno de los filósofos alemanes supuestamente predilectos del Führer, Johann Gottlieb Fichte: Y debes actuar como si solo de ti y de tus acciones dependiera el destino de Alemania y la responsabilidad fuera tuya[681].

Freisler respondió con aplausos de mofa que afectaban sinceridad y prosiguió con una sucesión de comentarios burlones e insultantes y de ademanes de desprecio. «No tengo constancia de ningún profesor Huber ni de ningún doctor Huber; tengo constancia del acusado Huber, que no tiene derecho a ser alemán: es un desarrapado»[682], dijo riendo —los nazis habían despojado a Huber de su doctorado y del rango de profesor, y ahora iban por su vida—. Un guardia chilló: «Los condenados a muerte a la derecha, los condenados a prisión a la izquierda». Huber fue llevado a la derecha. Su tratado sobre Leibniz iba a quedar inconcluso, dado que los nazis no accedieron a que la ejecución de la sentencia se retrasara para que pudiera terminarlo.

Huber tendría que afrontar la muerte solo, pero no era eso lo que más le preocupaba: estaba inquieto por su familia. Sin posibilidad de ayudarles, temía las consecuencias que las persecuciones nazis

solían acarrear para las familias de los «criminales». ¿Qué penalidades tendrían que soportar su hijo de cuatro años y su joven hija sin que estuviera él allí para protegerles? Mientras libraba una batalla contra sus temores sintió cómo de lo más profundo de su alma manaba cálidamente el amor a su familia, y les escribió para darles las gracias por haber enriquecido y hecho su vida más bella: «Tengo aquí al lado, en mi celda, las rosas alpinas que me enviasteis [...] En un par de horas me adentraré en las montañas de la libertad por la que he luchado toda mi vida. Que Dios todopoderoso os bendiga y proteja. Vuestro padre, que os quiere»[683].

Huber fue ejecutado el 13 de julio de 1943. Le hirió tener que cruzar el patio camino de la guillotina cojeando y con una pierna a rastras mientras sus manos temblaban —la última humillación fue no poder mostrarse tan firme como le habría gustado—. El capellán sonrió y Huber movió los músculos de la boca para responder al gesto. Aquel día tórrido y húmedo de julio el patio se dilataba en una infinitud de adoquines grises. Habiéndosele negado la posibilidad de terminar su obra, que era aquello que podía aportarle un último consuelo, Huber partió camino del único lugar al que podía ir. A punto de desprenderse de la carga de su cuerpo y de sus humanos desvelos, pensaba en el espíritu de abnegación de su familia y en los abismos del alma alemana en la que todavía creía.

Tras la muerte del filósofo, a su familia se le denegó el cobro de la pensión que le correspondía. Amigos y estudiantes hicieron una colecta en su nombre, pero los nazis se apropiaron de los fondos y arrestaron a cuantos habían colaborado en aquella actividad subversiva. Luego la Gestapo le hizo una visita rutinaria a Clara y le ordenó que pagara el equivalente al salario de dos meses por el «desgaste de la guillotina»[684].

---

638 Hay poca documentación acerca de los últimos momentos de la vida de Huber. Lo que sigue es una reconstrucción basada en la exposición de A. Dumbach y J. Newborn, 2006, págs. 176-179 y de R. Hanser, 1979, págs. 300-301. Son ellos quienes aportan los datos relativos a las circunstancias de la

prisión, las fechas y los oficiales de las SS. Lo relativo al vigilante es de mi propia reconstrucción.

639 R. Hanser, 1979, págs. 300-301 y A. Dumbach y J. Newborn, 2006, págs. 176-179.

640 Se trataba de Alexander Schmorell, miembro de la Rosa Blanca.

641 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 85.

642 Se menciona al capellán ibíd., pág. 178.

643 Ibíd., pág. 85.

644 Véase ibíd., pág. 86.

645 Descripción a partir de una foto en blanco y negro, ibíd., pág. 142.

646 Ibíd., págs. 87-88.

647 Ibíd., pág. 88.

648 W. H. Rubsamen, 1944, pág. 229.

649 I. Jens, 1987, pág. 264.

650 Así se refería a Huber el estudiante norteamericano Walter Rubsamen en el obituario publicado tras la ejecución de aquel. Véase W. H. Rubsamen, 1944.

651 Ibíd., pág. 226.

652 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 88.

653 W. H. Rubsamen, 1944, págs. 231-232.

654 R. Hanser, 1979, pág. 168.

655 Ibíd., págs. 168-169.

656 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 89.

657 Ibíd., pág. 25.

658 Ibíd., pág. 28.

659 I. Jens, 1987, pág. 80.

660 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 66.

661 Ibíd., págs. 66-67.

662 I. Jens, 1987, pág. 18.

663 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 90.

664 I. Jens, 1987, pág. 216.

665 Ibíd.

666 Solo un miembro de la Rosa Blanca sobrevivió: Jürgen Wittgenstein. Véase J. Wittgenstein, 2004.

667 I. Jens, 1987, pág. 18.

668 R. Hanser, 1979, pág. 88.

669 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 191.

670 R. Hanser, 1979, pág. 242.

671 Aunque los hogares contaban con electricidad, es muy probable que, debido a las oleadas de bombardeos aliados a partir de 1940, fueran habituales el carbón, el aceite y las velas.

672 Los Gauleiters eran los dirigentes regionales del Partido Nazi.

673 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, págs. 201-203.

674 R. Hanser, 1979, págs. 254-256.

675 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 166.

676 Ibíd., pág. 162.

677 R. Hanser, 1979, págs. 283-284.

678 Véase el primer capítulo de este libro.

679 A. Dumbach y J. Newborn, 2006, pág. 177.

680 Ibíd., pág. 170.

681 Ibíd., pág. 173.

682 Ibíd.

683 Ibíd., pág. 177.

684 Ibíd., págs. 182-183. El 13 de octubre de 1944, Hans Leipelt, un estudiante de química mitad judío, fue juzgado y condenado a muerte. Había sido delatado por recoger dinero para apoyar a la viuda del profesor Kurt Huber. Murió ejecutado el 29 de enero de 1945; ibíd., pág. 181.

Capítulo 10

Los juicios de Núremberg y los tiempos posteriores

Tras una década en el poder, el sueño de Hitler parecía haberse hecho realidad. Rosemberg, Bäumler, Krieck y otros jerarcas nazis ejercían un severo control sobre las universidades, mientras que los disidentes como Benjamin, Adorno, Arendt y Huber habían sido expulsados, silenciados o ejecutados. El programa para controlar la mente de los alemanes había sido eficaz.

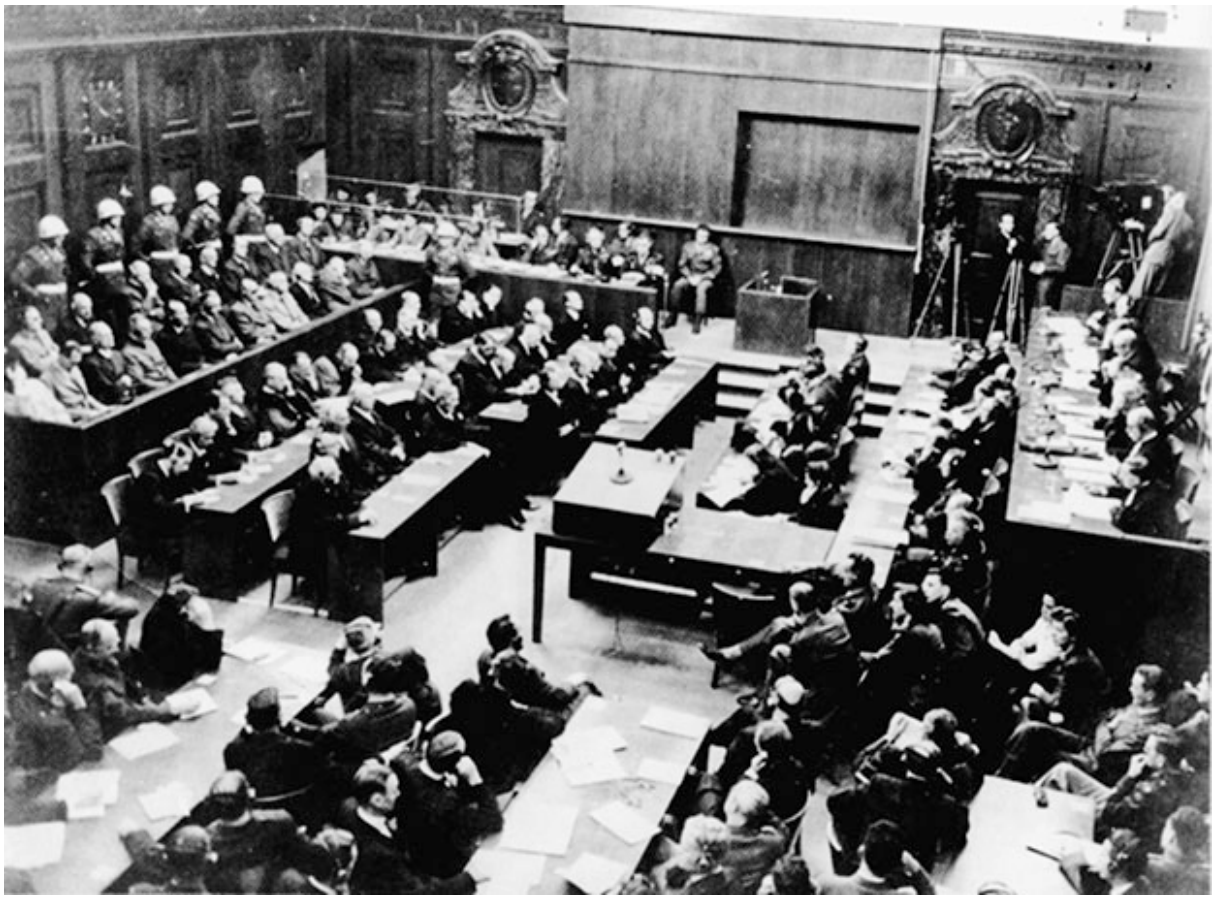
Pero el Reich no iba a durar mil años. Si Kurt Huber y Walter Benjamin hubieran vivido un poco más, habrían podido ser testigos de la matanza que se cernía sobre Europa. Los aliados bombardearon las ciudades alemanas con tanta intensidad que a comienzos del invierno de 1945, a pesar de que el sol estaba bajo en el cielo y cabía esperar que se proyectaran largas sombras en el pavimento, no podía distinguirse por qué dirección venía la luz. Inmensas nubes de polvo permanecían inmóviles sobre el caos y los escombros. La primavera siguió a aquel invierno de irreal oscuridad y poco pudo vislumbrarse de la estación de las flores.

A medida que la derrota se volvía inevitable y que los generales empezaban a cuestionar su autoridad, el pánico de Hitler iba aumentando. En su búnker de Berlín, aquel gran «filósofo caudillo» a quien se había tenido por infalible, bramaba como un loco. Se volvió hacia quienes todavía le apoyaban y tomó varias decisiones que tuvieron efecto de manera inmediata, como casarse con Eva Braun[685]. Tras la boda le llegó la noticia de que Benito Mussolini había sido capturado por los partisanos italianos, ejecutado y su cuerpo colgado cabeza abajo y exhibido públicamente en la plaza del mercado de Milán el 28 de abril de 1945, antes de que una multitud furiosa lo golpeara y vejara[686]. Al oír aquello, Hitler no dejó de

repetir la orden de que su cuerpo y el de Eva Braun fueran destruidos «de tal manera que no quedara ningún resto»: «No quiero caer en manos de mis enemigos, a quienes hará falta un espectáculo pergeñado por judíos para diversión de sus enfervorecidas masas»[687]. Bajo el estruendo de la batalla de Berlín, Hitler realizó el 30 de abril su último acto sangriento.

La muerte de un monstruo está siempre envuelta en un velo de mitos y especulaciones, así que no es de extrañar que circularan diversas historias en torno al destino del Führer; hubo quienes pretendieron haberle visto y se especuló con que le habían asesinado. La versión más autorizada decía que entre sus posesiones había cápsulas de cianuro y que para comprobar su eficacia se las había dado a probar a su pastor alemán Blondi —el animal tuvo en seguida una muerte cruel—[688]. Luego le dio el veneno a la mujer con la que acababa de casarse y se retiró con ella a sus dependencias privadas en el búnker. Martin Bormann, Goebbles, Heinz Linge (el ayudante de cámara del *Führer)* y otros aguardaron del otro lado de la puerta. Al cabo de un tiempo entraron: «Hitler yacía en el sofá, que estaba manchado de sangre fresca: se había pegado un tiro en la boca. Eva Braun también estaba en el sofá, muerta al igual que él; a su lado había un revólver, pero no lo había usado: había ingerido veneno. Eran las tres y media»[689].

Poco después, «dos cadáveres fueron transportados y colocados el uno al lado del otro [...] y se echó petróleo encima de ellos». Se mojó un paño en petróleo y tras prenderle fuego fue arrojado a los cuerpos. «En un instante estaban envueltos en una mortaja de llamas»[690]. La última fantasía pirómana de Hitler se había cumplido[691].



Interior de la sala del tribunal de Núremberg, 30 de septiembre de 1946.
Bundesarchiv, Bild 183-H27798/photograph: o.Ang.

Tras la muerte del Führer las fuerzas alemanas en Berlín fueron al fin derrotadas. El 7 de mayo de 1945 Alemania firmó la rendición incondicional y el día siguiente se convirtió en el día V-E, el día de la Victoria en Europa. Los rayos del sol se abrían paso entre las nubes y el periodo más trágico de la historia moderna había llegado a su fin. Pero pronto empezaron las apariciones fantasmales: se conoció la existencia de innumerables campos de concentración con sus cámaras de gas y la auténtica dimensión del Holocausto se hizo patente ante los horrorizados ojos del mundo civilizado. Entonces, antes de que el impacto pudiera ser asimilado, se puso en marcha la empresa de hacer que los culpables rindieran cuentas.

El palacio de justicia de la ciudad de Núremberg, en Baviera, se convirtió en el centro de la atención internacional: miembros prominentes del Tercer Reich iban a ser procesados por un tribunal

militar internacional en el juicio a los principales criminales de guerra[692].

En el techo de la sala principal del palacio de justicia brillaban unas luces de apariencia fría. Las paredes estaban revestidas de madera con figuras ornamentales. Por lo demás, la sala era bastante sobria, con un suelo aséptico y bancos de madera como los de las iglesias. Detrás de los sillones reservados a los magistrados se situaban las banderas de la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. En las mesas de madera se apilaban hojas de papel que reflejaban las ásperas luces del techo. A la izquierda estaba el banquillo de los acusados y delante de ellos los abogados defensores alemanes —miembros todos ellos del antiguo colegio de abogados nazi—. Tras una pantalla de cristal estaban los intérpretes con los cascos puestos y frente a ellos los magistrados que presidían la sala. En el centro permanecía el abogado de la acusación frente al estrado de los testigos. Soldados aliados rodeaban la sala vestidos con el atuendo militar completo de sus países[693].

A las diez en punto de la mañana del 20 de noviembre, un hondo silencio se adueñó de la sala al comenzar el procedimiento. El fiscal jefe, Robert H. Jackson, se acercó al tribunal ojeando los papeles en los que tenía preparada su declaración inicial y comenzó: «La historia no recuerda ningún crimen perpetrado contra tantas víctimas ni ejecutado con tan calculada crueldad»[694]. Los acusados habían sido lugartenientes de Hitler. Otros jerarcas del nazismo, al igual que el propio Hitler, habían lograron burlar la suerte que les aguardaba como reos de la justicia. Roland Freisler, por ejemplo, el sádico juez que había condenado a Kurt Huber junto con otros miembros de la Rosa Blanca, había muerto el tres de febrero de 1945, cuando la Fuerza Aérea de los Estados Unidos lanzó un ataque masivo en el que arrojó casi tres mil toneladas de bombas. Los testimonios afirmaban que Freisler «se había desangrado en la acera a la salida de la Corte del Pueblo en el número quince de la Bellevuestrasse de Berlín»[695].

La mayoría de los nazis más destacados fueron llevados a juicio y acusados de crímenes contra la humanidad tras una tormentosa

exhibición de pruebas. Entre quienes se enfrentaban a la ley estaba el segundo de Hitler, Rudolf Hess, que había visto al *Führer* redactar a máquina Mein Kampf en la prisión de Landsberg antes de «participar en la agresión a Austria, Checoslovaquia y Polonia» y de «firmar múltiples decretos de persecución contra los judíos». Conocido como «el ingeniero de la maquinaria del Partido», se había librado del lazo del verdugo por sus supuestos problemas mentales: «Acusado Rudolf Hess, a la vista de los cargos contra usted, el Tribunal Militar Internacional le sentencia a prisión de por vida»[696].

El ministro del Reich para los territorios ocupados en Europa oriental, Alfred Rosenberg, también fue juzgado. Durante el juicio hubo consenso en torno a que la obra de Rosenberg El mito del siglo XX había sido, junto con Mein Kampf, la biblia del nazismo. Rosenberg adoctrinó a toda una generación de alemanes y promovió la persecución de los judíos; fueron sus directrices las que estuvieron detrás de la segregación en guetos y de los asesinatos en masa. El tribunal le halló culpable de conspiración para cometer crímenes contra la paz, de haber planificado, iniciado y librado guerras de agresión, de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad. Por ello fue condenado: «Acusado Alfred Rosenberg, a la vista de los cargos contra usted, el Tribunal Militar Internacional le condena a morir en la horca»[697].

La mañana del 16 de octubre de 1946 fue revelada en Núremberg la espeluznante descripción de los últimos momentos de Rosenberg:

> En el gimnasio —una estancia de unos treinta y tres pies de ancho por ochenta de largo en cuyos muros enyesados se abrían grietas—, había tres cadalsos de madera pintados de negro. Solo tres días antes los guardias de seguridad americanos lo habían usado como cancha de baloncesto. Las ejecuciones iban alternándose entre dos de las horcas —la tercera solo se usaría si era necesario—. Los reos eran colgados de uno en uno, pero para terminar antes las ejecuciones, la policía militar traía al prisionero mientras el condenado que le había precedido todavía pendía de la soga.
>
> El [...] otrora gran jerarca del Reich que iba a durar mil años subió los trece peldaños de madera hasta una plataforma de ocho pies cuadrados de superficie situada ocho pies por encima del suelo.

La soga pendía de una viga que se apoyaba en dos postes. Con cada reo se usaba una cuerda nueva.

Cuando se abría la trampilla, el prisionero caía desde arriba al interior del patíbulo, que por debajo estaba cercado con tablas de madera por tres de sus lados y cubierto con un telón oscuro por el cuarto, de tal manera que nadie pudiera ver los forcejeos de agonía del condenado que colgaba con el cuello roto.

El cadalso estaba preparado para Alfred Rosenberg.

Rosenberg miraba a su alrededor con expresión sombría. Tenía las mejillas hundidas y su rostro estaba pálido, pero no aparentaba nerviosismo; con paso firme anduvo hacia el patíbulo y subió los escalones del cadalso.

Aparte de dar su nombre y de responder «no» a la pregunta de si tenía algo que decir, no pronunció una palabra. Pese a su declarado ateísmo estuvo acompañado por un capellán protestante que le siguió hasta el cadalso y permaneció frente a él entonando oraciones.

Rosenberg lanzó una mirada inexpresiva al capellán. Noventa segundos más tarde pendía con la soga anudada al cuello. La suya fue la ejecución más rápida[698].

Roland Freisler. Bundesarchiv, Bild 151-39-23/photograph: o.Ang.

Los juicios de mayor relevancia concluyeron el 1 de octubre de 1946, y a partir de entonces hubo una sucesión de procesos menores en los que jueces, médicos y otras figuras de cierta relevancia fueron llamados a rendir cuentas por sus actos. Aquellos juicios contra «criminales de guerra menores» se dirimieron de acuerdo con la ley número diez del Consejo de Control en el Tribunal Militar Estadounidense de Núremberg. Aún había espacio para que el catálogo de crímenes se ampliara.

¿Qué fue de los demás alemanes —maestros de escuela, funcionarios públicos y profesores universitarios— que habían apoyado a Hitler? Más en concreto: ¿qué fue de los filósofos colaboracionistas, aquellos que habían contribuido junto con Rosenberg a propagar la ideología nazi? Rosenberg era uno de los militantes más antiguos del Partido y no en vano un ferviente defensor del genocidio. Otros académicos seducidos por el nazismo fueron juzgados con menor severidad por el tribunal: sus crímenes habían sido solo de pensamiento. Pero los supervivientes que habían conocido el verdadero rostro de la opresión nazi no tenían tan claro que haber tratado de pervertir la mentalidad de toda una nación fuera un crimen menos abominable porque se hubiera cometido sin pistolas.

Así pues, mientras en Núremberg se juzgaba a los dirigentes del régimen, entre el otoño de 1945 y el otoño de 1946 los aliados formalizaron y desarrollaron los comités de desnazificación[699]. Aquellos comités fueron transferidos a los alemanes y se establecieron como tribunales civiles conocidos como Spruchkammer[700]. Concebidos para erradicar la influencia nazi en la prensa y en las instituciones judiciales y culturales, también se ocuparon de la educación —todas las instituciones, incluyendo las universidades, fueron sometidas a un riguroso escrutinio—. Al principio se registraba en una lista el nombre de cualquiera que hubiera sido miembro del Partido Nacionalsocialista. En la lista había toda una sección de filósofos. Pronto hubo demasiados nombres

como para que los aliados pudieran procesarlos a todos. Así que cambiaron de sistema y se dedicaron a juzgar el comportamiento de cada individuo por separado. Se establecieron categorías de implicación que iban en sentido descendente, de la más grave de Hauptschuldiger (culpable mayor) a las más leves de Belastet (activista), Minderbelastet (implicado menor) y Mitläufer (acompañante)[701].

De entre los filósofos hubo dos en particular —ambos fervorosos seguidores de Rosenberg— que fueron rigurosamente investigados: Bäumler y Krieck. Alfred Bäumler fue capturado por los aliados y encuadrado en la categoría más grave, la de Hauptschuldiger, pero se libró del infausto destino de Rosenberg y fue condenado a tres años de internamiento en la prisión de Hammelburg.

La prisión de Hammelburg era famosa porque en ella había estado encarcelado el coronel John K. Waters, yerno del popular teniente general George Patton. Resultaba curioso que después de la guerra Bäumler fuera encarcelado en el mismo lugar[702]. Más tarde fue enviado a Ludwigsburg, en Baden-Württemberg, ciudad situada unos doce kilómetros al norte de Stuttgart, cerca del río Neckar. Ludwigsburg también era conocida por la película de propaganda nazi de 1940 Jud Süss —un deleznable libelo antisemita[703].

Bäumler fue puesto en libertad al cabo de solo tres años en la cárcel y se trasladó a vivir a Eningen, cerca de Reutlingen, donde produjo una ingente obra de la que se conservan 725 documentos, principalmente manuscritos. Bäumler aseguró haber denunciado el nazismo, pero sus investigaciones posteriores a la guerra no están disponibles para el público y solo es posible acceder a ellas «con el permiso de su heredera»[704]. Murió en 1968.

Ernst Krieck tardó algo más que Bäumler en ser capturado, pero finalmente fue localizado por las fuerzas estadounidenses, arrestado y confinado en el campo de Moosburg a la espera de juicio. En 1939, poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, se había instalado allí el campo de prisioneros VII A, en el que ocho mil prisioneros estuvieron internados hasta el final de la guerra. En una esquina de la cerca que rodeaba el perímetro había una antigua

torre de vigilancia que ensombrecía el panorama y una siniestra plataforma de madera desde donde los soldados nazis observaban a los prisioneros de guerra a la espera de que fueran enviados a morir a los campos de concentración de Dachau y Buchenwald[705]. Tras el final de la guerra y hasta 1948, se convirtió en el Campo de Internamiento de Civiles número 6, que llegó a albergar a doce mil prisioneros[706].

Krieck ocupó una pequeña celda con camastros de madera fabricados por los prisioneros y desde allí aguardó el momento del juicio. Podía mirar a través de la ventana hacia el sur y su vista se extendía más allá de la cerca con alambre de púas hasta la localidad de Moosburg, con los campanarios de sus dos iglesias. Habría podido librarse del terrible trance que habían sufrido los anteriores reclusos, pero mientras esperaba a que se iniciara el proceso murió el 19 de marzo de 1947[707]. Como el juicio no se celebró, tampoco se llegó a ningún veredicto. Poco se sabe acerca de las circunstancias precisas de la muerte de Krieck, pero parece que simplemente murió de causas naturales.

Krieck murió y Bäumler cumplió una sentencia bastante leve, pero ¿cuál fue la suerte que corrieron otros filósofos nazis? Salvo Ernst Bergmann, profesor de filosofía en la Universidad de Leipzig, que se había suicidado en 1945[708], la mayoría de ellos prefirió esperar a que los comités de desnazificación descubrieran su paradero e iniciaran procedimientos legales en su contra. Max Hildebert Boehm, profesor de Filosofía, Sociología y Ciencias Jurídicas en Jena[709], fue expulsado de la universidad el 12 de julio de 1945 por un comité aliado[710]. También en 1945, Hans Heyse, rector de la Universidad de Königsberg, fue destituido de su puesto[711]. Sin embargo, tanto Boehm como Heyse pudieron retomar poco después sus carreras. Con financiación del estado, Boehm fundó en Lüneburg la Academia del Noreste de Alemania, cuya principal —y paradójica— área de investigación hasta los años sesenta fue la política alemana en relación con los refugiados y desplazados[712]. De Heyse no se supo nada hasta que se jubiló en 1953[713].

Otros integrantes de las facultades de filosofía de todo el país maniobraron para eludir sus penas. Entre ellos estaba Eugen Fehrle, que había «tiranizado la facultad de filosofía de Heidelberg» durante el periodo nazi[714]. Fehrle trató de huir, pero finalmente fue atrapado, arrestado e internado durante dos años en el hospital de Karlsruhe. El 5 de enero de 1948 el Comité de Desnazificación le acusó de haber organizado purgas racistas en las universidades y de haber usado fondos académicos con fines políticos[715]. Se le atribuyó una «importancia fundamental en la destrucción del venerable espíritu científico de la universidad»[716]. Fehrle fue calificado de Hauptschuldiger. Sin embargo, durante el periodo de posguerra, escarbó por todas partes en busca de declaraciones juradas de colegas académicos y contrató a un equipo de expertos abogados para rebajar su categoría oficial a la de Mitläufer[717]. Logró engatusar a los desnazificadores y en octubre de 1950 le fue concedido por el ministro de Cultura de Baden el rango de profesor emérito de la Universidad de Heidelberg; su popularidad revivió a lo largo de la década siguiente[718].

Se conservan escasos registros de muchos de los procesos judiciales de 1945. A pesar de los juicios de Núremberg y de los esfuerzos de los primeros comités desnazificadores de los aliados, los registros de quienes habían cooperado con los nazis fueron ocultados y apartados de la luz pública cuando los propios alemanes se hicieron cargo del proceso de reconstrucción[719]. Intrigantes filósofos negaron que hubieran cooperado con los nazis, encubrieron su grado de participación y, una vez atrapados, se resistieron con uñas y dientes en interminables procesos judiciales. Tras apoyar a aquel régimen perverso, huyeron, ocultaron, mintieron, manipularon y rescribieron su propia historia haciendo lo que podían para salvarse una vez que las tornas habían cambiado.

Los intelectuales judíos sufrieron atropellos sin cuento: el distinguido erudito judeo-alemán Max Weinreich —forzado a huir de Polonia a Estados Unidos bajo la bota opresora del estado nazi[720]— afirmó que si la cuestión de la responsabilidad jurídica debía plantearse ante un tribunal de las Naciones Unidas, entonces la

culpabilidad del estamento académico alemán era un asunto «que correspondía dirimir a la conciencia de la humanidad»[721]. Así pues, entre 1945 y 1946, mientras se celebraban los juicios de Núremberg, un grupo de intelectuales judíos se reunía en los escasos cafés, bibliotecas y universidades que aún seguían en pie. Se cobijaban juntos como para protegerse de una tormenta. Inspirados por Weinreich, se preguntaban con voz temblorosa: «¿Son los principales representantes de la intelectualidad alemana culpables de complicidad en crímenes contra la humanidad? ¿Planificaron, pusieron en marcha y bendijeron, junto con los dirigentes políticos y militares, el programa de odio, esclavitud y asesinato?»[722]. Más tarde recorrieron bibliotecas, universidades, editoriales y antiguas instituciones nazis en busca de documentos que pudieran servir como prueba. En medio de las trágicas condiciones de la postguerra, leyeron y examinaron materiales incriminatorios hasta altas horas de la madrugada bajo una luz moribunda; reunieron materiales enterrados en los archivos de edificios en ruinas; se adentraron en las profundidades de las antiguas prisiones nazis, de las salas de tortura y de los tribunales de justicia del Reich, y hallaron miles de documentos, muchos de los cuales habían sido mantenidos en secreto durante una década. Los resultados de sus investigaciones cruzaron el Atlántico y en América Weinreich los confrontó con la lectura sistemática de publicaciones académicas. Así, mientras transcurrían las últimas semanas de los juicios de Núremberg y los comités de desnazificación trataban de administrar justicia, Weinreich se preparaba para darle a conocer al mundo sus hallazgos[723]. «Solo los nombres de los ingenieros que con tan diabólica minuciosidad habían diseñado las cámaras de gas y los hornos crematorios permanecen en la oscuridad», afirmó[724]. No ocurría lo mismo en el caso de los académicos.

El doctor Otto Höfler, profesor en la Universidad de Múnich, había elogiado la ideología nazi y defendido de manera fanática la persistencia de la cultura germánica ancestral en el folclore moderno[725]. Weinreich, que le había desenmascarado, podía descubrir la verdad, pero no tenía poder para hacer justicia: después

de la guerra, Höfler solo fue encuadrado oficialmente en la categoría de acompañante. Se trasladó a su Austria natal, donde siguió trabajando, y vivió en Viena entre 1951 y 1971. En la postguerra, como profesor numerario, no renunció a sus ideas decididamente racistas, aunque eso no impidió que siguiera publicando. En 1978, por ejemplo, la Academia Austriaca de Ciencias publicó su obra acerca del folclore alemán[726].

Hans Gerhard Johann Hagemeyer, más conocido como Hans Hagemeyer, había colaborado estrechamente con Alfred Rosenberg desde los diversos cargos de importancia que había ocupado en las Oficinas de Información Filosófica y era un veterano oficial en la principal organización antijudía de Rosenberg[727]. A pesar de las revelaciones de Weinreich, no existen actas de ningún juicio. Una vez terminada la guerra, Hagemeyer se trasladó a la zona soviética de ocupación y vivió en Bremen como pensionado[728].

Erich Rothacker, profesor en la Universidad de Bonn, había sido un nazi fanático, hasta el punto de estudiar con seriedad las contribuciones de Hitler a la filosofía alemana[729]. Después de que terminara la guerra sus labores docentes fueron «brevemente suspendidas» y luego siguió como profesor en Bonn, donde escribió y publicó sin restricciones asociándose con numerosos filósofos de renombre hasta jubilarse en 1956. Murió en 1965 a los 77 años. Hans Georg Gadamer custodió su archivo de investigaciones[730].

El profesor Max Wundt, de Tubinga (hijo del famoso psicólogo y filósofo Wilhelm Max Wundt), se distinguió como filósofo por sus estudios acerca del desarrollo del pensamiento de Fichte[731]. Nazi entregado a la causa, ejerció como profesor en Tubinga entre 1929 y 1945. A pesar de las revelaciones de Weinreich, los registros indican que Wundt siguió trabajando y publicando después de la guerra, a partir de finales de los años cuarenta y en los cincuenta. Se conservan abundantes materiales acerca de su vida: cartas a sus padres, memorias de la guerra, retratos fotográficos y manuscritos sobre historia de la filosofía y la raza[732]. Para conmemorar su figura, la editorial Hildesheim reeditó en 1964 uno de sus tratados más conocidos, escrito durante el periodo nazi[733].

Weinreich descubrió que muchos otros filósofos habían cooperado con el nazismo, como el doctor Walter Schulze-Sölde[734], profesor de filosofía en la Universidad de Innsbruck; el doctor Hans-Alfred Grunsky[735], profesor de filosofía en la Universidad de Múnich, que había escrito un libelo racista en contra de la participación de judíos en la investigación filosófica; Georg Stieler, compañero de Heidegger y profesor asociado de filosofía en Friburgo[736]; y el doctor August Faust, que se había destacado por su apoyo entusiasta a Hitler[737]. Poco se sabe de sus vidas después de la guerra; su rastro se pierde.

Todo se congeló en la Alemania post-Núremberg; los paneles de madera que recubrían las paredes del palacio de justicia se alzaban oscuros y sombríos; la luz de las lámparas de oficina iba extinguiéndose mientras el polvo se acumulaba y los bancos de madera se humedecían sin calefacción; se habían esfumado las banderas de vivos colores y apenas reverberaban los ecos del tráfago de periodistas, cámaras y funcionarios; hasta las graves sombras de los fiscales del Tribunal Militar se difuminaban. En la sala principal había un silencio extraño. A pesar de los intentos de restaurar la cotidiana sucesión de pleitos triviales, la atmósfera aún estaba densa. Mucho más tarde se instalaría, apartado en el ático, un monumento conmemorativo de los juicios de Núremberg.

Durante los años de la postguerra, los académicos judíos trataron de que se hiciera justicia, pero se extendió por Alemania la norma de hacer caso omiso de los documentos conservados del periodo nazi, y las autoridades académicas hicieron poco para exorcizar a los demonios de los claustros universitarios. Un ejemplo lo constituye el caso de Oskar Becker, antiguo ayudante de Edmund Husserl[738]. Tras la suspensión de Husserl, Becker colaboró con los nazis y una de sus ponencias más famosas, titulada La vacuidad del arte y la osadía del artista, es una muestra de «metafísica nórdica» típicamente nazi. Sin embargo, a pesar de que los filósofos exiliados le dieron la espalda, el final de la guerra apenas tuvo consecuencias para él. De hecho, en los años cincuenta fue aclamado por sus trabajos en el campo de la lógica[739].

También Erik Wolf, director de la facultad de derecho de Friburgo bajo los nazis, salió indemne. Se había convertido en un nazi furibundo gracias a la influencia de Heidegger y había trabado contacto con las ideas totalitarias de Schmitt por mediación de su colega Ernst Forsthoff[740]. Al margen de algún conato de proceso judicial en su contra, Wolf disfrutó de una vida tranquila y productiva en la Alemania de postguerra, tal como atestigua su lista de publicaciones: volúmenes con sus obras fueron apareciendo en Tubinga desde finales de los años cuarenta y a lo largo de la década de los cincuenta[741].

Quizá al lector pueda parecerle que eso es todo, que los filósofos de Hitler simplemente lograron esquivar la justicia. Pero algo aun peor estaba todavía a punto de llegar.

En los años cincuenta, las facultades universitarias de las dos Alemanias empezaron a restituir en sus puestos a antiguos simpatizantes del nazismo. Así, Johannes Kühn, que había contribuido con apasionado entusiasmo a la elaboración de una filosofía racista y que se había declarado abierto defensor de la guerra bajo el régimen de Hitler, se reincorporó a la facultad de filosofía de Heidelberg tras permanecer apartado durante un tiempo prudencial en 1945. Poco después, en 1952, se le unió Helmut Meinhold. Durante la guerra, Meinhold había tenido un papel destacado como agente nazi en el Instituto Alemán del Trabajo y en Cracovia había «planificado el despoblamiento y colonización de Polonia». En 1957 no solo había vuelto a la facultad, sino que había sido nombrado catedrático. De hecho, por aquel entonces, la facultad de filosofía estaba dominada casi por completo por antiguos miembros del Partido Nacionalsocialista, incluyendo a Eric Mashke, Reinhard Herbig y Werner Conze[742]. Un destacado académico escribió que «hacia mediados de los cincuenta la facultad de filosofía [de Heidelberg] se había convertido en un bastión de antiguos nazis o pronazis»[743]. La misma situación se daba por toda Alemania, tanto del Este como del Oeste: los antiguos nazis prosperaban bajo el nuevo régimen como lo habían hecho bajo el anterior.

Los filósofos de Hitler fueron muy discretos y siempre eludieron hablar de su pasado. De hecho, cualquiera que se atreviera a plantear la cuestión del nazismo corría el riesgo de recibir una reprimenda:

> Si uno hace memoria y recuerda los acontecimientos de 1933 pensaría que no hace falta perder el tiempo hablando de ellos, porque han debido de marcar a la mayor parte de la generación de quienes hoy son adultos. Sin embargo, mi experiencia entre 1952 y 1954 me ha demostrado que seguramente ese no sea el caso: los crímenes del nacionalsocialismo han sido olvidados, asimilados o ignorados[744].

Un velo de silencio cayó sobre los claustros universitarios y se mantuvo hasta bien avanzada la década de los sesenta. La primera generación de estudiantes posterior a la guerra, cuyo futuro dependía en buena medida de sus profesores por más que estos hubieran sido simpatizantes del nazismo, fue todavía reacia a alzar la voz en contra de sus maestros e incluso llegó a defenderlos. Así, a partir de 1945 y hasta bien entrados los años sesenta, los departamentos alemanes de filosofía se enfangaron en el encubrimiento de las atrocidades del pasado. Destacados nazis como Ernst Krieck, Eugen Fehrle y Alfred Bäumler sirvieron como cabezas de turco por su especial fanatismo, pero otros que tampoco habían puesto reservas a su colaboración con los nazis se libraron de ser sometidos a escrutinio: el tabú se había asentado con firmeza[745].

Más inquietante si cabe es la copiosa evidencia que sugiere que no pocos filósofos que habían cooperado con el nazismo siguieron profesando en secreto la misma ideología durante la postguerra. Los departamentos de filosofía estaban atrapados en una red de simpatías pronazis y de generalizado antisemitismo. Fueron creados foros especiales, grupos de discusión y diversas organizaciones para prestar ayuda a aquellos filósofos —¡como si fuera la suya una causa noble!—. Por ejemplo, Academia moralis era el irónico nombre de la red de apoyo dirigida en la Universidad de Heidelberg por Ernst Forsthoff, discípulo de Carl Schmitt[746].

Otros filósofos más renombrados también habían colaborado con los nazis: ¿qué suerte corrieron? Muchos nombres menores pudieron pasar desapercibidos gracias al anonimato, pero otros pensadores más célebres se habían expuesto tanto a la luz pública que no parecía que fueran a poder ocultar su pasado.

Carl Schmitt, jurista de Hitler, se despertó una mañana soleada de 1945 con el seco golpear de los nudillos de unos militares en la puerta principal de su casa. Los americanos habían recibido noticias de la posible implicación de Schmitt en los crímenes nazis y llamaban a su puerta para ponerle bajo arresto. (Esto se produjo dos meses antes de que principales dirigentes nazis fueran juzgados en Núremberg). Durante más de un año, Schmitt estuvo confinado en varios campos de internamiento a la espera de que se decidiera si debía ser juzgado; en los interrogatorios respondía con habilidad y acertó a plantear un caso difícil: su estrategia, como la de otros acusados de cooperar con los nazis, consistía en restarle importancia a su papel y a los beneficios que había obtenido del régimen. Afirmó que, en tanto que jurista, estaba obligado a trabajar para el Tercer Reich, pero, dada la magnitud de sus escritos antisemitas y de sus publicaciones nazis, no logró convencer a nadie. En marzo de 1947 fue trasladado a Núremberg para ser juzgado por crímenes de guerra. Con la amenazante perspectiva del castigo a la vuelta de la esquina, Schmitt hizo una verdadera exhibición de talento[747].

Mientras eso ocurría iba saliendo a la luz la auténtica dimensión del Holocausto, que incluía el exterminio de seis millones de hombres, mujeres y niños judíos. Tal como explicaba Max Weinreich, «si los asesinados fueran colocados en fila el uno detrás del otro, la columna de esqueletos llegaría primero de San Francisco a Nueva York y luego de Nueva York a Chicago»[748]. Aun difundidos aquellos descubrimientos, Schmitt expuso la idea que tenía de por qué se le acusaba: «El hecho del que se me considera responsable [...] es esencialmente la publicación de opiniones académicas que han llevado a muchas discusiones fructíferas»[749].

Schmitt no pasó por el mismo trance que otros inveterados nazis: no hubo juicio público en su contra; fue simplemente puesto en

libertad y volvió a su ciudad natal de Plettenberg. Más tarde se instaló en la casa de su ama de llaves, Anni Stand, en Plettenberg-Pasel. Rechazó la desnazificación y no se le impuso más sanción que la de ser excluido de cualquier cargo académico. A pesar de que fue marginado de la comunidad académica, prosiguió con su trabajo y recibió una interminable afluencia de visitantes, entre los que se encontraban algunos renombrados intelectuales, como Ernst Jünger, Jacob Taubes y Alexander Kojève.

A partir de los años cincuenta, Schmitt reanudó sus estudios sobre filosofía y Derecho internacional en Alemania. Aun excluido de cualquier puesto oficial, su obra fue aplaudida con entusiasmo en las principales universidades de Alemania gracias a los esfuerzos de Ernst Forsthoff, el nazi que había regresado a la facultad de Derecho de Heidelberg en 1951. Forsthoff fue además especialmente eficaz en dar a conocer las ideas de Schmitt al mundo académico occidental[750]. En 1962, Schmitt dio conferencias en la España franquista y sus ideas se difundieron con gran éxito —en América un editor consideró que era apropiado y justo referirse a él como «uno de los grandes pensadores políticos y jurídicos del siglo XX»—[751]. Las obras de Schmitt se publicaron en todo el mundo —tanto en los países del este como en los del oeste— y se tradujeron a diversas lenguas extranjeras, entre ellas el japonés y el coreano.

Schmitt siempre se quejó de haber sido víctima de las circunstancias y le puso a su casa el nombre de «San Casciano» en referencia a la casa en la que Nicolás Maquiavelo vivió exiliado tras perder el favor de sus mecenas, la familia Medici. A pesar del Holocauto, Schmitt nunca pidió perdón por su compromiso con el nazismo ni por sus publicaciones antisemitas. Murió a los 97 años, tras una larga vida, el 7 de abril de 1985.

¿Qué había sido mientras tanto de Martin Heidegger, el «superhombre» de Hitler y el filósofo más venerado de Alemania? Al comienzo de la primavera de 1945, mientras los aliados se internaban en Friburgo, Heidegger trasladó su facultad a una fortaleza medieval, el castillo Wildenstein, en un valle del alto Danubio. Allí, como en un cuento de hadas, estuvo retirado en

compañía de una de sus estudiantes, la hermosa princesa de Sachsen-Meiningen, y se rumoreó que ambos se habían embarcado en una relación amorosa. A lo largo del verano de aquel año, con Friburgo bajo el control de los franceses, la facultad de Heidegger sirvió como escondite romántico. En junio de 1945, todavía como profesor de Filosofía, Heidegger pronunció una conferencia: «Todos nuestros pensamientos se concentran en cosas del intelecto. Nos hemos vuelto pobres; pudimos haber sido ricos»[752]. Para él, «volverse pobre» coincidía con la derrota de los nazis.

La división de la infantería colonial francesa que controlaba Friburgo hizo una lista con los nombres de quienes habían cooperado con los nazis, y Heidegger, que era conocido en la localidad como un nazi arquetípico, figuraba en ella. La primera medida fue la requisa de los alojamientos proporcionados por la universidad. Eso incluía la vivienda de Heidegger, el número 47 de la calle Rötebuck[753]. Cuando la Facultad de Filosofía de Friburgo regresó a la ciudad, un Heidegger desesperado por defender sus posesiones anotó:

> Soy incapaz de entender sobre qué base legal me han convertido en blanco de tan inaudito proceso. Quisiera protestar en los más duros términos posibles por este ataque contra mi persona y mi trabajo. ¿Qué me ha hecho merecedor de ser castigado y difamado ante los ojos de toda la ciudad —me atrevo a decir que ante los ojos de todo el mundo — no solo con la requisa de mi casa, sino también siendo despojado de mi empleo? Nunca ostenté ningún tipo de cargo oficial en el Partido y nunca participé en sus actividades ni en las de ninguna de sus organizaciones[754].

A pesar de sus protestas, Heidegger fue sometido al proceso formal de desnazificación en Friburgo[755]. Ultrajado, Heidegger protestó antes de embarcarse en una elaborada defensa que consistió en trazar un relato de su vida y de su trayectoria académica entre 1933 y 1945 como si apenas se hubiera comprometido con el Tercer Reich. «¿Ha leído usted Mein Kampf?», le preguntaron. Su respuesta fue que «encontraba repugnante el

contenido de la obra»[756]. Durante los interrogatorios, mientras trataba de defenderse, llegó incluso a expresar compasión por Kurt Huber y la Rosa Blanca[757]. Increíblemente, el gobierno militar francés se tragó todo aquello: Heidegger fue categorizado como mero acompañante y recomendado para profesor emérito en la universidad, así que pudo conservar su derecho a ejercer la docencia.

Los nuevos responsables democráticos de la Universidad de Friburgo elevaron sus protestas —era una burla que aquel Flautista de Hamelín intelectual que a tantos jóvenes estudiantes había llevado por el mal camino fuera tratado con semejante indulgencia[758]. Consciente de ello, Heidegger se apresuró a asegurarse el rango de profesor emérito. Pero la situación había cambiado y se le encargó al filósofo Karl Jaspers —leal amigo de Heidegger en el pasado pero repudiado por este durante el periodo nazi por tener una esposa judía— que hiciera un informe. Jaspers le había profesado admiración a Heidegger, pero en verdad no podía abstenerse de revelar hasta qué punto había llegado su colaboración con los nazis. Su conclusión fue que Heidegger, junto con Carl Schmitt y Alfred Bäumler, «había pugnado por el sumo sacerdocio intelectual del movimiento nacionalsocialista»[759].

Al final la universidad se vio forzada a expulsar a Heidegger de la docencia, pero aun así le permitió conservar el rango de profesor emérito. También llegaron a imponérsele sanciones económicas, pero incluso estas fueron levantadas. En cuanto a su casa, solo tuvo que padecer los inconvenientes de compartirla con otra familia. Con todo, el trato recibido por Heidegger de manos de los aliados, si bien ridículamente suave en comparación con los padecimientos de sus colegas judíos, bastó para quebrantar su ánimo. Pasó entonces un tiempo en el sanatorio Haus Baden, en Badenweiler, luchando contra la depresión. El hombre que no había temblado ante la idea de una matanza de proporciones industriales en nombre del Volk alemán no resistió la tensión emocional de ver amenazado su propio estatus académico.

Poco después se recuperó y tanto él como su esposa removieron cielo y tierra en busca de apoyo —recurriendo incluso a antiguos colegas y estudiantes judíos—. Así fue como Heidegger estableció con éxito una red de contactos que le permitió volver al mundo académico gracias a aliados de las más insospechadas procedencias[760].

En 1950, Hannah Arendt pisó Alemania por primera vez desde el final de la guerra y fue a visitar a Martin Heidegger con sentimientos encontrados[761]. Aunque Heidegger había influido en la manera de pensar de Arendt, la devoción de esta por el judaísmo hizo que desarrollara un sentimiento hostil hacia él. Nunca le mencionó en sus escritos publicados hasta después de la guerra, en 1946, cuando escribió que Heidegger «le había prohibido a Husserl, el maestro y amigo cuya cátedra había heredado, entrar en la facultad por ser judío»[762]. Sostenía con frecuencia que Heidegger debería haber renunciado antes que firmar la carta de despido de Husserl. «Como sé», declaraba, «que aquella carta y aquella firma casi le mataron [a Husserl], no puedo sino considerar a Heidegger como un asesino en potencia»[763].

Tras llegar a Friburgo el 7 de febrero, Arendt fue directa al hotel, desde donde envió un mensaje. Estaba sin firmar y simplemente decía: «Estoy aquí»[764]. Poco tiempo después, vestida a su antiguo modo europeo, Hannah aguardaba en el vestíbulo. Estuvo allí lo que le pareció un largo tiempo. Un hombre de atuendo formal apareció en la entrada. En su bigote y en su pelo apuntaban algunos destellos canosos. Hannah se alteró, pero pronto recuperó su apariencia de aplomo —sin embargo, por dentro, al ver al hombre que tanta influencia había ejercido sobre ella desde hacía dos décadas, sus nervios se desbordaron como si fuera una chica de 18 años.

Tras la reunión escribió:

Wiesbaden
Alexanderstrasse 6-8
9 de febrero de 1950

Desde el momento en que salí de la casa y me metí en el coche he estado escribiendo esta carta. Y ahora, bien entrada la noche, no puedo escribir. (Estoy escribiendo a máquina porque mi estilográfica se ha roto y mi caligrafía se ha vuelto ilegible).

Anoche y esta madrugada han sido la confirmación de toda mi vida, una confirmación que nos es dada cuando no se espera. Cuando el camarero pronunció tu nombre (en realidad no te esperaba: después de todo no había recibido la carta) tuve la súbita impresión de que no había pasado el tiempo.

Hannah.

Heidegger enseguida le envió una serie de poemas titulada Martin Heidegger para Hannah Arendt: cinco poemas. Uno de los poemas, titulado «Tú»[765], rezaba:

La extraña,
también para ti,
lo es;
montaña de júbilo, mar de melancolía;
desierto de deseo,
aurora de una llegada.
Extraña, hogar de una mirada
donde comienza el mundo.
El comienzo es sacrificio.
El sacrificio es la lumbre de la lealtad
que aun pugna por arder
entre las cenizas
de todos los fuegos
y enciende
rescoldos de caridad,
un resplandor de silencio.
Tú, extraña de una tierra lejana,
acaso habites en el principio
para el amigo del amigo[766].

Tras aquel reencuentro, el tono de los escritos de Arendt cambió de manera abrupta. El «monstruo homicida» se había esfumado y en su lugar había un genio que no debía ser importunado con las naderías acerca de su pasado[767]. Hannah se embarcó entonces en

una empresa que iba a cambiar el rostro de la filosofía contemporánea: sirviéndose de sus contactos con editores judíos, prestó su ayuda para restablecer la posición de Heidegger en la escena mundial. La siguiente carta es un ejemplo:

Nueva York, 21 de febrero de 1972

> Querido Martin:
>
> Hoy te escribo acerca de un asunto que puede interesarte [...]. Es importante [para el editor] publicar una edición completa de tus obras [...]. Dice que lo haría inmediatamente y que incluiría en ella todo lo que todavía no ha sido publicado (cuya extensión, sin embargo, desconoce) *con un adelanto para ti de cien mil marcos...*
>
> Por supuesto, no tengo ni idea de si te interesa [...]. Si te interesa estará sin duda encantado de ir a hablar contigo. Si quieres hablar con él, escríbeme unas líneas y se lo haré saber. Te dejo su dirección, por si quieres contactar con él directamente: 1 Berlín 61, Lindernstrasse 76, teléfono: 1911 (1)
>
> Os deseo lo mejor.
>
> Hannah[768].

Otro insospechado pensador se unió a Hannah para apoyar a Heidegger. En la Francia liberada, Jean Paul Sartre, a pesar de haber sido prisionero de guerra de los nazis, había incorporado la filosofía de Heidegger a su propio pensamiento. La inmensa fama de la que disfrutaba Sartre contribuyó con fuerza a rehabilitar a Heidegger en el panorama de posguerra. Esta alianza entre Arendt y Sartre inauguró un nueva era en la vida de Heidegger, que volvió a las montañas alrededor de Todtnauberg y se puso a escribir de nuevo, esta vez acerca de poesía y lenguaje. «No somos nosotros los que hablamos por medio del lenguaje, sino el lenguaje el que habla por medio de nosotros», declaró en tono críptico. El lenguaje nos crea, tanto a nosotros como a nuestro mundo y a la manera como lo entendemos. Heidegger, en palabras de Sartre, «resurgió como el ave fénix de sus cenizas»[769].

Habiendo manipulado el relato de su implicación en el régimen nazi, reducido su colaboración a un asunto trivial y editado y modificado de manera meticulosa cuantas de sus obras y discursos

pudieran incriminarle, Heidegger interpretó el papel del filósofo inocente concentrado en sus abstracciones. Arendt, Sartre y muchos intelectuales de todo el mundo aceptaron sus excusas y enaltecieron su genialidad. Heidegger, sin embargo, no pidió perdón en ningún momento por el daño que había causado ni expresó compasión por las víctimas de Hitler. Cuando se le presionó para que se pronunciara sobre el Holocausto, se limitó a equiparar la pérdida de vidas judías con la muerte de alemanes en combate; y en medio de las voces que le urgían a que se arrepintiera, Heidegger se quejó ante el escritor nazi Ernst Jünger de que Hitler le había decepcionado: «¿Me va a pedir perdón Hitler a mí?», se preguntó[770].

Años más tarde Heidegger invitó al poeta Paul Celan a Todtnauberg. Celan era judío y había estado confinado en el gueto, sometido a trabajos forzados e internado en un campo de concentración durante el gobierno de Hitler. Su madre había sido fusilada y su padre había muerto en un campo de concentración, probablemente de tifus. Celan quedó traumatizado por el Holocausto, pero interpretó que la invitación de Heidegger entrañaba un acto de desagravio. Así, el 25 de julio de 1967, se reunió con el filósofo, pero este le recibió con un gélido silencio. Anotadas en el libro de visitas de Todtnauberg quedaron las palabras del poeta: «Mirando las estrellas sobre el estanque, con la esperanza de que una palabra llegue y acaricie mi corazón». Aquella palabra nunca llegó: poco después Celan se suicidó arrojándose al Sena[771].

Nada de aquello pareció tener importancia. Heidegger fue readmitido como profesor en la Universidad de Friburgo en 1951. A lo largo de las décadas siguientes hizo apariciones como profesor honorario, viajó por todas partes e intervino en multitud de coloquios y conferencias, todos ellos dedicados a su obra[772]. El 27 de septiembre de 1959 fue nombrado ciudadano honorario de Messkirch, y el 10 de mayo de 1960, en Hausen, Alemania, recibió el premio Johann Peter Hebel[773]. No parece que haber sido un señalado nazi fuera obstáculo para que gozara de una brillante carrera en la Alemania de postguerra[774].

La mayoría de los filósofos que habían simpatizado con el nazismo evitaron rendir cuentas ante la justicia, pero ¿qué fue de los pensadores judíos supervivientes? ¿Fueron reincorporados a sus trabajos? ¿Regresaron a Alemania aquellos que la habían abandonado?

Tras la espera a que acabara la guerra, los pocos filósofos judeo-alemanes que seguían vivos, ya fuera en Alemania, Israel, América u otros lugares de Europa en los que se hubieran refugiado, sintieron una inefable ola de alivio. La bestia que había amenazado con devorar naciones enteras, «el Reich de Hitler que iba a durar mil años», se había desvanecido finalmente[775]. Los supervivientes lo celebraron, pero al júbilo le siguió la nostalgia del hogar, que no tardó en acometerles con turbadores interrogantes: ¿Podrían volver? ¿Qué se encontrarían cuando volvieran? ¿Cómo se sentirían?

Hubo un filósofo para quien la posibilidad de volver a casa no se planteó porque nunca se había ido. El psiquiatra y filósofo Karl Jaspers, antiguo amigo de Heidegger y allegado de Hannah Arendt, había permanecido en Alemania durante el Tercer Reich. Jaspers había recibido de los nazis la advertencia de que estaba «infectado» por culpa de Gertrude, su esposa judía. Se resistió a la nazificación y por ello fue obligado ya en 1937 a jubilarse anticipadamente. Su cátedra en la facultad de filosofía se dedicó a la política militar y las ciencias militares. Por si perder su trabajo hubiera sido poco, un año más tarde, en 1938, se le prohibió publicar. Jaspers y su esposa soportaron una década de creciente terror, siempre bajo la amenaza de ser enviados a un campo de concentración[776]. Al final de la guerra, los temores de Jaspers se hicieron realidad: el nombre de su esposa apareció en una lista de deportación de la Gestapo. Las tropas estadounidenses llegaron justo a tiempo[777].

En 1945 Jaspers era optimista: Alemania sería reconstruida y los nazis tendrían que rendir cuentas. Se convirtió en uno de los profesores encargados de la reapertura de la Universidad de Heidelberg, donde se opuso a la rehabilitación de profesores con un pasado nazi. Sin embargo, tras haber sobrevivido durante tanto tiempo a pesar de las amenazas que se cernían sobre su existencia

bajo el régimen de Hitler, Jaspers se sumió en la tristeza al verse ninguneado mientras asistía al retorno de numerosos filósofos nazis. En 1948, abandonó su país, renunció a la nacionalidad alemana como protesta y se trasladó a la Universidad de Basilea, en Suiza, donde pasó el resto de su vida[778].

Hubo otro filósofo que tampoco se planteó nunca volver a Alemania, pero por razones muy diferentes. Ernst Cassirer, eminente filósofo de la cultura, renunció al rectorado de la Universidad de Hamburgo cuando Hitler accedió al poder y luego abandonó Alemania[779]. Primero halló refugio en Oxford, pero tras fracasar en su intento de obtener un puesto permanente, se vio forzado a marcharse. Se instaló como profesor en la Universidad de Gotemburgo, pero en 1941 abandonó la neutral Suecia por considerar que aquel país tampoco era seguro. Prosiguió con su búsqueda de seguridad y se trasladó a América en busca de trabajo. Sin embargo, para cuando pudo volver a su país natal era ya demasiado tarde: murió el 13 de abril de 1945, menos de un mes antes de que los nazis fueran finalmente derrotados[780].

Otro filósofo judeo-alemán que celebró la muerte de Hitler fue Herbert Marcuse, amigo de Adorno, cuyas obras más conocidas son Eros y civilización y El hombre unidimensional. Como tantos otros intelectuales judíos, se acogió a sagrado en Estados Unidos. Marcuse se convirtió en ciudadano estadounidense en 1940 y a partir de 1942 trabajó para la agencia precursora de la CIA[781]. Terminada la guerra, se le planteó la posibilidad de regresar, pero la rechazó y siguió viviendo en Estados Unidos[782].

El gran amigo de Walter Benjamin, Gerhard Scholem, había nacido en Berlín, pero salió de Alemania para convertirse en el primer profesor de Misticismo Judío en la Universidad Hebrea de Jerusalén. El hermano de Scholem había sido asesinado y muchos de sus amigos más cercanos, incluido Benjamin, sufrieron un destino similar. Cualquiera que fuera el cariño que sintiera por el escenario de su infancia, yacía enterrado bajo una losa de años de brutalidad. Scholem nunca volvió[783].

El 8 de mayo de 1945, Hannah Arendt descorchó una botella de champán y brindó por el renacer de Alemania. Cuando su país natal se volvió seguro, Hannah estaba embarcada en la épica empresa de escribir un análisis de los orígenes del Holocausto. Trabajaba de manera incansable en el apartamento de Nueva York que compartía con su madre y su esposo. Llevaba una década de apasionada campaña para denunciar la tragedia de los judíos, postulándose como voz intelectual y entusiasta representante, por lo que no se desentendió de todo para volver a Alemania nada más terminar la guerra, sino que prosiguió con su obra en América. Mantenía un contacto permanente con su antiguo mentor, Karl Jaspers, de quien obtenía testimonios de primera mano acerca de la situación en Alemania. Dado que «el aire estaba tan viciado que no se podía ni respirar», prefirió no arriesgarse a volver, sobre todo porque era quizá el símbolo más reconocible de los judíos. Arendt siguió exiliada en Estados Unidos seis años más, hasta 1951, cuando se naturalizó como ciudadana[784]. Sus obras cumbre, Los orígenes del totalitarismo y La condición humana, no tardaron en ser publicadas y la catapultaron al estrellato. Sin embargo, la lealtad de Arendt a la causa judía iba a ser cuestionada.

En 1960, las fuerzas de seguridad de Israel capturaron al teniente coronel de las SS Adolf Eichmann, responsable de la deportación de judíos a los campos de la muerte. Entre los judíos a los que Eichmann había enviado al exterminio se encontraban varias mujeres con las que Hannah había estado internada en Gurs y a las que habría acabado acompañando de no haber sido por su afortunada huida. Al año siguiente, Eichmann fue juzgado en Israel y Arendt cubrió la vista como corresponsal del New Yorker. Sus artículos, que iban a ser después revisados y ampliados para Eichmann en Jerusalén, causaron indignación.

En Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal, Hannah se muestra crítica con los dirigentes judíos por haber organizado su comunidad con tanta eficacia que sin pretenderlo llegaron a facilitar el genocidio. También acusa a los judíos de no haber opuesto, según ella, ninguna resistencia, y censura el hecho

de que no lucharan contra los nazis. Aquellos comentarios resultaron ofensivos para muchos que habían sufrido el Holocausto en sus propias carnes —cosa que, por supuesto, Hannah no podía decir de sí misma—, pero fueron el título del libro y sus conclusiones generales lo que más indignación produjo. Arendt se sintió decepcionada al encontrarse con que Eichmann, el monstruo que tantas muertes había ordenado, no era más que un hombrecillo vulgar en el que no se adivinaba el menor rastro de poder, inteligencia, fuerza de carácter o maldad; y esa «banalidad» la desconcertó. Eichmann no parecía albergar un odio excepcional a los judíos y, en su conducta, Hannah no discernía motivaciones ideológicas ni un especial sadismo. La apariencia de Eichmann era más bien la de un gris burócrata que solo cumplía con las tareas que tenía encomendadas. Aquello le inspiró a Hannah la concepción de que el mal, en sus manifestaciones, no era esencialmente visible o poderoso, sino mundano, y «banalidad del mal» se convirtió en una frase recurrente. Aquella conclusión resultó dolorosa para quienes, habiendo sobrevivido al Holocausto, consideraban que los crímenes de hombres como Eichmann eran cualquier cosa menos banales.

En su defensa, cabe decir que Hannah, al igual que Adorno y Benjamin, recelaba de las tendencias autoritarias de las organizaciones de gran tamaño. Por su envergadura y eficacia, las burocracias pueden ejercer un enorme poder. Asimismo, hacen planes abstractos desarraigados de cualquier medida humana, de ahí su capacidad para el mal. Hannah se ocupó del asunto en Los orígenes del totalitarismo, y para ella Eichmann era el ejemplo perfecto de burócrata enajenado que realizaba el mal de acuerdo con procedimientos de administración de masas.

El propio Eichmann trató de desmentir esa idea durante el juicio al hacer en su defensa la polémica aseveración de que no había actuado de manera irreflexiva, sino que había seguido la filosofía moral de Kant, concretamente el imperativo categórico. La idea de Kant que Eichmann se había hecho era que la ley moral no se obedece por razones específicas, sino únicamente porque es una ley; el acto moral debe ser entendido no como expresión del bien, sino del puro deber: «Tu deber es [...] cumplir con tu deber». Esto,

para Eichmann, se convirtió en el deber de seguir la voluntad del Führer. Justo porque ese deber era imperativo (categórico), podía prescindir del pensamiento. El Kant de Eichmann, como el de otros muchos nazis, es el resultado de una grosera deformación. Pero lo cierto es que este era el caso de otro nazi que, como Hitler, citaba a Kant. Se estaba volviendo cada vez más difícil librar a la filosofía de toda implicación con el nazismo. Arendt, sin embargo, estaba decidida a lograrlo. ¿Pretendía con aquel esfuerzo disculpar a su antiguo amante?[785].

Había también otra cuestión peliaguda: mientras los judíos de todo el mundo suspiraban por una tierra a la que pudieran considerar suya y estaban enredados en la ardua empresa de obtenerla, Arendt iba convirtiéndose en una ruidosa antisionista. Durante su estancia en Jerusalén para informar del juicio a Eichmann llegó al punto de comparar a la nueva policía israelí con los nazis. Arendt inspiró las ácidas críticas del escritor Saul Bellow a los intelectuales en El planeta de Mr. Sammler (1969). Isaiah Berlin observó su cambio de parecer: «Cuando la vi por primera vez, en 1942, recuerdo que su fanático nacionalismo judío, que ahora se ha convertido en lo contrario, era demasiado para mí»[786]. ¿Había sido su visita a Heidegger en 1950 lo que había enfriado su ardor judío?

Cualesquiera que fueran las ambigüedades resultantes de sus sentimientos hacia Heidegger, Hannah nunca volvió a vivir en Alemania. Permaneció en América, donde su muerte en 1975 hizo patentes las controversias que la habían rodeado en vida. Hannah murió sin consagrar (sus cenizas están enterradas en el Bard College de Nueva York, donde Blücher impartió docencia) y el obituario del New York Times apuntaba lacónicamente que «no tenía confesión religiosa». Si bien hay muchos detalles inciertos en torno a Arendt, una cosa es segura: nunca quiso volver a «casa», ni siquiera después de muerta.

Parecía que ninguno de los judíos exiliados quería regresar a su «hogar». ¡Así de inmensos habían sido los horrores y así de leve la purga de la sociedad! Permanecieron dispersos por América, Israel y Europa. Hubo, sin embargo, algunas excepciones: una exigua

minoría tuvo la suficiente valentía y determinación como para volver a la tierra de la que había hecho presa el Tercer Reich. Aquellos pocos, solo un cuatro por ciento de todos los que habían sido expulsados, se decidieron a mirar cara a cara al pasado[787]. Entre ellos estaba Karl Löwith, filósofo judeo-alemán que había sido alumno de Heidegger. Löwith huyó de los nazis y pasó unos años en Japón y América antes de regresar en 1952 para impartir docencia como profesor de filosofía en la Universidad de Heidelberg[788]. ¿Cómo pudo soportar la desagradable atmósfera que le rodeaba, trabajando codo con codo con los mismos que habían ayudado a Hitler a tejer su red?

Max Horkheimer, gran amigo de Adorno y miembro destacado de la Escuela de Fráncfort, también regresó a Alemania. Emigrado a los Estados Unidos, llegó a Fráncfort en 1949 y un año más tarde, en una exhibición de optimismo, reabrió el Instituto de Investigación Social. Horkheimer se convirtió pronto en rector de la Universidad de Fráncfort e hizo importantes contribuciones institucionales e intelectuales a la filosofía alemana. Siguió ejerciendo como profesor hasta que, una vez más, las oscuras sombras confluyeron.

De entre todos los filósofos judeo-alemanes que volvieron a su país natal, el más prominente fue Theodor Adorno, que en su viaje de regreso hizo escala en Francia.

257 París 28 de octubre de 1949

> Mamá:
>
> Solo quiero decirte [...] que he llegado bien. La travesía ha sido turbulenta —llegamos un día tarde— pero no tuve mareos, gracias al nuevo remedio.
>
> Ver de nuevo París después de doce años ha sido conmovedor. Es indescriptiblemente bonita a pesar de toda la pobreza.
>
> Teddie[789].

En el invierno de 1949 Adorno estaba de vuelta para inspeccionar las ruinas de su casa. Aun cuatro años después de terminada la guerra, solo una cuarta parte de las casas de Fráncfort seguían en

pie: lo demás eran gélidos esqueletos, ruinas o escombros. La ciudad vieja estaba destruida; la mayoría de los puentes sobre el Meno había desaparecido. Todo había sido arrasado por los bombardeos: la ópera, el teatro, la bolsa, la universidad... Por entre aquellas ruinas deambulaba una masa harapienta de evacuados y refugiados que habían vuelto a «casa»[790]. Adorno anotó:

> Al principio, la ciudad, en el área en torno a Bockenheimer Warte, no parece en tan mal estado, pero el centro histórico tiene un aspecto desolado y todo está sumido en una terrible confusión. El Fahrgasse, por ejemplo, ya no existe en absoluto. Hasta ahora he evitado acercarme a nuestra casa [...]. A pesar de todo, esto todavía es Fráncfort y el sentimiento de volver al hogar es más fuerte que todo lo demás. Es un milagro que, a pesar de todo, esta ciudad, que ha sido destruida en sus tres cuartas partes, transmita casi una impresión de normalidad: la comida es excelente y las habitaciones están sobrecalentadas, como la mía de la universidad. Solo la ropa de la gente tiene mal aspecto y ya no se ven mujeres elegantes[791].

La casa familiar de los Adorno había sido vendida por una pequeña parte de su valor. Se enfrentó al dueño y más tardé explicó en una carta que había sufrido un «violento impacto». «Fue la única vez que perdí los nervios. Le llamé nazi y asesino». La casa había sido atacada con una bomba incendiaria y la única parte que se conservaba era una estancia de la planta baja con el suelo de parqué en la que Adorno todavía pudo distinguir «las marcas del piano de su madre»[792]. Aquellas marcas eran la sombra de sus años perdidos.

Le confió sus sentimientos a su madre. Escribió:

> Tu viejo y entrañable tocador está todavía allí en Oberrad, al igual que otras cosas nuestras (un cuadro de Agnes Meyerhof); todo parece tan extraño entre las [...] ruinas... También en el jardín, que tiene una gran propiedad adosada —muy extraño—. El vecindario alrededor de Schöne Aussicht es el más deprimente de todos— no solo las casas, sino también tramos enteros de carretera destruidos—, así que ya no sé orientarme, a no ser que me encuentre de súbito con alguna casa que recuerde de mi infancia, como la de los Mannskopfs. En el lugar del

> número nueve, absolutamente nada; el número siete, sustituido por un edificio totalmente nuevo[793].

Al igual que con la sombra del piano en su antigua casa, entre las ruinas arquitectónicas y humanas Adorno encontró restos de la venerable cultura alemana, con su riqueza musical, artística, literaria y filosófica. La venerable Europa aún se palpaba en el corazón y la mente del pueblo, y eso le reconfortó después de años en el exilio.

Sin embargo, no bastaba con el deseo de vivir de nuevo en Alemania: la necesidad más urgente era conseguir trabajo. Habiendo sido expulsado en 1933 de su puesto como profesor universitario, Adorno tenía la esperanza de que pudiera ser rehabilitado, pero solo pudo obtener un trabajo temporal como suplente de Horkheimer. En 1950 todavía no tenía un trabajo estable. Parecía que la universidad no hacía ningún esfuerzo para resarcir a quienes habían sido obligados por los nazis a abandonar su trabajo. De hecho, la experiencia de Adorno reflejaba una tendencia nacional: «Ni las universidades, ni el estado ni los gobiernos nacionales hicieron el menor esfuerzo sistemático para traer de vuelta a Alemania a las víctimas de las purgas [nazis] en la universidad»[794].

Invirtiendo sus energías en otro lugar, Adorno colaboró con Max Horkheimer para reformar el Instituto de Investigación Social de Fráncfort y publicó con gran éxito su Minima moralia. Sin embargo, sin perspectivas claras de empleo en Fráncfort y temiendo perder sus derechos en América, se vio forzado a marcharse una vez más e hizo el viaje de vuelta a través del Atlántico. «Me voy con el corazón infinitamente entristecido», escribió[795]. Como otros muchos emigrados, Adorno no tenía redes de apoyo ni influencias en Alemania, así que, mientras que las universidades reincorporaban a antiguos nazis, la batalla de Adorno por ser restituido en su puesto era ardua. Horkheimer, en una visita a Adorno, observó que «el olvido y el frío desdén es el clima intelectual que mejor les viene a los herederos de los nazis»[796]. Los nervios de Adorno estaban al límite y la nueva batalla que se le presentaba era penosa.

Al final, con mucha ayuda de Horkheimer y a la vista del éxito de sus publicaciones, la universidad ya no pudo seguir rechazándole. En 1957 regresó y se convirtió en profesor titular en la Universidad de Fráncfort. Un antiguo simpatizante nazi, Helmut Ritter, exclamó, nada más acabar una reunión en la facultad, que para hacer carrera en Fráncfort bastaba con ser protegido de Horkheimer y judío. Horkheimer se fue como gesto de protesta; indignado por el incesante antisemitismo de la universidad, terminó jubilándose anticipadamente en 1958[797].

Adorno quedó entonces como el único que mantenía viva la llama de la filosofía judeo-alemana, cosa que hizo con la publicación de obras maestras como Dialéctica de la ilustración, de la que fue coautor junto a Horkheimer, La jerga de la autenticidad, Dialéctica negativa y Teoría estética, escritas muchas de ellas durante su tiempo en el exilio. También colaboró como consejero en la construcción de una nueva democracia para la República Federal de Alemania y se distinguió por sus expertas contribuciones a la cultura musical de la Alemania Occidental gracias a sus estudios sobre Bach, Beethoven, Schubert, Wagner, Offenbach, Ravel, Mahler, Strauss y Sibelius. También se interesó por la música de sus contemporáneos Hanns Eisler, Kurt Weill y Ernst Krenek, así como por Bartók, Berg, Schönberg y Webern[798]. Adorno sostenía que la mejor manera de no ser embaucado por un régimen tiránico era tener el coraje de pensar sin dejarse seducir por las apariencias. Consideraba que las mejores armas para combatir la barbarie eran las intelectuales, como la reflexión crítica. En un contexto en el que todavía bullía el antisemitismo, mientras la tierra rebosaba terroríficos secretos y no dejaban de descubrirse nuevas fosas comunes, sus ideas podían considerarse como producto de la tristeza —era patente su pesimismo con respecto a que la sociedad pudiera desembarazarse algún día de la amenaza de la barbarie—[799].

Con su Experimento de grupo (1955) Adorno mostró la permanencia de ciertas actitudes nacionalsocialistas —un extendido antisemitismo y un conformismo irreflexivo— entre los ciudadanos de la recién democratizada Alemania. El psicólogo social Peter R.

Hofstätter, antiguo simpatizante del nazismo, criticó el estudio con severidad y acusó a Adorno de pretender infundirle a la nación un sentimiento de culpa[800]. Adorno se defendió con una aguda réplica: «Es a las víctimas a quienes se forzó a cargar con el peso de los horrores de Auschwitz, no a la gente que no quiso saber nada de ello»[801]. Adorno también criticó a Heidegger, calificando las ideas de los nazis de mera «jerga de la autenticidad» y escribiendo: «La debilidad [...] se manifiesta con fuerza en la filosofía de Heidegger. Se supone que la autenticidad sosiega la conciencia de debilidad, pero también la hace patente»[802]. Aquella crítica a Heidegger también produjo la ira de Arendt, que atacó a Adorno aprovechando su relación con Benjamin —algo que le hirió profundamente—. Adorno, por su parte, no podía soportar que Arendt siguiera siendo leal a Heidegger manteniendo la impronta de este e introduciendo sin darse cuenta el nazismo en la filosofía. Aquellos dos exiliados judeo-alemanes que tanto tenían en común se comportaron siempre como polos opuestos.

Adorno tocaba a veces el piano en su apartamento de Fráncfort, en cuya decoración había imprimido un estilo modesto y sencillo, salvo por una imagen dramática. Los espacios giraban en torno al Angelus Novus, una reproducción del original de Paul Klee que había pertenecido a su querido y difunto amigo Walter Benjamin. Entre los muchos visitantes que frecuentaban aquel hogar que Adorno compartía con Gretel figuraban Gershom Scholem, Max Horkheimer y otros miembros de la Escuela de Fráncfort. Tras años de miedo a los que siguieron las tensiones del regreso bajo una atmósfera todavía viciada por el nazismo, su salud se había debilitado gravemente. Aquejado de hipertensión y con el corazón enfermo, Adorno solo ansiaba tener paz. Sin embargo, no era paz lo que iba a tener.

Durante la segunda mitad de los años sesenta, Adorno se convirtió en blanco de la radicalización estudiantil. En una carta a Samuel Beckett, escribió: «El sentimiento de ser súbitamente atacado como reaccionario tiene como mínimo una nota sorprendente»[803]. Pero las cosas no iban a hacer sino empeorar:

Adorno fue acosado y marginado hasta que un día unas estudiantes femeninas rodearon su tribuna y se desvistieron de cintura para arriba tratando de humillarle con sus pechos desnudos. Adorno empezó a considerar que aquel radicalismo político tenía la misma mentalidad de acoso que el nazismo, de cuyos horrores no se había recuperado. Lo que había empezado como una absurda mofa tuvo al final consecuencias trágicas: en una triste reminiscencia de los últimos días de Walter Benjamin, Adorno alzó el vuelo rumbo a las montañas. Allí, tal como le había ocurrido a Benjamin años atrás mientras huía de los nazis, sufrió palpitaciones. El 6 de agosto de 1969 murió de un ataque al corazón. Tenía sesenta y cinco años.

Parece obvio que en vida de todos ellos fueron los filósofos de Hitler quienes prevalecieron mientras que los pensadores judíos eran marginados, pero ¿qué ocurrió más tarde? Por supuesto, el tiempo separó el grano de la paja y la historia vengó a la justicia allí donde la verdad no había podido imponerse. ¿Qué nombres se hundieron en el olvido y cuáles permanecieron en la memoria una vez que el polvo se asentó y el tiempo prosiguió su inexorable avance?

A comienzos del siglo XXI un notable académico proclamaba: «Carl Schmitt es célebre, acaso el jurista alemán más estudiado». A lo largo de las décadas posteriores a la guerra un gran número de profesores de Alemania, Estados Unidos, Francia, Italia y otros países estudiaron la obra de Schmitt con detenimiento. Las fuentes bibliográficas llegaron a superar las 1600 entradas. Más tarde, en la última parte del siglo XX, se vivió el «renacimiento de Schmitt»[804] y la admiración por su obra reverdeció incluso con más fuerza gracias a algunas de las instituciones más prestigiosas del mundo[805]. Schmitt figuraba entonces en los planes de estudio de grado de muchas universidades de Gran Bretaña y Estados Unidos, y a lo largo y ancho del mundo occidental. Harper's Magazine le dedicó un artículo en agosto de 2007 y otras publicaciones académicas relevantes se deshicieron en elogios hacia él y llegaron al punto de publicar ediciones especiales consagradas a su obra[806]. El texto de la contraportada de una traducción reciente de El nomos de la tierra

afirma que Schmitt ofrece «perspectivas para un nuevo orden mundial» y «argumentos que no por apasionados están menos meditados en defensa de los logros de la civilización europea», y que es un autor determinante «en la creación del primer sistema verdaderamente mundial de legalidad internacional»[807]. Hay incluso una publicación periódica, la Schmittiana, que se encarga de reunir y de dar a conocer documentos que se van descubriendo acerca de la vida de Schmitt: tanto sus lecturas como su correspondencia y sus diarios son objeto de apasionados debates académicos[808].

La implicación de Schmitt con el nazismo se disculpa como un periodo desafortunado que no debe llevar a nadie a prejuzgar sus aportaciones teóricas. No pocos académicos de primera fila llegaron incluso al punto de justificar el antisemitismo de Schmitt alegando —como el propio Schmitt había hecho— que no era para él otra cosa que un recurso para sobrevivir al nazismo: en el peor de los casos se le podía culpar de oportunismo. Sin embargo, un crítico reciente asegura, por el contrario, que «el antisemitismo de Schmitt constituía el núcleo de su obra —antes, durante y después del nazismo—. Sus influyentes antagonismos de amigos y enemigos emergen de un esquema conceptual en el que "el judío" se define como adversario»[809]. Ciertos pensadores clave apuntan que «los escritos de Schmitt sobre [asuntos] judíos posteriores a 1933 [...] tuvieron una importancia capital en relación al conjunto de su obra y también con respecto a los objetivos de la ideología nazi»[810] y que «la estructura misma y los fundamentos del pensamiento y del sistema de categorías de Schmitt están impregnados de antisemitismo»[811]. Cuando uno rememora las enormes fosas de cadáveres humanos amontonados a mediados de los años cuarenta se pregunta si esas disquisiciones sutiles que pueblan el debate acerca de las motivaciones de Schmitt no omitirán la cuestión fundamental. Tal como Weinreich observó: «Si la guerra hubiera durado un año más, probablemente no habría quedado con vida ni un solo judío en Europa»[812].

No es exagerado decir que Heidegger, considerado como filósofo muy por encima de Schmitt, se convirtió después de su muerte en el

pensador más famoso del siglo. «Martin Heidegger es quizás el mayor filósofo del siglo XX y su obra ha estimulado buena parte de cuanto hay de original y obligado en el pensamiento moderno»[813]. En Alemania Heidegger nunca llegó a pasar de moda y de los años cincuenta en adelante ha sido quizá la figura intelectual más influyente y reverenciada del país[814].

Fuera de Alemania, la devoción al «Maestro de Messkirch» se extendió por naciones que habían sufrido la ocupación nazi, como Francia, gracias al juicio favorable de Sartre[815].

Un destacado académico explica: «En Francia [...] el pensamiento de Heidegger lleva echando raíces desde 1945 y [...] la dimensión política del filósofo ha pasado a un segundo plano ensombrecida por su trascendencia intelectual»[816]. Célebres filósofos como Louis Althusser y Michel Foucault alimentaron la llama de Heidegger en la segunda mitad del siglo XX y Paul de Man hizo posible que su filosofía se expandiera a Estados Unidos y de allí al resto del mundo, de tal manera que Heidegger es hoy considerado como el principal exponente de lo que se ha dado en llamar «filosofía continental»[817] a la vez que ocupa un lugar de privilegio en los planes de estudio de las universidades británicas y estadounidenses. Heidegger es una figura venerada en áreas tan distantes como América Latina, África y Asia —especialmente Japón[818]— y, además de la filosofía, su «imperio» ha incorporado la literatura, la teología, la psicología y el cine —la película The Ister rinde homenaje a su genialidad y la BBC ha realizado un documental sobre su vida[819].

Después de su muerte, acaecida en 1976, así como, por supuesto, a lo largo de su vida, la figura de Heidegger sedujo tanto a extremistas neonazis como a izquierdistas acérrimos, tanto a conservadores como a radicales. No han faltado apologistas y revisionistas dispuestos a disculpar o negar la implicación de Heidegger en el nazismo, pero el interés por su figura nunca ha menguado y la admiración intelectual ha sobrepasado con frecuencia cualquier posible escrúpulo moral.

Si Heidegger es en la actualidad la estrella de la filosofía continental, Gottlob Frege constituye la piedra angular de la tradición

analítica occidental. Frege nunca introdujo pronunciamientos políticos o morales en sus textos filosóficos: fue un lógico estricto y se atuvo a una rígida separación entre el pensamiento crítico y las opiniones personales sostenidas con más o menos vehemencia. En su trabajo era riguroso, pero sus opiniones son vulgares y manifiestan los peores prejuicios de su época y su entorno: «Adolf Hitler sostiene atinadamente [...] que [...] Alemania no ha tenido objetivos políticos claros»[820]. En todo caso, a pesar de su antisemitismo, Frege influyó en grandes pensadores como Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein. En la entrada que le dedica una enciclopedia puede leerse: «Se le considera uno de los fundadores de la lógica moderna e hizo contribuciones decisivas a la fundamentación de las matemáticas. Como filósofo se le considera en general el padre de la filosofía analítica»[821]. Dado que la corriente analítica es la que prevalece en las universidades occidentales, resulta inquietante que Frege, el fundador de esa tradición, tuviera opiniones tan moralmente censurables —además, ante la mayoría de los estudiantes la cuestión ni siquiera se plantea[822].

Mientras tanto, ¿qué ha sido en la filosofía del siglo XXI de quienes se opusieron a Hitler? La obra filosófica y musicológica del mártir Kurt Huber, único profesor de filosofía que se opuso activamente a los nazis, no se publica. Ni su monografía clásica sobre Leibniz, publicada póstumamente, ni sus deslumbrantes contribuciones a la musicología y la estética han servido para que su nombre aparezca siquiera en un solo plan de estudios de filosofía del mundo occidental. Asimismo, aunque algunas instituciones académicas recuerdan su valor con breves alusiones, su pulso intelectual late hoy tan débil en Occidente como bajo el nazismo.

A pesar de haber dado origen, en un intento de forjar un arma contra el autoritarismo, a toda una tradición crítica y escéptica en materia política y filosófica, solo a duras penas se han abierto camino los pensadores judeo-alemanes de la Escuela de Fráncfort en los planes de estudios de las principales instituciones académicas. Los inmensos logros de Walter Benjamin, Hannah Arendt y Theodor

Adorno nunca han sido suficientes para que el mundo de habla inglesa los admita como autores canónicos. Horkheimer, Marcuse y Cassirer están marginados en sus esferas académicas y Karl Jaspers, Gerhard Scholem y Karl Löwith han caído en un olvido casi absoluto.

La situación de la cultura intelectual europea debe por tanto ser motivo de reflexión. La expansión de las ideas de Schmitt y Heidegger y el prestigio de Frege tanto en las universidades británicas y estadounidenses como en las continentales no pueden dejar hoy en día sino un regusto inquietante, al igual que las siniestras deudas, rara vez mencionadas, que acumula la herencia intelectual alemana. Son también preocupantes las escasas referencias a pensadores judeo-alemanes en la práctica filosófica. Alegremente se priva a los estudiantes del contexto en el que se desarrollaron los conceptos de los que trata su disciplina y de ciertas adhesiones de los grandes pensadores que hoy pueden resultar incómodas para muchos. La filosofía desciende de las «ciencias morales» y, a la vista de esa herencia, quienes se dedican a ella no deben olvidar los claroscuros de su desarrollo.

---

685 H. Trevor-Roper, 1947, págs. 184, 190.

686 Ibíd., págs. 213-214; I. Kershaw, 2000, pág. 822.

687 I. Kershaw, 2005, pág. 47.

688 Trevor-Roper simplemente afirma que Hitler envenenó a su perro.

689 H. Trevor-Roper, 1947, pág. 218.

690 Ibíd., págs. 220-221.

691 Aunque el suicidio de Hitler fue al principio solo uno más de los rumores que circulaban por aquel entonces, pronto se filtró la noticia de la misteriosa muerte y se avivó la imaginación de un mundo despedazado por la barbarie. Los rusos eran escépticos, pero el historiador de Oxford Hugh Trevor-Roper pudo finalmente confirmar tanto que Hitler se había suicidado como el método que había empleado para ello. Véase H. Trevor-Roper, 1947, pág. 218. Muchas

otras versiones circularon entonces y ahora; véase, por ejemplo, H. Linge, 2009, págs. 197-208.

692 Para una exposición más detallada, véase P. Calvocoressi, 1948; R. E. Conot, 1983, o G. M. Gilbert, 1947.

693 La descripción está basada en las fotografías en blanco y negro «IMT Defendants and Defense Attorneys» [«Acusados y abogados de la defensa ante el Tribunal Militar Internacional de Núremberg»] del 10 de diciembre de 1945 y «Prosecution Reviews Nazi Chain of Command on Third Day of IMT» [«La acusación repasa la cadena de mando nazi en el tercer día del proceso ante el Tribunal Militar Internacional de Núremberg»] del 22 de noviembre de 1945. Las fotografías se encuentran en el Archivo de la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard, Cambridge (Massachusetts).

694 M. Weinreich, 1999, pág. 240. Nótese que la declaración de Jackson fue pronunciada el segundo día del juicio.

695 Véase H. W. Koch, 1989, págs. 126-174. Para más detalles sobre la muerte de Freisler, consúltese The Jewish Virtual Library.

696 K. Smith, 2003.

697 Ibíd.

698 Ibíd.

699 S. P. Remy, 2002, págs. 146-147.

700 Ibíd., pág. 177.

701 Ibíd., pág. 178.

702 D. E. Showalter, 2006, págs. 404-405.

703 Véase S. Tegel, 2007.

704 Los documentos de Alfred Bäumler se encuentran en el archivo filosófico de la Universidad de Constanza, Universitätsstrasse 10 (edificio G5, salas G 511-G 514).

705 B. Jackson, 2004; T. P. Griffin, 2003, págs. 168-175.

706 A. Alckens, 1973.

707 J. Schriewer, 1982, pág. 36-38.

708 Ernst Bergmann era miembro del Partido Nazi desde 1930. Véase G. Leaman y G. Simon, 1993, págs. 261-292, y también M. Weinreich, 1999, pág. 62.

709 Véase M. Weinreich, 1999, págs. 175-176; B. Oberkrome, 2007, pág. 208.

710 Véase U. Prehn, 2005; U. Prehn, 2003-2004.

711 Véase E. Faye, 2009 para una información más detallada del nazismo de Heyse.

712 Véase U. Prehn, 2005; U. Prehn, 2003-2004. Boehm murió de viejo el 9 de noviembre de 1968 en Lüneburg.

713 Véase G. Leaman y G. Simon, 1994, págs. 443-469; y E. Klee, 2005, pág. 254.

714 Véase S. P. Remy, 2002, pág. 133, y también S. P. Remy, 2007, pág. 28.

715 S. P. Remy, 2002, pág. 181.

716 Ibíd., pág. 133. Algunos alumnos de Fehrle y Krieck en la Facultad de Filosofía también contribuyeron a destruir los valores de la universidad, como Wilhelm Classen, Wilhelm Ganser y Waltraud Eckhard.

717 Ibíd., pág. 184.

718 Véase E. Faye, 2009, pág. 42; y también S. P. Remy, 2002, págs. 180-185. Los principales escritos de Fehrle sobre folclore fueron publicados en los años cincuenta y de manera póstuma en los setenta. Murió en 1957 a los setenta y siete años.

719 S. P. Remy, 2002, pág. 177.

720 Weinreich estudió e impartió docencia en algunas de las principales universidades de Europa y desarrolló programas culturales judíos hasta que con la ocupación nazi de Polonia se vio forzado a trasladarse a América.

721 M. Weinreich, 1999, pág. 242.

722 Ibíd.

723 M. Gilbert en M. Weinreich, 1999, pág. x.

724 Ibíd., pág. xi.

725 M. Weinreich, 1999, págs. 56 y 271.

726 Véase O. Höfler, 1978.

727 Véase W. Weinreich, 199, pág. 270.

728 E. Klee, 2005, pág. 218.

729 Véase E. Rothacker, 1934; M. Weinreich, 1999, pág. 16.

730 W. Perpeet, 2005, págs. 117-118; y E. Klee, 2005.

731 M. Wundt en Neue Deutsche Biographie, 16, 1990, pág. 421.

732 Artículos, 1854-1949, signatura UAT 228, archivos de la Universidad de Tubinga.

733 Véase M. Wundt, 1964.

734 M. Weinreich, 1999, págs. 21 y 282.

735 Ibíd., págs. 48, 56-57 y 270.

736 V. Farias, 1989, pág. 86; R. Safranski, 1998, pág. 253; H. Ott, 1993, págs. 151 y 155.

737 Nacido el 24 de julio de 1895, profesor de Filosofía en la Universidad de Breslau, véase M. Weinreich, 1999, pág. 124.

738 Nacido en 1889.

739 Véase E. Faye, 2009, especialmente las págs. 18-19 y 262-266. También A. Gethmann-Siefert y J. Mittelstrass (eds.), 2002.

740 E. Faye, 2009, pág. 176.

741 Véase, por ejemplo, E. Wolf, 1950-1954.

742 S. P. Remy, 2002, pág. 221.

743 Ibíd., págs. 227-228.

744 Memorias no publicadas de Greta von Ubisch, c. 1955, en ibíd., pág. 218. Von Ubisch era una botánica de Heidelberg, la primera mujer que se doctoró e impartió docencia en la universidad. Fue despedida por motivos raciales en 1933; ibíd., págs. 18-19.

745 Ibíd., págs. 218-233.

746 Ibíd., pág. 223.

747 También empleó sus conocimientos legales para defender a muchos otros antiguos simpatizantes del nazismo. Véase E. Faye, 2009.

748 M. Weinreich, 1999, pág. 241.

749 Interrogatorios de Robert Kempner a Carl Schmitt, 1947, en J. W. Bendersky, 1983, pág. 272.

750 S. P. Remy, 2002, pág. 223.

751 G. L. Ulmen, reseña citada en la contraportada de C. Schmitt, 2003.

752 H. Ott, 1993, pág. 305.

753 Ibíd., pág. 313.

754 Ibíd., pág. 315.

755 El 23 de julio de 1945 se empezó a examinar el caso de Heidegger.

756 H. Ott, 1993, pág. 321.

757 V. Farias, 1989, pág. 277.

758 Véase la carta a la oficina del rector del 9 de octubre de 1945 en H. Ott, 1993, pág. 328.

759 H. Ott, 1993, pág. 342.

760 Ibíd., pág. 348.

761 E. Ettinger, 1995, pág. 68.

762 Ibíd., pág. 66.

763 Arendt en una carta a Jaspers (las cursivas son mías). L. Köhler y H. Saner, 1985, pág. 79.

764 D. May, 1986, pág. 76.

765 En la edición española de la correspondencia entre Hannah Arendt y Martin Heidegger el mismo poema lleva por título «La muchacha de tierra extraña», mientras que «Tú» aparece como título de otro poema de la misma serie. Véase H. Arendt y M. Heidegger, Correspondencia 1925-1975 y otros documentos de los legados, traducción de Adan Kovacsics, Barcelona, Herder, 2000. (N. del T.)

766 H. Arendt y M. Heidegger, 2004, pág. 64.

767 L. Köhler y H. Saner, 1985, pág. 79.

768 H. Arendt y M. Heidegger, 2004, pág. 193 (las cursivas son mías).

769 H. Ott, 1993, pág. 348.

770 R. Wolin, 2003, pág. 181. Véase también V. Farias, 1989, pág. 282 y 281-287.

771 R. Wolin, 2003, pág. 3. Véase también H. Ott, 1993, págs. 367-368.

772 En S. Mulhall, 1996, pág. ix, puede consultarse una soberbia y detallada interpretación de la obra de Heidegger.

773 M. Heidegger, (1910-1976) volumen 16 GA.

774 Las publicaciones tempranas de Heidegger y las transcripciones de sus lecciones podrán consultarse en Gesamtausgabe, la edición completa de sus obras. La Gesamtausgabe está proyectada para albergar cien volúmenes.

775 K. Smith, 2003.

776 S. Kirkbright, 2004.

777 La deportación se produjo el 14 de abril de 1945 y las tropas llegaron el 1 del mismo mes. S. P. Remy, 2002, pág. 115.

778 S. Kirkbright, 2004.

779 A. Gallin, 1986, págs. 96-99.

780 E. Skidelsky, 2008.

781 J. Durham Peters y P. Simonson, 2004, pág. 485.

782 B. Katz, 1982.

783 Véase G. Scholem, 2008.

784 D. May, 1986, pág. 73.

785 Para más detalles acerca de esta cuestión, C. Bagge Laustsen y R. Ugilt, «El Kant de Eichmann», publicado en The Journal of Speculative Philosophy, New Series, vol. 21, núm. 3, 2007.

786 I. Berlin, carta a Bernard Crick, 1963.

787 S. P. Remy, 2002, pág. 141.

788 Véase K. Löwith, 1994.

789 T. Adorno, 2006, pág. 374.

790 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 329.

791 T. Adorno, 2006, pág. 375.

792 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 330.

793 T. Adorno, 2006, pág. 377.

794 S. P. Remy, 2002, pág. 141.

795 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 348.

796 Ibíd., pág. 330.

797 Ibíd., págs. 368-369.

798 Véase Filosofía de la música moderna; Introducción a la sociología de la música y Mahler: una fisiognómica musical. Y para la crítica literaria, Minima moralia: reflexiones desde una vida dañada y Notas sobre literatura.

799 T. Adorno, 2006, pág. 377.

800 A pesar de su militancia nazi, Hofstätter se incorporó a la Universidad de Graz en 1945 y luego trabajó en América. Véase W. Bergmann, 1997.

801 S. Müller-Doohm, 2005, pág. 384.

802 T. Adorno, 1986, pág. 122.

803 Adorno a Samuel Beckett, 4 de febrero de 1969. Archivo Theodor Adorno, Fráncfort del Meno (Br 76/7).

804 R. Gross, 2007, pág. 3.

805 Por ejemplo, el Leiden Journal of International Law, publicado por la Universidad de Cambridge, contiene diversos artículos sobre Carl Schmitt.

806 Por ejemplo, Telos Press.

807 C. Schmitt, 2003.

808 Véase R. Gross, 2007, págs. 3-16.

809 Ibíd., 2007; cursivas de la autora.

810 A. Rabinbach, reseña, citada en ibíd., contraportada.

811 S. E. Aschheim, reseña, citada en ibíd.

812 W. Weinreich, 1999, pág. 241.

813 R. Wolin, 2003.

814 Steven Remy sostiene que Alemania permanece atrincherada en una cultura de silencio y negación de su pasado nazi, de tal manera que eso no debe ser sorprendente. Véase S. P. Remy, 2002, pág. 245.

815 Heidegger influyó en Merleau-Ponty, Lyotard, Derrida, Foucault, Lacoue-Labarthe y Ricoeur, entre otros muchos, y su obra puede consultarse en

ediciones de varios volúmenes en Francia.

816 H. Ott, 1993, pág. 8.

817 E. Faye, 2009, pág. 320.

818 En América Latina, José Ortega y Gasset incorpora la influencia de Heidegger. Para conocer su impacto en Japón, véase G. Mayeda, 2006 y G. Parkes, 1987.

819 «Thinking the Unthinkable», en Human All Too Human, BBC, 1999.

820 J. Glover, 2001, pág. 377.

821 Entrada de Frege en la Wikipedia inglesa, 2012.

822 En su imprescindible Lying About Hitler, Richard Evans lleva las cosas aun más lejos y resalta no solo el problema de que se «olvide» la verdad, sino también de que se altere. Véase R. J. Evans, 2001.

Epílogo

Esta historia comenzó con un recuerdo, un recuerdo que me transporta a los años setenta, cuando jugábamos, como los niños que éramos, en el jardín de nuestra abuela, en Suffolk. Fue allí donde descubrimos parte de un esqueleto que resultó llevar años enterrado en la parte de atrás del jardín, al final de un zigzagueante sendero. También rememoré al principio las historias que contaban mis abuelos sobre la Segunda Guerra Mundial y desempolvé un dilema ético que me había sido planteado en mi época de estudiante de medicina: ¿sería moralmente lícito usar información obtenida de experimentos médicos realizados con judíos por los nazis incluso si de esa manera fuera posible salvar vidas?

Hay muchas cuestiones parecidas que permanecen latentes en la filosofía, algunas de cuyas ideas más fascinantes y exitosas se deben a individuos como Heidegger, que nunca condenó el Holocausto. ¿Deberíamos enseñar sus ideas y animar despreocupadamente a los estudiantes a que lean Ser y tiempo, las obras de Schmitt o la lógica de Frege prescindiendo del contexto en el que se originaron? El problema que se plantea a propósito de la filosofía es de no poca enjundia: si la filosofía no puede establecer una norma ética, ¿qué otra disciplina podrá hacerlo por ella? ¿Y qué valor puede haber en el pensamiento de hombres que son incapaces de elaborar una reflexión crítica sobre el régimen más brutal de cuantos han tiranizado a la humanidad?

Son estas cuestiones que dejo a la consideración del lector. Mi tarea aquí ha consistido en dar a conocer el contexto y las semblanzas biográficas de algunos filósofos alemanes que desarrollaron su trabajo durante y en algunos casos después del Tercer Reich, de la misma manera que en nuestra infancia el hallazgo de un viejo esqueleto nos llevó a indagar en busca de pistas.

En uno de mis paseos familiares por la costa de Suffolk me metí en un viejo fortín e imaginé a los soldados ocultos allí durante horas, hundidos en el frío barro entre los grises muros y temerosos a la espera de una invasión. Aquellos fortines se diseñaron como defensas contra los nazis, pero de nada habrían servido ante una invasión de ideas. Sin vigilancia, ¿no podría ser que el cripticismo de la expresión disfrazara el prejuicio y que las semillas de la filosofía de Hitler germinaran en posteriores generaciones?

Bibliografía

Adorno, T., Letter to Samuel Backett, 4 de febrero de 1969, Theodor W. Adorno Archive, Fráncfort (Br 76/7).

— *Erziehungzur Mündigkeit: Vortage und Gespräche mit Hellmut Becker 1959-1969,* ed. G. Kadelbach, Fráncfort, Suhrkamp, 1970.

— «Die Freudische Theorie und die Struktur der Faschistischen Propaganda», en *Kritik: Kleine Schriften zur Gesellschaft,* ed. R. Tiedemann, Fráncfort, Sukrkamp, 1971.

— *The Jargon of Authenticity,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1986.

— «Aus Dem Grünen Buch», West Drayton, 27 de abril de 1934, *Frankfurter Adorno-Blätter II,* Múnich, 1992.

— «A Title», *Notes to Literature,* vol. 2, trad. S. Weber Nicholsen, Nueva York, Columbia University Press, 1991-1992.

— *Theodor W. Adorno: Letters to his Parents,* ed. C. Gödde y H. Lonitz, trad. H. Hoban, Cambridge, Polity Press, 2006.

— y Berg, A., *Briefwechsel 1925-1935,* ed. H. Lonitz, 1997, Theodor W. Adorno Archive, Fráncfort, Suhrkamp, 1994-2003.

Akehurst, T. L., «The Nazi Tradiation: The Analytic Critique of Continental Philosophy in Mid-Century Britain», *History of European Ideas,* 34, 2008, 548-557.

— *The Cultural Politics of Analytic Philosophy: Britishness and the Spectre of Europe,* en *Continuum Studies in British Philosophy,* 2010.

Alckens, A., *Moosburg an der Isar. Eine kurze Stadtgeschichte,* Moosburg, Stadtverwaltung, 1973.

Aly, Götz y Heim, Susanne (trads. A. G. Blunden), *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2002.

Ansell-Pearson, K., *Viroid Life: Perspectives on Nietzsche and the Transhuman Condition,* Londres, Routledge, 1997.

— *Nietzsche and Modern German Thought,* Londres, Routledge, 2002.

Arendt, H., «Die Krise des Zionismus, 3», *Aufbau,* 20 de noviembre de 1942, pág. 17.

— «We Refugees», *Menorah Journal* 31 enero de 1943, págs. 69-77.

— *The Origins of Totalitarianism,* Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1951.

— Interview with Günter Grass, «Was bleibt? Es bleibt die Muttersprache», en Günter Grass, *Zur Person,* Múnich, Feder, 1964.

— *Men in Dark Times,* Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1968.
— «Nachwort» for Robert Gilbert, *Mich Hat Kein Esel Im Galopp Verloren,* Múnich, Piper, 1972.
— *Love and St. Augustine,* ed. J. Vecchiarelli Scott y J. Chelius Stark, Chicago, IL, University of Chicago Press, 1996.
— *Rahel Varnhagen: The Life of a Jewess,* ed. L. Weissberg, trad. C. y R. Winston, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1997.
Arendt, H. y Heidegger, M., *Letters, 1925-1975,* ed. U. Ludz, trad. A. Shields, Orlando, FL, Harcourt Books, Inc., 2004.
Arendt, M., *Unser Kind,* diary, Arendt Papers, Library of Congress, Washington, DC, trad. E. Young-Bruehl, en Young-Bruehl, 2004.
Aschheim, S. E., *Nietzsche, Anti-Semitism, and the Holocaust,* en J. Golomb (ed.), *Nietzsche & Jewish Culture,* Nueva York, Routledge, 1997.
— *The Nietzsche Legacy in Germany 1890-1990,* Berkeley y Los Ángeles, CA, y Oxford, University of California Press, 1992.
Axelrod, T., *Holocaust Biographies: Hans and Sophie Scholl, German Resisters of the White Rose,* Costa Mesa, Saddelback Publishing Inc., 2000.
Bade, K. J. y Brown, A. (trads.), *Migration in European History: The Making of Europe,* Oxford, Blackwell, 2003.
Bagge Laustsen, C. y Ugilt, R., «Eichmann's Kant», en *The Journal of Speculative Philosophy,* New Series, vol. 21, núm. 3, 2007.
Bahr, E., *Weimar on the Pacific: German Exile Culture in Los Angeles and the Crisis of Modernism,* Berkeley, Los Angeles, CA y Londres, University of California Press, 2007.
Balakrishan, G., *The Enemy: An Intellectual Portrait of Carl Schmitt,* Londres, Verso, 2002.
Bambach, C., *Heidegger's Roots: Nietzsche, National Socialism, and the Greeks,* Ithaca, NY y Londres, Cornell University Press, 2003.
Bannister, R. C., *Social Darwinism: Science and Myth in Anglo-American Social Thought,* Philadelphia, PA, Temple University Press, 1989.
Bäumler, A., *Kants Kritik der Urteilskraft, ihre Geschichte und Systematik,* 2 vols., Halle Saale, Niemeyer, 1923.
— *Nietzsche, der Philosoph und Politiker,* Leipzig, Reclam, 1931.
Bäumler, M., Brunträger, H. y Kurzke, H., *Thomas Mann und Alfred Baeumler,* Würzburg, Königshausen & Neumann, 1989.
Baynes, N. H. (ed. y trad.), *The Speeches of Adolf Hitler April 1922-August 1939,* vols. 1-2, Oxford, Oxford University Press, 1942.
Becker-Schmidt, R., «Wenn die Frauen Erst Einmal Frauen sein Koönten», en J. Früchtel y M. Calloni (eds.), *Geist Gegen die Zeitgeist: Erinner on Adorno,* Fráncfort, Suhrkamp, 1991, págs. 206-224.

Beistegui, M. de, *Heidegger and the Political: Dystopias,* Londres, Routledge, 1998.
Bendersky, J. W., *Carl Schmitt: Theorist for the Reich,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1983.
— «Carl Schmitt's Path to Nuremberg: A Sixty-Year Reassessment», *Telos,* 139, verano de 2007, Nueva York, Telos Press Publishing.
Benjamin, H., *Georg Benjamin: Eine Biographie,* Leipzig, 1977.
Benjamin, W., *Gesammelte Schriften,* H. Schweppenhäuser y R. Tiedemann (eds.), Fráncfort, Suhrkamp, 1972-1989.
— *Understanding Brecht,* Londres, New Left Books, 1973.
— «Unpacking my Library: A Talk about Book Collecting», en *Literarische Welt* 1931, reimpreso en *Illuminations,* introducción de H. Arendt, Londres, Fontana Press, 1992.
— *The Correspondence of Walter Benjamin, 1910-1940,* ed. G. Scholem y T. Adorno, trad. M. R. y E. M. Jacobson, Chicago, IL y Londres, University of Chicago Press, 1994.
— *Gesammelte Briefe,* 6 vols., ed. C. Güdde y H. Lonitx, Fráncfort, Suhrkamp, 1995-2000.
— *Selected Writings,* 2:2, 1927-1934, ed. M. W. Jennings, Cambridge, MA, The Belknap Press of Harvard University Press, 1999.
— *Berlin Childhood Around 1900,* Cambridge, MA, The Belknap Press of Harvard University Press, 2006.
— y Adorno, T., *The Complete Correspondence 1928-1940,* Londres, Polity Press, 1999.
— y Scholem, G. (eds.), *The Correspondence of Walter Benjamin and Gershom Scholem,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992.
Bergmann, W., *Antisemitismus in öffentlichen Konflikten: kollektives Lernen in der politischen Kultur der Bundesrepublik 1949-1989,* Fráncfort, Suhrkamp, 1997.
Berlin, I., Letter to Sam Behrman, 19 July 1963, Archive, Wolfson College, Oxford.
— Letter to William Phillips, 7 May 1913, Archive, Wolfson College, Oxford.
— Letter to Bernard Crick, 4 November 1963, Isaiah Berlin Archive, Wolfson College, Oxford.
— Letter to Robert Craft, 28 October 1965, Archive, Wolfson College, Oxford.
— Letter to Bernard Williams, 12 September 1982, Archive, Wolfson College, Oxford.
Bialas, W. y Rabinbach, A., *Nazi Germany and the Humanities,* Oxford, Oneworld Publications, 2007.
Blei, F., «Der Fall Carl Schmitt, Von einem, der ihn kannte», *Der Christliche Ständestaat,* 25 de diciembre de 1936.

Boderick, G., «The Horst-Wessel-Lied: A Reappraisal», *International Folklore Review,* vol. 10, 1995.
Bölsche, Wilhelm, *Haeckel: His Life and Work,* Londres, T. Fischer Unwin, 1906.
Brecht, B., *Poems,* trad. J. Willett, Londres, Methuen, 1976.
Bredekamp, Horst, «From Walter Benjamin to Carl Schmitt, via Thomas Hobbes», trad. Melissa Thorson Hause y Jackson Bond, *Critical Inquiry,* 25 (1999), 247-266.
Brener, E. M., *Richard Wagner and the Jews,* Jefferson, NC, McFarland, 2006.
Brennecke, Fritz, trad. H. Childs, *The Nazi Primer: Official Handbook for Schooling the Hitler Youth,* Nueva York y Londres, Harper and Brothers Publishers, 1938.
Broderson, M., trad. Malcolm R. Green e Ingrida Ligers, *Walter Benjamin: A Biography,* Londres, Verso, 1996.
Browne, E. J., *Charles Darwin: Voyaging,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1995.
Calvocoressi, Peter, *Nuremberg,* Nueva York, Macmillan, 1948.
Carlebach, J., *Karl Marx and the Radical Critique of Judaism,* Littman Library of Jewish Civilization, Londres, Routledge, 1978.
Cassirer, E., *Kant's Life and Thought,* trad. J. Haden, New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 1981.
Cecil, R., *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology,* Londres, B. T. Batsford Ltd., 1971.
Childs, H. L. (trad.), *The Nazi Primer: Official Handbook for the Schooling of the Hitler Youth,* Nueva York y Londres, Harper and Brothers Publishers, 1938.
Conot, Robert E., *Justice at Nuremberg,* Nueva York, Harper & Row, 1983.
Cornwell, J., *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII,* Harmondsworth, Penguin, 2000.
— *Hitler's Scientists: Science, War and the Devil's Pact,* Londres, Viking, 2003.
Darwin, C., *The Autobiography of Charles Darwin, 1809-1882,* Nueva York, W. W. Norton and Co., 1958.
Deiler, M., «Landsberg Prison Documents 1923/1924: Adolf Hitler's Imprisonment», en *Civil Association for the Study of Contemporary Landsberg,* Issue 1, 2005.
Desmond, A. J. y Moore, J. R., *Darwin,* Nueva York, W. W. Norton and Co., 1994.
Diethe, Carol, *Nietzsche's Sister and the Will to Power: A Biography of Elisabeth Forster-Nietzsche,* Chicago, IL, University of Illinois Press, 2003.
Donohoe, James, *Hitler's Conservative Opponents in Bavaria, 1930-1945,* Leiden, BrilI, 1961.
Dow, J. R. y Lixfeld, H. (eds.), *The Nazificiation of an Academic Discipline: Folklore and the Third Reich,* Bloomington, IN, Indiana University Press, 1994.

Downs, R. B., *Books that Changed the World,* Londres, Signet Classic, 2004.
Dumbach, A. y Newborn, J., *Sophie Scholl and the White Rose,* Oxford, Oneworld Publications, 2006.
Durham Peters, J. y Simonson, P., *Mass Communication and American Social Thought: Key Texts, 1919-1968,* Lanham, MD, Rowman and Littlefield, 2004, pág. 485.
Ettinger, E., *Hannah Arendt, Martin Heidegger,* New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 1995.
Evans, R. J., *Lying About Hitler: History, Holocaust and the David Irving Trial,* Nueva York, Basic Books, 2001.
— *The Third Reich in Power, 1933-1939: How the Nazis Won Over the Hearts and Minds of a Nation,* Londres, Penguin, 2006.
Farias, V., *Heidegger and Nazism,* Philadelphia, PA, Temple University Press, 1989.
Faye, E., *Heidegger: The Introduction of Nazism into Philosophy,* trad. M. B. Smith, New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 2009.
Feuerbach, L., *The Essence of Christianity (1841),* trad. G. Eliot, Nueva York, Harper and Brothers, 1957.
Fichte, J. G., «A State Within a State» (1793), en *The Jew in the Modern World: A Documentary History,* P. Mendes-Flohr y J. Reindharz (eds.), Nueva York, Oxford University Press, 1995.
Frank, H., *Im Angesicht des Galgens,* Múnich, Graefelfing, 1953.
Friedlander, H., *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution,* Chapel Hill, NC, UNC Press Books, 1997.
Friedländer, S., *Nazi Germany and the Jews,* vol. 1, Londres, Harper-Collins, 1997, pág. 57.
Fritsche, J., *Historical Destiny and National Socialism in Heidegger's «Being and Time»,* Berkeley, CA, University of California Press, 1999.
Gallin, A., *Midwives to Nazism: University Professors in Weimar Germany, 1925-1933,* Macon, GA, Mercer University Press, 1986.
Gasman, D., *The Scientific Origins of National Socialism,* Londres y Nueva York, Macdonald and American Elsevier Inc., 1971.
Gethmann-Siefert, A. y Mittelstrass, J. (eds.), *Die Philosophie und die Wissenschaften. Zum Werk Oskar Beckers,* Múnich, Fink, 2002.
Giblin, J., *The Life and Death of Adolf Hitler,* Nueva York, Clarion Books, 2002.
Gilbert, G. M., *Nuremberg Diary,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1947.
Glover, J., *Humanity: A Moral History of the Twentieth Century,* Londres, Pimlico, 2001.
Goldhagen, D. J., *Hitler's Willing Executioners,* Londres, Little, Brown and Company, 1996.
Golomb, J. (ed.), *Nietzsche & Jewish Culture,* Nueva York, Routledge, 1997.

Griffin, T. P., *Fast Track to Manhood,* Bloomington, IN, Trafford Publishing, 2003.
Gross, R., *Carl Schmitt and the Jews,* Madison, WI, University of Wisconsin Press, 2007.
Gunther, N. y Kettering, E. (eds.), *Martin Heidegger and National Socialism: Questions and Answers,* Nueva York, Paragon House, 1990.
Haeckel, E., *The History of Creation: Or the Development of the Earth and Its Inhabitants By the Action of Natural Causes,* Nueva York, Appleton, 1876.
— *History of Creation, Vol. 1,* Londres, Kegan Paul, 1883.
Hahn, H. J., *German Thought and Culture,* Manchester, Manchester University Press, 1995.
Hanfstaengl, E., *The Missing Years,* Nueva York, Arcade Publishing, 1994.
— (introducción de R. J. Evans), *The Unknown Hitler: Notes from the Young Nazi Party,* Londres, Gibson Square Books Ltd, 2005.
Hanser, R., *A Noble Treason: The Revolt of the Munich Students Against Hitler,* Nueva York, C. P. Putnam's, 1979.
Härtle, H. (ed.), *Grossdeutschland: Traum und Tragödie,* Múnich, Selbstverlag, 1970.
Hayman, R., *Nietzsche: A Critical Life,* Londres, Phoenix, 1995.
Hegel, G. W. F., *Phenomenology of Spirit,* trad. A. V. Miller, Oxford, Oxford University Press, 1977.
— *Hegel on Tragedy,* ed. A. y H. Paolucci, Westport, CT y Londres, Greenwood Press, 1978.
— *Introduction to the Lectures on the History of Philosophy,* ed. y trad. T. M. Knox y A. V. Miller, Oxford, Oxford University Press, 1988.
Heidegger, M., *Sein und Zeit,* Tubinga, Max Niemeyer, 1927.
— *Reden und andere Zeugnisse eines Lebensweges (1910-1976),* vol. 16, Fráncfort, Vittorio Klostermann, 2000.
— *Introduction to Metaphysics,* Yale University Press, 2000.
Heine, H. y Windfuhr, M. (eds.), en vol. 5 de *Historisch-kritische Gesamtausgabe der Werke/Heinrich Heine. Hrsg. von Manfred Windfuhr,* Hamburgo, Hoffinann und Campe, 1994.
Helmut, W., *Die Politische Pädagogik von Ernst Krieck und Ihre Würdigung Durch die Westdeutsche Pädagogik,* Fráncfort, Peter Lang, 2000.
Heyse, H., *Die Idee der Wissenschaft und die Deutsche Universitat,* Königsberg, Königsberg Press, 1933.
Hinton, A. L. (ed.), *Annihilating Difference: The Anthropology of Genocide,* Berkeley, CA, University of California Press, 2002.
Hitler, A., *The Speeches of Adolf Hitler, April 1922-August 1939,* vols. 1-2 trad. y ed. Norman H. Baynes, Oxford, Oxford University Press, 1942.
— *Hitler's Letters and Notes,* ed. W. Maser, Londres, Heinemann, 1973.

— *Mein Kampf,* Londres, Hutchinson and Co. Ltd., 1980.
— *Adolf Hitler: Monologue im Fuehrerhauptquartier 1941-1944. Die Aufzeichnungen Heinrich Heims,* ed. W. Jochmann, Hamburgo, A. Knauss, 1980a.
— *Hitler's Table Talk, Hitler's Conversations Recorded by Martin Borsnann,* introducción de Hugh Trevor-Roper, Oxford, Oxford University Press, 1988.
— en M. Weber, *The Journal of Historical Review,* vol. 8, núm. 4 (invierno de 1988-1989).
Höfler, O., *Siegfried, Arminius und der Nibelungenhort,* Viena, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1978.
Horkheimer, M., *Briefwechsel 1913-1936,* 1995, vol. 15, en *Gesammelte Schriften,* Fráncfort, S. Fischer, 1985-1996.
— y Adorno, T., *Dialectic of Enlightenment,* Londres, Verso, 1992.
Huber, Kurt, *Leibniz,* Múnich, Verlag Von R. Oldenbourg, 1951.
Hüsmert, E., *Carl Schmitt Tagebücher Oktober 1912 his February 1915,* Akademie-Verlag, Auflage 1, 2005.
Inwood, M., *Heidegger: A Very Short Introduction,* Oxford, Oxford University Press, 2000.
Jackson, B., *A Wartime Prison Camp Log, Stalag VII-A, Germany,* Albany, Nueva York, Xiteq Books, 2004.
Jäger, L., *Adorno: A Political Biography,* trad. Spencer S., New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 2004.
Jens, I. (ed.), *At the Heart of the White Rose: Letters and Diaries of Hans and Sophie Scholl,* Nueva York, Harper and Row Publishers, 1987.
Jochmann, W., *National sozialismus Und Revolution,* Fráncfort, Europaische Verlag, 1963.
Joll, J., «The English Friedrich Nietzsche and the First World War», en *Deutschland in der Weltpolitik des 19 und 29 Jahrhunderts,* ed. I. Geiss y B. J. Wendt, Düsseldorf, Bertelsmann Universitatverlag, 1973.
Kahle, P., *Bonn University in Pre-Nazi and Nazi Times: 1923-1939,* Londres, private printing, 1945.
Kaiser, J. H., «Europäisches Grössraumdenken: Die Steiogerung geschichflicher Grossen als Rechtsproblem», en Hans Barion, Ernst-Wolfgang, Böckenföorde, Ernst Forsthoff y Werner Weber (ed.), *Epirrhosis. Festgabe für Carl Schmitt,* Berlín, Dunker and Humbolt, 1968, Bd. 2, págs. 319-331.
Kant, I., *Philosophical Correspondence, 1759-1799,* Chicago, University of Chicago Press, 1986.
— *Religion and Rational Theology,* trad. y ed. A. W. Wood y G. Di Giovanni, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
— *Critique of Practical Reason,* trad. y ed. M. Gregor, Cambridge, Cambridge University Press, 1997a.

— *Lectures on Ethics,* ed. P. Heath y J. B. Schneewind, trad. P. Heath, Cambridge, Cambridge University Press, 1997b.
— *Critique of Pure Reason,* trad. y ed. P. Guyer y A. W. Wood, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
Kardoff, U. von, *Berlin: Diary of a Nightmare, 1942-1945,* Londres, Rupert Hart-Davis, 1960.
Katz, B., *Herbert Marcuse,* Londres, Verso, 1982.
Kaufmann, W., *Nietzsche,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1974.
— *Goethe, Kant, Hegel: Discovering the Mind,* Piscataway, NJ, Transaction Publishers, 1991.
Kearns, G., *Geopolitics and Empire,* Oxford, Oxford University Press, 2009.
Keegan, J., *The First World War,* Londres, Hutchinson, 1988.
Kershaw, I., *Hitler, 1889-1936: Hubris,* Harmondsworth, Allen Lane, 1998.
— *Hitler 1936-1945 Nemesis,* Harmondsworth, Allen Lane, 2000.
— *Death in the Bunker,* Londres, Penguin, 2005.
— *Hitler, the Germans and the Final Solution,* New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 2008.
— *Hitler,* Londres, Penguin, 2009.
Kirkbright, S., *Karl Jaspers: A Biography. Navigations in Truth,* New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 2004.
Klee, E., *Das Personenlexikon zum Dritten Reich,* Fráncfort, Fischer Taschenbuch Verlag, 2005.
Koch, H. W., *In the Name of the Volk: Political Justice in Hitler's Germany,* Londres, I. B. Tauris, 1989.
Köhler, L. y Saner, H., *Hannah Arendt/Karl Jaspers Briefwechsel, 1929-1969,* Múnich, Piper, 1985.
Konieczny, A., *Tormersdorf Grüssau, Riebnig, Obozy Przejsciowe dla Zydow Dolnego Slaska z lat 1941-1943,* Wroclaw, Wydawnictwo Universyletu Wroclowskiergo, 1997.
Koonz, C., *The Nazi Conscience,* Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press, 2003.
Kratf, W., *Spiegelung der Jugend,* Fráncfort, Suhrkamp, 1973.
Krosigk, S., *Es Geschah in Deutschland,* Tubinga, Rainer Wunderlich Verlag, 1951.
Kubizek, A., *Young Hitler,* Londres, Mann, 1973.
Kuehn, M., *Kant: A Biography,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
Lacoue-Labarthe, P., *Heidegger, Art, and Politics: The Fiction of the Political,* Londres, Black-well, 1990.
Leaman, G. y Simon, G., «Deutsche Philosophen aus der Sicht des Sicherheitsdienstes des Reichsführers», en C. Klingemann, M. Nemann y K.-

S. Rehberg, *Jahrbuch für Soziologie-Geschichte,* Vs Verlag, Auflage 1, 1993, págs. 261-292.
— «Die Kant-Studien im Dritten Reich», en *Kant-Studien* 85, 1994, páginas 443-469.
Lebovic, N., «The Beauty and Terror of Lebensphilosophie: Ludwig Klages, Walter Benjamin and Alfred Baumler», en *South Central Review,* vol. 23, núm. 1 (primavera), Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 2006, págs. 23-39.
Leslie, E., *Walter Benjamin,* Londres, Reaktion Books, 2007.
Librett, Jeffrey S., *The Rhetoric of Cultural Dialogue: Jews and Germans from Moses Mendelssohn to Richard Wagner and Beyond,* Stanford, CA, Stanford University Press, 2000.
Lindemann, A. S., *Anti-Semitism Before the Holocaust,* Harlow, Essex, Pearson, 2000.
Linge, H., *With Hitler to the End: The Memoir of Hitler's Valet,* Londres, Frontline Books, Skyhorse Publishing, Inc., 2009.
Lowenthal, L., *An Unmastered Past,* ed. M. Jay, Berkeley y Los Ángeles, CA, y Londres, University of California Press, 1987.
— , *My Life in Germany Before and After 1933,* Chicago, IL, University of Illinois Press, 1994.
Löwith, K., *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1939,* Stuttgart, Metzler, 1986.
Macintyre, B., *Forgotten Fatherland: The Search for Elisabeth Nietzsche,* Nueva York, Farrar Straus and Giroux, 1992.
Mack, M., *German Idealism and the Jew: The Inner Anti-Semitism of Philosophy and German Jewish Responses,* Chicago, IL, University of Chicago Press, 2003.
Marcuse, H., *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp, 1933-2001,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
Marwedel, R., *Theodor Lessing,* Fráncfort, Luchterhand, 1987.
Marx, K., *On the Jewish Question, Part 1,* Open University, 2000.
Marx, U., Schwarz, G. y M. y Wizisla, E. (eds.), *Walter Benjamin's Archive,* Fráncfort, Suhrkamp, 2006.
May, D., *Hannah Arendt,* Harmondsworth, Penguin Books, 1986.
Mayeda, G., *Time, Space and Ethics in the Philosophy of Watsuji Tetsurō, Kuki Shūzō, and Martin Heidegger,* Nueva York, Routledge, 2006.
McDonough, E., *Hitler and the Rise of the Nazi Party,* Harlow, Essex, Pearson Education, 2003.
Meier, H., *Carl Schmitt and Leo Strauss: The Hidden Dialogue,* trad. H. J. Lomax, Chicago, University of Chicago Press, 1975.

Michalczyk, J. (ed.), *Confront: Resistance in Nazi Germany,* Nueva York, Peter Lang, 2005.
Milchman, A. y Rosenberg, A., *Martin Heidegger and the Holocaust,* Atlantic Highlands, NJ, Humanities Press International, 1996.
Mitchell, L., *Maurice Bowra: A Life,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009.
Mueller, G., *Ernst Krieck und Die Nationalsozialistische Wissenschaftsreform: Motive U. Tendenzen E. Wissenschaftslehre U. Hochschulreform im Dritten Reich,* Weinheim, Belts Verlag, 1978.
Müller, J.-W., *A Dangerous Mind,* New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 2003.
Müller-Doohm, S., *Adorno: A Biography,* trad. R. Livingstone, Cambridge, Polity Press, 2005.
Mulhall, S., *Heidegger and Being and Time,* Londres, Routledge, 1996.
Natanson, M., *Edmund Husserl: Philosopher of Infinite Tasks,* Evanston, IL, Northwestern University Press, 1973.
Noack, Paul, *Carl Schmitt: Eine Biographie,* Berlín, Ullstein, 1996.
Oberkrome, B., «German Historical Scholarship under National Socialism», en W. Bialas y A. Rabinbach (eds.), *Nazi Germany and the Humanities,* Oxford, Oneworld Publications, 2007.
Ott, H., *Martin Heidegger: A Political Life,* trad. A. Blunden, Londres, Harper Collins, 1993.
Paddison, M., *Adorno's Aesthetics: of Music,* Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
Parkes, G., *Heidegger and Asian Thought,* Honolulu, University of Hawaii Press, 1987.
Paulsen, F., *Immanuel Kant: His Life and Doctrine,* Whitefish, MT, Kessinger, 2007.
Perpeet, W., «Rothacker, Erich», en *Neue Deutsche Biographie* 22, 2005, págs. 117-118 [versión online].
Pfeiffer-Belli, E., *Junge Jahre im Alten Frankfurt,* Wiesbaden y Múnich, Limes, 1986.
Poliakov, L., *The History of Anti-Semitism. Volume IV Suicidal Europe, 1870-1933,* Oxford, Oxford University Press, 1977.
— y Wulf, J., *Das Dritte Reich und seine Denker,* Berlín, 1959.
Prehn, U., «An der schmalen Grenze zwischen Wissenschaft und Politik: Max Hildebert Boehm und die Gründungsgeschichte der (Nord-)Ostdeutschen Akademie», en *Deutsche Studien* 39, 2003/2004, H. 149, S. 27-51.
— «Die wechselnden Gesichtereines Europa der Völker im 20. Jahrhundert. Ethnopolitische Vorstellungen bei Max Hildebert Boehm, Eugen Lemberg und Guy Héraud», en Heiko Kauffmann, Helmut Kellershohn y Jobst Paul

(ed.), *Völkische Bande. Dekadenz und Wiedergeburt – Analysen rechter Ideologie,* Münster, 2005, S. 123-157.
Pulzer, P., *Jews and the German State,* Oxford y Cambridge, MA, Blackwell, 1992.
Quinton, A., *From Wodehouse to Wittgenstein,* Manchester, Carcanet Press, 1998.
Rauschning, H., *Hitler Speaks: A Series of Political Conversations with Adolf Hitler on his Real Aims,* Londres, Thornton Butterworth Ltd., 1940a.
— *The Voice of Destruction: Conversations with Hitler* (1940b), Whitefish, MT, Kessinger Publishing, 2004.
Remy, S. P., *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 2002.
— «Humanities and National Socialism at Heidelberg», en W. Bialas y A. Rabinbach (eds.), *Nazi Germany and the Humanities,* Oxford, Oneworld Publications, 2007.
Ritter, G., «German Professors in the Third Reich», *Review of Politics,* 8, abril de 1946, págs. 242-254.
— *The German Problem,* Columbus, OH, Ohio State University Press, 1965.
Riva, J. D. y Stern, C., *A Woman at War: Marlene Dietrich Remembered,* Detroit, MI, Wayne State University Press, 2006.
Rose, P. L., *Revolutionary Anti-Semitism in Germany from Kant to Wagner,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1990.
— *Wagner, Race and Revolution,* Londres, Faber and Faber, 1992.
Rosenberg, A., *Der Mythus des 20. Jahrhunderts,* Múnich, Hoheneichen, 1930.
— *Die Protokolle der Weisen von Zion und die Judische Weltpolitik,* Múnich, Deutsche Volksverlag, 1933.
Rosenfeld, G. D., *Munich and Memory: Architecture, Monuments, and the Legacy of the Third Reich,* Berkeley, CA, University of California Press, 2000.
Rothacker, E., *Geschichtphitosophie. Handbuch der Philosophie,* Múnich, Oldenbourg, 1934.
Rubsamen, W. H., «Kurt Huber of Munich», en *The Musical Quarterly,* vol. 30, núm. 2, abril de 1944, págs. 226-233.
Russell, B. y Wyatt, W., *Bertrand Russell Speaks his Mind,* Londres, World Publishing Company, 1960.
Ryback, T. W., *Hitler's Private Library: The Books that Shaped His Life,* Londres, Vintage, 2010.
Safranski, R., *Martin Heidegger Between Good and Evil,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1998.
— *Nietzsche: A Philosophical Biography,* trad. S. Frisch, Londres, Granta, 2003.
Santaniello, W., *Nietzsche, God, and the Jews,* Albany, NY, State University of New York Press, 1994.

Sauder, G., *Die Bücherverbrennung. Zum 10. Mai 1933,* Múnich y Viena, Carl Hanser, 1983.
Schleunes, Karl A., *The Twisted Road to Aushwitz,* Urbana y Chicago, IL, University of Illinois Press, 1990.
Schmitt, C., *Staat, Bewegung, Volk: Die Dreigliederung der politischen Einheit,* Hamburgo, Anseatische Verlagsanstalt, 1933.
— «Der Fuehrer schutz das Recht», *Positionen und Begriff im Kampf mit Weimar – Genf-Versailles, 1923-1939,* Hamburgo, 1940; también en Carl Schmitt, «Der Fuehrer schutz das Recht», *Deutsche Juristen Zeitung,* Jg. 39, Heft 15, 1 de agosto de 1934.
— «Aufgabe und Notwendigkeit des deutschen Rechtsstanden», *Deutsches Recht,* Jg. 6, Heft 9/10, 15 de mayo, 1936a, págs. 181-185.
— «Die deutsche Rechtswissenschaft im Kampf gegen den jüdischen Geist: Schlusswort auf der Tagung der Reichsgruppe Hochschullehrer des NSRB vom 3. und 4. Oktober 1936», *Deutsche Juristen Zeitung,* Jg. 41, Heft 20, 15 de octubre, 1936b, págs. 1.193-1199.
— *Der Begriff des Politischen,* 4.ª ed., Berlín, Duncker and Humbolt, 1963.
— *The Nomos of the Earth: In the International Law of the Jus Publicum Europaeum,* Nueva York, Telos, 2003.
Scholem, G., *Walter Benjamin und Sein Engel. Vierzehn Aufsätze und Kleine Beiträge,* ed. R. Tiedemann, Fráncfort, Suhrkamp, 1983.
— *Walter Benjamin – The Story of a Friendship,* Nueva York, Columbia University Press, 2003.
— *Lamentations of Youth: The Diaries of Gershom Scholem, 1913-1919,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 2008.
Schopenhauer, A., «On jurisprudence and Politics», en *Parerga and Paralipomena* II, trad. E. F. J. Payne, Oxford, Clarendon, 1974.
Schriewer, J., «Krieck, Ernst», en *Neue Deutsche Biographie,* Band 13, Berlín, Duncker and Humbolt, 1982, págs. 36-38.
Schwab, G. en C. Schmitt, *The Concept of the Political,* trad. G. Schwab, Chicago, IL, University of Chicago Press, 2007.
Schwarzwaller, W., *The Unknown Hitler: His Private Life and Fortune,* Washington DC, National Press Books, 1989.
Scruton, R., *Kant,* Oxford, Oxford University Press, 1982.
Selz, J., «Benjamin in Ibiza», trad. M. M. Guiney, en *On Walter Benjamin: Critical Essays and Recollections,* ed. G. Smith Cambridge, MA, MIT Press, 1991.
Shirer, W., *The Rise and Fall of the Third Reich,* Nueva York, Simon and Schuster, 1960.
Showalter, D. E., *Patton and Rommel: Men of War in the Twentieth Century,* Nueva York, Berkeley Publishing Group, 2006.

Skidelsky, E., *Ernst Cassirer: The Last Philosopher of Culture,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2008.
Sluga, H., *Heidegger's Crisis: Philosophy and Politics in Nazi Germany,* Cambridge MA, Harvard University Press, 1993.
Smith, K., «The Execution of Nazi War Criminals 16 Oct 1946», en J. Carey (ed.), *Eye witness to History,* Nueva York, Perennial, 2003, págs. 641-648.
Spencer, S. y Millington, B., *Selected Letters of Richard Wagner,* Londres, Dent Publishers, 1987.
Speer, A., *Inside the Third Reich,* Londres, Macmillan, 1970.
Stein, G. J., «Biological Science and the Roots of Nazism», *American Scientist,* 76:1 (1988), págs. 50-58.
Steinweis, A. E., *Studying the Jew: Scholarly Anti-Semitism in Nazi Germany,* Cambridge, MA y Londres, Harvard University Press, 2006.
Stern, F., *The Politics of Cultural Despair,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1961.
Stuckenberg, J. H. W., *The Life of Emmanuel Kant,* Bristol, Thoemmes Antiquarian Books Ltd., 1990.
Tansey, S. P. y Jackson, N., *Politics: The Basics,* Londres, Routledge, 2008.
Teeling, Sir W., Unpublished typescript in Archives of the Royal Institute of International Affairs, Chatham House, Londres.
Tegel, S., *Nazis and the Cinema,* Londres, Continuum Books, 2007.
Tobias, F., *The Reichstag Fire: Legend and Truth,* Londres, Secker and Warburg, 1963.
Trevor-Roper, H., *The Last Days of Hitler,* Londres, Macmillan and Co. Ltd., 1947.
— «Introduction», en A. Hitler, *Hitler's Table Talk, Hitler's Conversations Recorded by Martin Bormann,* Oxford, Oxford University Press, 1988.
Wagner, F., *The Royal Family of Bayreuth,* Londres, Eyre and Spottiswoode, 1948.
Wagner, R., *Selected Letters of Richard Wagner,* ed. B. Millington, trad. S. Spencer, Londres, Dent, 1987.
Weidermann, V., *Das Buch der verbrannten Bücher,* Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 2008.
Weindling, P., *Health, Race and German Politics Between National Unification and Nazism 1870-1945,* Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
Weinreich, M., *Hitler's Professors,* New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 1999.
Weiss, S. F., *Race Hygiene and National Efficiency: The Eugenics* of *Wilhelm Schallmayer,* Berkeley, CA, University of California Press, 1987.
Wilcox, E., «Alban Berg's Appeal to Edward Dent on Behalf of Theodor Adorno, 18 November 1933», *German Life and Letters* 50, 1997, págs. 365-368.

Wittenstein, G. J., «The White Rose, A Commitment», en J. J. Michalczyk, *Confront! Resistance in Nazi Germany,* Fráncfort, Peter Lang, 2004, págs. 191-210.
Wolf, E., *Griechisches Rechtsdenken,* 3 vols., Tubinga, J. C. R. Mohr, 1950-1954.
Wolff, C., *Hindsight: An Autobiography,* Londres, Quartet, 1980.
Wolin, R., *Heidegger's Children: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas, and Herbert Marcuse,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2003.
— *The Seduction of Unreason: The Intellectual Romance with Fascism from Nietzsche to Postmodernism,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2004.
Wundt, M., *Die Deutsche Schulphilosophie im Zeitalter der Aufklärung,* Hildesheim, Olms, 1964.
Young, J., *Heidegger, Philosophy, Nazism,* Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
Young-Bruehl, E., *Hannah Arendt: For Love of the World,* 2.ª ed., New Haven, CT y Londres, Yale University Press, 2004.
Yovel, Y., *Dark Riddle: Hegel, Nietzsche, and the Jews,* Londres, Polity Press, 1998.

Bibliografía en español

Ofrecemos una selección de la bibliografía publicada en español de algunos de los títulos mencionados en la Bibliografía general.

Adorno, Theodor, *Terminología filosófica,* vol. 2, Madrid, Taurus, 1987.
— *Correspondencia (1928-1940),* Madrid, Trotta, 1998.
— *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad: 6,* Akal, 2005.
— *Notas sobre literatura,* Madrid, Akal, 2013.
— y Benjamin, Walter, *Correspondencia (1928-1940),* Madrid, Trotta, 1998.
— y Horkheimer, Max, *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos,* Madrid, Akal, 2007.
Aly, Götz, *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes,* Barcelona, Crítica, 2006.
Arendt, Hannah, *El concepto de amor en san Agustín,* Madrid, Ediciones Encuentro, 2009.
— *Hombres en tiempos de oscuridad,* Barcelona, Gedisa, 2013.
— *Los orígenes del totalitarismo,* Madrid, Alianza, 2014.
Beistegui, Miguel de, *Heidegger y lo político,* Buenos Aires, Prometeo, 2013.
Benjamin, Walter, *Tentativas sobre Brecht,* Madrid, Taurus, 1999.
— *Infancia en Berlín hacia el 1900,* Madrid, Abada Editores, 2011.

— y Scholem, Gershom, *Correspondencia, 1933-1940,* Madrid, Totta, 2011.
— *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar,* José Olañeta Editor, 2012.
Brecht, Bertolt, *Poemas y canciones,* Madrid, Alianza, 2012.
Cassirer, Ernst, *Kant, vida y doctrina,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.
Cornwell, John, *Los científicos de Hitler: ciencia, guerra y pacto con el diablo,* Barcelona, Paidós, 2005.
— *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XII,* Barcelona, Planeta, 2006.
Darwin, Charles, *Autobiografía,* Verticales de Bolsillo, 2009.
Ettinger, Elzbieta, *Hannah Arendt y Martin Heidegger,* Barcelona, Tusquets, 1996.
Farias, Victor, *Heidegger y el nazismo,* Lleonard Muntaner Editor, 2009.
Feuerbach, Ludwig, *La esencia del cristianismo,* Madrid, Trotta, 2013.
Friedländer, Saul, *El tercer Reich y los judíos,* Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 2009.
Glover, Jonathan, *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo* XX*,* Madrid, Cátedra, 2001.
Goldhagen, Daniel Jonah, *Los verdugos voluntarios de Hitler,* Madrid, Taurus, 1998.
Hanfstaengl, Ernst, *Hitler: los años desconocidos,* Sepha, 2012.
Hegel, Georg y Friedrich, Wilhelm, *Fenomenología del espíritu,* Valencia, Pre-Textos, 2009.
— *Introducción general y especial a las «Lecciones sobre la filosofía de la historia universal»,* Madrid, Alianza, 2013.
Heidegger, Martin, *Introduccion a la metafisica,* Barcelona, Gedisa, 1992.
Hitler, Adolf, *Mi lucha,* Frape, 2003.
Kant, Immanuel, *Lecciones de ética,* Barcelona, Crítica, 1988.
— *Crítica de la razón pura,* Madrid, Tecnos, 2011.
— *La religión dentro de los límites de la mera razón,* Madrid, Alianza, 2012.
— *Crítica de la razón práctica,* Madrid, Alianza, 2013.
Kershaw, Ian, *Hitler, 1889-1936,* Barcelona, Península, 2007.
— *Hitler, 1936-1945,* Barcelona, Península, 2007.
— *Hitler: una biografía,* Barcelona, Península, 2010.
Koonz, Claudia *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich,* Barcelona, Paidós Ibérica, 2005.
Kuehn, Manfred, *Kant,* Madrid, Acento Editorial, 2003.
Lacoue-Labarthe, Philippe, *Heidegger: la política del poema,* Madrid, Trotta, 2007.
Löwith, Karl, *Mi vida en Alemania antes y después de 1933,* Madrid, Machado Grupo de Distribución, 1993.

Meier, Heinrich, *Carl Schmitt, Leo Strauss y «El concepto de lo político»: sobre un diálogo entre ausentes,* Katz, 2008.
Ott, Hugo *Martín Heidegger* (1992), Madrid, Alianza, 1992.
Rauschning, Hermann, *Hitler me dijo,* Ediciones Atlas, 1946.
— *Hitler, confesiones íntimas, 1932-1934,* Círculo Latino, 2006.
Rosenberg, Alfred, *El mito del siglo* XX*,* Toledo, Retorno, 2006.
Ryback, Timothy W., *Los libros del Gran Dictador,* Barcelona, Destino, 2010.
Safranski, Rüdiger, *Nietzsche: biografía de su pensamiento,* Barcelona, Tusquets, 2002.
— *Un maestro de Alemania: Martín Heidegger y su tiempo,* Barcelona, Tusquets, 2003.
Schmitt, Carl, *El nomos de la tierra,* Granada, Comares, 2003.
— *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios,* Madrid, Alianza, 2014.
Scholem, Gershom, *Walter Benjamin: historia de una amistad,* Barcelona, Debolsillo, 2007.
Schopenhauer, Arthur, *Parerga y paralipómena,* Madrid, Trotta, 2003.
Shirer, William L., *Auge y caída del Tercer Reich II,* Barcelona, Planeta, 2011.
Trevor-Roper, H. R., *Los últimos días de Hitler,* Barcelona, Debolsillo, 2003.
Wolin, Richard, *Los hijos de Heidegger: Hannah Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas y Herbert Marcuse,* Madrid, Cátedra, 2003.
Young-Bruehl, Elisabeth, *Hannah Arendt: una biografía,* Barcelona, Paidós Ibérica, 2008.

Título original: *Hitler's Philosophers*

Edición en formato digital: 2014

© Yvonne Sherratt, 2013
© Ilustración de cubierta: Adolf Hitler en la Prisión de Landsberg, 1924. © Hulton/Corbis/Cordon Press
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.)
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3348-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com